

neo

Felices

por

siempre jamás

Stephanie Perkins

Autora de *Un beso en París*

Felices
por
siempre jamás

Stephanie Perkins

Traducción de Aida Candelario Castro

Plataforma
Editorial



Primera edición en esta colección: noviembre de 2014

Título original: *Isla and the Happily Ever After*, publicado en inglés, en 2014, por Dutton Books, Nueva York.

© Stephanie Perkins, 2014

All rights reserved including the rights of reproduction in whole or in part in any form.

© de la traducción, Aida Candelario Castro, 2014

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2014

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

Depósito legal: B 22738-2014

ISBN: 978-84-16256-09-9

Diseño de cubierta: Lola Rodríguez

Composición: Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, dirijase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Agradecimientos

Para Jarrod, mi mejor amigo y mi verdadero amor

Capítulo uno

Es medianoche, hace un calor sofocante y puede que esté colocada de calmantes, pero ese chico (ese chico que está allí mismo) es él.

Él.

Su postura me resulta tan familiar como un sueño recurrente. Los hombros encorvados, la cabeza ladeada hacia la derecha, la nariz prácticamente pegada al extremo de la pluma de dibujo... Completamente absorto. Siento una dolorosa punzada de euforia en el corazón. Está cerca, a solo dos mesas de distancia, y frente a mí. La cafetería es como un horno. En el ambiente flota un agrisulce aroma a café. Tres años de deseo me recorren el cuerpo y brotan de mis labios en forma de exclamación:

–¡Josh!

Levanta la cabeza bruscamente. Se queda mirándome un momento. Un momento larguísimo. Y entonces... parpadea.

–¿Isla?

–Sabes cómo me llamo. Sabes pronunciar mi nombre.

La mayoría de la gente lo pronuncia como se escribe, pero se dice *aila*. Se me dibuja una sonrisa, pero se me borra de inmediato. Ay.

Josh mira a su alrededor, como si estuviera buscando a alguien, y luego deja la pluma sobre la mesa con cautela.

–Eh... sí. Nos hemos sentado uno al lado del otro en un montón de clases.

–Cinco clases uno al lado del otro, doce clases juntos en total.

Se queda callado un momento.

–Ya –responde despacio. Otro silencio–. ¿Estás bien?

Un tío que parece una versión joven de Abraham Lincoln con *piercings* deja caer sobre mi mesa una página plastificada a modo de carta. Ni siquiera la miro.

–Algo blando, por favor.

Abe se rasca la barba en un gesto de fastidio.

–Pero que no sea sopa de tomate, pudin de chocolate ni compota de frambuesa. Eso es lo único que he comido hoy –añado.

–Ah, ya. –Abe se relaja un poco–. Estás enferma.

–No.

Vuelve a ponerse tenso.

–Da igual. –Se lleva el menú–. ¿Alguna alergia? ¿Restricciones religiosas? ¿Vegetariana?

–¿Eh?

–Echaré un ojo en la cocina –dice y, a continuación, se larga.

Mi mirada se posa de nuevo en Josh, que sigue observándome. Baja la vista hacia su cuaderno de dibujo, luego la levanta otra vez y después vuelve a bajarla. Parece que no acaba de decidir si todavía estamos manteniendo una conversación. Yo también bajo los ojos. Tengo la creciente y alarmante sensación de que, si sigo hablando, mañana podría lamentarlo.

Pero... como si no lograra evitarlo (porque la verdad es que no puedo cuando estoy cerca de él), levanto la vista. El corazón me martillea mientras lo devoro con la mirada. Esa nariz larga y preciosa. Los brazos esbeltos y firmes. La piel pálida que el sol veraniego ha bronceado levemente y el tatuaje negro que le asoma por debajo de la manga de la camiseta.

Joshua Wasserstein. Estoy coladita por él.

Cuando él también alza la vista, me sonrojo. Horror. Lo peor que puede pasarle a cualquier pelirrojo. Me siento aliviada cuando se aclara la garganta para volver a hablar.

–Qué raro que no nos hayamos encontrado nunca.

–¿Vienes aquí a menudo? –pregunto enseguida.

–Eh... –Juguetea con la pluma–. Me refería en la ciudad. Sabía que vivías en el Upper West Side, pero nunca te había visto por la zona.

Siento una opresión en el pecho. Yo sabía eso de él, pero no tenía ni idea de que él lo supiera de mí. Vamos a un internado para norteamericanos en París, pero pasamos las vacaciones en Manhattan. Todo el mundo sabe que Josh vive aquí, porque su padre ocupa uno de los escaños por Nueva York en el Senado de Estados Unidos. Pero no hay ningún motivo para que nadie recuerde que yo también vivo aquí.

–No salgo mucho –suelto–. Pero me muero de hambre y no hay nada de comer en casa.

Y entonces, de algún modo, acabo sentada en la silla vacía que hay frente a él. Mi colgante con forma de brújula choca contra la mesa.

–Me han sacado las muelas del juicio esta mañana y estoy tomando un montón de medicamentos, pero todavía me duele la boca y por eso solo puedo comer cosas blandas.

Josh sonrío por primera vez. Me siento orgullosa de mí misma. Le devuelvo una sonrisa lo más ancha posible, a pesar del dolor.

–¿Qué pasa?

–Calmantes. Ahora lo entiendo.

–Ay, mierda. –Levanto una pierna y me golpeo la rodilla con la mesa–. ¿Me estoy comportando como una loca?

Josh suelta una carcajada de sorpresa. La gente siempre se ríe porque no espera oír palabras como «mierda» salir de la boca de alguien tan menudo y con la voz tan suave y dulce.

–Te notaba algo diferente –contesta–. Eso es todo.

–Los efectos secundarios incluyen una cruel combinación de agotamiento e insomnio. Que es lo que me ha traído aquí.

Josh vuelve a reírse.

–A mí me las sacaron el verano pasado. Mañana te sentirás mejor.

–¿Me lo prometes?

–En realidad, no. Pero, en unos días, seguro.

Nuestras sonrisas dan paso a un silencio reflexivo. Apenas habíamos cruzado unas palabras en el instituto, y nunca fuera de allí. Yo soy demasiado tímida y él, demasiado reservado. Además, había estado saliendo con la misma chica una eternidad.

«Había.»

Rompieron el mes pasado, justo antes de que ella se graduara. A Josh y a mí todavía nos queda un curso. Ojalá hubiera una razón lógica para que mostrara este repentino interés por mí, pero... no la hay. Su ex era tenaz y directa. Todo lo opuesto a mí. Quizá por eso me asombro al verme señalar su cuaderno, deseando prolongar ese estado temporal. Esa milagrosa conversación.

–¿En qué trabajas? –le pregunto.

Mueve los brazos para tapar el dibujo: alguien que se parece a Abe Lincoln de joven.

–Solo estaba... pasando el rato.

–Es nuestro camarero –apunto con una amplia sonrisa. Ay.

Aparta el brazo con un aire un tanto avergonzado y se encoge de hombros.

—Y la pareja del rincón.

¿No estamos solos?

Me vuelvo y descubro a un hombre y una mujer de mediana edad, allá al fondo, compartiendo un ejemplar del *Village Voice*. No hay nadie más, así que por lo menos no estoy demasiado colocada. Sin pararme a pensar, me vuelvo hacia Josh, envalentonada.

—¿Puedo verlo?

Se lo he pedido. No puedo creerme que se lo haya pedido. Siempre he querido echarles un vistazo a sus cuadernos de dibujo, siempre he querido sostener uno entre mis manos. Josh es el artista con más talento de nuestro colegio. Practica varios estilos, pero su verdadera pasión es el cómic. Una vez le oí decir que está trabajando en una novela gráfica sobre su vida.

Una autobiografía. Un diario. ¿Qué secretos contendría?

Hasta ahora me he conformado con los garabatos que he conseguido ojear por encima de su hombro, las pinturas que he visto secándose en el estudio de arte o los bocetos pegados en las puertas de las habitaciones de sus amigos. Su estilo es casi fantasioso. Melancólico y hermoso. Completamente propio. Las líneas están trazadas con cuidado, lo que revela que se preocupa por lo que hace. La gente no cree en él, porque tiene la cabeza en las nubes, se salta clases y no hace los deberes; pero, al ver sus dibujos, sé que se equivocan.

Ojalá me mirara como mira a sus modelos. Porque entonces vería más allá de mi timidez, igual que yo veo más allá de su dejadez.

Me pongo colorada de nuevo (como si él pudiera leerme la mente), pero entonces me doy cuenta de que... está estudiándome. ¿Debería marcharme? Frunzo el ceño al ver su expresión de preocupación. Josh señala hacia la mesa con un gesto de la cabeza. Ya tengo delante el cuaderno.

Suelto una carcajada. Él también se ríe, aunque su risa está teñida de confusión.

El cuaderno sigue abierto por la obra a medias. Siento un estremecimiento de entusiasmo. En una página, la cara de Abe observa con aburrimiento el lomo del cuaderno. Incluso los *piercings* que lleva en nariz, cejas y orejas parecen apagados y mustios. En la página opuesta, Josh ha capturado a la perfección los suaves ceños de concentración de la pareja de mediana edad.

Toco una esquina, en la que no hay nada dibujado, con suma delicadeza para demostrarme a mí misma que este momento es real. Mi voz adquiere un tono reverencial.

–Son asombrosos. ¿Está lleno de retratos como estos?

Josh cierra el cuaderno y lo desliza de nuevo hacia él. Las páginas están arrugadas por el uso. En la tapa hay una pegatina azul con la forma de Estados Unidos. Encima hay escrita a mano una única palabra: «BIENVENIDO». No sé qué significa, pero me gusta.

–Gracias. –Me dedica otra sonrisa–. Es para cualquier cosa, pero sí, hay sobre todo retratos.

–¿Y te dejan hacerlo?

Arruga el ceño.

–¿El qué?

–Bueno, ¿no necesitas que te den permiso?

–¿Para dibujarlos? –me pregunta. Cuando asiento con la cabeza, continúa–: Qué va. No los uso para nada especial. Ni siquiera es mi cuaderno bueno. ¿Ves? No puedo sacar las páginas.

–¿Lo haces a menudo? Dibujar a desconocidos, digo.

–Sí, claro. –Agarra la taza de café con el índice. Tiene una mancha de tinta negra cerca de la uña–. Para ser bueno en algo debes practicar.

–¿Quieres practicar conmigo? –le propongo.

A Josh se le tiñen las mejillas de rojo a la vez que Abe suelta dos platos sobre la mesa.

–Caldo de pollo y pastel de queso –me dice Abe–. Es lo único que tenemos.

–*Merci* –contesto.

–Ya, lo que tú digas. –Abe pone los ojos en blanco y se aleja.

–¿Qué le pasa a ese tío? –pregunto mientras hundo el tenedor en el pastel de queso–. Oh, Dios, qué rico –farfullo con la boca llena–. ¿Quieres un poco?

–Eh... No, gracias. –Josh parece nervioso–. Veo que tenías mucha hambre.

Me dispongo a devorar el resto con entusiasmo.

–¿Vives cerca? –me pregunta al rato.

Trago antes de contestar.

–A dos minutos.

–Yo también. A diez minutos.

Debo de haber puesto cara de sorpresa, porque añade:

–Sí, lo sé. Qué raro, ¿eh?

–Qué guay. –Me bebo el caldo a tragos–. Dios mío. Esto está increíble.

Me observa en silencio otro minuto.

–Bueno... ¿lo decías en serio? ¿No te importaría que te dibujase?

–Claro, me encantaría. –«Te quieroooooooooo»–. ¿Qué tengo que hacer?

–No te preocupes. Tú sigue con lo que estás haciendo.

–¡Ni hablar! Me dibujarás zampando como un caballo. No. Como un cerdo. Quería decir un cerdo. ¿Es como un cerdo o como un caballo?

Josh niega con la cabeza, divertido. Abre el cuaderno en una página en blanco y levanta la mirada. Nuestros ojos se encuentran. Me quedo muda de asombro.

Avellana.

Esa palabra se añade a mi lista mental de «Datos sobre Josh». Algunas veces, sus ojos me habían parecido verdes y otras, castaños. Ahora sé por qué.

Avellana. Los ojos de Josh son color avellana.

Me siento flotar en una niebla castaño verdosa. El ruidito de la pluma se mezcla con el son de una antigua canción folk que sale de los altavoces. La melodía combinada refleja anhelo, confusión, angustia y amor. Fuera se congregan nubes de tormenta. La lluvia y el viento se unen a la sinfonía y me pongo a tararear. Mi cabeza choca contra una ventana.

Me incorporo bruscamente. El cuenco y el plato están vacíos.

–¿Cuánto llevo aquí?

–Un rato. –Josh sonríe–. Esas pastillas que estás tomando son la caña, ¿eh?

Suelto un gemido.

–Dime que no estaba babeando.

–Nada de babas. Pareces contenta.

–Estoy contenta –digo. Porque... es verdad. Se me nubla la vista.

–Isla –me susurra–. Es hora de irse.

Levanto la cabeza de la mesa. ¿Cómo he acabado ahí?

–El Kismet va a cerrar.

–¿Qué es el Kismet?¹

–El destino –responde.

–¿Qué?

–El nombre de esta cafetería.

–Ah. Vale.

Lo sigo fuera, en medio de la noche. Sigue lloviendo. Las gotas son gruesas y cálidas. Me cubro la cabeza con las manos desnudas mientras Josh se guarda el cuaderno bajo la camiseta. Consigo entrever su vientre. Ñam.

–Ñam-ñam.

Josh da un respingo.

–¿Qué?

–¿Hum?

Una sonrisa le tira de las comisuras de la boca. Quiero besarlas, depositar un beso en cada comisura.

–Muy bien, Loquita. –Mueve la cabeza–. ¿Por dónde?

–¿Por dónde qué?

–Se va a tu casa.

–¿Vas a venir conmigo? –Estoy entusiasmada.

–Voy a acompañarte hasta tu casa. Es tarde. Y está diluviando.

–Vaya, qué amable. Eres muy amable.

La luz amarilla de los semáforos se refleja sobre el asfalto mojado. Señalo el camino y echamos a correr por Amsterdam Avenue. La lluvia arrecia.

–¡Ahí! –exclamo, y nos refugiamos bajo un edificio cubierto de andamios. Los goterones de lluvia repican contra el aluminio como si fuera una máquina de *pinball*.

–¡Espera, Isla!

Pero ya es demasiado tarde.

En general, los andamios resultan ideales para escapar del mal tiempo; pero a veces las barras se cruzan creando un embudo, que puede recoger el agua y empapar a una persona por completo. Acabo empapada. Por completo. El pelo se me aplasta contra la cara, el vestido de tirantes se me pega al cuerpo y el agua resuena entre las sandalias y las plantas de mis pies.

–Ja, ja, ja. –No estoy segura de que sea una risa auténtica.

–¿Estás bien?

Josh rodea la cascada y se detiene a mi lado. Me estoy riendo y me aprieto la tripa.

–Me duele... la boca... al reír. La boca. La boca y la tripa. Y la boca.

Él también se ríe, pero parece distraído. De pronto, sus ojos ascienden deliberadamente hasta mi cara y caigo en la cuenta de que había estado mirando hacia otro sitio. La sonrisa se me agranda. «Gracias, maldito embudo.»

Josh se aparta, incómodo.

–Casi hemos llegado, ¿no?

Señalo una fila de edificios con tejado a dos aguas al otro lado de la calle.

–El segundo. El que tiene ventanas verde cobre y tejas.

–Los he dibujado alguna vez. –Parece impresionado—. Son preciosos.

El piso de mis padres está situado en una hilera de casas de inspiración flamenca construidas a finales del siglo XIX. Vivimos en uno de los pocos barrios lo bastante buenos para que los residentes pongan flores en las entradas y los transeúntes no las destruyan.

–A *maman* también le gustan. Le gustan las cosas bonitas. Es francesa. Por eso voy a nuestro colegio.

Se me va apagando la voz a medida que Josh me guía hacia la entrada con rosas trepadoras rosadas sobre la puerta. Mi casa. Retira la mano de la parte baja de mi espalda y es entonces cuando me doy cuenta de que la había puesto ahí.

–*Merci* –digo.

–De nada.

–Gracias –añado.

–*De rien*.

El aire está cargado con el perfume de las rosas empapadas de lluvia. Entro con torpeza en el edificio mientras él espera en la acera, inmóvil como una estatua. A estas alturas tiene el pelo oscuro tan mojado como el mío. Un chorrito de agua le baja por la nariz. Se aprieta el cuaderno de dibujo con un brazo contra el pecho por debajo de la camiseta.

–Gracias –digo otra vez.

Levanta la voz para que pueda oírlo a través de la puerta de cristal.

–Descansa, Loquita. Dulces sueños.

–Dulces –repito—. Sueños.

Capítulo dos

-Madre mía. ¿¿¿¿¿Qué diablos hice anoche??????

Capítulo tres

–¡Lo tengo todo borroso! No recuerdo nada de lo que dije, ni nada de lo que dijo él, y debió de acompañarme a casa porque sabía que estaba tan colocada que acabaría atropellándome un taxi.

Kurt Donald Cobain Bacon mantiene la mirada clavada en el techo de mi cuarto.

–Así que Josh te pagó la cena.

Tardo un momento en asimilar esa frase. Mi mejor amigo y yo estamos tumbados en mi cama. Una de mis manos se levanta despacio por propia voluntad y aprieta con el puño la parte delantera de su camiseta.

–No hagas eso. –Su tono es brusco, como suele serlo, aunque no maleducado.

Aparto la mano y me la llevo directamente a las encías hinchadas, que me duelen aún más que ayer. Y, entonces, deajo escapar un gemido bastante alarmante.

–Dijiste que te despertó y luego os fuisteis de la cafetería –dice Kurt–. Eso significa que te pagó la cuenta.

–Lo sé. Lo sé.

Pero aun así salto de la cama. Cojo mi bolso, le doy la vuelta y lo sacudo desesperadamente.

–No vas a encontrarlo –me asegura.

Un libro de bolsillo que me encanta sobre un accidente de escalada en el monte Everest choca contra la alfombra. Cae una lluvia de bolígrafos, pintalabios y monedas, que salen rodando. Mi cartera. Un paquete vacío de pañuelos, unas gafas de sol, un folleto arrugado de una panadería nueva... Nada. Lo sacudo con más fuerza. Nada aún. Compruebo la cartera, aunque ya sé lo que no voy a encontrar: un recibo de la cafetería.

–Ya te lo he dicho.

–Tengo que disculparme por comportarme como una chiflada. Tengo que devolvérselo.

–¿Devolverle el qué a quién? –pregunta Hattie.

Vuelvo la cabeza bruscamente y descubro a mi hermana pequeña observándome desde la puerta. Está apoyada contra el marco con los brazos cruzados, pero aun así parece demasiado alta. Que lo es. No solo me superó en altura el año pasado, sino que me dejó atrás por mucho.

–Sé lo que hiciste anoche –me informa–. Sé que te escabulliste.

–No me escabullí. Solo salí unas horas.

–Pero *maman* y papá no lo saben.

Cuando no contesto, Hattie sonrío. Parece muy satisfecha de sí misma. Sé que no se lo contará a nuestros padres. Se guardará una información tan valiosa hasta que le resulte útil. Recoge mi cartera del suelo y (observándome desde lo alto con su imponente y estúpida altura) la deja caer de nuevo dentro de mi bolso. Y, a continuación, se marcha.

Arrojo el bolso contra el lugar que Hattie acaba de dejar libre y me subo a la cama. Envuelvo el brazo de Kurt con los míos.

–Tienes que venir conmigo. A la cafetería. Esta noche.

Sus cejas se contraen adoptando una conocida forma de «V».

–¿Crees que Josh es un cliente habitual?

–Puede. –No tengo ningún motivo para pensarlo. Simplemente deseo que sea así–. Por favor, tengo que explicarme.

Se encoge de hombros contra mí.

–En ese caso, buscaré el Camino Correcto.

A Kurt le encanta la rutina, y siempre le gusta saber adónde va por adelantado. Lo obsesiona trazar la mejor ruta para llegar a cualquier parte... incluso a una cafetería a solo unos minutos de distancia. Denomina a estas rutas el Camino Correcto. El Camino Correcto nunca implica masas, cruces concurridos ni calles con tiendas de esas de las que emana música y/o perfume desagradable.

Le fascina la cartografía desde que tenía seis años, cuando descubrió un atlas mundial haciendo peso sobre el pegamento de uno de los proyectos de manualidades de mi hermana mayor. Aquel libro se convirtió en una obsesión, y Kurt leyó y releyó las páginas durante años, memorizando nombres, formas y distancias. Cuando éramos pequeños, nos tumbábamos en el suelo de mi cuarto y dibujábamos nuestros propios mapas. Kurt elaboraba cuidadosos y detallados mapas a escala de nuestro barrio, mientras que yo creaba islas con la forma de Inglaterra y nombres que sonaban a inglés antiguo. En mis islas había espesos bosques, ríos sinuosos y montañas coronadas de

nieve, y las rodeaba de triángulos a modo de aletas de tiburones y arcos que representaban a monstruos marinos. A Kurt lo sacaba de quicio que no dibujara nada real.

Lo conozco de toda la vida. Nuestras madres también son superamigas (y ambas son francesas que viven en Nueva York), así que siempre ha formado parte de mi vida. Fuimos a los mismos colegios en Manhattan y ahora asistimos al mismo instituto en París. Él tiene trece meses menos que yo, por lo que solo hemos estado separados un año: cuando él estaba en octavo y yo, en primero de secundaria. A ninguno de los dos nos gusta pensar en ese año.

Aparto de mi cara con un soplido un mechón de su enmarañado pelo rubio.

—¿Crees que...?

—Vas a tener que terminar esa frase.

—Es que... Josh y yo hablamos. Recuerdo sentirme feliz. ¿Crees que es posible que lo de anoche no fuera... un humillante desastre, sino... el primer paso?

Frunce de nuevo el ceño.

—¿El primer paso de qué?

A Kurt no se le dan demasiado bien las indirectas. Y, aunque siempre ha sabido lo que siento por Josh, dudo antes de decirlo en voz alta. De expresar esta minúscula y débil esperanza.

—Una relación. Kismet, ya sabes.

—El destino no existe. —Me dedica un resoplido de desdén—. Cataloga lo de anoche como otro humillante desastre. Hacía tiempo que no te pasaba —añade.

—Casi un año —respondo con un suspiro—. Justo a tiempo.

Josh y yo hemos tenido exactamente una interacción importante por curso, ninguna de las cuales me ha hecho parecer deseable. Cuando estábamos en primero, Josh me vio leyendo un libro de Joann Sfar en la cafetería. Lo entusiasmó descubrir a otra persona interesada en cómics europeos, así que empezó a soltarme una rápida retahíla de preguntas; pero yo estaba demasiado abrumada para contestar. Lo único que pude hacer fue quedarme mirándolo en silencio. Él me miró de una forma rara y luego se marchó.

Cuando estábamos en segundo, nuestro profesor de Lengua nos emparejó para un ejercicio que consistía en elaborar un artículo de periódico. Estaba tan nerviosa que no podía dejar de dar golpecitos con el boli. Entonces, se me escapó de la mano. Y, acto seguido, salió volando y le dio en plena frente.

En tercero, los pillé a él y a su novia pegándose el lote en un ascensor. Ni siquiera fue en el instituto. Fue en BHV, unos grandes almacenes inmensos. Farfullé un saludo ininteligible, dejé que las puertas se cerraran y subí por las escaleras.

–Pero –insisto– ahora tengo un motivo para hablar con él. ¿No crees que hay alguna posibilidad de que eso pueda conducir a algo?

–¿Desde cuándo es razonable el comportamiento humano?

–Venga ya. –Pongo carita de cordero degollado–. ¿No puedes fingir conmigo? ¿Aunque solo sea un segundo?

–No veo qué sentido tiene fingir.

–Solo era una broma –le explico, porque a veces Kurt necesita explicaciones.

Arruga el entrecejo en un gesto de frustración.

–Entendido.

–No sé por qué. –Me acurruco contra él–. No es lógico, y no puedo explicarlo, pero... creo que Josh estará allí esta noche. Creo que lo veremos.

–Antes de que lo preguntes... –Kurt irrumpe en mi nueva habitación en París, tres meses después, y por poco se lleva por delante una maleta vacía–. No. No lo vi.

–No iba a preguntar. –Aunque es mentira.

Mi último rescoldo de esperanza se va extinguiendo. A lo largo del verano, se había ido apagando poco a poco hasta que ya apenas resultaba visible. La sombra de una esperanza. Porque Kurt tenía razón: el comportamiento humano no es razonable. Ni predecible. Ni siquiera satisfactorio. Josh no estaba allí a medianoche, ni la noche siguiente. Ni el día siguiente. Comprobé la cafetería a todas horas durante dos semanas, y mis recuerdos de felicidad se desintegraron al verme obligada a enfrentarme a la realidad. No había oído música. No había sentido la lluvia. Ni siquiera había visto a Abe.

Era como si esa noche no hubiera tenido lugar.

Busqué a Josh por Internet. Saqué su dirección de correo electrónico del anuario del año pasado; pero, cuando intenté enviarle una explicación-disculpa casual-amistosa (un e-mail que me llevó cuatro horas), el servidor me informó de que la cuenta estaba inactiva debido a la falta de uso.

A continuación, probé con las diferentes redes sociales. No llegué lejos. En realidad, yo no tengo ninguna cuenta, porque el tema de las redes sociales siempre me ha parecido

un concurso de popularidad. Un registro público de mis deficiencias. Lo único que encontré fue la misma foto en blanco y negro, una y otra vez, de Josh de pie junto al río Sena mirando con gesto sombrío hacia algún punto fijo a lo lejos. Debo confesar que ya la había visto antes. Josh llevaba meses usando esa fotografía en la red. Pero me resultaba demasiado patético registrarme en un sitio solo para convertirme en su supuesta amiga.

Así que entonces hice lo que me juré a mí misma que no haría nunca: busqué en Internet la dirección de su casa. Las oleadas de vergüenza que me envolvieron se pudieron percibir en los Estados vecinos. Pero fue durante este último paso previo a convertirme en una acosadora cuando di con la información que había estado buscando. La página web de su padre mostraba una fotografía de la familia saliendo de una terminal de aeropuerto en Washington. La habían sacado dos días después de nuestro encuentro en el Kismet, y el pie de foto explicaba que se quedarían en la capital hasta otoño. El senador tenía un aire imponente y satisfecho. Rebecca Wasserstein saludaba a la cámara, mostrando la típica sonrisa amplia de la esposa de un político.

¿Y el único hijo de la pareja?

Avanzaba tras ellos, con la cabeza gacha y el cuaderno de dibujo bajo el brazo. Pinché en la fotografía para agrandarla y mis ojos se clavaron en una pegatina azul con la forma de Estados Unidos.

«Yo estoy ahí. Yo estoy en ese cuaderno.»

Nunca llegué a ver mi dibujo. ¿Qué revelaría de mí? ¿Y de él? Me pregunté si él lo miraría alguna vez. Estuve preguntándomelo todo el verano.

Kurt sacude el picaporte de mi nueva puerta, lo que me hace regresar al presente, a Francia.

–Se atasca. Tienes que hacer que te lo arreglen.

–Cuanto más cambia algo, más se parece a lo mismo –cito.

Kurt frunce el ceño.

–Eso no tiene sentido. La puerta que tenías el año pasado funcionaba perfectamente.

–Da igual.

Suspiro. Tres meses es mucho tiempo. Toda la seguridad de la que me había armado para hablar con Josh había vuelto a convertirse en timidez y temor. Aunque Kurt acabara de verlo en el pasillo, tampoco habría salido de mi cuarto para hablar con él.

Kurt apoya el peso de su cuerpo contra la puerta, espera a oír el chasquido que indica que se ha cerrado y luego se deja caer a mi lado en la cama.

–Se supone que estas puertas se tienen que cerrar de forma automática. No debería haber podido entrar así sin más.

–Y sin embargo...

–Sigo haciéndolo –añade con una sonrisa.

–Aunque es raro, ¿no? –Mi voz refleja el mismo asombro que se ha apoderado de ella desde que llegamos hace dos días–. De quién solía ser esa puerta.

–Estadísticamente improbable. Pero no imposible.

Llevo toda la vida combatiendo las habilidades destruye-esperanzas de Kurt, así que su respuesta no me molesta. Sobre todo porque, a pesar de todo un verano de decepciones y callejones sin salida...

Yo, Isla Martin, estoy viviendo en el último lugar de residencia de Joshua Wasserstein.

Estas eran sus paredes. Este era su techo. Esa mancha negra del rodapié, justo encima del enchufe, probablemente la hiciera él. Durante el resto del curso, tendré la misma vista de la misma calle desde la misma ventana. Me sentaré en su silla, me bañaré en su ducha y dormiré en su cama.

Su cama.

Deslizo un dedo por las costuras de la colcha. Tiene bordado un mapa de Manhattan. Cuando estoy en Manhattan, duermo bajo una colcha con un mapa bordado de París. Pero bajo esta manta y bajo estas sábanas hay un lugar sagrado que una vez le perteneció a Josh. Él soñó aquí. Quiero que esto signifique algo.

Mi puerta vuelve a abrirse de golpe.

–Mi cuarto es más grande que el tuyo –dice Hattie–. Esto parece una celda.

Pues sí. Voy a tener que arreglar esa puerta.

–Es verdad –contesta Kurt, porque las habitaciones de la Résidence Lambert son como armarios–. Pero ¿cuántas compañeras te han asignado? ¿Dos? ¿Tres?

Este es el primer año de mi hermana en la SOAP: la School of America de París. Cuando yo estaba en primero, nuestra hermana mayor, Gen, estaba en el último curso. Ahora yo estoy en cuarto y Hattie es la novata. Ella se quedará en la residencia para los alumnos de primero y segundo situada calle abajo. Los alumnos que viven en Grivois tienen compañeros de cuarto, un montón de supervisión y toques de queda obligatorios.

Aquí en Lambert tenemos habitaciones individuales, un responsable de la Résidence y bastante más libertad.

Hattie fulmina a Kurt con la mirada.

–Por lo menos yo no tengo que esconderme de mis compañeras de cuarto.

–Imbécil –le espeta él.

El año pasado (cuando yo estaba en esta residencia y él seguía en Grivois), Kurt dormía con más frecuencia en mi cama que en la suya porque no se llevaba bien con sus compañeros. Pero a mí no me importaba. Llevábamos compartiendo la cama desde antes de aprender a hablar. Además, Kurt y yo somos estrictamente amigos. Entre nosotros no hay ni rastro de esa sandez de «es mi mejor amigo pero estamos enamorados en secreto». Mantener una relación con él resultaría incestuoso.

Hattie pone cara de pocos amigos.

–Todo el mundo está esperando en el vestíbulo para cenar. –Se refiere a los padres de Kurt y a los nuestros–. Daos prisa.

Da un portazo. La puerta vuelve a abrirse, pero mi hermana ya ha desaparecido. Me levanto de la cama de mala gana.

–Ojalá mis padres la hubieran enviado a un internado en Bélgica. Allí también hablan francés.

Kurt se incorpora.

–Es una broma, ¿no?

Sí, era una broma. Para mis padres es importante que mis hermanas y yo recibamos una parte de nuestra educación en Francia. Tenemos doble nacionalidad. Todas cursamos educación primaria en Estados Unidos y luego nos enviaron aquí para asistir al instituto. Pero es decisión nuestra adónde ir después. Gen eligió el Smith College en Massachusetts. Yo no estoy segura de dónde quiero vivir, aunque solicitaré plaza pronto tanto en la Sorbonne, aquí en París, como en Columbia, allá en Nueva York.

Kurt se sube la capucha de su sudadera gris oscuro favorita, a pesar de que fuera hace calor. Cojo la llave de la habitación y salimos. Kurt tiene que emplear ambas manos para conseguir cerrar la puerta.

–Te lo digo en serio. Tienes que hablar con Nate de eso –insiste mientras señala con la cabeza hacia el cuarto del encargado de nuestra Résidence, a solo dos puertas de distancia.

Vale. La antigua habitación de Josh tiene sus inconvenientes. Además, está situada en la planta baja, así que es ruidosa. Muy ruidosa, en realidad, puesto que también está junto a la escalera.

–Ahí lo tienes –anuncia Kurt.

Doy por hecho que se refiere a Nate, pero sigo su mirada y me paro en seco.

Es él.

Josh está esperando el ascensor en el vestíbulo. En menos de un segundo, todo un verano de fantasías y planes se reduce a cenizas. Cierro los ojos para calmarme. La cabeza me da vueltas. Mirarlo me provoca casi dolor físico.

–No puedo respirar.

–Pues claro que puedes respirar –repite Kurt–. Ahora mismo estás respirando.

Josh parece solo.

A ver, está solo, pero... parece solo. Lleva una bolsa de tela con comestibles y mantiene la mirada clavada en el ascensor, completamente ajeno a la multitud situada a su espalda. Kurt me lleva a rastras hacia el vestíbulo. La campanilla del ascensor suena, la puerta se abre y Josh empuja la anticuada reja. Una avalancha de alumnos y padres entra tras él (demasiada gente para un lugar tan pequeño) y, al pasar, lo veo estremecerse cuando lo empujan contra un rincón. Pero el estremecimiento es solo eso, un gesto rápido antes de volver a adoptar una expresión de indiferencia.

El gentío se empuja y aprieta botones y el padre de alguien consigue cerrar la reja; pero entonces ocurre algo extraño. Josh levanta la mirada por encima del mar de pasajeros y a través de la reja de metal. Y sus ojos pasan de ausentes a ver. Me ven.

La puerta del ascensor se cierra.

Capítulo cuatro

La directora del instituto está concluyendo su habitual discurso de bienvenida. Kurt y yo nos encontramos al fondo del patio, al abrigo de dos árboles podados con forma de piruletas gigantes. En el aire hay un ligero aroma a hierro. El colegio se yergue sobre nosotros: piedra gris, enredaderas colgantes y puertas pesadas. Nuestros compañeros se extienden ante nosotros.

Aquí hay veinticinco alumnos por curso (siempre cien alumnos en total) y los requisitos de admisión son muy estrictos. Debes contar con notas excelentes, buenos resultados en las pruebas de acceso y varias cartas de recomendación. También ayuda tener contactos. Gen entró porque *maman* conocía a alguien en la administración, yo entré gracias a Gen y Hattie gracias a mí. Es así de exclusivista.

También es caro. Tienes que pertenecer a una familia adinerada para asistir.

Cuando mi padre tenía solo diecinueve años, construyó un pedal de efectos para guitarristas llamado la «Bomba Cereza». Era rojo y revolucionario, y lo transformó del hijo de un granjero de Nebraska en un hombre muy rico. Se trata de uno de los pedales más imitados del mundo, pero los músicos todavía pagan un pastón por el original. Su empresa se llama Martintone y, aunque aún trastea con pedales, ahora que es adulto trabaja sobre todo como ingeniero de sonido en estudios de grabación.

–Una última cosa antes de concluir. –La voz de la directora refleja tanta compostura como su blanquísimo moño. Es estadounidense, pero podría pasar perfectamente por francesa.

Kurt estudia un mapa en su teléfono.

–He encontrado una ruta mejor para llegar a la Casa del Árbol.

–¿Ah, sí? ¿Después de tanto tiempo?

Examino el patio buscando a Josh. O bien se ha quedado dormido o ya está escaqueándose. He planeado mi atuendo con sumo cuidado porque este es el primer día en meses en el que sé que voy a verlo. Mi estilo tiende a ser bastante femenino y hoy llevo un vestido con lunares diminutos. Tiene el escote redondo y el dobladillo corto, lo

que me ayuda a parecer más alta; pero he añadido unos osados tacones para no tener un aire demasiado inocente o soso. No me imagino a Josh interesándose por una chica sosa.

No es que Josh vaya a interesarse nunca por mí.

Pero no me gustaría echar a perder cualquier posibilidad.

Aunque no tengo ninguna posibilidad.

Pero por si acaso la tengo.

Que no la tengo.

–Pero dejaré que os lo cuente él con sus propias palabras –añade la directora, prosiguiendo con una frase cuyo principio me he perdido.

A continuación, se aparta y una figura con la cabeza rapada da un paso al frente. Se trata de Nate, el encargado de nuestra Résidence. Este es su tercer año aquí. También es estadounidense, pero es joven, trabaja en su doctorado y tiene fama de no ser demasiado estricto con las normas pero lo bastante firme como para mantenernos controlados. La clase de persona que le cae bien a todo el mundo.

–Hola, chicos.

Nate se remueve como si se sintiera sumamente incómodo.

–Ha llegado a oídos del profesorado... –Le echa un vistazo a la directora y rectifica–. Ha llegado a mis oídos que la situación en Lambert se descontroló un poco el año pasado. Me refiero, por supuesto, a la costumbre de que haya alumnos de sexos opuestos en las habitaciones. Como sabéis, tenemos una estricta política...

Los alumnos se ríen por lo bajo.

–Tenemos una estricta política según la cual solo está permitido que chicos y chicas se visiten con las puertas abiertas.

–Isla. –Kurt suena molesto–. No estás mirando mi móvil.

Niego con la cabeza y le doy un codazo para que preste atención. Esto no pinta bien.

–Las cosas serán distintas este año para los alumnos de los últimos cursos. Voy a recordaros las normas... –Nate se frota la cabeza y espera a que los cuchicheos se detengan–. Uno: si hay un miembro del sexo opuesto en vuestro cuarto, la puerta debe permanecer abierta. Dos: los miembros del sexo opuesto deben marcharse de vuestros cuartos antes del anochecer siguiendo el horario para los días entre semana y los fines de semana que aparece en vuestro manual oficial del colegio. Esto quiere decir que, tres, nadie se quedará a pasar la noche en la habitación de nadie. ¿Entendido? Las

consecuencias de incumplir estas normas son graves, chicos. Castigo. Expulsión temporal. Expulsión definitiva.

–¿Vas a hacer inspecciones aleatorias de los cuartos o qué? –pregunta un alumno de último curso llamado Mike.

–Sí –contesta Nate.

–¡Eso es inconstitucional! –grita Dave, el colega de Mike.

–Pues qué suerte que estemos en Francia –suelta Nate. A continuación, retrocede hacia el profesorado reunido y se guarda las manos en los bolsillos. Es evidente que le molesta esta nueva complicación en su vida.

La multitud se disuelve tan bruscamente como ha concluido el anuncio y todo el mundo refunfuña mientras emprendemos el camino hacia la primera clase.

–Puede que eso no se aplique a nosotros –comento esperando convencerme a mí misma–. Nate sabe que solo somos amigos. ¿No debería haber excepciones para los amigos que no están interesados en el cuerpo del otro?

Kurt frunce la boca con fuerza.

–No dijo nada de excepciones.

Debido al curso de diferencia, la única hora que tenemos juntos es la del almuerzo. Me dirijo a mi clase de Lengua inglesa sola y ocupo mi asiento habitual junto a las ventanas de cristal emplomado. El aula parece igual (molduras de madera oscura, pizarras en blanco, sillas pegadas a los pupitres...), aunque todavía tiene esa sensación de vacío veraniego.

¿Dónde está Josh?

Tenemos los mismos *professeurs* para cada asignatura cada año. La *professeur* Cole llega como siempre, justo mientras suena el timbre. Habla muy fuerte para ser profesora y es una mujer simpática y accesible.

–*Bonjour à tous*. –La *professeur* Cole deja su taza de café sobre la mesa con un golpe seco y recorre el aula con la mirada–. Bien. No hay alumnos nuevos, así que no hacen falta presentaciones. Ah, *pardon*. –Hace una pausa–. Un pupitre vacío. ¿Quién falta?

La puerta se abre con un crujido a modo de respuesta.

–Monsieur Wasserstein. Cómo no. –Aunque le guiña un ojo mientras Josh ocupa el pupitre vacío junto a la puerta.

Parece cansado, aunque... incluso el cansancio le queda bien. Lleva una camiseta azul oscuro con una ilustración que no reconozco. Seguramente se trata de algo críptico del

mundillo del cómic *indie*. Le sienta bien (un tanto ajustada) y, cuando estira el brazo para alcanzar el libro de texto, la manga se le levanta unos centímetros dejando ver el tatuaje que lleva en el antebrazo derecho.

Me encanta su tatuaje.

Se trata de una calavera al estilo pirata con los dos huesos cruzados, aunque es un tatuaje enigmático, sencillo y nítido. Es evidente que lo diseñó él mismo. Se lo hizo cuando estábamos en segundo, a pesar de que en Francia los menores necesitan permiso paterno. Y dudo mucho que lo tuviera. Algo que, aunque me avergüence admitirlo, lo hace aún más sexy. El corazón me late desbocado en los oídos. Miro a mi alrededor, pero las otras chicas parecen tranquilas. ¿Por qué no tiene Josh el mismo efecto en ellas que en mí? ¿Es que acaso no lo ven?

La Professeur Cole nos hace colocar los pupitres en círculo. Es la única profesora que nos obliga a mirarnos durante la clase. Me siento de nuevo y, de pronto, el pupitre de Josh está frente al mío.

Bajo la cabeza de golpe. El pelo me oculta la cara. Nunca seré capaz de hablar con él de aquella noche en Nueva York.

A media clase, el chico situado a su lado hace una pregunta. La tentación es demasiado fuerte, así que aprovecho la oportunidad para echar otro vistazo. Josh levanta la vista de inmediato. Nuestras miradas se encuentran y me pongo colorada como un tomate. Mantengo la mirada apartada el resto de la hora, pero su presencia se vuelve cada vez más grande. Prácticamente puedo sentir la presión.

A pesar del hecho de que nuestro horario es, hasta ahora, idéntico (Lengua inglesa, Cálculo y Organización política), consigo evitarlo el resto de la mañana. Ayuda que a él se le dé tan bien desaparecer entre clases y llegar tarde a ellas. Incluso cuando la siguiente clase está literalmente al otro lado del pasillo. Cuando suena el timbre para ir a comer, me reconforta reencontrarme con Kurt. Tomamos la escalera trasera, la menos transitada. Es el Camino Correcto.

—¿Has hablado con él? —me pregunta.

Suelto un suspiro largo y triste.

—No.

—Ya. Típico de ti.

Kurt se pone a hablar de una alumna de primero de su clase de Programación. Una chica alta y serena que ya domina varios lenguajes de Internet (su tipo, sin duda), pero solo estoy prestándole atención a medias. Sé que es una tontería. Sé que hay cosas más importantes en las que pensar el primer día de clase, incluyendo lo que sea que me está contando mi mejor amigo. Pero Josh me gusta tanto que hasta me siento deprimida.

Aún no ha aparecido por la cafetería, y dudo que venga porque lo vi abriéndose paso entre la multitud en la dirección opuesta. Sus amigos se graduaron el año pasado. Todos ellos. Ojalá tuviera el coraje suficiente para invitarlo a sentarse con nosotros a nuestra mesa, aunque sus amigos eran mucho más guais que nosotros.

Además, Josh es distante. Intocable. Y nosotros no.

En la cola para pedir la comida, Mike Reynard (el chico de último curso que fue el primero en gritar durante el discurso de Nate) demuestra a qué me refiero cuando golpea a Kurt en la espalda con la bandeja. Un cuenco de sopa de cebolla derrama todo su contenido contra la parte posterior de su sudadera.

Mike finge una expresión de indignación.

–Mira por dónde vas, retrasado.

Kurt mantiene la mirada al frente, atónito. Una rebanada de pan cubierta de queso gruyer fundido cae de su espalda hasta el suelo con un *plaf*. Un aro de cebolla blandengue sigue el mismo rumbo sin hacer ruido.

Me pongo colorada.

–Gilipollas.

–Lo siento, no te oído bien –dice Mike.

Aunque me ha oído perfectamente. Se burla de mi voz suave. Alzo el tono.

–He dicho que eres un gilipollas.

Sonríe, mostrando una hilera de dientes con aparatos correctores.

–¿Ah, sí? ¿Y qué vas a hacer al respecto, cariño?

Aferro la brújula que me cuelga del collar. Nada. No voy a hacer nada, y él lo sabe. Kurt mete las manos en los bolsillos de la sudadera, que empiezan a temblar. Sé que está sacudiéndolas. Deja escapar un sonido bajo. Entrelazo mi brazo con el suyo y me lo llevo de allí, abandonando nuestras bandejas de comida. Finjo no ver las mofas de Mike y Dave ni oír sus risotadas de cretinos.

Una vez que llegamos al silencioso pasillo, Kurt entra corriendo en el baño para chicos. Me siento en un banco y oigo el tictac de un reloj dorado. Cuento los cristales

con forma de pera de las lámparas de araña que cuelgan del techo. Doy golpecitos con los tacones contra el suelo de mármol. Nuestro instituto es tan magnífico y ostentoso como todo en París, pero ojalá no estuviera lleno de estúpidos niños de papá. Sé que mi vida es igual de privilegiada, pero... no es lo mismo cuando estás en el último peldaño de la escala social.

Kurt reaparece. Lleva la sudadera hecha un ovillo en los brazos. Está húmeda de restregarla.

–¿Todo bien? –le pregunto.

Se muestra tranquilo, aunque todavía tiene el ceño fruncido.

–Ahora no puedo ponérmela hasta que esté limpia.

–No te preocupes. –Lo ayudo a meterla en su mochila–. Nos encargaremos justo después de clase.

La cola para comprar la comida está vacía.

–Tenía el presentimiento de que volveríais –nos dice el jovial y barrigón jefe de cocina con su marcado acento francés. Saca nuestras bandejas de detrás de la barra y nos las pasa–. Pastel de puerros para mademoiselle y un *croque-monsieur* para monsieur.

Me llena de gratitud este gesto de amabilidad.

–*Merci*, monsieur Boutin.

–Ese chico no es bueno. –Se refiere a Mike–. No os preocupéis por él.

Su preocupación resulta a la vez embarazosa y tranquilizadora. Monsieur Boutin pasa nuestras tarjetas de comedor por la máquina y luego Kurt y yo nos sentamos a nuestra mesa habitual en el rincón más apartado. Miro a mi alrededor. Como me imaginaba, Josh no está aquí, lo que probablemente sea bueno. Pero Hattie tampoco está. Lo que probablemente no lo sea.

Esta mañana la vi comerse un *mille-feuille* y (aunque no la culpo por querer empezar el día con un dulce) intenté detenerla. Me pareció que podría llevar almendras molidas espolvoreadas por encima, y es alérgica a los frutos secos. Pero mi hermana siempre tiene que llevarle la contraria a todo el mundo, incluso cuando se trata de una completa idiotez y puede poner su vida en peligro. Se supone que no debemos sacar los móviles en el instituto, así que le mando un mensaje a escondidas: «¿SIGUES VIVA?!».

No me contesta.

El día empeora. En Física, la *professeur* Wakefield nos empareja alfabéticamente con un compañero de laboratorio para el resto del curso. A mí me toca con Emily

Middlestone, que refunfuña al enterarse, porque ella es popular y yo no. A Sophie Vernet le toca con Josh.

Odio a Sophie Vernet.

En realidad, nunca me he parado a pensar en Sophie Vernet, y parece bastante simpática, pero ese es precisamente el problema.

Mis dos últimas clases son optativas. Me gustaría poder decir que voy a Historia del arte por mi propio provecho (no para tener más de lo que hablar hipotéticamente con Josh), pero sería mentira. Y me matriculé en Informática porque quedará mejor en mi expediente que La Vie, la clase a la que en realidad me gustaría poder ir. La Vie significa «vida», y en ella se supone que nos enseñan habilidades básicas para nuestra vida diaria. Sin embargo, todo el mundo la conoce como la única asignatura chupada del colegio. No me cabe ninguna duda de que ahí es donde está Josh en este momento.

La *professeur* Fontaine, la profesora de Informática, se detiene junto a mi pupitre mientras nos reparte los primeros deberes. Tiene la barbilla puntiaguda y una frente inmensa. Parece un triángulo.

–He conocido a tu hermana esta mañana.

Ni siquiera sabía que la *professeur* Fontaine me conociera a mí. Este instituto es demasiado pequeño. Intento mantener un tono despreocupado.

–¿Ah, sí?

Cuando la hermana en cuestión es Hattie, esa frase normalmente va seguida de algo desagradable.

–Estaba en la enfermería. Bastante malita.

«¡Hattie! Te lo advertí.»

La *professeur* Fontaine me asegura que mi hermana no está muriéndose, pero se niega a dejarme comprobarlo con mis propios ojos. Cuando suena el timbre que marca el final de las clases, le envío un rápido mensaje a Kurt informándole de que nos vemos luego, me dirijo a toda prisa al ala de administración, atravieso la puerta de madera con sus extravagantes tallados y...

Me quedo sin aliento.

Josh está repantingado en el sofá de la sala de espera. Tiene las piernas tan estiradas y tan pegadas al suelo que las ha metido debajo de la mesita de centro. Mantiene los brazos cruzados, pero enarca las cejas (quizá de manera involuntaria, para tratarse de alguien sentado con una pose de disgusto tan estudiada) al verme.

Mi respuesta es otro completo e intenso sonrojo. ¿Por qué no puedo tener una complexión normal? La genética es tan injusta... Me acerco rápidamente al mostrador y le pregunto en francés a la recepcionista por Hattie. Me hace un gesto con la mano en dirección al sofá sin levantar la vista. Un brazaletes con un colgante con una letra grabada tintinea suavemente en su muñeca.

No puedo moverme. Tengo un nudo en el estómago.

–Espera ahí –me indica, como si no hubiera entendido el gesto. Vuelve a agitar la mano y se oye otro tintineo.

«Moveos, pies. Vamos. ¡Moveos!»

Por fin me mira. Parece más molesta que preocupada. Mis pies se despegan del suelo y coloco uno delante del otro como si fuera una muñeca a cuerda hasta sentarme en el otro extremo del sofá. Del pequeño sofá. Minúsculo, más bien.

Josh ya no está reclinado. Se había incorporado mientras yo permanecía de espaldas y ahora está inclinado hacia delante con los codos apoyados en las rodillas. Mira al frente con la vista clavada en un óleo que representa a una Jeanne d'Arc con halo.

Ahora me resulta más incómodo ignorarlo que responder a su presencia. Busco el modo de iniciar una conversación, algo básico, pero tengo la garganta agarrotada. Su silencio confirma mis temores: que metí la pata en la cafetería, que me ayudó por pena, que nunca se relacionaría conmigo por voluntad propia y nunca más lo hará...

Se aclara la garganta.

Me parece una buena señal. Bien.

–¿Qué tal tu primer día? –le pregunto.

Una expresión rara se refleja en su cara. ¿Era una pregunta tonta? ¿Me hacía parecer su madre? Hattie siempre está acusándome de hablar como *maman*.

–Los he tenido mejores.

Señala con la cabeza hacia la puerta del despacho de la directora.

–Ah. –Pero entonces lo pillo–. ¡Ah! Lo siento. Yo he venido a ver a la enfermera, así que... supuse...

–No hay problema –me asegura. Y suena sincero.

Me pregunto por qué lo habrán llamado al despacho de la directora. ¿Por saltarse el discurso de bienvenida? ¿Por llegar tarde a clase? Parece exagerado castigarlo por eso el primer día. Genial, ahora llevamos callados veinte segundos por lo menos.

«Díselo. Díselo. ¡Díselo de una vez!»

–Oye –suelto–. Me da muchísima vergüenza lo que pasó en junio. Estaba tomando muchos medicamentos, y no recuerdo gran cosa de esa noche, pero estoy bastante segura de que me pagaste la cena, así que me gustaría devolvértelo. Y lo siento. Me refiero a haberme portado como una loca. Y gracias por acompañarme a casa. Y por pagarme la comida.

Espera hasta que termino de hablar.

–No te preocupes –repite.

Me siento idiota.

Pero Josh frunce el ceño como si él también se sintiera idiota. Se rasca la cabeza y, de alguna forma, consigue despeinarse el pelo corto.

–Quiero decir que... no te preocupes por eso. No tienes nada de lo que avergonzarte. Y no hace falta que me lo devuelvas, solo fueron un par de dólares.

Este es el momento. Justo ahora. Este es el momento de colocarle una mano en el brazo, inclinarme hacia él y decirle que lo mínimo que puedo hacer es invitarlo a comer para compensárselo. En cambio, solo lo pienso.

–¿Tienes algún problema? –me pregunta. Y luego hace otro gesto con la cara.

Tardo unos segundos en darme cuenta, pero es la tercera vez que dice la palabra «problema». Su turbación me proporciona más confianza.

–¿A qué te refieres?

–¿No has venido a ver a la enfermera?

–¡Ah! No, vengo a saber de mi hermana. Está enferma.

Parece confuso.

–¿Geneviève?

Estoy asombrada. Se acuerda de Gen, y recuerda que somos parientes. Sabe algo de mí. Niego con la cabeza.

–Mi hermana pequeña, Hattie. Es su primer día.

Hace una mueca.

–Eso tiene más sentido.

Noto que se reprocha su comportamiento. El cambio de papeles me resulta fascinante. De algún modo, he conseguido ponerlo nervioso.

–Bueno... ¿y qué tal los dientes? –me pregunta–. ¿Todo curado?

Sonrío, más bien para aliviar su incomodidad que la mía.

–Todo perfecto.

–Bien. Me alegra saberlo.

Bajo la vista hacia la alfombra, incapaz de sostenerle la mirada. El cuaderno de dibujo. Está justo ahí, asomando de su mochila. Es negro y tiene la pegatina azul. Sin duda es el mismo. Debería pedirle que me deje ver el dibujo. Solo tengo que... abrir la boca y preguntar. Una simple pregunta. ¡Solo es una miserable pregunta!

–Ya puedes ver a tu hermana –anuncia la recepcionista.

Doy un respingo.

–*Merci*. –Me pongo en pie rápidamente y cojo mi mochila–. Buena suerte –le digo a Josh, y me pongo nerviosa de nuevo. Simplemente porque se trata de él. Bajo a toda velocidad por el pasillo antes de que pueda contestar.

La puerta de la enfermería está abierta y Hattie me observa entrar desde una camilla forrada de papel. Se coloca el pelo corto e irregular detrás de las orejas como si se preparara para entrar en batalla.

Hago lo mismo con el mío, que es largo y ondulado.

–¿Cómo te sientes?

–¿Qué haces aquí? –repone con tono acusador.

–Quería asegurarme de que estabas bien. ¿Respiras con normalidad?

–No, estoy muriéndome y solo me quedan quince minutos de vida. Quiero un poni.

La enfermera entra desde una habitación contigua. Es baja como yo, pero más fuerte y corpulenta.

–¡Isla! Me alegro de verte, querida. Tu hermana nos ha dado un buen susto. Pero le hemos inyectado epinefrina y lleva descansando todo el día. Ya no tiene la garganta inflamada y vuelve a respirar con normalidad.

–Ya te dije que estaba bien –suelta Hattie.

Tengo ganas de gritar, pero pregunto con calma:

–¿*Maman* y papá lo saben?

–Están en un avión de regreso a Nueva York, idiota.

Aprieto la mandíbula.

–¿Vas a llamarlos luego?

–¿Para qué si seguro que vas a hacerlo tú?

La enfermera interviene.

–El colegio llamará a vuestros padres esta noche.

Nos mira con incomodidad, primero a una y luego a la otra, sin duda preguntándose cómo tres hermanas con un aspecto tan parecido pueden ser tan diferentes. Todas tenemos la misma piel pálida y el pelo rojo intenso; pero Gen es ambiciosa, Hattie es el espíritu de la contradicción y yo soy... la tranquila. La que nunca causa problemas.

–¿Puede volver a su cuarto? –pregunto.

Hattie se pone hecha un basilisco.

–Por el amor de Dios, Isla.

–¿Qué pasa?

–¡Deja de comportarte como si fueras mi puñetera madre!

Su acusación favorita me golpea con una fuerza inesperada. El grito resuena en la sala. Parpadeo para contener las lágrimas mientras me vuelvo hacia la enfermera.

–Lo... lo siento.

–No pasa nada. –Pero sigo notando recelo en su mirada–. Hattie, ya casi tengo listo el papeleo. Podrás marcharte en un momento.

También es la señal para que yo me vaya. Me dirijo rápidamente a la salida, con la cabeza gacha, y paso por delante de Josh, que sigue en la sala de espera. Estoy segura de que lo ha oído todo. Casi he salido como una exhalación por la puerta cuando dice en voz alta y clara:

–Tu hermana es un poco bruja, ¿no?

Me paro en seco.

Mi amor por él se cuadriplica.

Cuando me giro, hace una mueca.

–No debería haber dicho eso.

–¡No! –exclamo demasiado rápido–. Tienes razón. Gracias –añado por si acaso.

Josh sonrío. Una amplia sonrisa de alivio que le crea unos hoyuelos que rara vez hacen acto de presencia. Podría vivir el resto de mi vida en esos hoyuelos.

–¿Te... eh...? –farfulla, pero no creo que tuviera pensada una pregunta siquiera.

Ladeo la cabeza.

La puerta de la directora se abre y ambos damos un respingo. La directora se asoma y dice:

–Monsieur Wasserstein. ¿Ya han pasado tres meses? Es como si no te hubieras ido. – Pero su voz tiene un tono desenfadado, casi de diversión–. Entra.

La expresión de Josh recupera aquella conocida vacuidad. Se pone en pie despacio y se cuelga la mochila al hombro. Antes de desaparecer dentro del despacho, me dedica una última mirada. No puedo leer su expresión. La directora sigue su mirada y me descubre junto a la salida.

–Isla. –Parece sorprendida–. ¿Tu hermana ya se siente mejor?

Asiento con la cabeza.

–Bien. Bien –repite.

Está haciendo tiempo mientras busca algo en mi cara, pero no sé el qué. Espero que Josh no esté en un lío. Le echo un vistazo a la puerta del despacho. Cuando vuelvo a mirarla, la directora tiene el ceño fruncido como si hubiera encontrado un problema.

Capítulo cinco

Los siguientes días me resultan completamente desconcertantes.

Josh sabe que existo.

Cada vez que entra en una habitación, una inconfundible masa de energía caótica entra con él. Electrifica el aire que nos separa. Bulle y susurra. Y cada vez que nos rendimos (cada vez que nuestras miradas se encuentran con un fognazo de nervios), una descarga me recorre todo el cuerpo. Me siento crispada. Ansiosa. Descolocada.

Y entonces... pierdo la conexión. Sus señales se apagan.

No entiendo qué está pasando.

En Cálculo y Física estamos separados por orden alfabético. En Lengua debemos permanecer donde nos sentamos el primer día, en lados opuestos del círculo. Pero nuestro profesor de Organización política ha esperado hasta hoy, jueves, para repartir la hoja de distribución de asientos. Josh ha llegado tarde, ha visto que estaban pasándola y se ha sentado a mi lado. Así sin más.

Todavía no ha dicho ni pío.

El *professeur* Hansen se pasea por la parte delantera del aula, gesticulando frenéticamente, mientras nos habla de la Declaración de Independencia de Estados Unidos y la *Déclaration des droits de l'homme et du citoyen* francesa. Josh y yo estamos sentados al fondo. Cuando abre la mochila, entreveo su cuaderno de dibujo; pero lo que saca es una libreta barata con espiral. En el pasado, lo he visto crear elaboradas ilustraciones relacionadas con nuestro temario, pero hoy su obra es abstracta. Densos diseños y agrupamientos y espirales y...

Se me escapa una suave, e involuntaria, exclamación al reconocerlo.

Josh levanta la cabeza de golpe.

Mi primer impulso es fingir que otra cosa me ha provocado esa reacción. Pero lo contengo.

—Un poco presuntuoso, ¿no? —susurro, y me entusiasma haber encontrado una frase original.

Abre los ojos de par en par. Pero entonces sonrío y escribo con esmero las palabras «¡TE PILLÉ!» bajo el dibujo de un nudoso y espinoso árbol de Josué.² Suelto una carcajada que transformo en una tos. El *professeur* Hansen me mira, pero no le da mayor importancia. Por los pelos.

Josh pasa la página y dibuja a nuestro profesor. Una versión diminuta con el pelo suelto y cierto aire de locura. Las cabezas de nuestros compañeros de aula empiezan a llenar al espacio a su alrededor. Mike y su estúpido amigote, Dave; la esnob de mi pareja de laboratorio, Emily y... Sanjita Devi. Que antes era amiga mía. Y ahora es amiga de Emily.

Josh le dedica a Sanjita su propia página. La viste con una armadura sin guantes. La armadura es tan reluciente como las uñas que quedan a la vista, pero ella mantiene la mirada baja, como si tuviera miedo de que podamos ver a través del acero lo que hay realmente debajo.

El dibujo me provoca escalofríos. Josh lo inclina hacia mí para saber qué opino.

–Guau –murmuro–. Sí.

El *professeur* Hansen no lo oye, pero Sanjita se vuelve en el asiento para fulminarme con la mirada. Se queda boquiabierta de sorpresa. Poca gente sabe lo de mi enamoramiento, pero ella es una de esas personas. Por el rabillo del ojo veo a Josh volver la página discretamente. Le sostengo la mirada a Sanjita. Ella cede, dando la batalla por perdida. Me aferro el colgante en busca de consuelo.

Un momento después, Josh estira el brazo por el pasillo. Me hace una señal con el dedo. Mantengo la brújula en alto sujetando la larga y antigua cadena. Josh se inclina para agarrarla y me roza la mano sin querer. ¿O... no ha sido sin querer? Sostiene la brújula en la palma de la mano, estudiándola, con la cabeza a unos centímetros de la mía y... cítricos. El olor de su champú. Naranjas, puede que mandarinas.

–Ejem.

Damos un respingo y Josh deja caer el colgante, que choca contra mi pecho con un audible *pum*. El *professeur* Hansen nos ha sorprendido por la espalda. Los otros alumnos, que han presenciado la escena, se ríen. Siempre resulta divertido cuando pillan a alguien que no está prestando atención. Salvo cuando esa persona eres tú. Da un golpecito con aire cómico en el respaldo de la silla de Josh.

–Por muy fascinante que sea el collar de mademoiselle Martin, le aseguro que es mucho más probable que en el examen de la próxima semana salgan las ideas filosóficas

de Rousseau.

–Sí, señor. –Josh parece arrepentido, pero no perturbado.

–En cuanto a usted... –El *professeur* Hansen golpea mi pupitre con el puño, lo que provoca más risas–. Puede aspirar a más –añade haciendo un gesto en dirección a Josh.

Me hundo en el fondo del asiento. Están esperando a que responda. Toda la clase está esperando.

–Sí, lo sé. –Josh pone cara de póquer–. Esta chica es una mala influencia para mí.

Incluso el *professeur* se ríe de eso. Satisfecho, se sube las gafas por el puente de la nariz y retoma la lección. No aparto la vista de él el resto de la hora. Cuando suena el timbre, Josh me pasa una hoja de su libreta. Ha dibujado mi brújula a la perfección, incluyendo la filigrana de la aguja. Debajo ha escrito: «¿POR QUÉ SE LA PONE TODOS LOS DÍAS?».

Me quedo de piedra.

Guardo la hoja bajo la tapa de mi libro de texto y procuro hacer como si nada mientras intento contener la emoción de poseer algo que ha hecho él. Y el asombro de que se hubiera fijado. Mientras me dirijo a la salida, lo miro por encima del hombro con una sonrisa. Espero que parezca insinuante.

–La llevo para no perderme, evidentemente.

–¿Y eso ocurre con frecuencia? –me pregunta.

Hay un atasco en la puerta. Josh está justo detrás de mí y, cuando giro la cabeza para responder, veo su sonrisa torcida (definitivamente insinuante) y ya no consigo recordar cómo me llamo, qué día es ni siquiera en qué planeta vivo.

–Estoy aquí –me llama Kurt.

No solo sigo mirando a Josh, sino que he empezado a caminar en la dirección equivocada por el pasillo. Me siento estúpida y el sonrojo es inmediato. Agacho la cabeza y vuelvo sobre mis pasos.

Sorprendentemente, Josh me sigue.

–Vamos a la cafetería –le informa Kurt–. Tú nunca vas. ¿Dónde comes? –Parece un interrogatorio.

La sonrisa de Josh flaquea.

–Pues... en mi cuarto. Normalmente. Aunque no siempre.

–Van a castigarte. No se nos permite salir del campus en horas lectivas.

La sonrisa de Josh desaparece por completo.

–Deberías acompañarnos algún día. –Lo digo rápido, porque me da corte el comportamiento de Kurt. Es tan inflexible... Y torpe socialmente. Pero al instante me invade la vergüenza por esos pensamientos traidores–. O ahora. O cuando quieras.

Como si yo fuera menos torpe.

Mi mejor amigo frunce el ceño. No es que no le caiga bien Josh, pero esta invitación supondría un cambio en nuestra rutina, y Kurt es un animal de costumbres.

Por desgracia, Josh ve el gesto. Se cruza de brazos (todo su cuerpo desprende incomodidad) y se vuelve hacia mí.

–Sí, tal vez. Algún día.

Se me hiela la sangre.

Sébastien.

Fue mi primer, último y único novio. Asiste a otro instituto cercano. Estuvimos saliendo el invierno pasado, y pensaba que era un tío decente hasta que le presenté a Kurt. Sébastien se sentía incómodo cuando estaba con Kurt. Lo que lo volvía agresivo, lo que intensificaba los hábitos nerviosos de Kurt, lo que volvía cruel a Sébastien. Lo que me hizo cortar con él.

Josh sabe que Kurt padece autismo de alto funcionamiento. Aquí todo el mundo lo sabe. Cuando un desconocido malinterpreta el comportamiento de Kurt por grosería y reacciona mal, normalmente puedo perdonarlo. Pero cuando alguien que lo conoce ni siquiera quiere intentar comprenderlo...

No. Eso no puedo perdonarlo.

Se me cae el alma a los pies.

–Vale. Gracias por el dibujo.

Kurt se baja la capucha de la sudadera, que habíamos lavado la tarde del incidente con la sopa y ya no estaba manchada, y el pelo se le dispara en todas direcciones.

–¿Por fin has visto tu retrato? ¿El del verano?

Miro a Josh, que retrocede un paso.

–No –le digo a Kurt–. Es un dibujo que ha hecho en clase. Hace un momento.

Josh se frota un lado del cuello.

–Debería irme.

–Pero yo quiero ver el retrato que te hizo. –Kurt se vuelve hacia Josh (ambos son altos, más o menos de la misma altura, aunque Kurt es más ancho) y lo mira con intensidad–. ¿Lo tienes?

–N... no –balbucea Josh–. No, lo siento. No lo tengo.

–Bueno, no pasa nada. Puede que en otro momento –digo, y aprieto los labios.

Josh se cruza de brazos de nuevo y se le tensan los músculos.

–Es que no tengo ese cuaderno aquí. En Francia. Eso es todo. Si no, os lo enseñaría.

Y, acto seguido, se marcha a toda prisa. Lo observamos hasta que se pierde de vista.

–¿Eso ha sido raro? –pregunta Kurt–. A mí me ha parecido raro.

–Sí. Ha sido raro.

Pero esa no era la definición adecuada. Había sido un momento de verdad enterrado dentro de una mentira. Yo había visto el cuaderno en cuestión hacía menos de una hora. Josh quería alejarse de nosotros. O, más bien, quería alejarse de Kurt. Siento una opresión en el pecho. Es una sensación repentina y dolorosa, pero reprimo las lágrimas. No quiero tener que dar explicaciones.

Después del almuerzo, retomo el hábito de no mirar a Josh. Ahora es más fácil.

Pero no es sencillo.

Creo que le gusto. Ni siquiera sé cómo es posible, pero de lo que estoy segura es de que ya no importa. No puede importar. En Física, siento su mirada: un hilo delicado y fino como una telaraña que tira con suavidad de mi nuca. Me imagino que lo corto con unas tijeras afiladas. No sé si intentará hablar conmigo después de clase, ni qué debería decirle si lo hace. En cuanto suena el timbre, salgo disparada.

Josh no está en el instituto al día siguiente. No sé por qué.

No veo a Josh durante el fin de semana. Saco su dibujo del libro de Organización política y lo coloco con cuidado en el primer cajón de mi escritorio. Abro el cajón. Lo cierro. Lo abro. Lo cierro. Lo abro, lo toco, lo venero.

Lo cierro de golpe y me siento tremendamente desleal a Kurt.

Lo abro otra vez.

Josh regresa el lunes. En clase de Lengua, lo noto mirándome continuamente. Cuando por fin levanto la vista y miro hacia el otro lado del círculo, me dedica una sonrisa tierna.

Ay, me derrito.

El resto del día está lleno de pequeños momentos como este. Otra cálida sonrisa aquí, un amistoso saludo con la mano allá. Algo ha cambiado... pero ¿el qué? El martes me

pregunta si he leído lo último de Joann Sfar. Todavía no he podido, pero me asombra que se acuerde de nuestra conversación unilateral en primero. Y, entonces, desaparece de nuevo.

Miércoles.

Jueves.

Viernes.

¿Dónde está?

Capítulo seis

Un anciano con un piano hecho polvo está tocando *La vie en rose* en la calle debajo de mi ventana. Lo lleva de un lado a otro por esta parte de la ciudad, de una esquina a otra, pero nunca he visto cómo lo traslada. Es viernes por la tarde y la música aguda y entrecortada crea un extraño contraste con la dura e impactante autobiografía que estoy leyendo sobre un naufragio.

Oigo dos golpes en la puerta.

–Abre de una patada –grito desde la cama–. Todavía no me la han arreglado.

Paso la página del libro y la puerta se abre con suavidad, sin la patada. Levanto la vista. Me quedo atónita y me levanto de la cama a toda prisa.

–Lo siento. Pensaba que eras...

–Kurt –concluye Josh.

–Sí.

Nos quedamos mirando.

Madre mía, qué guapo es. Parece que acaba de ducharse y da la impresión de que ha elegido la ropa con más cuidado del habitual. Tras su atuendo norteamericano informal, puedo detectar su toque de artista. Las camisetas y los vaqueros le sientan a la perfección, usa los colores adecuados, los zapatos adecuados, el cinturón adecuado... Es algo sutil. Pero no se pone lo primero que encuentra.

–¿Cómo sabías que este era mi cuarto? –le pregunto al fin.

–Te vi entrar aquí el otro día mientras esperaba el ascensor. Me llamó la atención, porque... era el mío.

Josh recorre la habitación con la mirada, examinándolo todo. Esto debe de resultarle extraño.

Para mí lo es.

Junto con la colcha de Manhattan, mi cama cuenta con montañas de cojines blandos y mantas calentitas. He conseguido meter en el cuarto una estrecha y antigua estantería que

está abarrotada de libros de aventuras de toda clase: novelas, obras de no ficción, cómics...

Tengo una lámpara de cristal curva, cortinas de encaje fino y, en lugar de pósteres, en las paredes he colgados fulares y joyas. El armario está atiborrado de ropa y he colocado otra cómoda encima de la del colegio. Un despliegue de productos de higiene bordea el diminuto lavamanos y la ducha igual de minúscula. El escritorio está organizado con rincones especiales para los deberes, y los bolígrafos, lápices y subrayadores están dispuestos como si fueran ramos en lapiceros a juego.

–Ya lo sabía –admito–. Que era el tuyo.

Josh enarca las cejas.

–¿Por qué no habías dicho nada?

Simplemente me encojo de hombros, pero él asiente con la cabeza como si lo entendiera. Y creo que es así. Se guarda las manos en los bolsillos, nervioso e inseguro.

–Sigues en el pasillo. –Niego con la cabeza–. Pasa.

Entra y la puerta se cierra a su espalda.

–¡Cuidado! –Cojo un libro de texto y lo meto debajo para mantenerla abierta–. Nate está aplicando las nuevas normas, ya sabes.

Me siento idiota de inmediato. Pero Josh parece confundido, y caigo en la cuenta de que no entiende de lo que le estoy hablando porque se saltó el discurso de Nate. Lo pongo al día.

–Y no quiero meterme en líos –añado–. Porque podría no dejar entrar más a Kurt, y ya nos ha pillado una vez.

Ocurrió el segundo día durante una revisión de habitaciones. Nos libramos con una advertencia, pero desde entonces hemos pasado la mayor parte de las tardes en la Casa del Árbol, nuestro refugio secreto al otro lado del río.

Josh se frota la nuca.

–Ya. Claro.

«Quiere marcharse.»

El pánico se apodera de mí. No entiendo por qué está aquí, pero sé que se me partirá el corazón si se va. Señalo la silla del escritorio. Apenas puedo contener un suspiro de alivio cuando acepta la invitación. Me siento frente a él en el borde de la cama. Me aliso la falda arrugada. Me miro las uñas de los pies pintadas en tono coral.

–Tú haces que se vea más bonito –dice por fin–. El cuarto, digo. El mío siempre acaba todo revuelto.

Me coloco un mechón de pelo detrás de la oreja, luego bajo la mirada y el mechón vuelve a escapar.

–Gracias.

Me obligo a mirarlo a los ojos. Avellana. Se me hace un nudo en el estómago.

–Mi madre es escarpatista. Siempre está diciéndome que los sitios pequeños también pueden ser bonitos –digo.

–Es difícil encontrar algo más pequeño que estos cuartos.

–¿Sabes esos extravagantes montajes navideños en los grandes almacenes que la gente hace cola para ver? Ella se encarga de los de Bergdorf Goodman.

–Qué pasada. –Se inclina hacia delante, impresionado–. Tu madre es francesa, ¿verdad?

El corazón se me acelera como cada vez que Josh recuerda algo sobre mí.

–Sí. Empezó a trabajar aquí, se mudó allá porque le ofrecieron unas prácticas mejores, conoció a mi padre y... se quedó.

Josh sonrío.

–Qué romántico.

–¿Cómo se conocieron tus padres?

–En la facultad de derecho. En Yale. Una historia aburrida.

–Estoy segura de que para ellos no es aburrida.

Se ríe, pero yo me quedo seria.

–¿Dónde has estado toda la semana? ¿Estabas enfermo?

–No. Estoy bien. –Vuelve a echarse hacia atrás y su expresión se torna impenetrable–.

Es Sucot.

«¿Su... qué?»

–¿Cómo?

–Es una festividad judía.

El sonrojo de humillación es inmediato. Dios mío.

–No volveré a clase hasta el próximo jueves –continúa.

Busco algo inteligente que decir, algo que haya aprendido al vivir en Nueva York, pero tengo la mente en blanco. Sucot. La gente no libra durante esa festividad, ¿no? No

puede ser. A medida que arrugo el ceño, los ojos de Josh se iluminan. Parecen... casi ilusionados. Niega con la cabeza como si le hubiera formulado la pregunta en voz alta.

–No. La mayoría de los judíos norteamericanos no libra. Y, si lo hacen, es solo los dos primeros días.

–Pero ¿tú te tomas una semana entera?

–También falté el viernes pasado, aunque el Yom Kippur no empezaba hasta el atardecer. Y lo mismo el día antes de Sucot.

–Pero... ¿por qué?

Se inclina hacia delante.

–Porque tú eres la primera persona que lo pone en duda.

No estoy segura de qué me asombra más: el engaño o que me distinga de los demás. Dejo escapar una carcajada, pero incluso yo noto un toque de aprensión en mi voz.

–¿Y exactamente cuántos festivos planeas faltar?

Sonríe de oreja a oreja.

–Todos.

–¿Y crees que te saldrás con la tuya?

–Ya lo hice el año pasado. Como aquí soy el único alumno judío, el colegio se siente incómodo poniendo en duda mis prácticas religiosas.

Me río, pero esta vez es de verdad.

–Vas a ir al infierno.

–Pues menos mal que no creo en el infierno.

–Ya. Cosa de judíos.

–Más bien cosa de ateos. –Josh advierte mi sorpresa y añade con aire de secretismo–: No se lo digas a la prensa. Mi padre no puede permitirse el lujo de perder el voto judío.

Pero pone los ojos en blanco al decirlo.

–¿Tu padre tampoco es practicante?

–No, él sí. Tanto él como mi madre. Van al templo dos veces al año y ya consideran que han cumplido. Pero en temas de política y prensa nunca se es demasiado precavido.

Su tono sugiere que está repitiendo algo que le han dicho un millón de veces, como mínimo.

Me quedo callada un momento. Y luego decido ahondar en el tema un poco más.

–Tu padre se presenta a la reelección este año. Debe de ser raro.

–En realidad, no. En nuestra casa siempre hay algo por lo que hacer campaña. Es un rollo, pero nada del otro mundo.

Me esperaba esta reacción. Siempre he supuesto que esa actitud sombría (la que desafía las normas y manipula el sistema, la que lleva tatuada en la piel del brazo) tiene algo que ver con sus padres. Pero soy lo bastante sensata como para no seguir haciéndole preguntas. Kurt me ha proporcionado práctica y paciencia para conseguir que alguien se abra. Por eso, también se me da bien cambiar de tema.

–¿Sabes qué? –bromeo–. Todavía no me has dicho qué haces aquí. ¿Ibas... de paso? ¿O querías presumir de que te has librado de una semana de clase?

–Ah, sí, es verdad. –Josh suelta una especie de carcajada y mira por la ventana–. Simplemente me preguntaba si te apetecería ir a dar una vuelta.

Madre.

Mía.

–Voy a ir a Album –continúa, refiriéndose a una tienda de cómics que hay cerca–. Y, como estuvimos hablando de lo nuevo de Sfar, se me ocurrió que si no estabas ocupada a lo mejor querías venir.

Oh...

El corazón se me va a salir por la boca. Josh, no le hagas eso a una dama. Sigo aferrando el libro sobre el naufragio, así que lo suelto para limpiarme las manos sudorosas.

–Claro. He quedado con Kurt dentro de dos horas para cenar, pero sí. Claro.

Al oírme mencionar a Kurt, Josh se estremece ligeramente. Lo que me hace estremecer a mí. Pero entonces, como si hubiera estado esperando a que se presentara la oportunidad, se estira y toma el libro. Lee la contraportada. Y lo sostiene en alto enarcando una ceja.

–Me gustan las historias de aventuras. Sobre todo si hay algún tipo de desastre de por medio.

La ceja continúa levantada. Me río.

–También leo libros con finales felices.

Josh señala la estantería.

–Lees un montón.

–Es más seguro que embarcarse en una aventura de verdad.

Ahora le toca a él reírse.

–Puede.

Solo a mí se me ocurriría admitir que soy una cobarde delante del chico por el que llevo colada tanto tiempo. Me pongo en pie de un salto, muerta de vergüenza.

–Hablando de aventuras...

Josh me observa sacar unas sandalias con plataforma de debajo de la cama. Giro la cabeza para sonreírle y lo sorprendo apartando los ojos a toda velocidad de mi escote y posándolos en el techo. Los cierra como si se maldijera para sus adentros. Se me acelera el pulso, pero finjo no haberme dado cuenta. Me pongo los zapatos.

–¿Listo?

Asiente con la cabeza sin mirarme. Cojo el bolso y nos dirigimos a la puerta. Josh saca el libro de texto, lo empuja por el suelo y cierra la puerta tras nosotros.

Se abre sola.

Josh da otro portazo.

Se abre.

La cierro de golpe mientras giro el picaporte de una forma concreta. Nos quedamos mirándola. Permanece cerrada.

–Lo siento. Mi puerta es una birria.

–Esto... En realidad... –Josh vuelve a meterse las manos en los bolsillos. Encorva tanto los hombros que casi le llegan a las orejas mientras nos dirigimos a la salida–. Debería ser yo el que se disculpara. Es culpa mía que tu puerta sea una birria.

–¿Ah, sí? –No sé por qué, pero esta noticia me entusiasma–. ¿Qué le hiciste?

Me mira de reojo.

–Puede que le diera una patada.

–¿A propósito?

–Sí.

–¿Estabas enfadado?

–No. –Su cara es un poema–. Fue por una estupidez.

–Oh, vamos. No puedes dejarme con la intriga.

Josh refunfuña de buen talante.

–Vale. Le di una patada a la cerradura el invierno pasado para romperla y que así mi exnovia (bueno, en aquel momento todavía era mi novia) pudiera entrar y salir cuando quisiera. Y, antes de que lo preguntes, sí, primero intenté conseguir una copia de la llave.

No puedo contener una carcajada.

–Eso es... bastante ingenioso. Kurt y yo simplemente nos intercambiamos las llaves. A veces me olvido de recuperar la mía y no puedo entrar en mi propio cuarto. Bueno. Solía. Curiosamente, este año no me ha pasado.

Se ríe mientras sostiene la puerta principal abierta para que yo pase.

–Esta vez has empleado las manos –comento–. Qué novedad.

En ese preciso instante, hace una mueca y se mira la mano derecha. Pero se trata de un gesto de auténtico dolor. Se me borra la sonrisa.

–¿Estás bien?

–No es nada. –Pero mi expresión debe de demostrar con tanta claridad que no me lo trago que se ríe–. Estoy bien, en serio. Es que he estado dibujando más de lo habitual...

–¿Por las vacaciones?

–Exacto. –Sonríe–. No es más que una ligera tendinitis.

–¿Tendinitis? ¿No se supone que hay que ser viejo para tener eso?

Josh echa un vistazo por encima del hombro.

–¿Me guardas un secreto? –Baja la voz–. Tienes que prometerme que no se lo contarás a nadie, ¿vale?

–Vale.

–Tengo ochenta y siete años. Tengo las manos fatal, pero la piel estupenda.

Me echo a reír.

–Los científicos deberían estudiarte.

–¿Por qué crees que he venido a Francia? Porque aquí están las mejores universidades del mundo especializadas en dermatología. Ese es el auténtico motivo.

Su expresión seria solo consigue que me ría con más fuerza. Me mira de reojo, satisfecho, y luego sonríe para sí. Cruzamos la estrecha calle. De alguna forma, nuestros pasos se sincronizan a pesar de la diferencia de altura. Todo su cuerpo es esbelto y hermoso. Quiero entrelazar los dedos con los suyos, que son largos y bellos. Quiero hundir la nariz contra su largo y precioso cuello.

Josh está completamente concentrado en los adoquines.

Está pasando algo entre nosotros. ¿Es amistad? No lo parece, pero es posible que solo esté proyectando mis propios deseos. Y me avergüenza incluso pensar en él de ese modo después de lo que ocurrió la semana pasada. Pero no estoy usando la cabeza, sino el corazón. Se supone que la gente no cambia, pero... yo nunca me he creído eso. Quizá

Josh podría aprender a apreciar a Kurt. Quizá malinterpreté su reacción. Pudo haber muchos motivos para que quisiera huir de Kurt tan rápido.

–Bueno, cuenta. ¿En qué estás trabajando?

–Ay, Dios. –Se frota el cuello. Este parece ser el gesto que utiliza con más frecuencia cuando se siente incómodo–. Siempre me da un poco de corte contárselo a alguien nuevo.

–¿De qué se trata? Prometo no reírme.

–Eso dices ahora. –Hace una mueca y clava la mirada en la maraña de bicicletas y escúteres que hay aparcados a lo largo de la calle–. Estoy haciendo una novela gráfica sobre mi vida aquí en el instituto. Supongo que es una especie de autobiografía gráfica. No hay una forma de denominarla que me haga parecer menos egocéntrico. Por desgracia.

Así que es verdad.

–¿Es muy larga?

–Pues... unas trescientas páginas. Hasta el momento.

Me quedo boquiabierta. Literalmente.

–Es que me gusto mucho.

–No hace falta que bromees. –Niego con la cabeza–. Es asombroso. Yo, desde luego, nunca he hecho nada parecido.

–Bueno, todavía no he terminado. Me queda otro curso.

La inmensa cúpula blanca del Panthéon aparece ante nosotros, iluminada como un faro. Vivimos en la margen izquierda del Sena, al final del Barrio Latino, junto al extremo de un barrio residencial. Es un lugar tranquilo, aunque (como hay varios colegios más por las inmediaciones) hay bastante ruido durante el día. Pero es magnífico al atardecer. A veces me olvido de la suerte que tengo de vivir aquí.

–¿Siempre te ha apasionado tanto dibujar? Es decir, a muchos niños les gusta, pero luego es casi como si nos enseñaran a dejarlo de lado. –Levanto la vista hacia él–. Tú nunca lo dejaste, ¿verdad?

–Nunca. –Josh por fin me mira a los ojos, pero su expresión se ha vuelto traviesa. Señala mi colgante–. Cuéntame la verdadera historia.

Me detengo.

–Esta vez, prueba a darle la vuelta.

–¿Eh?

Sonrío y sostengo el colgante por la cadena. Josh agarra la brújula, la gira hacia la luz y lee la inscripción del dorso: primero en silencio y luego en voz alta. Su voz es profunda y clara, pero apenas audible.

–Isla. Ojalá encuentres siempre el Camino Correcto. Te quiero, Kurt.

–Es el único regalo sentimental que me ha hecho. Sospecho que su madre lo ayudó, pero da igual. Lo obsesionan los mapas y las indicaciones y encontrar la mejor ruta. Pero me gusta que las palabras tengan más de un significado.

Me devuelve la brújula.

–Es preciosa.

Se vuelve meditabundo mientras subimos por la rue Saint-Jacques. Tal vez está reconsiderando su opinión sobre Kurt. Tiene que haber alguna forma de abordar el tema. Y la encontraré. Una sirena pasa con su estridente *nino-nino*, pero solo consigue realzar el silencio que se hace de nuevo entre nosotros. Me siento aliviada cuando entramos en un bullicioso barrio comercial.

Album es una franquicia, pero esta ubicación en concreto está dividida en dos tiendas situadas a ambos lados de un cruce concurrido. Una vende importaciones y figuritas del estilo de los superhéroes norteamericanos. La otra se centra en libros franco-belgas llamados *les BD: les bandes dessinées*. Los cómics franceses suelen tener mejor presentación que sus homólogos norteamericanos. Son de tapa dura, más altos y usan papel más satinado. Cubren un rango de historias más amplio y, por ello, también tienen un público más numeroso. Aquí hay tiendas de cómics por todas partes y no es raro encontrar hombres y mujeres de negocios recorriendo los pasillos con sus caros trajes de alta costura.

Sin tener que discutirlo siquiera, Josh y yo entramos en el local con *les BD*. Nos recibe el maravilloso aroma del texto recién impreso y un hombre tirando a joven con la barba recortada nos dedica un afable *salut* desde detrás del mostrador. Le devuelvo el saludo con un gesto de la cabeza.

–Isla.

Me sorprende oír a Josh pronunciar mi nombre. Cuando me vuelvo, levanta un libro del borde de la primera mesa expositora. Se trata de lo nuevo de Sfar, por supuesto. Lo cojo y al abrirlo oigo el delicioso crujido de un lomo duro al que ponen a prueba por primera vez. Me entusiasma descubrir que es una de sus obras de *fantastique*: las páginas están llenas de bosques, monstruos, espadas, reyes y amor. Aventura.

–¿Sí? –me pregunta Josh.

Le dedico una sonrisa radiante.

–Sí.

Parece feliz, y luego triste, y después se vuelve de modo que ya no le veo la cara. Eso me preocupa. Quiero saber qué pasa, pero su lenguaje corporal me indica que no debo preguntar. Pero entonces se gira de nuevo (como si hubiera tomado una decisión sobre una conversación que ni siquiera sabía que estuviéramos teniendo) y suelta:

–¿A tu novio le gustan los cómics?

Por un momento, creo que bromea. Esa palabra es una broma. Pero su expresión es seria y me da la impresión de que espera una respuesta seria. Me quedo completamente descolocada.

Trago saliva.

–¿Qué?

–Lo siento. –Contempla la mesa de novedades con el ceño fruncido–. No sé por qué ha sonado tan brusco.

El corazón me martillea contra el pecho, pero digo despacio:

–Kurt... no es... mi novio.

Josh se queda inmóvil. Transcurren varios segundos. Mantiene la mirada clavada en una reedición de Tintín.

–¿No?

–No. –Hago una pausa–. No.

–Pero... estáis siempre juntos. Estáis muy unidos.

–Sí, lo estamos. Unidos como amigos íntimos. Unidos prácticamente como hermanos. No... no unidos como novios.

–Pero... el colgante. Os intercambiáis las llaves...

–Porque somos amigos. Nos gusta pasar tiempo juntos.

Las orejas se le han puesto rojas como tomates.

–Entonces... ¿nunca habéis salido juntos?

–¡No! Lo conozco desde que llevábamos pañal. –La cabeza me da vueltas–. No puedo creerme que pensaras que estábamos saliendo. ¿Desde cuándo?

–Supongo que... desde siempre.

Una nueva y aterradora sensación de pánico despierta en mi interior.

–¿Siempre en plan este año o en plan desde que Kurt estaba en primero?

Josh parece tener un nudo en la garganta.

–Desde que estaba en primero...

–¿Todo el mundo piensa que somos pareja?

Nuestros compañeros de clase bromean sobre ello, pero nunca creí que hablaran en serio.

–No lo sé. –Niega con la cabeza con vigor, pero añade–: ¿Probablemente?

–Dios mío.

Me cuesta respirar. Josh suelta una carcajada extraña. Suena casi histérica, pero se interrumpe tan bruscamente como empieza.

–Entonces, ¿estás saliendo con alguien? Aparte de él, digo.

–No. No desde el año pasado.

–Genial –dice mientras tamborilea con los dedos con rapidez contra una pila de libros de Tintín.

Me esfuerzo por mantener la voz firme.

–¿Y tú? ¿Estás viendo a alguien?

–Pues no. No desde el año pasado.

Quiero llorar de alegría. Le gustaba, pero él creía que no podía ser. Me cuesta asimilarlo. Sospechaba que se sentía atraído por mí, pero la realidad me resulta increíble. ¿Cómo es posible que el chico por el que estoy colada (por el que llevo tres años colada) esté colado por mí? Estas cosas no pasan en la vida real.

Josh parece igual de asombrado. Busca algo que decir, cuando sus ojos se posan en el libro de Sfar.

–Hay más en la planta baja, ¿no? ¿Bajamos? –dice.

–No. –Rodeo el libro con ambos brazos–. Esto es justo lo que quería.

Capítulo siete

Todavía aferro el libro (ahora a través de una bolsa azul de Album) mientras paseamos en dirección al Sena. Aún nos queda otra hora antes de tener que reunirme con Kurt para comer sushi en el Marais. Ya ha caído la noche y las calles bullen de gente. Me siento como si flotara. Todo son miradas, sonrisas y sonrojos. Para ambos. He perdido la capacidad de hablar. Josh se sujeta el codo derecho con la mano izquierda, como si fuera un ancla, para mantenerlo firme.

¿Cómo se supone que hay que comportarse en una situación como esta? Ojalá el descubrimiento de esta admiración mutua pudiera conducir rápidamente a una sesión de besos desenfrenados. Ojalá fuera capaz de decirle: «Oye. Me gustas, y yo te gusto, así que ¿por qué no buscamos un parque solitario y nos metemos mano?».

Rodeamos a un grupo de turistas que rebuscan entre un montón de figuritas de Notre-Dame en miniatura. Josh traga saliva.

–Para que quede claro –dice–. No estaba intentando que le pusieras los cuernos a Kurt cuando te pregunté si querías ir a la tienda conmigo. Solo pretendía, ya sabes... ser tu amigo. No quiero que pienses que soy un cerdo.

Le sonrío.

–No creo que seas un cerdo.

Josh posa la mirada en un elaborado balcón de hierro, un arco de piedra tallada, un enorme póster de los Juegos Olímpicos de invierno en Chambéry... En cualquier cosa que no sea yo.

–Es solo que el pasado fin de semana me di cuenta de que, aunque estuvieras... con alguien, aun así quería quedar contigo.

Deseaba ser más que mi amigo al principio. Siento una opresión de felicidad en el pecho.

–¿El pasado fin de semana?

–Fue el Yom Kippur, ¿recuerdas? –Josh me mira de reojo para comprobar si lo sigo. No sé de qué está hablando, así que me alegra que se explique sin tener que preguntarle a

qué se refiere. El cambio de tema parece aliviarlo—. Veamos. El periodo entre el Rosh Hashaná, que fue el día antes de que volviéramos al instituto...

—Ese es el Año Nuevo judío, ¿no?

Asiente con la cabeza.

—Eso es. Bueno, pues el periodo entre el Rosh Hashaná y el Yom Kippur es para dedicarlo a la reflexión. Se supone que debes pensar en tus errores, pedir perdón, marcarte propósitos... Esa clase de cosas. Y luego el Yom Kippur es, básicamente, la fecha límite.

Nos separamos para adelantar a un hombre que pasea a un basset hound y, cuando volvemos a reunirnos, la distancia entre ambos se acorta.

—Espera, espera. Así que reflexionaste sobre tu vida y... ¿decidiste hacerte amigo mío? ¿Aunque ya no eres un judío practicante?

Josh me dedica una sonrisa traviesa.

—¿Eso es un requisito para ser tu amigo?

Me quedo mirándolo. Se ríe, pero luego se encoge de hombros con aire pensativo.

—No sé. Hay algo... poético en esta época del año. No es que haya tenido una revelación espiritual ni nada por el estilo, pero creo que está bien hacer propósitos. Según tus propias condiciones.

—Claro que sí. Mi familia es católica, por ambos lados, pero nunca van a misa. Ni siquiera sé si mis padres creen en Dios. Pero seguimos montando el árbol de Navidad, y eso nos proporciona cierta sensación de paz. Las tradiciones pueden ser bonitas.

—¿Tú crees en Dios? —me pregunta.

Por algún motivo, su franqueza no me sorprende. La auténtica Notre-Dame se alza ante nosotros, gigantesca e imponente. Su reflejo ríela abajo en las oscuras aguas del río. La observo un momento antes de contestar.

—No sé en qué creo. Supongo que eso me convierte en una agnóstica con árbol de Navidad.

Sonríe.

—Me gusta cómo suena.

—Y tú eres un ateo que celebra el Yom Kippur.

—Exacto.

Nunca había mantenido una conversación parecida, en la que algo tan delicado se tratara con tanta naturalidad. Cruzamos un puente en dirección a la catedral. Está situada

en la Île de la Cité, la mayor de las dos islas que componen el centro de París.

–Tengo una pregunta –dice Josh–. Pero no estoy muy seguro de cómo plantearla.

Ojalá tuviera el valor de darle un codacito juguetón.

–Seguro que te las arreglas.

Se produce una pausa insoportable mientras busca las palabras adecuadas.

–¿Kurt tiene... autismo?

Me encojo para mis adentros. Pero se lo perdono igual que él me perdonó mi ignorancia.

–Sí. Lo que los psiquiatras solían llamar Asperger y ahora denominan autismo de alto funcionamiento. Aunque es lo mismo. Pero no es un problema, no es algo de lo que necesite curarse ni nada. Su cerebro simplemente no funciona igual que el nuestro. Eso es todo.

Josh señala un banco del pequeño parque de la catedral y respondo moviéndome hacia él. Nos sentamos a unos cincuenta centímetros de distancia.

–Bueno, ¿y cómo funciona su cerebro?

–Pues... –Respiro hondo–. Es superracional y literal. Así que el sarcasmo y las metáforas no son sus puntos fuertes.

Josh asiente con la cabeza.

–¿Qué más?

–Le cuesta reconocer las expresiones de la gente. Ha trabajado mucho en ello, así que ya se le da mejor. Pero todavía tiene que acordarse de mirar a los ojos y sonreír. A ver, por supuesto que sonrío, pero solo cuando lo siente de verdad. A diferencia del resto de nosotros.

Estoy divagando porque caigo de nuevo en la cuenta de que estoy sentada en un banco (un banco que ni siquiera está dentro del recinto del colegio) al lado de Joshua Wasserstein.

–Así que es sincero.

–Incluso cuando preferirías que no lo fuera. –Suelto una carcajada, pero la preocupación me invade de inmediato. No quiero que Josh se forme una idea equivocada–. Pero no es que pretenda ser maleducado a propósito. Cuando se da cuenta de que ha herido los sentimientos de alguien por accidente, se queda hecho polvo.

–Eso es típico de los franceses, ¿sabes? No lo de herir los sentimientos de la gente. Lo de sonreír solo con sinceridad. Los norteamericanos le sonrían a cualquiera, por

cualquier cosa.

–Tú no.

Esas palabras salen de mi boca antes de poder impedirlo. Josh se queda pasmado y tarda un momento en ordenar sus ideas.

–Sí, me han dicho que no se me da muy bien... disimular mi desagrado.

–Sí, lo sé. –Dudo antes de proseguir–. Me gusta eso de ti.

Alza bruscamente las cejas.

–¿Ah, sí?

Clavo la vista en los tablones de madera del banco. De algún modo, los cincuenta centímetros que separaban nuestros cuerpos se han reducido a la mitad.

–Significa que cuando sonrías sé que no es un gesto falso. Que no sonrías simplemente para que me... –sacudo la cabeza y el pelo se me agita– para que alguien se sienta mejor. Cuando dice estupideces. Y parece que no puede dejar de hablar.

En sus labios se dibuja una lenta sonrisa.

–Sí. –Me río–. Como ahora.

–¿Qué más?

Ladeo la cabeza.

–¿Qué más qué?

–¿Qué más necesito saber de Kurt?

La forma de decirlo implica que vamos a pasar más tiempo juntos. Vuelvo a sentir una opresión de felicidad en el pecho.

–No hay mucho más. No es que sea un genio que cuenta cartas ni un prodigio de las matemáticas ni nada por el estilo. A ver, no me malinterpretes. Es muy listo. Pero esos estereotipos son un asco. Aunque sí que le encanta la rutina.

Josh sonrío de nuevo.

–A ver si adivino. ¿Sushi?

–El mismo día, a la misma hora, en el mismo restaurante.

Kurt y yo quedamos después de su sesión de terapia semanal, pero Josh no tiene por qué saber eso.

–¿Los mismos entrantes?

–*Nigiri* de gambas y sopa de miso. Pero yo pido el plato del día, sea lo que sea. Le digo al camarero que me sorprenda.

Las campanas de Notre-Dame repican en las torres. Damos un respingo y nos cubrimos los oídos, riéndonos. Las campanas hacen mucho ruido: una estruendosa cacofonía de tonos superpuestos. Desde tan cerca, resulta complicado incluso distinguir un patrón. Suenan y suenan y suenan, y nosotros nos quedamos indefensos, partiéndonos de risa, hasta que dejan de retumbar.

La distancia que nos separaba ha desaparecido.

Su vaquero me roza suavemente la pierna desnuda. Soy plenamente consciente de mis movimientos, plenamente consciente de mis nervios, plenamente consciente de todo. Mis cinco sentidos están sobrecargados. Giro la cabeza de golpe hacia la catedral.

–Esa es la señal de que debería marcharme.

–¿Te importa que te acompañe? –Josh parece ansioso, como si estuviera sin aliento–. Tengo que recoger un pincel en Graphigro.

Se refiere a una tienda de suministros de arte situada a unas manzanas del restaurante. No estoy segura de si de verdad necesita un pincel o si es una excusa para pasar unos minutos más conmigo. Pero me parece bien de cualquier forma.

Toda esta tarde ha sido surrealista. Cruzamos otro puente, el Pont d’Arcole, hacia la margen derecha. Del Sena llega un olor a metal y orina, pero apenas lo percibimos. Nos envuelve una burbuja en la que solo cabemos nosotros dos. Los ruidos que debería estar oyendo (coches pasando a toda velocidad, peatones con prisa, estruendo de obras...) suenan apagados. En su lugar, lo único que oigo son los fuertes latidos de mi corazón contra el tórax. Los pasos regulares de Josh contra la acera. El susurro de vez en cuando de las perneras de sus pantalones al rozarse.

«Pídeme salir.» Lo entono como si fuera un mantra. «Pídeme salir, pídemelo salir, pídemelo salir.»

–¿Qué haces este fin de semana? –Las palabras escapan de mi boca, con mucho menos indiferencia de la que había esperado–. No estarás castigado, ¿no?

Por el amor de Dios, vaya forma de empeorarlo. Pero Josh me mira con una sonrisa.

–La directora me llamó a su despacho porque quería asegurarse de que «empezáramos con buen pie» este año. Pero no me castigó. Todavía.

No tengo ni idea de qué se supone que debo responder a eso.

–En realidad –añade–, voy a ir a Múnich.

Me paro en seco. Va contra las normas del colegio salir de la ciudad sin permiso, para qué decir ya del país. Alguien choca conmigo por detrás. Trastabillo hacia delante y Josh

estira una mano para sujetarme, pero yo ya he recuperado el equilibrio. Su mano vacila en el espacio que nos separa y luego regresa a su bolsillo.

Creo que preferiría haberme caído.

–Así que... Múnich. ¿Este fin de semana?

Josh sigue observándome para asegurarse de que de verdad estoy bien.

–Pues sí. Es el Oktoberfest.

Arrugo el entrecejo.

–Pero si todavía estamos en septiembre.

–Ya, pero la mayor parte del festival se celebra este mes. Es un nombre engañoso, lo sé. –Sonríe y, durante un instante, entreveo sus tentadores hoyuelos. Me derrito por dentro–. Pero quiero visitar todos los países que pueda antes de graduarme. Y nunca he estado en Alemania.

–¿Y vas a ir solo? –Estoy impresionada. Puede que incluso intimidada.

–Así es. Mi tren sale por la mañana.

Kurt aparece al otro lado de la calle. Está comprobando el móvil, seguramente preparándose para mandarme un mensaje porque ya llego nada menos que un minuto tarde. Lo llamo con un grito. Se baja la capucha de la sudadera y se aparta el pelo de los ojos, desconcertado al descubrirme con Josh.

Rozo el bordillo con los pies.

–Bueno. Yo me quedo aquí.

Josh también le da una patadita al bordillo.

–Algún día podría ir a cenar con vosotros.

Madre mía.

–Seré imbécil.

Josh suelta una carcajada.

–Lo siento. ¡Lo siento mucho! ¿Te apetece cenar con nosotros?

Sigue riéndose.

–Era broma.

–Por favor. –Rodeo la brújula con la mano–. Ven a comer con nosotros.

–No pasa nada. De verdad que tengo que recoger un pincel antes de mañana. Además –le echa un vistazo a Kurt–, no me gustaría estorbar.

–No estorbarías.

Pero Josh ya está bajando por la calle lateral. Sigue mirándome, caminando de espaldas.

–¡Te veo en unos días! –exclama–. Disfruta del pescado crudo.

–¡Disfruta del *schnitzel*!

Me río ante el inesperado tono pícaro de nuestro último intercambio de palabras mientras Kurt aparece a mi lado. Tiene el ceño fruncido.

–¿Qué hacía él aquí? ¿Cómo ha pasado?

Josh se da la vuelta. Admiro la parte posterior de su cuerpo a medida que las farolas lo iluminan, una tras otra. Su silueta se va haciendo más pequeña. Llega a una curva de la calle y mira por encima del hombro. Se despide con la mano. Respondo al gesto, y desaparece.

–Ni idea. –Estoy perpleja–. Estaba sola en mi cuarto, y apareció sin más.

Es domingo, justo antes de medianoche, y estoy acurrucada en la cama leyendo el libro de Joann Sfar, cuando oigo dos golpes en mi puerta. El sonido es tan débil que no estoy segura de haberlo oído de verdad. Mi mente piensa de inmediato en Josh, pero lo descarto como improbable. ¿Kurt? No, él me mandaría un mensaje. Puede que fuera en la puerta de al lado. O puede que fuera una broma. No sería la primera vez.

Espero por si oigo una voz.

Nada.

Vuelvo a concentrarme en el libro, recelosa, cuando lo oigo otra vez. *Toc-toc*. A poca altura. Sin soltar el libro de tapa dura, que podría servirme de arma, bajo de la cama y me acerco a la puerta de puntillas.

–¿Sí? –susurro.

–Soy yo –dice alguien al otro lado–. Josh.

Añade su nombre porque todavía no se ha dado cuenta de que reconocería su voz en cualquier parte, en cualquier circunstancia. Ya he tenido antes esta fantasía: medianoche, él, aquí. Se me acelera el corazón. Me arreglo un poco el pelo con los dedos y respiro hondo para calmarme. No funciona. Giro el picaporte sin hacer ruido, pero me tiembla la mano.

–Hola –me saluda.

Su cara está muy cerca de la mía, como si hubiera tenido la mejilla, o tal vez la oreja, pegada a la puerta.

–Hola –contesto.

Josh se apoya contra el marco. En esa posición, parece unos cuantos centímetros más bajo, por lo que nuestros ojos quedan casi a la misma altura. Nos observamos mutuamente en silencio. Así de cerca parece diferente. Parece real. Completo, en cierto sentido. Le echo un vistazo al pasillo. Está oscuro y vacío. Definitivamente, esta fantasía me resulta muy familiar... hasta que levanta una jarra de cerveza.

Arrugo el ceño, pero caigo un segundo después.

–¡Fuiste! Fuiste de verdad.

Josh alza la jarra como si brindara.

–Así es.

Sonrío.

–¿Y qué tal?

–Abarrotado. Ruidoso. –Parece agotado–. Es como una feria atestada de tíos de fraternidades y padres borrachos intentando escapar de sus mocosos. Mike y Dave habrían encajado perfectamente.

–Qué horror. Tan mal, ¿eh?

–Puedo asegurar que me buscaré un nuevo destino para el próximo fin de semana.

–Alemania se lo pierde.

Esboza una media sonrisa. Me ofrece la jarra y me guardo el libro bajo el brazo para aceptarla. Está hecha del típico barro cocido, es pesada, tiene grabados y dibujos con colores chillones y una tapa puntiaguda de latón.

–Esta cosa es espantosa –digo riéndome.

–Como todas. Y las de los puestos de cerveza eran aún peor: vidrio corriente con el logo del Oktoberfest mal pintado. Esta por lo menos tiene una lucha con espadas. ¿Ves los caballeros diminutos delante del castillo bávaro? Es la más «aventurera» que pude encontrar.

Y, entonces, caigo en la cuenta: es un regalo. Josh la había elegido para mí. De pronto, la jarra me parece preciosa. La aprieto contra el pecho.

–Gracias.

Señala el libro con un gesto de la cabeza.

–¿Qué tal es?

–Muy bueno. Puedo prestártelo, si quieres.

Josh baja la vista hasta sus zapatillas, vuelve a subirla y luego la baja de nuevo.

–Sabes que me gustas, ¿verdad?

El corazón me palpita con tanta fuerza que es probable que hasta él pueda sentirlo retumbar. Pero, por una vez en la vida, las palabras salen con facilidad de mis labios.

–Pues quédate aquí el próximo fin de semana. Sal por ahí conmigo.

Capítulo ocho

Josh no asiste a clase el día siguiente. Le quedan tres días más libres por una festividad que no celebra. Ojalá me atreviera a hacer lo mismo, pero la posibilidad de perderme una clase importante o retrasarme a la hora de entregar un trabajo me pone histérica. Aunque entiendo que él tiene otras prioridades: su arte. Así que me quedo estupefacta al entrar en mi primera clase el martes y verlo encorvado sobre su pupitre... cinco minutos antes de que suene el timbre.

Una descarga de adrenalina borra cualquier rastro de sueño.

–¿Qué haces aquí? –pregunto mientras me aprieto la libreta contra el pecho, radiante de felicidad.

–E... ey. –Se sienta recto–. Sí, ya. Es una historia divertida.

Enarco las cejas a modo de respuesta.

–Puede que la directora empezara a sospechar de la duración de mi ausencia. Puede que llamara a mis padres. Puede que mis padres le confirmaran que no celebramos Sucot.

Hundo los hombros.

–¿Puede que te haya caído un castigo de campeonato?

Josh se encoge de hombros, pero es un gesto afirmativo.

–Qué asco. Lo siento.

Josh une las manos sobre el pupitre.

–En realidad... –Baja la voz y se inclina hacia delante–. La situación no es tan mala.

–¿Ah, no? –digo arrugando la nariz.

Me mira. Me mira con más intensidad.

–Oh. –Bajo la mirada con una mezcla de timidez y placer–. Esto... ¿Cuánto tiempo te han castigado?

Josh se echa hacia atrás, retomando la posición encorvada.

–Solo tres semanas, pero...

Eso me hace levantar la cabeza de golpe.

–Incluyendo sábados. –Otro encogimiento de hombros–. No es para tanto, puedo aprovechar el tiempo para trabajar. Aunque también es mi último aviso. No ha tardado mucho –añade.

Se me para el corazón, literalmente, un instante.

–¿Último aviso? ¿Quieres decir que podrían expulsarte?

–En serio. No es para tanto. –Pero el pánico se me debe de notar en la cara, porque Josh se echa hacia delante en la silla–. Digamos que para ser el «último» aviso no es el primero.

Aguardo. No tengo ni idea de cómo puede tomárselo con tanta calma.

–Fue el año pasado –me explica–. De hecho, recibí un último aviso en invierno y luego otro en primavera. Así que, en realidad, he recibido dos. Este es el tercero.

–Bueno... ten cuidado. –Qué patético suena eso–. Las hojas ni siquiera han cambiado de color y no querrás perdértelo. Aunque son más bonitas en Nueva York...

–Tendré cuidado –responde con tono deliberado, y sonrío.

Jugueteo con un mechón de mi pelo.

A dos pupitres de distancia, Emily Middlestone se inclina hacia nosotros. Lleva unas gafas de marca que estoy segura de que son falsas.

–Sería una estupidez que consiguieras que te echaran estando en último curso, ¿sabes?

El rostro de Josh se vuelve inexpresivo.

–Sí, Emily. Sería una estupidez.

La *professeur* Cole entra súbitamente en el aula y se detiene en seco.

–¿Llego tarde? –le pregunta a Josh.

Él niega con la cabeza.

–No.

–Bueno. Qué bien que hayas aprendido a usar un reloj por fin.

Pero la profesora le dedica una sonrisa de complicidad. Se dirige a su mesa y yo ocupo mi sitio.

Justo al lado de Josh.

Nos miramos con más libertad a lo largo de la semana, aunque todavía hay cierta timidez entre nosotros, cierto recelo a mirarnos o hablar demasiado tiempo. Nuestra relación aún no se ha consolidado. La expectativa (de algo) flota en el aire. Por las noches, tardo

horas en quedarme dormida. Coloco la jarra de cerveza encima de la mininevera, junto a la cama, para poder verla desde la almohada. Representa la prueba de que él también piensa en mí.

Nunca viene a mi cuarto. Por las tardes está castigado hasta la hora de la cena, y sigue sin comer en la cafetería. Y luego, después de cenar, las horas de visita de miembros del sexo opuesto han terminado. Josh ha reducido las normas que infringe y, al parecer, esa es una con la que no piensa arriesgarse más. Así que prosigo con mi rutina habitual de hacer los deberes y estudiar mientras intento no darle vueltas al tema. Kurt ha estado lanzándome miradas asesinas.

El jueves, antes de la clase de Organización política, Josh muerde la punta de un bolígrafo.

–Bueno. El sábado termino el castigo a las seis de la tarde. En cualquier momento que quieras quedar después de esa hora...

Las mariposas de mi estómago emergen de sus crisálidas.

–¿Eh?

Me señala con el boli.

–Como fuiste tú la que me invitó a salir, tienes que elegir el lugar, ¿sabes?

Garganta. Seca.

Tengo la garganta seca.

Como un desierto.

Josh se coloca de nuevo el boli en la boca y luego vuelve a sacárselo de inmediato.

–Da igual lo que sugieras. –Sonríe de oreja a oreja–. Diré que sí. Obtendrás un sí seguro. Si eso ayuda.

Mi respuesta es otro intenso sonrojo.

Paso el resto de la semana agobiada, una situación que me lleva a respetar más a los chicos. Sébastien planeaba y organizaba la mayoría de nuestras citas. Es una labor muy estresante. Kurt me recuerda que será la Nuit Blanche. La Noche Blanca. Una noche en que nunca oscurece. El primer sábado de octubre, los museos y galerías abren sus puertas gratis hasta el amanecer. La tradición se originó en San Petersburgo, en Rusia, llegó hasta aquí y ha continuado extendiéndose por el mundo. Sin embargo (incluso para alguien como yo, acostumbrada al hedonismo propio de este país), no hay mejor ciudad que París para un festival nocturno.

No soy la única que ha estado observando el reloj. Exactamente a las *vingt et une heures* (justo cuando los números de mi móvil pasan de 20:59 a 21:00), oigo un sonido que reconozco al instante: dos golpes suaves, a poca altura. Mis terminaciones nerviosas se estremecen. Ayer le dije a Josh cuándo venir pero no adónde íbamos a ir. Principalmente, porque todavía no lo había decidido.

Tres años de ansiedad me invaden el cuerpo. ¿Y si me equivoco? ¿Y si esto no es lo que siempre he querido?

¿Y si lo es?

Abro la puerta.

Josh está tan sexy que me tiemblan las rodillas. Es la primera noche fresca de otoño y se ha puesto un magnífico abrigo de lana. Lleva el cuello levantado con ese aire informal aunque seguro de sí mismo que solo consiguen los artistas. Ya le he visto esa prenda antes, ese precioso «abrigo de cita»; pero esta es la primera vez que se lo pone para mí.

–Estás genial.

Las palabras escapan con torpeza de sus labios, no de los míos.

Llevo un vestido elegante y mi pelo forma bonitas y cuidadas ondas. Me he pintado los labios de rojo. *Maman* me dijo una vez que debía situar el color más audaz donde quisiera atraer la mirada de la gente. Me muerdo el labio inferior.

–Gracias. Tú también.

Josh se mete las manos en los bolsillos. Mueve los hombros con nerviosismo.

Me cuesta respirar. Como si no hubiera suficiente oxígeno en la habitación.

–He pensado que podríamos ir al Pompidou. Tienen una exposición de un artista finlandés bastante excéntrico. Dicen que está como una cabra, y me pareció que podría ser interesante. Pero, no sé, quizá sea una estupidez. Podemos hacer otra cosa si quieres...

–No.

Las mejillas se me tiñen de rojo.

–¿No?

–Quiero decir que deberíamos ir. Suena guay.

–Ah. –Trago saliva para aliviar el nudo que se me ha formado en la garganta–. Vale. Bien.

Se produce una larga pausa. Josh da un paso exagerado a un lado.

–Por desgracia, vas a tener que salir del cuarto.

Suelto una carcajada, pero suena como si hubiera estado aspirando helio.

–Sí, claro. Hace tiempo que no hago esto. Tener una cita, digo. Se me había olvidado cómo va.

Cierro la puerta detrás de mí, muriéndome de vergüenza para mis adentros. Apenas nos hemos alejado dos pasos cuando la puerta vuelve a abrirse sola.

Josh la cierra de un portazo con un movimiento calculado y experto.

–Vaya por Dios. Qué pena que algún capullo te rompiera la cerradura.

Me río por fin. Y suena real y normal. Y, entonces, mi pareja dice lo mejor que podría habersele ocurrido:

–No pasa nada. También hace tiempo para mí.

El tamaño de mi sonrisa se triplica. Josh también sonrío.

–Dame la mano.

–¿Q... qué?

–La mano –repite–. Dámela.

Estiro la temblorosa mano derecha. Y, en un momento que supone la realización de un centenar de sueños, Joshua Wasserstein entrelaza sus dedos con los míos. Una sobrecogedora descarga de energía me recorre las venas. Directa al corazón.

–Eso es –dice–. Llevo mucho tiempo queriendo hacer esto.

No tanto como yo.

Capítulo nueve

El Centro Pompidou es el museo de arte moderno de París. Se trata de un enorme edificio rectangular al que parece que le hubieran dado la vuelta. La estructura interna queda a la vista y está codificada por colores: tuberías verdes para el agua, azules para el aire acondicionado, amarillas para la electricidad y rojas para temas de seguridad. Los intensos colores primarios chocan con la majestuosa elegancia gris del resto de la ciudad. Por algún motivo, eso hace que me guste aún más.

No me habría importado venir caminando (mi restaurante de sushi habitual está justo a la vuelta de la esquina, por no mencionar la Casa del Árbol), pero Josh le echó un vistazo a mis zapatos de tacón y me condujo directamente a la parada de taxis más cercana. Llevo los tacones más altos que tengo. Todavía me saca más de quince centímetros, pero ahora puedo llegar a sus labios si lo intenta. Y espero que lo intente.

El vestíbulo del museo está lleno de metal plateado y cegadoras luces de neón. Mientras pasamos por delante del mostrador de información, Josh vuelve a tomarme de la mano. Tenemos las palmas sudadas. Es la gloria. Subimos cada vez más alto por la abarrotada escalera mecánica junto a una pared de acero y cristal. Las relucientes calles de París se extienden hasta el horizonte. Hablamos de las brillantes naderías que vemos (gente, coches, catedrales... incluso la torre Eiffel), aunque no es que no tengamos nada importante que decir. Más bien todo lo contrario.

¿Y por dónde empiezas en un caso así?

Cambiamos de escalera para subir del nivel cuatro al cinco. Yo voy de espaldas, un par de escalones por encima de él. Nuestros ojos quedan a la misma altura. Nos estamos riendo, aunque no estoy muy segura de por qué. Ahora me sostiene ambas manos y, de pronto, se inclina hacia mí.

Este es el momento.

Josh vacila. Se lo piensa dos veces y se aparta. Me inclino hacia delante para indicarle que es buen momento, que estoy preparada, que quiero hacerlo. Su sonrisa reaparece, empezamos a cerrar los ojos, su nariz choca con la mía y... ¡bip!

Damos un respingo. Su bolsillo emite otro pitido.

–Lo siento –se disculpa, nervioso–. Lo siento.

Nos soltamos las manos y se saca el móvil del bolsillo para ponerlo en silencio. Y, entonces, suelta una carcajada inesperada mientras yo siento como si ardiera por dentro.

–¿Qué pasa?

–Consiguió un trabajo. –Mueve la cabeza–. Lo logró de verdad.

Me muestra la pantalla y veo una foto de un sonriente chico con el pelo revuelto y un chaleco de poliéster. Está haciendo una V con los dedos, que es la forma británica de enseñarle el dedo a alguien. Se trata de su mejor amigo, Étienne St. Clair.

Sonrío, a pesar de nuestro beso frustrado.

–¿Dónde está estudiando ahora St. Clair?

Por razones que desconozco, todo el mundo llama al amigo de Josh por su apellido.

–En California. En Berkeley. Me dijo que iban a contratarlo en un cine, pero no me lo creí. –Josh mueve de nuevo la cabeza mientras tomamos la última escalera mecánica–. Ese no ha dado un palo al agua en su vida.

–¿Tú has tenido algún trabajo?

No es habitual en la gente que asiste a nuestro instituto. Josh frunce el ceño. La respuesta lo avergüenza y confiesa con un escueto monosílabo.

–No.

–Yo tampoco.

Ambos cargamos con la culpa de ser privilegiados. Josh le echa otro vistazo a su móvil. Me acerco para examinar mejor la fotografía.

–Uf. Menudo uniforme más feo. ¿Habrá alguien a quien le siente bien el poliéster granate?

Josh esboza una sonrisa.

La escalera termina. Josh escribe una rápida respuesta, pone el teléfono en silencio y vuelve a guardárselo en el bolsillo. Me pregunto si le habrá contado a St. Clair lo de nuestra cita. Me pregunto si soy un tema de interés.

Nos dirigimos a las galerías, pero nos detenemos al ver la multitud congregada en el restaurante de la última planta. Han retirado las mesas y un ejército de esbeltas modelos con encrespadas pelucas blancas, pintalabios blanco y círculos de colorete blanco como si fueran marionetas se abre paso entre el enjambre de cuerpos portando bandejas de champán. Josh se vuelve hacia mí y ladea la cabeza.

–¿Nos unimos?

–Oh, por supuesto –respondo con el mismo tono sofisticado–. Creo que es una gran idea.

Entramos discretamente y Josh toma dos copas de la primera bandeja que ve pasar. Somos, con diferencia, los más jóvenes por aquí. Debe de tratarse de una fiesta privada. El estruendo de voces animadas y la extravagante y ecléctica música hacen que la sala sea extrañamente ruidosa para tratarse de París.

–Es como si fuera Fin de Año –grito.

Se inclina para responder, también gritando.

–Pero no el de verdad. Sino la versión falsa y glamurosa que se ve en las películas. Yo siempre me paso el de verdad viendo la tele solo en mi cuarto.

–¡Sí! ¡Exacto!

Josh me tiende una copa y señala con la cabeza una de las gigantescas estructuras decorativas de aluminio del restaurante. Nos metemos debajo. El ruido queda un poco más apagado y levanto mi copa.

–¿Por el nuevo año? ¿El nuevo año escolar?

Se lleva la mano al corazón con un gesto dramático.

–Lo siento mucho. Pero es que no puedo brindar por ese sitio.

Me río.

–Vale, ¿qué tal... por los cómics? ¿O por Joann Sfar?

–Propongo que brindemos –levanta la copa con solemnidad fingida– por los nuevos comienzos.

–Por los nuevos comienzos.

–Y por Joann Sfar.

Me río de nuevo.

–Y por Joann Sfar.

Chocamos las copas y compruebo que Josh se asegura de mantener los ojos fijos en los míos siguiendo la tradición francesa. Sonrío de oreja a oreja.

–¡Ja! Lo sabía –exclamo.

–¿El qué?

–Has mantenido el contacto visual. Te he visto fingir que no sabes cómo van las cosas por aquí, pero sí que lo sabes. Sabía que lo sabías. Se te da demasiado bien observar.

Tomo un sorbo de champán con aire de triunfo. Las burbujas fresquitas me hacen cosquillas en la punta de la lengua y mi sonrisa se vuelve tan inmensa que Josh se echa a reír.

Gracias, Francia, por permitir que sea legal que los adolescentes beban alcohol. Bueno, los mayores de dieciocho. Y prácticamente los tenemos.

Josh sonrío, divertido.

—¿Cómo sabes que no estaba mirándote simplemente porque me apetece mirarte?

—Apuesto a que también hablas francés mejor de lo que demuestras. Nunca lo usas en el instituto, pero seguro que lo hablas con fluidez. Alguien puede hacerse el tonto todo lo que quiera, pero sus actos siempre lo delatan. Los pequeños detalles, como ese.

Josh tose y resopla. Al parecer, las burbujas le han bajado por el camino equivocado.

—¿Hacerse el tonto?

—Tengo razón, ¿no? Lo hablas bien.

Josh niega con la cabeza.

—No todos crecimos en una familia medio francesa.

—Pero seguro que aun así se te da bien.

—Puede que sí. Puede que no.

Por suerte, parece divertirse de nuevo.

—Entonces, ¿por qué finges no saber ciertas cosas? —Toqueteo el borde de la copa con los dedos—. ¿O que no te importan?

—Es que no me importan. La mayoría de las cosas —añade.

—Pero ¿por qué te haces el tonto?

Josh toma otro sorbo enorme de champán.

—Haces preguntas muy complicadas para ser una primera cita, ¿sabes?

Un rubor de culpabilidad me sube por el cuello y la cara.

—Lo siento.

—No pasa nada. Me gustan las chicas desafiantes.

—No pretendía resultar desaf...

—No lo eres.

Arqueo una ceja y se ríe.

—En serio —dice—. Me gustan las chicas listas.

Mi sonrojo se intensifica. Me pregunto si sabe que soy la mejor de nuestra clase. Nunca hablo de ello, porque no quiero que la gente me juzgue. Pero es cierto que su ex

novia también era inteligente. Rashmi fue la segunda de su promoción el año pasado.

Josh dice algo más, pero el nivel de ruido ha ido aumentando en el restaurante hasta llegar a hacerse insoportable. Niego con la cabeza. Lo intenta de nuevo, pero sigo sin poder oírle, así que me toma de la mano. Nos acabamos nuestras bebidas mientras nos abrimos paso entre la muchedumbre. Deja las copas vacías en una bandeja al pasar, me guía a través del último grupo de asistentes y salimos al pasillo jadeando y riéndonos.

–Bueno –dice Josh–. Una cosa menos.

Señalo hacia las galerías. Las recorreremos agarrados de la mano. Aquí el aire es frío, casi parece un depósito de cadáveres, y las salas prácticamente carentes de muebles se vuelven cada vez más raras. Esculturas en miniatura de objetos cotidianos que te obligan a ponerte de rodillas para poder verlas. Un cortometraje sobre un local de comida rápida al que inundan con agua a propósito. Un grupo de marionetas a las que les han introducido lápices de colores en el trasero.

–Eso parece...

–¿Incómodo? –añade Josh.

–Iba a decir supositorios muy coloridos.

Se le escapa una carcajada y una anciana con un zorro muerto alrededor de los hombros nos fulmina con la mirada. El zorro está teñido de un tono morado chillón. Josh me susurra al oído:

–Así consiguieron un color tan intenso. Con lápices de colores. En el culo del bicho.

Me cubro la boca para contener una risita, pero no sirve de nada. La mujer nos mira de nuevo con enfado y pasamos rápidamente a la siguiente sala.

–Santo cielo. Esto no es... lo que me esperaba.

–No digas eso. –Pero sigue riéndose.

Niego con la cabeza.

–Quería algo fuera de lo común, pero puede que esto sea pasarse un poco, ¿no?

–No importa. Estoy contigo. Me basta con estar contigo, sea donde sea.

Me derrito por dentro.

–A mí también.

Josh me aprieta la mano.

–Vamos.

Me acerca a él mientras caminamos y nuestros cuerpos chocan. Me sorprende lo sólido que es. Lo real. Músculo y piel y hueso.

–Todavía no hemos visto a tu artista finlandés. Puede que esté por aquí.

Localizamos la exposición oculta en un rincón del museo. Las paredes están abarrotadas de cientos, puede que miles, de fotografías borrosas y sin enmarcar. Nos acercamos para echarle un vistazo a una de una bolsa pequeña de patatas fritas arrugada. El artista había colocado una nota escrita a mano al lado del objeto a modo de etiqueta antes de tomar la foto. Está escrita en finlandés, pero también incluye una fecha.

–Ajá –decimos a la vez.

Josh señala otra fotografía. Se trata de un asiento de autobús vacío, con otra etiqueta.

–Supongo que estará catalogando su vida diaria.

Busco un letrero en francés y lo encuentro junto a la puerta. Me acerco para leerlo.

–Estas cosas no son tuyas. Son de una mujer.

Josh suelta un silbido bajo.

–No me extraña que esto parezca la habitación de un acosador. –Se inclina–. Pero ¿qué mierda...? Mira esta. Sí, creo que es mierda de verdad.

Regreso corriendo a su lado.

–¿¿Cómo consiguió fotografiar eso?!

–Quizá entró en un baño público después de ella. Probablemente iba a sacarle una foto al asiento y tuvo suerte. Puede que no bajara por el desagüe.

Resoplo con fuerza.

–Después de todo, yo llevo una eternidad esperando a que dejes algo atrás, pero siempre eliges baños que funcionan.

Finjo una exclamación de indignación y le doy un codazo. Me lo devuelve entre risas y suelto un chillido mientras la mujer del zorro morado entra en la sala. Nos lanza una mirada asesina. Enderezamos la espalda, pero apenas podemos contener la risa mientras intentamos concentrarnos en una fotografía de una lata de refresco vacía.

–La chica de este tío es un poco guarra, ¿no crees? –murmura.

Vuelvo a cubrirme la boca con las manos.

–Va dejando basura tirada por todos lados.

–Basta –digo entre dientes. Me lloran los ojos–. ¡Madre mía, mira esta! ¿Cómo se hizo con trozos de las uñas de los pies?

–Si fueras mi chica –me susurra–, sacaría fotos asquerosas de tu basura sin que lo supieras.

–Si fueras mi chica –contesto también en voz baja–, expondría las fotos asquerosas en un museo del extranjero para que no te enteraras de que saco fotos asquerosas.

A Josh se le escapa una profunda carcajada. La mujer se da la vuelta y golpea el suelo con el pie. Como si fuera un personaje de dibujos animados. Es la gota que colma el vaso. Perdemos el control y nos da un ataque de risa mientras salimos corriendo de la sala en dirección a las escaleras mecánicas.

–Si fueras mi chica –digo, casi sin aliento–, te arrancaría la piel, la teñiría de morado y te llevaría como si fueras un fular a reuniones pijas.

Josh se detiene y se dobla en dos de la risa.

–Ay, joder. –Se limpia una lágrima del ojo. Dos guardas del museo aparecen por una esquina–. ¡Vamos, vamos, vamos, vamos, vamos!

Echamos a correr por el pasillo y los guardias nos persiguen. Llegamos a las escaleras y, por algún motivo, se rinden. Después de diez metros como mucho. Chasquean la lengua mientras nos perdemos de vista.

–Menuda seguridad –comenta Josh entre divertido y consternado–. ¿Y si robamos un cuadro?

Me río mientras me observa desde el escalón inferior. Con una amplia sonrisa. La energía que pasa entre nosotros es tan intensa que casi resulta visible. Me toma la mano y le da la vuelta para examinarla. Es mucho más pequeña que la suya.

–Si fueras mi chica –dice–, te sacaría de la reunión pija y te llevaría a algún lugar menos pretencioso.

Apoyo el pulgar sobre una mancha de tinta que tiene en el índice.

–Y, si fueras mi chica, te diría que conozco un buen lugar calle arriba.

Levanta la cabeza enarcando las cejas. Sonrío.

–Si fueras mi chica... –responde, pero se oye una explosión fuera en el patio y me pierdo la broma.

Una lluvia de fuegos artificiales cubre el cielo de tonos rosados, verdes, azules, blancos, verdes, rosados, anaranjados... Las personas que suben por las escaleras mecánicas del museo empiezan a aplaudir mientras nosotros continuamos bajando.

–Si fueras mi chica... –repite Josh, pegando la nariz a mi oreja.

Vuelvo la cabeza y las luces y el ruido y la gente desaparecen. La distancia que nos separaba desaparece.

Nuestro beso no tiene nada de tímido.

Sus labios se aprietan con fuerza contra los míos, y los míos responden de igual forma. Nuestras bocas se abren. Nuestras lenguas se encuentran. Estamos ávidos, rozando el delirio. Incluso con los ojos cerrados, veo entre destellos el contorno de su cuerpo, iluminado por el espectáculo que se desarrolla fuera. Luz, oscuridad, luz, oscuridad... Josh sabe a champán. A deseo. A la culminación de mi más profundo anhelo.

Capítulo diez

Nuestras bocas siguen unidas cuando Josh llega al suelo. Varias cosas ocurren en rápida sucesión: su barbilla me golpea en la nariz al ascender mientras recupera rápidamente la diferencia de altura conmigo, pierdo el equilibrio, doy un traspié y hago que los dos acabemos en el suelo de hormigón pulido del museo.

–Joder. –Josh me mira y abre los ojos como platos–. ¡Joder!

Me sangra la nariz.

–¿Está rota? ¿Te he roto la nariz?

Me estremezco al tocármela, pero niego con la cabeza como si no fuera para tanto. Me bajo rápidamente la falda del vestido para cubrirme los muslos, que han quedado indecentemente expuestos.

–Estoy bien. –*Etoy ien.*

Josh me ayuda a ponerme en pie y apartarme de la escalera. Se toca el abrigo frenético, buscando algo, pero no consigue nada. Un testigo preocupado saca un elegante pañuelo de bolsillo adornado con flores y me lo pasa.

–*Merci* –le digo al pulcro señor. *Mesí.* Me lo llevo a la nariz unos segundos y, al apartarlo, parece algo sacado de la escena de un crimen.

–No. No. –Josh no consigue dejar de repetirse–. Lo siento. Lo siento mucho.

–¡No pasa nada! –Espero que pueda entender mi voz–. Solo es un poco de sangre por la nariz.

Intento devolver el pañuelo, insegura, pero el hombre agita la mano con vigor. «Puedes quedártelo.» Le doy las gracias de nuevo con un gesto de la cabeza mientras Josh me conduce al baño más cercano.

–De verdad que estoy bien –le aseguro. Pero se lleva una mano a la frente en un gesto de horror mientras desaparezco dentro del lavabo.

Inspección de daños. La nariz sigue chorreándome, tengo la barbilla manchada como si fuera un tomate y mañana me habrá salido un moratón de aúpa. Por lo menos, el

vestido sigue limpio, ¿no? Una mujer con una inmaculada piel color ébano y unos pómulos envidiables sale de un cubículo. Suelta una exclamación de asombro.

–¿Qué te ha pasado? –pregunta en francés. Se saca un paquete entero de pañuelos de papel del bolso y me lo pone en las manos.

–Me pasa constantemente –contesto–. Qué vergüenza.

Solo es mentira la primera parte.

Cojo un pañuelo de papel, me aprieto el puente de la nariz con cuidado y espero a que la hemorragia se detenga. Y espero. Y espero. Insisto en que puede marcharse, porque me resulta raro tener a una desconocida, por muy buenas intenciones que tenga, observándome tanto rato. Por fin me hace caso. De inmediato, oigo a Josh preguntarle en atropellado (aunque perfecto) francés si estoy bien.

«¡Ja! Lo sabía.»

Cuando la sangre se detiene, reaparezco con una enorme sonrisa. Josh se retuerce las manos.

–Isla, lo siento muchísimo. ¿Estás segura de que no está rota?

Mi sonrisa se ensancha aún más.

–Segurísima.

Parece aliviado, pero solo un momento. Vuelve a fruncir el ceño en un gesto de confusión.

–*Un nouveau record* –digo–. *Combien de temps ça t'a pris? Une heure?* –Un nuevo récord. ¿Cuánto ha hecho falta? ¿Una hora?

Entrecierra los ojos. Cae en la cuenta de que lo he pillado hablando francés con fluidez, aunque arriba había dado a entender que no sabía.

–*Au moins quatre-vingt-dix minutes* –admite a regañadientes. Unos noventa minutos, por lo menos. Solo necesité ese tiempo para enterarme de la verdad.

Lo observo. Atentamente.

Al final, niega con la cabeza y se ríe. Sonrío (con dulzura, esta vez) para hacerle saber que su secreto está a salvo. Josh se frota la nuca.

–Supongo que ya no te apetece enseñarme ese otro sitio, ¿no? Ese menos pretencioso en el que continuar una cita.

–No sé yo. –Le tomo el pelo–. Es un lugar secreto. ¿Puedo confiar en ti?

–Se me da muy bien guardar secretos.

Le doy un codazo suave.

–Ya lo sé.

Fuera, hace viento y un poco de frío, lo que aumenta mi sensación de temeridad. No sé si seré capaz de contarle a Kurt lo que estoy a punto de hacer, si esto supone violar algún código de amistad. Tal vez. Pero me da igual.

Nos sentimos rebosantes de entusiasmo, una vez recobrada la emoción de la noche, mientras recorremos a toda velocidad los cuatro bloques siguientes. Giro a la izquierda en la rue Chapon y lo llevo a un edificio con pintura blanca descascarillada y postigos rojos de madera. Me detengo en el portal. Josh parece sorprendido, puede que hasta estupefacto.

–No me digas que tienes un piso.

Introduzco el código y la puerta emite un zumbido. Le sonrío con picardía.

–Entra.

–Suponía que íbamos a ir a un bar, un club o algo por el estilo. Me tienes intrigado, Martin.

Arrugo la nariz y Josh hace una mueca.

–Ya. No funciona con un apellido masculino, ¿verdad?

Empiezo a subir las escaleras, sonriendo para mis adentros, y me sigue en silencio. Cuando llevamos varios pisos, me mira con curiosidad.

–Arriba del todo –digo.

Seguimos subiendo en espiral hasta llegar al último rellano. Josh le echa un vistazo a la puerta morada, con un felpudo con estampado de leopardo, con aire de expectación. De nerviosismo.

–Esa no. –Lo conduzco a un rincón oculto hacia otra puerta más pequeña–. Esta.

Josh gira el pomo y descubre que está cerrada. Saco la llave del fondo del bolso. Es pesada y está hecha de hierro.

–¿Sabes qué? –comenta–. Si no fueras pequeñita, guapa y de aspecto tan inocente, ahora mismo saldría de aquí por patas. Esto parece el comienzo de una peli *gore*.

–Nunca te fíes de una chica porque parezca inocente –respondo mientras lo señalo con la llave, pero el corazón me va a mil por hora.

«Ha dicho que soy guapa.»

Giro la llave, la cerradura chasquea y la puerta se abre con un crujido. Josh observa la oscuridad con los ojos entrecerrados.

–Claro. Más escalones. Cómo no.

–Son los últimos, lo prometo.

Entra detrás de mí y le hago un gesto para que cierre la puerta. Nos sumimos en la más profunda oscuridad.

–Espera aquí –susurro.

–¿Vas a buscar un hacha?

–Esposas.

–Menuda perversidilla. Pero, vale, me apunto.

Subo riéndome los últimos escalones. Son estrechos, irregulares y empinados, así que asciendo con precaución. Levanto un brazo por encima de la cabeza hasta tocar la trampilla con los dedos. Vuelvo a girar la llave, le doy un buen empujón con la base de la mano y se abre de golpe. La escalera queda iluminada. Miro hacia abajo. Josh está observándome, envuelto por la luz de las estrellas y el asombro.

Josh sube a la terraza de la azotea en medio de un silencio reverencial. Cierro la trampilla. Nos rodea un brillante y titilante paisaje urbano.

–Desde aquí se ve todo –dice. Es la primera vez que lo oigo hablar con tono sobrecogido.

El serpenteante río, las catedrales en ruinas, los extensos palacios... Todo. Sí, desde aquí se ve todo. La vista es incluso mejor que la del Pompidou. La Ciudad de la Luz palpita de vida. Las celebraciones de la Nuit Blanche están en pleno apogeo.

–Bienvenido a la Casa del Árbol –anuncio henchida de orgullo–. Nunca tuve una de verdad, pero es una buena sustituta. Lo único que requiere un poco de imaginación es lo del árbol en sí.

–No puedo creérmelo. ¿Esto es tuyo?

–De mi tía. Mi *tante* Juliette vive en el piso con la puerta morada. Solía jugar aquí arriba cuando era niña y luego me dio la llave cuando estaba en segundo. Kurt y yo necesitamos un sitio para... evadirnos.

Josh observa el lugar atentamente, procesando cada elemento. La terraza es cuadrada, acogedora y está abarrotada de multitud de objetos usados: una escalera de madera, dos

sillas de mimbre que no hacen juego, una maceta de terracota cubierta de musgo con un rosal en miniatura, montoncitos de piedras redondas, un espejo roto con marco dorado, un grupo de botellas de refresco de color verde claro, un baúl con la cerradura rota y la cabeza de un caballo blanco de tiovivo. Una pared baja de hormigón lo rodea todo.

–Todos los objetos son reciclados –le explico–. Los tomamos de la calle. Tenemos la norma de que ningún elemento de nuestra *décor* –digo la palabra medio en broma y medio en serio– puede ser comprado.

Josh se pone de cuclillas y toca con delicadeza la crin del caballo.

–¿La gente deja cosas como esta en la calle?

–Delante de sus casas. Las sacan para que los basureros se las lleven.

–¿Y esto?

Señala un cuenco de porcelana desportillado lleno hasta rebosar de agua limpia.

–Es para *Jacque*. Es un gato callejero que viene a vernos de vez en cuando.

Josh mueve la cabeza.

–Esto... caramba. Esto es increíble. Seguramente traerás aquí a todos tus ligues.

Lo dice para chincharme, pero, mientras se levanta, presiento que detrás se esconde una pregunta auténtica.

–Solo ha habido uno. Y, no, nunca recibió una invitación. –Me agacho para sacar una gruesa manta a cuadros del baúl–. Vale. Mentira.

–¿Sí lo trajiste?

Levanto la manta, riéndome.

–No. Me refiero a que esto lo compré. No la encontré en la calle.

Josh deja escapar un suspiro apenas perceptible, pero claramente de alivio. Eso me hace sonreír. Estiro la manta en el suelo. Nos sentamos, frente a frente, con las piernas cruzadas.

–Bueno, háblame de él –me dice–. Dime de quién debería estar celoso.

–Verás. Se llama *Jacque*, es como así de alto y tiene unas patitas monísimas.

–Vamos, hablo en serio.

–No fue nada importante. Tampoco es que hubiéramos estado saliendo dos años –añado lanzándole una clara indirecta.

–Uf, no me lo recuerdes. –Pero, después de unos segundos, me da un toquecito en la rodilla–. Sigue.

Suspiro.

–Se llama Sébastien. Es francés. Va a un instituto a diez minutos del nuestro. Y mi tía nos emparejó.

–Uy. –Josh hace una mueca–. ¿La misma tía que vive abajo?

–Esa mismita. *Tante* Juliette es amiga de su *maman* y nos invitaron a ambos a un *brunch* el invierno pasado sin decirnos que el otro también iría. Fue humillante. Pero, curiosamente... congeniamos. Estuvimos saliendo en secreto unos meses.

–¿En secreto?

–No queríamos que los entrometidos de nuestros parientes supieran que el plan había funcionado. –Hago una pausa para sonreír–. Así que no se lo dijimos.

–¿Lo sabía alguien?

–Claro. Kurt, para empezar. Y los amigos de Sébastien.

–Bueno. ¿Y qué pasó?

Bajo la mirada.

–Resulta que no era buen tío. En realidad, no le gustaba Kurt.

–Lo siento. –Hace otra mueca–. ¿Ibais en serio? Antes de eso, digo.

–¿Te refieres a si nos acostamos?

Mi franqueza lo desconcierta. Agacha la cabeza, avergonzado.

–Pues sí –contesto.

Intenta disimular la sorpresa. Otra vez. Supongo que en el instituto todo el mundo da por hecho que soy virgen. Bueno, los que no creen que me tiro a mi mejor amigo.

–Pero nunca fuimos demasiado en serio –le explico–. Es decir, cuando eres medio francesa, el sexo no es ese gran tabú. Sí, claro, debes tener cuidado, usar protección y bla-bla-bla; pero no tiene esa importancia trascendental que le dan los puritanos norteamericanos, ¿sabes? Aunque Sébastien ha sido el único. No quiero que te llesves la impresión...

–No. –Niega con la cabeza con rapidez–. Ya lo sé.

Se produce una larga pausa.

–¿Y tú?

–Igual. Solo ha habido una chica.

El viento arrecia y me froto los brazos desnudos.

–Pero tú la querías.

–Eso creía. –Josh contempla la ciudad–. Luego comprendí que no era así, y ella comprendió que tampoco me quería, pero seguimos juntos porque... La verdad es que no

sé muy bien por qué. Quizá porque creíamos que deberíamos estar enamorados. Al menos, eso me pasaba a mí. Quería estar enamorado. –Vuelve a mirarme–. ¿Has estado enamorada alguna vez?

–No.

«Sí. De ti.»

Una motocicleta pasa abajo por la calle. Nos quedamos escuchando hasta que el rugido gutural se apaga. Josh me mira de reojo y luego directamente.

–Estás tiritando.

–Ah, estoy bien. El fresquito es agradable.

Pero ya se ha puesto de rodillas y se está sacando el abrigo. Lo levanta y me lo coloca sobre los hombros. El peso de la prenda me asombra en más de un sentido. El deseo se apodera de mi cuerpo. El abrigo huele a limón y a tinta y a él.

–Te vi la noche siguiente –comenta.

–¿Eh? –Abro los ojos–. ¿Qué noche?

–El verano pasado. Regresé a la cafetería a medianoche del día siguiente y te vi allí. Sabía que era una posibilidad remota, pero... tuve el presentimiento de que estarías allí. Y estabas.

Conozco esa sensación. Yo también la tuve.

–¿Y por qué no te vi?

–No llegué a entrar. Te vi a través de la ventana y...

–Estaba con Kurt –termino la frase por él.

–Así que seguí caminando. Me sentí como un completo idiota. Si lo hubiera sabido... Ojalá lo hubiera sabido. Te mostraste tan divertida y coqueta y...

–¿Coqueta?

–Sí –contesta con una sonrisa–. Se te notaba que yo te gustaba.

–Madre de mi vida.

Qué vergüenza.

–¡No! Fue encantador. En serio que fue superencantador.

–Ya, va a ser que no. Ahora mismo quiero que se me trague la tierra.

–No. De verdad. Siempre me has gustado, pero pensaba que yo a ti no. Nunca me hablabas. Así que pensaba que no tenía ninguna posibilidad contigo. Luego empecé a salir con Rashmi, y ahí quedó la cosa. Pero el verano pasado me di cuenta de que simplemente eres tímida.

Rebobinemos un momentito.

–¿Siempre te he gustado?

–¿Una chica sexy y superlista que lee cómics? ¿Estás de coña? Claro que me había fijado en ti.

Sexy. He ascendido a sexy. Nadie me había llamado nunca sexy. ¿Mona? Sí. ¿Adorable? Sí, muchas veces, y eso me da ganas de responder con un puñetazo. No tenía ni idea de que las chicas bajas podían ser sexys. Creía que había quedado relegada de manera permanente a la categoría de mona.

–Soltar sangre por la nariz. –Aprieto el abrigo con más fuerza–. Eso sí que es sexy.

Josh hunde la cabeza en las manos y suelta un gemido.

–Todavía no puedo creerme que te hiciera eso.

–Me parece que la culpa es de las leyes de la física.

–Y de mi barbilla.

Suelto una carcajada.

–Pero, hasta esa última parte, la noche iba genial, ¿no? Vamos, si hasta tuvimos fuegos artificiales. Eso sí que fue un beso de película.

–Ojalá pudiera llevarme el mérito de eso.

–¿Sabes qué? Siempre puedes volver a intentarlo.

Levanta la cabeza.

–¿Lanzar fuegos artificiales?

–Un segundo primer beso.

–Creo que a eso lo llaman segundo beso.

Le doy un toquecito con la rodilla.

–¿De verdad me vas a hacer pedírtelo otra vez?

–Eh... no.

Josh se inclina rápidamente hacia delante.

–A menos que... –Le pongo una mano en el pecho–. ¿Estás seguro? Porque si no quieres...

Sonríe.

–Estás fastidiando nuestro segundo primer beso.

–Solo quería... asegurarme –digo.

–Estoy seguro. –Pero se detiene antes de llegar hasta mí–. Un momento. ¿Tú estás segura?

–Claro que sí.

–Vale. Entonces los dos estamos seguros.

Josh sonrío de nuevo. Coloca una mano a cada lado de mi cara. Tiene los dedos fríos, pero yo empiezo a sentir calor. Nos quedamos mirando unos segundos. Se le borra la sonrisa y luego, despacio, se inclina y me besa.

Es un beso suave, con los labios apenas abiertos. Dulce.

Josh se aparta unos centímetros. Observa mi frente. Mis mejillas. Mi barbilla, mis orejas, mi nariz, mis labios...

–¿Qué haces? –le pregunto.

–Quería saber cómo eres de cerca.

–Ah. –Parece un suspiro.

–Tienes pecas en los párpados –dice.

Cierro los ojos y los besa. Deposita un delicado beso en cada párpado. Su nariz desciende a lo largo de la mía y su boca acaba posándose sobre mis labios. Le rodeo el cuello con los brazos. Nuestros labios se unen con más urgencia. Más exploración. Nos besamos hasta que ya no puede seguir considerándose besarse, es más bien darse el lote. Sus manos se deslizan bajo el abrigo y me envuelven la cintura.

Nos dejamos caer sobre la manta.

Hundimos los dedos en el pelo del otro, noto su aliento en el cuello, y deseo que el mundo se detenga en este mismo instante. Y entonces comprendo que esto... esto es enamorarse.

Capítulo once

Nos besamos en las escaleras, en las calles de la margen derecha, en el puente que cruza el Sena, en las calles de la margen izquierda... Nos besamos hasta tener las bocas doloridas y los labios entumecidos. Es tan intenso que no me doy cuenta de que me han salido ampollas en los pies hasta que estamos a unas manzanas de la residencia. Me saco los zapatos de tacón en la escalinata de Saint-Étienne-du-Mont (una iglesia situada enfrente del Panthéon) y dejo escapar un suspiro de alivio.

–Ampollas y sangre por la nariz. –Josh se sienta a mi lado–. Ha ido bien.

Sonrí y lo beso de nuevo.

–Esos zapatos son de locos –añade.

Meneo los pies enrojecidos.

–Puede que me pasara un poco.

–Sueles elegir zapatos demasiado altos. Eres consciente de que sabemos que eres bajita, ¿no? No es que sea un secreto.

–Calla.

–Me gusta que seas pequeñita. Me gusta saber que podría llevarte en el bolsillo.

Le doy un golpe en el brazo con el hombro.

–He dicho que te callaras.

–Y si alguna vez nos vamos de vacaciones juntos, puedes sentarte en mi regazo para ahorrarnos un billete.

Lo golpeo más fuerte y se ríe. Intenta devolverme el golpe, pero soy más rápida y se cae sobre los escalones. Se ríe aún más fuerte. Y yo también.

–Te lo tienes merecido –le digo.

–Y ahora pagaré mi penitencia. –Se levanta y se coloca de espaldas a mí–. Sube.

–¿Qué?

–No puedes caminar con esos zapatos y las calles están cubiertas de cristales rotos.

–¿Cómo? ¿Te estás ofreciendo a llevarme a caballo?

Finge un suspiro de exasperación.

–¿Quieres subir de una vez?

–Que sea baja no significa que no pese nada.

–Que sea flaco no significa que no pueda cargar con alguien bajo. ¿Cuánto mides?

¿Uno cincuenta y cinco?

–Pues sí. –Me sorprende que lo haya acertado con exactitud–. ¿Y tú?

–Uno ochenta y cinco. Chúpate esa.

–Bicho raro.

Me sonrío por encima del hombro.

–Sube.

Me levanto, con los zapatos en la mano.

–Vale. Tú te lo has buscado.

Josh se pone en cuclillas y me subo. Es como intentar montar un purasangre. Da saltitos haciéndome rebotar para levantarme más, por encima de su cintura, y me acomodo. Le rodeo los hombros con los brazos. Tiene las manos apoyadas por encima de mi vestido, sujetándome por la parte inferior de los muslos.

–Claro, ahora lo entiendo. No era más que un truco.

Se dirige hacia la residencia.

–¿Un truco?

–Para meterme mano por debajo del vestido en nuestra primera cita.

La nuca se le pone colorada de inmediato.

–Te aseguro que no.

–Ya...

El cuello se le pone todavía más rojo. Inhalo profundamente su aroma, embriagada de felicidad. A lo lejos, París sigue de celebración, pero nuestro barrio está tranquilo. Lo único que se oye es el sonido de sus pisadas.

–¿Sabías que mi amigo St. Clair –comenta después de unos minutos– solo mide unos centímetros más que tú y que su novia, Anna, es más alta que él?

–A Kurt solo le gustan las chicas altas. Puede que eso me haya vuelto paranoica y me haya hecho pensar que todos los tíos prefieren parejas cuya boca quede a una altura más próxima a la suya.

Me resulta extraño confesar esto en voz alta.

–Debo señalar que nosotros no hemos tenido ningún problema para alcanzar la boca del otro.

Noto una sonrisa en su voz, y sonrío contra su cuello.

Josh recorre las siguientes manzanas en silencio. Por desgracia, ir así sentada no es nada cómodo y, a juzgar por la respiración trabajosa de Josh, cargar conmigo tampoco lo es. No obstante, me lleva cortésmente a caballo hasta nuestra residencia, atraviesa el vestíbulo vacío y va directamente hasta la puerta de mi cuarto. Desmontar es algo complicado y los dos estamos un tanto doloridos, pero no importa. Nuestros labios se encuentran de nuevo. Josh está sin aliento, pero me empuja contra la puerta hasta que se abre y caemos dentro del cuarto.

Kurt nos observa desde la cama.

–Vas a tener que arreglar esa puerta de una vez.

El domingo es el único día que Josh no está castigado y, justo mientras empiezo a despertarme, me llega un mensaje suyo. Me alegro de que nos acordáramos de intercambiarnos los números de teléfono. Aprieto el móvil y me vuelvo en la cama.

–Cuidado –murmura Kurt.

–Me da los buenos días.

–Es por la tarde. Dile que se equivoca.

Le respondo a Josh con un mensaje de buenos días y le sugiero que pida libre también el próximo sábado. Después de todo, es el sabbat. Carita sonriente con guiño. Me contesta con una larga línea de signos de exclamación seguidos de: «¿POR QUÉ NO SE ME HABÍA OCURRIDO?».

Abrazo a Kurt.

–Le gusto. ¡Le gustoooooooooo!

–Qué boba eres. –Pero me devuelve el abrazo–. He echado esto de menos.

–Y yo.

Anoche incumplimos las normas. Nate había salido por la Nuit Blanche, así que Kurt decidió quedarse a dormir. Lo que fue perfecto, porque así pude revivir cada detalle de cada segundo de mi cita. Hasta que me dijo que cerrara el pico.

Kurt abre los ojos como platos.

–Tienes media nariz morada.

Salgo de la cama como una bala y me lanzo hacia el espejo. Mierda. Me toco la nariz con cuidado, hago una mueca de dolor y suspiro.

–Al menos, es la prueba de que lo de ayer pasó de verdad, ¿no?

Pero Kurt ya está pensando en el día de hoy.

–Tengo que entregar un trabajo de Historia mañana y tú tienes que estudiar para el examen de Cálculo. ¿Quieres trabajar aquí o en mi cuarto? –pregunta con una sonrisa.

Su habitación es asquerosa y me niego a pasar tiempo allí. El orden (en su cuarto, en su mochila o en su apariencia) no es una de las prioridades de Kurt.

Me acerco más a mi reflejo.

–No sé. Josh y yo no hicimos planes, pero me pareció que se sobreentendía que quedaríamos.

Kurt se baja de la cama y se pone la sudadera.

–Qué rollo.

–Tú sí que eres un rollo.

–Voy a ir a buscarte el desayuno. Soy todo lo contrario a un rollo.

Y, a continuación, sale dando un portazo. Aguardo a que la puerta se abra sola, pero (por una vez) no lo hace. Kurt la abre de una patada y nos reímos.

–Vuelvo en diez minutos –me dice.

Todos los domingos, compramos *baguettes* recién horneadas en la *boulangerie* que hay a dos calles. Saco un bote de Nutella, un cuchillo y dos viejos tazones verde jade de un cajón y pongo agua a hervir. Echo una buena cucharada de café instantáneo (una marca norteamericana asquerosa pero que es la favorita de Kurt) en cada taza. Y luego regreso al espejo. Mi nariz parece una berenjena pequeña. Incluso con una gruesa capa de corrector, la prueba de nuestra cita durará una semana como mínimo.

Kurt regresa justo cuando el agua está lista. Nuestra rutina está meticulosamente organizada. Kurt está sirviendo agua en las tazas cuando oímos dos golpes en la puerta, a poca altura. Ese sonido me despeja de inmediato. Es más estimulante que la cafeína. Pero Kurt me mira con una expresión de confusión, como diciendo: «Pero si ya estoy aquí».

–Podría entrar directamente –dice Josh con tono alegre–. Pero no voy a hacerlo porque sería de mala educación. Además, podrías estar vistiéndote y eso sería...

–Ya está vestida –contesta Kurt–. Pasa.

Abro la puerta de golpe antes de que Josh se lleve la impresión equivocada.

–Ey –saluda. Se produce una pausa incómoda–. Entonces, ¿ya no mantenéis la puerta abierta?

Me doy una palmada en la frente. Qué tonta.

–¡Nos habíamos olvidado! No puedo creerme que nos hayamos olvidado.

Kurt me pasa el libro de Física con el pie y lo meto debajo de la puerta.

–Nate salió anoche –explica–, así que me quedé.

Josh entra en el cuarto, pero tiene los brazos cruzados en un gesto de inseguridad.

–¿Dormiste aquí?

–Sí –responde Kurt.

Esbozo una sonrisa forzada.

–No quiero que suene a cliché, pero te aseguro que no es lo que parece.

Josh descruza los brazos.

–Ya, lo sé.

Niega con la cabeza y empieza a cruzar los brazos de nuevo, pero se contiene. Opta por meterse las manos en los bolsillos.

–Debería haber llamado. Se me ocurrió que a lo mejor querías salir a desayunar. O a almorzar. Lo que sea. Ya volveré...

–¡No! –exclamo–. Come con nosotros. Tenemos pan y un café espantoso. ¿Qué te parece? ¿Eh?

–Haces que suene tentador.

Mi sonrisa se suaviza.

–Venga. Quédate.

Josh me devuelve la sonrisa, por fin.

–Vale. Pero solo porque me das pena. Es evidente que un pandillero furioso te dio un puñetazo en la cara anoche.

–Es increíble lo que puede hacer una barbilla.

Kurt nos observa desde la cama como si se hubiera topado con dos animales salvajes en su hábitat natural.

Josh se pone serio.

–Lo siento. ¿Te duele?

–Deja de disculparte. –Mi sonrisa se ensancha mientras sirvo una cucharada de café en polvo en la jarra del Oktoberfest–. Solo tengo dos tazas. Lo siento.

Josh se acomoda en la silla del escritorio.

–Deja de disculparte tú.

Añado agua caliente y le paso la jarra. Me dedica una sonrisa. Me siento al lado de Kurt y le entrego la mitad de mi baguette a Josh, que protesta con un gesto de la mano. Insisto y, al final, acepta. Un silencio incómodo empieza a cernirse sobre el cuarto.

Me inunda el alivio cuando Josh se vuelve hacia Kurt.

–¿Sabes? Hay algo que siempre me ha dado curiosidad. Una vez vi tu nombre escrito en una lista en el despacho de la directora. Tu nombre completo.

Kurt deja escapar un profundo suspiro.

–Nací la misma semana que murió Kurt Cobain. Mis padres eran amigos suyos, así que me pusieron ese nombre en su honor.

Josh se queda inmóvil, con el cuchillo con Nutella en el aire.

–¿Eran amigos suyos?

–Mi padre es Scott Bacon. Era el guitarrista de Dreck.

–Eran un grupo de *grunge* de principios de los noventa –le explico–. Tuvieron una canción muy conocida: *No one saw me*. No sé si te sonarán.

–Ya, ya. –Josh sacude la cabeza–. Sí, los conozco.

–Esa canción lo hizo rico y famoso, y eso atrajo a mi madre. Era modelo de pasarela aquí en París –añade Kurt con toda naturalidad.

Josh se queda atónito de nuevo.

Siempre se me olvida lo sorprendente que le resulta a la gente enterarse de quiénes son los padres de Kurt. Es como si tuviera que venir de una familia de neurocirujanos o ingenieros aeroespaciales; pero la evidencia está en que, bajo el pelo revuelto y la ropa arrugada, Kurt es muy guapo. Los desconocidos a menudo suponen que es un atleta, porque es alto, anguloso y musculoso. Pero simplemente se mantiene en forma porque odia el transporte público y va caminando a todas partes. Me pregunto si su aspecto es otro de los motivos por los que Josh pensaba que salíamos juntos.

–Pero su relación no es así –le aseguro–. La madre de Kurt tenía su propio dinero. Se casaron por amor, y todavía siguen juntos.

Josh le da un mordisco enorme al pan y habla antes de tragar.

–No puedo creerme que conocieran a Kurt Cobain. Qué pasada.

Yo solía observar a Josh en la cafetería, y siempre ha sido algo descuidado comiendo. Aunque suene extraño, me gusta contemplar ese mal hábito de cerca. Tal vez porque me recuerda al Josh que conocían sus amigos: relajado, abierto y sin barreras. O tal vez porque me recuerda a Kurt, y me siento segura con Kurt.

–No –responde Kurt–. Es un asco. Me pusieron el nombre de un tío que se suicidó. Además, la gente da por hecho que soy un gran fan de Nirvana. Algo ilógico, porque yo no elegí mi nombre.

–¿Y te gustan? –pregunta Josh.

–No. Podemos intercambiarlos el nombre, si quieres.

–Kurt Cobain Wasserstein –dice Josh despacio, y luego se ríe–. No. No suena tan bien.

–Kurt Donald Cobain Wasserstein. No te olvides del segundo nombre. Es la guinda.

–Eso te convertiría a ti en... Joshua Elvis Aron Presley Bacon.

Kurt se queda de piedra.

–¿Lo dices en serio? ¿Ese es tu segundo nombre?

El semblante serio de Josh me provoca una carcajada.

–Isla, ¿es verdad? –pregunta Kurt de nuevo, pero mi expresión me delata–. Ah. Vale.

–Su entusiasmo se apaga. Pero entonces se produce un momento perfecto cuando Kurt endereza la espalda y sonrío–. Ya veo. Me estabas dando *Josh*... por liebre.

–No puedo creerme que hayas dicho eso –responde Josh aferrándose el pecho como si hubiera herido sus sentimientos, mientras Kurt se echa a reír a carcajadas.

El corazón me va a estallar de felicidad. Josh niega con la cabeza.

–Voy a dejarlo pasar porque estoy intentando causarle buena impresión a tu amiga, ¿de acuerdo? En realidad, mi segundo nombre es David.

Kurt lo medita unos segundos.

–Vale. Hecho.

Josh le da el primer sorbo al café.

–Por el amor de Dios. No estabas de coña. Está asqueroso.

–Bueno, ¿y cómo llamamos a Isla? –pregunta Kurt.

Josh deja la jarra para examinarme con atención. Me mira a los ojos mientras yo pienso: David. El segundo nombre de Josh es David. Gracias a las noches que he pasado en vela leyendo la Wikipedia, sé que también es el segundo nombre de su padre.

–Isla es un buen nombre –responde por fin–. Es el nombre perfecto.

Kurt no parece impresionado.

–También se lo pusieron por algo, ¿sabes?

–Ni se te ocurra –le advierto.

Josh se echa hacia delante con un brillo en la mirada.

–Cuenta, cuenta.

–La isla del Príncipe Eduardo –anuncia Kurt.

Se produce una larga pausa. Y luego soy yo la que suspira.

–Resulta que mis padres siguieron esa espantosa moda de ponernos a mis hermanas y a mí el nombre del lugar donde nos concibieron.

Otra pausa.

–No me lo creo –responde Josh.

–Pues sí. Geneviève lleva el nombre de la patrona de París, Santa Genoveva. «Hattie» es la abreviación de Manhattan, y sí... la isla del Príncipe Eduardo. Mis padres estaban allí de vacaciones. No me malinterpretes, me alegro de que no me pusieran Príncipe ni Eduardo, pero ahora viajar a una isla queda descartado para mí. La simple idea de mis padres haciendo... eso...

Sus carcajadas se interrumpen cuando la puerta de la escalera se abre con un estruendo metálico. Un grupito de chicas nos echa un vistazo al pasar por delante de la puerta abierta de mi cuarto. Veo más de un gesto de sorpresa. Oigo susurrar mi nombre por el pasillo y el vestíbulo, junto con unas risitas nada amables.

–¿Sabes qué? –comenta Josh, mirándome–. Casi había olvidado lo coñazo que es este cuarto. Esa escalera me ponía de los nervios.

–A mí no me gusta la ventana –opina Kurt.

–Y que lo digas. Esas barras como las de una celda y el tráfico. ¿Os acordáis de la cantante de ópera que solía actuar ahí fuera?

–Bueno, ¿y qué vas a hacer hoy? –le pregunto apartando a las chicas de mi mente.

La pregunta pill a Josh por sorpresa.

–Pues... trabajar. Dibujar. Solo. En mi cuarto. En la última planta.

–Ah. ¡Genial! –Intento sonar alegre. Qué inocente había sido al suponer que quedaríamos. Pues claro que está ocupado–. Nosotros vamos a estar trabajando aquí. En los deberes. Como siempre.

Josh parece... confundido. Decepcionado.

Tardo un momento, pero luego caigo en la cuenta de que acaba de decirme que estará solo en su cuarto, y dónde está situado. Y yo voy y le contesto que estaré aquí con Kurt. El chico que durmió en mi cama anoche.

–A menos que quieras que quedemos. –Las palabras escapan de mis labios atropelladamente–. Puedo subir. A tu cuarto. Si quieres.

Josh se anima por completo.

–¿Sí? –Mira a Kurt–. Tú también estás invitado, por supuesto.

–No creo que lo digas en serio–. Kurt se termina el café–. De todas formas, paso. No me apetece ver cómo os metéis mano.

Capítulo doce

La sexta planta no es una planta normal. Ciertamente cuenta con ese peculiar contraste de elementos de cristal y tubos fluorescentes, papel de pared antiguo y alfombras industriales; pero es lo que los franceses llaman *les chambres de bonne*. Las criadas de la aristocracia vivían aquí arriba. Los techos son más bajos y hay menos habitaciones. También reina el silencio. No se oyen voces ni música. Resulta inquietante.

Paso por delante de una puerta empapelada con una docena de fotografías de la misma *boy band*, otra con una pequeña pizarra blanca con un número de teléfono apuntado y otra con una pizarra grande en la que pone: «¡DAVE LA TIENE DIMINUTA!».

La puerta de la habitación 604 está despejada.

Otros años, Josh solía pegar caricaturas de sí mismo con diferentes disfraces: *cowboy*, pirata, payaso, robot, oso... Se me parte el corazón ante este nuevo recordatorio más de lo infeliz que es en este instituto.

Me aliso la parte delantera del vestido. Ha pasado una hora desde el desayuno, porque tenía que ducharme. También necesitaba aplicarme una buena capa de maquillaje para cubrir el moratón. Respiro hondo e imito su forma de llamar a la puerta.

Josh abre con una sonrisa de complicidad.

Se la devuelvo con timidez.

Se aparta y entro. Suponía que cerraría la puerta detrás de mí porque, bueno, se trata de Josh, pero la mantiene abierta con un libro de arquitectura parisina. Me conmueve este gesto de respeto... aunque no me habría importado un poco de intimidad en este momento.

–Siento que esté todo tan desordenado. –Se mete las manos en los bolsillos–. Aunque he despejado la cama y las sábanas están limpias.

Casi se me salen los ojos de las órbitas.

–Para sentarnos –me acusa en broma, pero se sonroja–. Buena elección de zapatos, por cierto.

Hoy llevo unas bailarinas.

–Buen cambio de tema, por cierto.

–Qué bueno verte, por cierto.

–Buenos reflejos, por cierto.

Josh sonrío mientras dejó caer la mochila llena de deberes en el suelo. En teoría, yo voy a estudiar y él, a dibujar. Aunque espero que en realidad nos demos el lote.

Su cuarto es espectacular. El pequeño lugar parece aún más pequeño debido a la asombrosa cantidad de ilustraciones que hay por todas partes. Aunque no da la sensación de abarrotamiento. Parece más bien un capullo. Hay dibujos en el escritorio (que ni siquiera es el que proporciona el colegio, sino uno especial para dibujar), en la cómoda, en el suelo, sobre la nevera... Y cubriendo casi cada centímetro de las paredes y el techo.

–Es como si estuviera dentro de tu cabeza.

Me arrepiento de decirlo en cuanto las palabras salen de mi boca. Porque ha sonado fatal. Pero Josh parece relajarse.

–Mis amigos solían decir lo mismo.

Examino sus obras de más cerca. Las ilustraciones están elaboradas con tinta negra. Reconozco lugares repartidos por toda la ciudad: el rosetón y las agujas de la Sainte-Chapelle, el laberinto de setos del Jardin des Plantes, una pared de cráneos y fémures humanos en les Catacombes, un pájaro enjaulado en el Marché aux Fleurs o el opulento exterior del Palais Garnier (la famosa ópera del fantasma).

Y rostros. Muchísimos rostros.

St. Clair; su novia, Anna; su exnovia, Ellie; Meredith, una amiga de St. Clair, y Josh y, por supuesto... Rashmi. Mi mirada se posa en un dibujo situado junto a la ventana. Rashmi está tumbada en un sofá del vestíbulo, con la cabeza recostada en un apoyabrazos y los pies en el otro, leyendo un libro. El largo pelo le cae por encima del apoyabrazos formando densas ondas negras.

–Vaya –comento en voz baja–. Qué guapa te quedó Rashmi.

Josh traga saliva.

–Lo hice hace mucho tiempo. ¿Has visto este?

Me señala una divertida imagen de St. Clair dándole un golpecito a Anna en la espalda con el brazo de otra persona, pero yo estoy distraída y desorientada. Estoy rodeada. Rashmi sola. Rashmi con amigos.

Rashmi con Josh.

–Es mi amiga, Isla. O lo era. Hace meses que ni hablamos.

–Sí, ya lo sé –respondo asintiendo con la cabeza, porque claro que lo sabía. No sé por qué me ha pillado por sorpresa.

Me siento en la cama y sonrío para demostrarle que me parece bien. Es su amiga, y está claro que echa de menos a sus amigos, así que le viene bien tener esos dibujos. Por supuesto. Si puedo convencerlo a él, tal vez pueda convencerme a mí misma.

Josh se queda mirándome un buen rato. Observo la colcha (a cuadros azules y blancos, muy masculina) e intento recordar que a la Isla del pasado le habría dado un soponcio si pudiera ver a la Isla del presente.

–Si te enseño algo –dice por fin–, ¿me prometes que te lo tomarás como un cumplido? ¿Sin juzgarme?

Ladeo la cabeza con curiosidad.

–Lo digo en serio. Tienes que prometérmelo.

–¿Por qué? ¿Es malo?

–No. Es solo que... no pensaba enseñártelo. Por el momento, al menos.

–Ahora me estás preocupando –respondo solo medio en broma–. ¿Esta es la parte en la que me confiesas que has estado sacándole fotos a los vasos de yogur vacíos que tiro a la basura?

–Te mentí –confiesa Josh.

Mi preocupación aumenta mientras abre un cajón, saca un maltrecho cuaderno de dibujo y me lo coloca en las manos. Le doy la vuelta y veo la pegatina azul que dice «BIENVENIDO».

–Es el que estaba usando en junio. No lo dejé en Nueva York. Evidentemente.

–¿Se trata de esto? –Mi alivio es monumental–. Ya lo sabía. Te lo vi en la mochila.

Se queda pálido.

–¿Ah, sí?

–No pasa nada. Lo entiendo. No quedé favorecida en el dibujo, ¿no? Estaba totalmente ida. Comprendo que no quisieras enseñármelo.

–Eh... no. –Se remueve, incómodo–. No es eso. Los tiros no van por ahí. Ni por asomo.

Eso hace que me pique aún más la curiosidad. Se sienta a mi lado con un suspiro. Abro el cuaderno y doy a la primera con la página adecuada. Como si Josh lo mirara con frecuencia. Con mucha frecuencia.

Clavo la mirada en la página. Páginas, en realidad. Hay dos dibujos míos. En el primero, tengo el codo apoyado sobre la mesa del Kismet. Me sostengo la cabeza con la mano y el pelo me cae alrededor de la cara. Tengo los ojos cerrados, absorta en mis pensamientos. En el segundo, apoyo la cabeza sobre los brazos, que uso de almohada. Mi pelo se extiende por la mesa formando un mar de ondas y rizos. Tengo los labios ligeramente abiertos.

Los dibujos son... sexys. Los trazos son todo curvas.

Josh estira la mano y pasa la página.

Hay un tercer dibujo.

Este es de memoria. Estoy de pie bajo la lluvia. Tengo el pelo mojado y el vestido empapado. Se ven más curvas: mis curvas. Una rosa gigante flota detrás de mi cabeza como si fuera un halo y miro directamente al observador. Al artista.

Noto los latidos de mi corazón en los oídos. Miro a Josh, con los ojos como platos.

–Kurt me pidió verlos –dice–. Cuando creía que salíais juntos. Pensé que me daría una paliza.

–Tengo el vestido bastante pegado al cuerpo.

Josh suelta un gemido.

–Y ahora crees que soy un perverso.

Sonrío.

–Solo si el resto es igual.

Le doy un golpe suave con el hombro mientras me dedico a hojear el cuaderno. Al principio no caigo en la cuenta de lo que estoy buscando, pero... busco otros. Hay un montón de dibujos de mujeres, de todas las edades, algunas incluso guapas; sin embargo, a medida que prosigo mi búsqueda, me queda claro que los míos son especiales. Son los únicos de ese estilo.

Josh me devuelve el golpecito.

–¿Ya te sientes mejor? ¿O todavía estoy en la misma categoría que ese fotógrafo finlandés?

–No. –Sigo sonriendo mientras dejo el cuaderno–. Claro que no. Por supuesto que no.

–Bien. –Su voz suena más profunda, más suave.

Me quedo mirándolo. Él hace lo mismo. Hunde los dedos en mi pelo y me sostiene la cabeza con ambas manos. Cierro los ojos. Mis manos suben por su nuca y siguen ascendiendo, deslizando las uñas por su cráneo. Nuestras bocas se acercan, solo las

separan unos milímetros. Nuestra respiración es rápida y cálida. Me abre los labios con los suyos.

Y entonces nos abalanzamos el uno sobre el otro como los animales voraces que somos.

Me subo a su regazo, anhelando estar más cerca, y aprieto las caderas contra las suyas. Se me sube la falda del vestido. Me invade la desesperación, la agonía. Un sonido entrecortado escapa de sus labios. Nuestros besos se vuelven frenéticos. Su boca es firme y sus manos son fuertes y...

–Ejem.

Nos erguimos de golpe. Nate está en la puerta. Me bajo enseguida de Josh, que toma el cuaderno de dibujo y se sienta a toda velocidad en la silla del escritorio, colocándose el cuaderno estratégicamente sobre el regazo. Me pongo colorada desde la raíz del pelo a la punta de los pies.

–Buenas –dice Nate con tono de cansancio antes de alejarse arrastrando los pies.

Suelto un gemido.

–No sabría decir a quién le fastidian más las nuevas normas: a él o a nosotros.

Josh se golpea la frente una vez contra el escritorio.

–A nosotros, sin duda.

Antes de que pueda responder, suena su teléfono. Josh levanta la cabeza para echarle un vistazo a la pantalla. Y luego suelta una palabrota entre dientes.

–Tengo que contestar o no va a dejar de llamar. –Responde–. Hola, mamá.

«No pienses en el cuaderno de dibujo. No pienses en lo que está cubriendo.»

–Sí. Todo va bien. –Pausa–. Estoy haciendo los deberes. –Pausa–. No. –Pausa–. No, claro que no. –Pausa–. Sí. Ya lo sé.

Josh pone los ojos en blanco mientras lanza el cuaderno sobre la cama, dejando claro que el ambiente se ha estropeado sin remedio y que puedo hojearlo a mi antojo.

–No. Ya lo sé. –La conversación continúa así cinco minutos hasta que Josh interrumpe a su madre–. Vaya por Dios, un simulacro de incendio. Tengo que irme, adiós.

Y cuelga. Luego suelta el móvil sobre la mesa y deja caer la cabeza en las manos. Le concedo un momento antes de preguntar:

–¿Un simulacro de incendio?

Josh levanta la cabeza.

–Por lo general, se me ocurren excusas mejores. –Extiende una pierna y me da un golpecito en el zapato–. Me cuesta pensar teniéndote ahí sentada.

Le devuelvo el toquecito.

–Por lo que veo, no estás muy unido a tus padres.

–Pues no.

Me pregunto con qué frecuencia hablan. Yo solo hablo con los míos una vez a la semana o así, pero nuestras llamadas siempre duran una hora por lo menos.

–¿Por eso estás aquí, en Francia? Debo confesar que siempre me ha parecido un poco raro que un senador enviara a su hijo a estudiar al extranjero.

–París no era exactamente su primera opción. –Y entonces se le dibuja en el rostro una expresión extraña, como si lo sorprendieran sus propias palabras.

–¿Qué quieres decir?

–No... no se lo he contado nunca a nadie.

Frunzo el ceño. Josh se mira las manos mientras se masajea la palma derecha con el pulgar izquierdo.

–Mis amigos estaban al tanto de que no me llevo bien con mis padres, así que... dieron por hecho que me mandaron aquí porque soy difícil. O algo por el estilo. Y yo nunca los corregí. Supongo que prefería que creyeran eso, porque... es menos humillante que la verdad. –Levanta la vista y me mira a los ojos–. Yo elegí esto. Es culpa mía que haya acabado atrapado aquí.

Lo miro con incredulidad y espero a que se explique.

–Cuando mis padres empezaron a buscar institutos privados en Nueva York y Washington, los convencí de que enviarme al extranjero sería mejor para mi educación. Era inmaduro y tonto, y París me parecía un sitio romántico y artístico y toda esa mierda. Pero en cuanto llegué me di cuenta de que... solo es una ciudad, ¿sabes? Vale, es preciosa, está llena de cultura y todo lo que dice el cliché. Pero no sé... Siempre he sentido que estoy matando el tiempo aquí hasta que mi vida real pueda empezar.

«Matando el tiempo.» No creo que me incluya en esa categoría, pero aun así las palabras me hieren. Intento que no se me note.

–Bueno, ¿y dónde te gustaría estar? ¿En Nueva York? ¿En Washington?

–No. Y desde luego que no. Voy a ir a Vermont el año que viene.

Arrugo el ceño.

–¿A Vermont? ¿Y qué hay en Vermont?

–El CCS: el Center for Cartoon Studies. –Josh nota mi confusión y acerca un poco más la silla–. Es el único en su campo: se centra por completo en el arte secuencial. Y cuenta con un profesorado alucinante. Los mejores profesionales del sector van allí a impartir clase. Desde dibujantes de tiras cómicas a...

–¿Tiras cómicas? ¿Como las de Garfield?

–Dibujantes de arte secuencial de todo tipo: cosas de superhéroes, novelas gráficas, no ficción gráfica...

–Ah. –Me siento idiota–. ¿Y esa escuela es muy grande?

–No demasiado. Aproximadamente la mitad que la SOAP. –Agarra un lápiz y lo balancea entre dos dedos–. Bueno, ¿y qué hay de ti?

Pone el dedo en la llaga. Así sin más.

–No... no lo sé.

El lápiz se detiene. Debería haber visto venir la pregunta, pero me pilla por sorpresa. Me siento humillada al darme cuenta de que debo contener las lágrimas.

–Voy a solicitar plaza tanto en La Sorbonne como en Columbia, pero no sé adónde quiero ir. No sé dónde encajo.

Josh regresa a la cama y se sienta a mi lado.

–Oye. No pasa nada. Todavía te queda mucho tiempo para decidir.

–No. No es verdad. ¿Y quieres saber qué es lo peor? Que casi espero que una de las dos me rechace para no tener que ser yo la que tome la decisión.

Josh pone cara de sorpresa. Guarda silencio un rato, dándole vueltas a algo en la cabeza.

–He visto las tablas de notas en el despacho de la directora. –Elige las palabras con cuidado–. Eres la mejor de la clase. Ambas universidades van a admitirte.

Así que lo sabe. Me rasco el esmalte de uñas rosa melocotón, desconchándolo poco a poco.

–¿Qué quieres estudiar?

El nudo que siento en el estómago se hace cada vez mayor.

–Nada.

–¿Nada?

–Me refiero a que no lo sé. No sé qué quiero hacer ni qué quiero ser ni dónde quiero vivir. Es como si todo el mundo tuviera todo su futuro planificado menos yo.

Josh se pone serio.

–Sabes que eso no es verdad.

–Puede que en otros institutos, pero en el nuestro la gente tiene planes. Tú tienes planes.

–Bueno. ¿Qué ciudad te gusta más?

Me tiro de la brújula.

–Me siento en casa en las dos. Cuando era pequeña, mi familia pasaba los veranos aquí y el resto del año allí. Ahora es al revés. Tengo la nacionalidad de ambos países, hablo con fluidez ambos idiomas y me siento cómoda en ambas ciudades.

–Cómoda...

Noto algo en la forma en la que lo dice.

–¿Qué pasa? –pregunto.

–Es solo que... ¿No quieres probar algo nuevo? ¿Qué hay de todas esas historias de aventuras que abarrotan tus estanterías?

No lo sé. No lo sé. Me gusta leer sobre aventuras, vale, aunque me gusta hacerlo desde la seguridad de mi hogar. Pero ¿qué es el hogar además de una cama con una colcha? ¿Dónde está?

Josh nota que me estoy disgustando conmigo misma, así que trata de aligerar el ambiente.

–¿Sabes adónde creo que deberías ir? A Dartmouth.

–Ni siquiera sé dónde está.

–Está en New Hampshire, cerca de la frontera con Vermont. Y resulta que el CCS está justo al otro lado. Además, tengo entendido que Dartmouth ofrece un programa estupendo en Nada. El mejor programa en Nada del mundo. O eso dice la gente.

Al fin esbozo una sonrisa. Está bromeando, pero aun así está bien saber que no le importaría que viviera cerca. O, al menos, que le gusto lo suficiente como para bromear sobre ello. Señalo la mesa de dibujo con un gesto de la cabeza.

–Bueno, enséñame en qué trabajas de verdad. Enséñame qué haces aquí metido todo el día.

Josh parece sorprendido y contento de poder mostrarme su zona de trabajo: docenas y docenas de pinceles, plumas y lápices, tinta china, óleos, acuarelas, plumillas, gomas de borrar, fotografías de referencia, un secador de pelo para acelerar el secado de la tinta, varios blocs de diferentes tamaños de lo que él denomina su papel semiprecioso y una caja inmensa donde guarda el de mayor calidad. Como yo, ha conseguido meter una

estrecha estantería en la habitación, aunque sus baldas están llenas de cuadernos de dibujo, libros de arte, libros de referencia y lo que parecen ser todas las memorias gráficas publicadas hasta la fecha: Jeffrey Brown, Craig Thompson, Alison Bechdel, James Kochalka, Lucy Knisley, y montones más de los que nunca he oído hablar.

Hay una marcada ausencia de cosas relacionadas con las clases. La correa de su mochila asoma debajo de la cama, así que supongo que el resto también ha acabado ahí abajo. Y, mientras que yo he colocado en mi cuarto una segunda cómoda para guardar más ropa, él ha situado debajo de la suya un largo archivador de metal. Ha dividido su memoria gráfica en los cajones y los ha etiquetado: CDI PRIMERO, CDI SEGUNDO y CDI TERCERO.

—¿Tienes un cajón para el último curso? —le pregunto.

—Todavía no. —Se golpea la sien con un dedo—. Aún estoy creando el *story board* del verano pasado.

Me muestra en qué ha estado trabajando: miniaturas hechas con lápiz azul de sí mismo, cabreado en Washington, intentando bloquear la voz de su padre mientras graba un anuncio electoral atacando a Terry Robb. Terry es su oponente en las próximas elecciones.

—Es más fácil empezar así. Me evita cometer errores más graves después.

—¿Qué opinan tus padres de que escribas sobre vuestra vida privada?

Se encoge de hombros.

—No saben que escribo sobre nuestra vida privada.

Me pregunto si eso será cierto.

—¿Qué significa «CDI»?

—Chico de internado. Es el título.

Miro el primer cajón de arriba, el del tercer curso, y luego a él. Asiente con la cabeza. Lo abro y encuentro una pila de papel grueso con ilustraciones totalmente entintadas. La primera hoja es un dibujo de sus amigos con gorros de graduación, sonrientes, rodeándose unos a otros con los brazos. Josh permanece apartado, pequeño y distante. La levanto, con delicadeza, para ver qué hay debajo. Se trata de una página con varias viñetas en las que se ve a Josh deambulando por una ciudad que es, sin lugar a dudas, Venecia, en Italia.

El Josh del papel me resulta familiar. Es el mismo Josh que solía ver con disfraces tontos en la puerta de su habitación. Un retrato preciso, aunque exagerado, de sí mismo.

Tiene la nariz más prominente y el cuerpo más flaco, pero sigue pareciéndome guapo. Se lo ve triste y enfadado y tierno y solitario. Dejo la primera ilustración en su sitio y cierro el cajón. Su obra es demasiado personal. No siento que me haya ganado el derecho a verla. Todavía no.

–Espero poder leerlo algún día.

Sé que me lo permitiría, aquí y ahora, pero parece aliviado de que haya decidido no hacerlo.

–Por supuesto –contesta.

Pasamos el resto del día en amigable silencio: Josh con sus bocetos y yo con mis libros de texto. Cuando el sol comienza a ponerse, enciende la lámpara del escritorio y busca algo de comer. Tiene la nevera abarrotada de cosas precocinadas.

–¡Ajá! –exclama mientras saca algo de detrás del zumo de naranja.

Le pongo la tapa al subrayador.

–Recuerdas dónde está la cafetería, ¿no?

–¿Y tú recuerdas que he visto tu hervidor eléctrico? ¿El que va contra las normas del colegio?

–Como si tú no tuvieras uno.

–Tengo dos –contesta con una amplia sonrisa–. Y una placa eléctrica.

–La cafetería sirve comida. Comida recién hecha. ¡Elaborada por auténticos cocineros! Si no estuviera cerrada los domingos a la hora de la cena, te lo demostraría ahora mismo.

Josh sostiene en alto un recipiente de plástico.

–*Crème brûlée*?

–Por favor, no me estropees mi postre favorito –respondo con una sonrisa.

–¿En serio? –Hace una pausa, dejando la tapa a medio sacar–. También es mi favorito.

Se me acelera el corazón, complacida por este pequeño descubrimiento, como si fuera una prueba más de que estábamos hechos el uno para el otro. Pero no lo digo. Simplemente suspiro.

–*Crème brûlée* de lavanda. *Crème brûlée* de jengibre. *Crème brûlée* de café expreso...

–Una vez la probé de romero. Está increíble.

Aferro su edredón con ambas manos.

–No puedo creérmelo.

Josh devora el postre en dos bocados. Tira el recipiente vacío a la basura y da un saltito.

–Voy a llevarte allí ahora mismo. ¡Venga, vamos!

Me río.

–Lo siento. El domingo es noche de pizza.

Se queda abatido.

–Mierda.

–Ven con nosotros.

Josh se deja caer a mi lado en la cama.

–Eso es... un poco raro. Mis amigos y yo también salíamos a comer pizza los domingos por la noche.

–Ya lo sé. Solía veros en el restaurante.

–¿En serio? ¿En Pizza Pellino?

Asiento con la cabeza. No era una coincidencia.

–Oye. –Josh se pone nervioso–. En cuanto a Kurt... Sobre tu cama...

Bota dos veces en la cama para demostrar de dónde había sacado el cambio de tema.

–Sí. Duerme en ella.

He adivinado correctamente la pregunta y le he dado la respuesta equivocada. Intenta aparentar que no le importa, pero su expresión se asemeja a la cara que debí de poner yo cuando me di cuenta de que estaba rodeada de retratos de su exnovia.

–Hemos dormido en la misma cama toda la vida –añado–. No hay nada sexual en ello. Te lo juro.

–Eso no es lo que yo sentiría acostado a tu lado. –Sin embargo, antes de poder disfrutar de esta perfecta y emocionante respuesta, se le ocurre algo aún más alarmante–. ¿Alguna vez te has despertado y has visto...? Ya sabes, por la mañana.

–Si esperas que responda a eso, vas a tener que decirlo.

–Ni hablar.

Me quedo callada un momento.

–Vale. Sí.

Josh se queda atónito.

–Pero no es como si fuera... eh... por mí ni nada. Y tampoco es que durmamos desnudos. Es decir, hemos sido amigos toda la vida, así que, sí, hemos visto cosas,

pero...

–¿Te ha visto desnuda? –suelta. Pero entonces se percata de mi expresión y se arrepiente al instante–. Lo siento. No es asunto mío.

Abro la boca para mostrarme de acuerdo cuando caigo en la cuenta de una nueva y sorprendente verdad. La situación ha cambiado. O, tal vez, está a punto de cambiar.

–No –repongo–. Sí es asunto tuyo. Si tú quieres que lo sea.

–Sí.

Trago saliva.

–Yo también.

Desarruga el ceño.

–¿Eso... eso significa que quieres ser mi novio?

La pregunta suena a la vez inmadura y trascendental. Pero Josh no se inmuta.

–Sí –contesta–. Sí, quiero.

Capítulo trece

Josh es mi novio.

JOSH ES MI NOVIO.

Es un milagro que después de un solo fin de semana seamos una pareja de verdad, no solo en mis sueños. Cada mañana, Josh llega a mi puerta antes que Kurt para poder pasar unos minutos a solas antes del desayuno. Y luego se reúne con nosotros en la cafetería. Creo que, tal vez, necesitaba asegurarse de que no tendría que sentarse a una mesa vacía. Me resulta extraño darme cuenta de que a Josh (el distante y sereno Josh) también le preocupan estas cosas.

Incluso podría explicar esa actitud distante.

Somos inseparables hasta que nuestros horarios nos alejan a quinta hora. Pero nos reunimos después de clase y lo acompaño al aula de castigo. Si Kurt es el experto en las rutas menos transitadas, Josh es el experto en las salas olvidadas. A lo largo de todo el día, me lleva a hurtadillas a lugares angostos, ocultos y abandonados, y nos besamos en la oscuridad hasta que suena el timbre.

Hago los deberes mientras él está castigado y, cuando sale, cenamos todos juntos en la cafetería. Y, a continuación, volvemos a separarnos de Kurt. Salimos del campus en busca de la privacidad que nuestra residencia no nos ofrece. Eso significa que normalmente visito la Casa del Árbol dos veces al día: con Kurt a primera hora de la tarde y luego con Josh al anochecer. Pasamos el tiempo comiéndonos a besos, dulces y sinceros, mientras nuestras manos tantean terrenos menos inocentes.

Cuando Josh salía con Rashmi, eran famosos por sus magreos públicos. Era una tortura. Me provocaba a la vez envidia y repulsión. Conmigo es discreto. Me toma de la mano y me roba besos, pero se guarda la mayor parte de su afecto para cuando estamos solos. Creo que comprende que no me gusta llamar la atención. Y también me parece que, tal vez, ahora valora más su intimidad.

Aun así, nuestra relación no ha pasado desapercibida entre nuestros compañeros de clase. Pero soy feliz. A pesar de mi timidez, quiero pavonearme con él delante de todo el

instituto. Me dan ganas de gritar: «¡Mirad! Mirad a este chico perfecto que quiere tomarme de la mano».

El viernes, Hattie nos sorprende por la espalda en el pasillo.

–Así que tú eres el tío que le pegó a mi hermana en la nariz. No sé si tienes la mejor puntería del mundo o la peor. ¿Qué va a ser?

–Encantado de conocerte –contesta Josh.

–Lo que tú digas. Isla, necesito cuarenta y seis euros.

–¿Por qué? –pregunto mientras me toco la nariz de manera inconsciente.

–Porque quiero comprar un cráneo de comadreja para ponérselo en la almohada a una chica.

Intento no suspirar, pero no lo consigo.

–Es una amiga –añade Hattie.

–No –respondo.

–Argh, vale, *maman*.

La vemos alejarse con paso airado.

–¿Lo decía en serio? –pregunta Josh.

–Nunca estoy segura.

Josh niega con la cabeza, desconcertado.

–Tu hermana mayor no es así, ¿verdad? Fuimos juntos a clase de Arte cuando yo estaba primero. Parecía enrollada...

–Lo es.

–Sí. Siempre daba la impresión de que... lo tenía todo controlado. Que disponía de la motivación y la confianza necesarias para hacer cualquier cosa.

Eso me hace sonreír.

–Sí, así es Gen. El verano pasado se rapó la cabeza y anunció que era bisexual. Mis padres adoran a su nueva novia. Pero mi madre está cabreada por lo del pelo.

Josh se ríe. Cuando lo dejo en el aula de castigo esa tarde, me encuentro con otra persona que está deseando ofrecer su opinión. La directora del colegio me detiene.

–Me preocuparía –dice–, si no fuera porque monsieur Wasserstein ha sido extraordinariamente puntual últimamente. Tú debes de ser el motivo.

No estoy segura de qué responder a eso.

La directora me observa a través de las gafas, que lleva encaramadas en la punta de la nariz.

–Eres una joven brillante. Ten cuidado.

Y, acto seguido, se aleja.

No me gusta su tono. Ni la suposición de que las hormonas podrían estar nublandome el juicio. ¿Acaso teme que se me pegue la actitud de Josh? ¿Que deje de preocuparme por mis estudios? Bueno, pues puede agarrar su preocupación y metérsela por donde le quepa. Sin embargo, cuando abro la puerta de mi habitación unas horas después, Josh también parece inusitadamente cabreado.

–Me salió el tiro por la culata –anuncia–. ¿Te acuerdas de aquella idea sobre el castigo en sabbat? Se lo pregunté a la directora, y ella se lo contó a mis padres.

Me estremezco con solo pensarlo.

–Ya. Y aunque esta vez la excusa es (en teoría) justificada, mis padres estuvieron de acuerdo en que estoy siendo «insolente», y ahora estoy castigado dos semanas más.

Me quedo atónita.

–¿Dos semanas? Pero eso quiere decir...

–Que estoy castigado hasta finales de octubre.

–Pero ¡eso es una locura! ¿Qué mosca le ha picado a la directora?

Josh se saca los zapatos y se deja caer en mi cama.

–Bienvenida al último intento para conseguir que me tome este colegio más en serio.

–Lo siento. Lo del sabbat fue idea mía. Una idea estúpida y...

–Eh. –Josh se incorpora sobre los codos–. Solo porque no se me ocurrió a mí primero.

Se oye un alboroto en el pasillo.

–Mirad quién está en la cama de *Isla* –dice Mike–. ¡Que empiece el espectáculo, nena! Déjanos echar un vistazo.

Emily suelta una carcajada.

–¿Kurt está celoso?

Dave se aparta el pelo enmarañado de los ojos.

–Qué va. Se están preparando para hacer un trío.

Me entran ganas de propinarles un buen puñetazo a todos en la cara. Pero Josh se queda mirando fijamente a Mike.

–Se llama *Aila*. Debe de resultarte difícil recordarlo cuando tu cerebro es más pequeño que tu pene. Y, según se rumorea, eso tampoco lo tienes demasiado grande.

–Que te den, Wasserstein.

–Qué original.

La puerta de la escalera se abre con un ruido metálico y Sanjita aparece detrás de ellos. Mantiene la mirada fija en algo situado más adelante en el vestíbulo. Esa postura poco natural me indica que ya sabe que este es mi cuarto.

–Vamos, Mike. –Le tira del brazo–.Tengo hambre.

Mike todavía tiene el pecho hinchado como si fuera un bebé búho enfadado. Señala a Josh con el dedo.

–Ya nos veremos las caras.

Se alejan con paso arrogante mientras Josh mantiene la mirada clavada en la puerta con un gesto de profunda irritación.

–Uy, sí, qué miedo.

–Pero ¿qué le pasa a la gente hoy?

–No lo sé. Pero los odio. Odio a todo el mundo, salvo a ti.

–Y a Kurt.

–Y a Kurt –acepta–. Por cierto, ¿dónde está?

–Es noche de sushi. ¿Te acuerdas?

Hunde la cabeza en la almohada.

–Ah. Es verdad.

Lo habíamos hablado y habíamos decidido que Kurt y yo mantendríamos las noches de los viernes y que las noches de los sábados serían nuestras. Pero yo también me siento decepcionada. Por los horarios, las normas, la gente...

En cuanto termina su castigo el sabbat, aparece de nuevo en mi puerta.

–Quiero dibujarte otra vez –me dice–. Antes de cenar. Mientras todavía haya luz.

Un torrente de euforia me corre por las venas mientras me lleva a toda prisa a las Arènes de Lutèce, un anfiteatro romano abandonado hace siglos. En otro tiempo, era inmenso, estaba lleno de gente y se utilizaba para celebrar combates de gladiadores. Ahora resulta más bien pequeño, está vacío y es una especie de parque. Está situado a unas pocas manzanas de nuestro colegio, pero queda oculto por completo detrás de los apartamentos que lo rodean. Por muchas veces que venga, siempre me sorprende encontrar una arena de la antigüedad aquí escondida.

El parque suele estar tranquilo. Hoy, un padre le enseña a su hijo pequeño a driblar con un balón de fútbol en el centro amplio y polvoriento. Josh y yo subimos por las

escaleras hasta los nichos de piedra originales situados sobre el campo. En cada nicho hay un banco moderno y elegimos el que tiene la mejor vista. Josh apoya en las rodillas un bloc de dibujo, con gruesas páginas que se pueden arrancar, y se pone a dibujar de inmediato con su pluma favorita (una con tapa y punta de pincel). Trabaja como siempre, colocando el pulgar debajo del índice. Me encanta mirar su mano.

–¿Qué hago? –le pregunto–. ¿Cómo me siento?

–Siéntate como quieras. Pero intenta no moverte demasiado –añade con una sonrisa.

No hay nada como que un miembro atractivo del sexo opuesto me observe abiertamente para hacerme sentir que no sé qué hacer con mis extremidades. Busco una distracción.

–Bueno... ¿y cuál es la historia detrás de esa pegatina?

Josh le da la vuelta al bloc, como esperando que hubiera aparecido algo.

–La del otro cuaderno. La que dice «BIENVENIDO».

–Ah. –Se ríe–. No hay ninguna historia. Mi padre tenía un tocho enorme en su despacho y tomé una. Esa semana había un montón de capullos en el Congreso protestando por la inmigración mexicana, así que escribí la palabra que me hubiera gustado que estuvieran usando. Pero la idea no se me ocurrió a mí. Una vez vi una pegatina de Australia.

–¿Sabes lo que me gusta de ti? –comento unos minutos después.

–¿Cómo lo peto en la pista de baile?

–Te has currado esa imagen de pasota, pero siempre te delatas en momentos como ese. En los momentos que de verdad importan.

–No me importa nada –repone–. Salvo tú.

–No cuela. Eres todo un sentimental, Joshua Wasserstein. Lo noto.

Sonríe para sí y sigue dibujando. Sopla una brisa fragante y las primeras hojas de la temporada de lluvias caen sobre nosotros. Hace un poco de fresco. Observo cómo, abajo en la arena, el niño lanza el balón entre las piernas de su padre y oigo el suave crujido de la gravilla mientras una pareja de ancianos recorre el sendero que se extiende detrás de nosotros. El sol va bajando en el horizonte. Nos envuelve el silencio y me doy cuenta de que Josh ha dejado de dibujar.

Está mirándome. Fascinado.

–¿Qué pasa? –Me da miedo moverme–. ¿Algo va mal?

–Nunca había visto el sol brillar directamente a través de tu pelo.

–Ah. –Bajo la mirada hacia la reluciente cortina de cabello–. Nunca tiene el mismo tono, ¿verdad? Por dentro es caoba y por fuera es más bien rojo.

–No. –Josh alarga una mano y roza con suavidad uno de los mechones–. «Rojo» no es la palabra adecuada. No es caoba ni naranja ni cobre ni bronce. Es fuego. Es como las hipnotizadoras llamas de un edificio ardiendo. No puedo apartar la vista.

Últimamente me pongo colorada con menos frecuencia cuando estoy con él; pero, al oír eso, las mejillas se me sonrojan.

–Y eso –continúa mientras me miro el regazo–. Ese rubor. Y tu perfume con aroma a rosas. Dios, me vuelve loco.

Levanto la vista, sorprendida.

–¿Te has dado cuenta? No me pongo mucho.

–Confía en mí. Llevas la cantidad perfecta.

–Tú hueles a mandarinas –respondo antes de poder contenerme.

Se queda callado un momento.

–Tienes buena nariz.

–La tuya es mejor. La forma, al menos.

–Mi nariz es enorme. –Suelta una carcajada, que hace que se le mueva la nuez–. La tuya es como la de un conejito. ¿De qué rayos hablas?

Me río también.

–No es enorme. Pero es interesante.

–Interesante –repite enarcando una ceja con gesto burlón.

–Sí –contesto con una sonrisa.

Josh me devuelve la sonrisa. Sus dedos manchados de tinta se hunden en mi pelo, y se inclina hacia mis labios. Pero entonces se detiene a olerme el cuello. Me estremezco. Me besa el cuello despacio y con dulzura, y se me cierran los ojos.

Quiero que me bese ahí eternamente. Pero se aparta, con gesto lánguido, dejando que mi pelo se deslice suavemente entre sus dedos. Me sonrío de nuevo.

–Rosas –dice.

La mente y el corazón se me derriten.

–Gracias. Y gracias por decir esas cosas tan bonitas de mi pelo –añado–. No todo el mundo es tan amable.

–¿Quién podría decir algo malo de tu pelo?

–Ja, ja –respondo.

Pero parece sinceramente confundido.

–¿En serio? –Respiro hondo–. Bueno, vale. Cuando era pequeña, todas las abuelas me paraban en la calle para decirme lo mucho que me parecía a una de sus nietas. «Tiene el pelo igualito al tuyo», me decían siempre. «Aunque el suyo es más naranja» o «el suyo es más caoba». Era muy incómodo, sobre todo para alguien tan tímido como yo. Hattie es la única que siempre contestaba. «Entonces no es igualito al mío, ¿no?», les soltaba.

Josh se ríe.

–Y cuando una pelirroja llega a la pubertad se convierte en un imán para los salidos. No pasa un mes sin que alguno me diga que debo de ser buena en la cama porque todas las pelirrojas son unas maníacas sexuales o que debo de ser una bruja porque todas las pelirrojas tienen un temperamento fuerte. O me dicen que solo salen con pelirrojas o que nunca salen con pelirrojas porque todas somos feas.

Josh se queda atónito.

–¿Te dicen esas cosas? ¿Desconocidos?

–Por lo menos una docena de hombres me ha preguntado si tengo «la alfombra del mismo color que las cortinas». Y luego, gracias a la tele, está el mote de Pipi. Algunas culturas creen que damos mala suerte y, madre mía, ya sabes lo que dicen los franceses sobre los pelirrojos, ¿no? Piensan que olemos.

–¿A rosas?

–Además de toda la mierda que conlleva de forma natural: el sol nos quema con facilidad, las pecas...

–Me encantan las pecas. –Josh da un golpecito con el índice sobre el bloc de dibujo–. Pienso colgarlos en las paredes de mi cuarto, ¿sabes?

¿De verdad?

De verdad. Al día siguiente, mi cara aparece en todas las ubicaciones destacadas: encima de su escritorio, junto a la cama, en la nevera... Dibujos míos con hojas en el pelo y los ojos cerrados en un gesto de embeleso. Con las clavículas expuestas con delicadeza y las piernas cuidadosamente cruzadas. Con una mirada directa y, a la vez, vulnerable.

Me siento como si fuera su musa. Tal vez lo soy.

–Todavía me parece tan surrealista –le digo a Kurt una tarde en la Casa del Árbol– ser el objeto en el que concentra la vista.

–¿Objeto? –responde Kurt.

–No lo decía literalmente.

–No está bien tratar a la gente como si fueran objetos.

–Tienes razón. He utilizado la palabra equivocada.

Es más fácil mostrarme de acuerdo que explicar la confusa y desconcertante verdad: cuando es Josh el que me mira... no me importa.

Kurt está acariciando a *Jacque*. Lo rasca debajo del mentón, que es el lugar favorito del minino, y el gato atigrado ronronea en respuesta.

–¿Dónde encontraste eso? –pregunta inclinando la cabeza hacia una piedra con forma de corazón.

–Ah. Pues... cerca de las Arènes de Lutèce.

–Así que la encontró tu novio.

–La encontramos juntos.

–¿Y la trajisteis juntos?

Hago una pausa. Y luego asiento con la cabeza.

Jacque se le sube en el regazo, pero Kurt lo aparta.

–Tengo que estudiar.

Saca el libro de Química de un tirón, y un mapa del subsuelo de París dibujado a bolígrafo por alguien sale volando de la mochila y me da en el brazo. Se lo devuelvo.

–Siento no habértelo contado. Venimos aquí algunas noches.

–Ya –murmura Kurt.

Trabajamos hasta la hora de la cena; pero, al día siguiente, cuando le pregunto si quiere estudiar en la Casa del Árbol, me dice que no.

El siguiente domingo en la Casa del Árbol, Josh me sorprende trayendo tres pinceles y un enorme bote de plástico con témpera barata de color verde oscuro.

–Los pinceles son míos, pero la pintura la encontré. Y gratis.

–¿Dónde la encontraste?

Se le dibuja una expresión pícaro en la cara.

–En el aula de arte.

–Tramposo. –Pero le devuelvo la sonrisa–. ¿Qué vas a pintar?

–Eso me gusta. No qué quieres pintar, sino qué vas a pintar.

–Confío en ti, si te refieres a eso. –Saco la manta a cuadros del baúl–. Aunque no debería. Ladrón de arte.

–Ladrón de pintura, si no te importa. El arte lo pondré yo.

Me ayuda a colocar la manta, doblándola una vez más para que haya más espacio del habitual alrededor del perímetro de la azotea.

–Voy a necesitar espacio para trabajar.

Me encojo de hombros alegremente. Hace sol, probablemente sea uno de los últimos días cálidos del año, así que me he untado una buena capa de protector solar. Me quito las sandalias de cuña y muevo los dedos de los pies en el aire.

Josh estudia la pared de hormigón.

–¿Adónde iremos cuando cambie el tiempo?

–Suelo aguantar aquí hasta mediados de noviembre. Y, en invierno, algunos días no se está tan mal. Pero Kurt y yo normalmente nos refugiamos en la residencia, y a veces en la biblioteca.

Josh me mira. Es una mirada tan sexy que se me acelera el corazón.

–Pero ¿adónde iremos nosotros?

–A todas partes –contesto–. Iremos a todas partes juntos.

–Quiero enseñarte mis retratos favoritos. El autorretrato de Van Gogh que tienen en el d’Orsay. Y hay un Van Dyck que siempre me ha encantado en el Louvre. *Le Roi à la chasse*. No sé por qué me gusta tanto. Tal vez tú puedas decírmelo.

Cierro los ojos para sentir el sol contra los párpados.

–Me gustaría llevarte al restaurante que hay en la mezquita. Tomaremos té con menta y dulces con miel.

–Nos subiremos a la noria de la Place de la Concorde.

–Y luego pasaremos por las Tuileries y beberemos *vin chaud* para entrar en calor.

–Y el rastro de Montmartre –añade–. Compraremos bicicletas oxidadas y espejos rotos.

–Iremos en *métro* hasta las últimas paradas simplemente para ver qué hay al final de cada línea.

–Esos –dice Josh mirando a la pared– son días perfectos.

Abro los ojos. Moja un pincel pequeño en la pintura y hace una pausa con la mano en alto.

Y entonces... se pone en movimiento.

El plan de Josh se desvela rápidamente. Va a pintar un mural en el interior de la pared de la azotea. Empieza con un boceto, un esbozo, mientras se desplaza trazando un círculo completo. Enseguida queda claro qué representará el mural.

Sonríó y lo dejó trabajar en silencio.

Josh cambia a un pincel más ancho y los trazos se vuelven más audaces. Grandes hojas verdes y gruesas ramas verdes aparecen en la desconchada pintura blanca de la pared. Me sumerjo en un libro sobre la búsqueda de una antigua ciudad perdida en el Amazonas, levantando la vista de vez en cuando para ver crecer el árbol. Sin embargo, cuando Josh traza otro círculo, aparecen formas inesperadas entre las hojas. Está creando una réplica del paisaje urbano que nos rodea. Es precisa, aunque se nota su toque personal: algunos edificios son más redondeados mientras que otros son más cuadrados.

Jacque nos visita. Se restriega ronroneando contra la pierna de Josh.

Cuando Josh no se da cuenta (algo inaudito, puesto que adora a *Jacque*), el animal frunce el ceño y se acerca a mí. Le doy de comer sobras de mollejas de pato de la ensalada que almorcé y me deja acariciarlo unos minutos antes de volver a desaparecer sobre los tejados.

El sol cae a plomo y Josh se quita la camiseta. Está tan concentrado en su obra que se ha olvidado de que estoy aquí. Él mismo es una obra de arte. Las líneas de su espalda y brazos son fuertes, más de lo que sugiere su cuerpo esbelto. Tiene un pequeño lunar en el omóplato derecho y una tenue cicatriz en la parte baja de la espalda. El cráneo y las tibias cruzadas de su brazo parecen aún más obra suya contra ese telón de fondo de pinceladas similares.

Y sus caderas... Los huesos sobresalen de la pretina de los vaqueros y mi mirada regresa a esa zona una y otra vez. Esa zona justo encima de los calzoncillos.

Santo cielo.

Josh saca un segundo bote de pintura de la bandolera. A medida que traza el cuarto círculo, otra capa inesperada aparece detrás de París. Imponentes rascacielos. Puentes colgantes. Estatuas de leones. Pinta un edificio de estilo flamenco con rosas trepadoras y un tejado con tejas, y luego otro de piedra rojiza con jardineras con enredaderas y una bandera estadounidense. Sin duda debe de ser su casa.

Me equivoco. Josh no solo está transformando mi azotea en una auténtica casa del árbol. Está transformándola en una casa del árbol desde la que se puede ver el mundo. Nuestro mundo. París y Nueva York.

Gira por última vez, repartiendo unos cuantos pájaros entre las ramas de los árboles. Algunos parecen casi reales, mientras que otros son tan originales que deben de existir únicamente en su imaginación. El mural completo le lleva menos de seis horas.

Cuando Josh sale de su trance, parece aturdido y ebrio de arte. Me mira e, inexplicablemente, me echo a llorar. Continúa mirándome sin expresión mientras yo sigo sollozando, vertiendo estúpidos lagrimones. Ladea la cabeza. Parpadea. Y entonces se deja caer en la manta. Su mirada está cargada de temor.

–Es... es precioso –le digo.

Todos los músculos de su cuerpo se relajan. Se ríe con tantas ganas que se cae de espaldas. Sus manos cubiertas de pintura aferran la manta y su cuerpo se sacude con una risa incontrolable.

–No tiene gracia –protesto mientras me limpio la cara con la manta.

Josh se ríe aún más fuerte.

–Ahora voy a tener que lavar la manta –comento señalando las manchas de pintura.

La risa de Josh se va apagando despacio. Me sonrío (me dedica una sonrisa beatífica y casi divina) y extiende sus largos brazos. Me acurruco entre ellos, sin preocuparme por la pintura verde. Me abraza con fuerza. Tengo la oreja pegada contra su pecho desnudo y noto que el corazón le late a mil por hora. Deslizo las manos por su cuerpo. Josh cierra los ojos. Le beso la piel, la pintura y el sudor. Me hace levantar la cara hacia la suya y me seca las lágrimas con besos.

–Gracias –me dice—. Es la mejor reacción que he recibido nunca de nadie. Por lo que sea.

Capítulo catorce

Se me parte el corazón al oír la noticia. Se transforma en un montón de frágiles fragmentos de cristal.

–¿Vuelves a casa? ¿Por qué no me habías advertido de que podía pasar?

Ha transcurrido exactamente una semana desde que Josh transformó la Casa del Árbol en una auténtica casa del árbol. Pero esta noche hace demasiado frío para estar en una azotea al aire libre, así que estamos acurrucados en mi cama. Por lo menos, él también parece hecho polvo.

–No lo sé –contesta mientras tira su móvil a un lado–. Supongo que tenía la esperanza de que tal vez, de alguna manera, se... olvidarían de mí.

–Tus padres nunca se olvidarían de ti.

–Te sorprendería saber cuántos minutos hemos hablado desde que empezaron las clases. ¿Unos veinte? Y la mayoría ha sido hace un momento.

–Feliz cumpleaños –digo con un suspiro.

Los padres de Josh han elegido hoy, precisamente hoy, para informarle de que van a enviarlo a casa durante toda la semana de las elecciones. La prensa estará interesada en él: el joven de dieciocho años que podrá votar a su padre por primera vez. Sus padres quieren imágenes a pie de urna, una entusiasta entrevista posvotación... El espectáculo al completo.

–Es tan sórdido –se queja–. Están involucrándome en su mundo de sordidez y quieren que me regodee en esa sordidez ante las cámaras.

–Votar a tu padre no es sórdido.

–Todo lo demás sí lo es.

–Tienes razón.

Lo peor de todo es que es muy inoportuno. Se marcha justo cuando acaba su castigo, cuando tendríamos acceso al otro a tiempo completo.

–Pero –continúo– por lo menos hay tarta.

Levanta las cejas en un gesto de interés.

–¿Tarta?

Sonrío y me bajo de la cama.

–Ya has hecho demasiado –protesta, aunque está claro que no tiene ningún inconveniente–. La *crème brûlée*, los regalos...

–Únicamente contaba uno de los regalos –respondo, riéndome.

–Pero me gustan los dos por igual.

Después almorzar, le di un zorro de papel maché (que había hecho yo misma, aunque no me había quedado demasiado bien) con lápices morados pegados al culo. Y luego le entregué su verdadero regalo: una ilustración original de uno de sus dibujantes favoritos. Había hecho que me la enviaran desde el extranjero la semana que empezamos a salir, justo después de que mencionara de pasada que cumplía años el 24 de octubre. Me había preocupado que fuera demasiado pronto, pero él parecía sinceramente encantado con ambos regalos.

Yo cumplo años a finales de junio, así que no podré votar hasta las próximas elecciones.

Me dirijo a la mininevera para sacar la tarta cuando algo me hace detenerme. La tranquilidad. Me asomo al pasillo. Está vacío, para variar. La puerta de Nate está cerrada. No se ve ni un alma. Un impulso temerario se apodera de mí. O tal vez es desesperación, el temor ante la inminente separación. Mi mano se posa sobre el pomo de la puerta. Y entonces tomo una decisión.

Cierro la puerta.

Josh traga saliva. Hemos procurado seguir siempre las normas.

–¿Estás segura?

–Completamente.

–Mi cumpleaños pinta cada vez más interesante.

Apago la luz del techo.

–Y también más oscuro –añade.

Me acerco a tuestas al escritorio, enciendo una lámpara y saco algo pequeño y redondo de la nevera: un reluciente pastel de avellana y mousse de chocolate. Enciendo un círculo perfecto de velas alrededor del borde y canto *Joyeux anniversaire* en voz baja. Tiene la misma melodía en todos los idiomas. Josh nunca me había oído cantar y mi voz lo hace sonreír.

–Qué sexy –comenta.

Noto que me da su aprobación. Me ruborizo, pero también me gusta. Josh cierra los ojos y apaga las dieciocho velas de un solo soplo.

–¡Tu deseo se ha cumplido!

Josh señala la puerta con un gesto de la cabeza.

–Y que lo digas.

Le doy un golpecito con los tenedores. Él los agarra y tira para hacer que me siente a su lado. Devoramos la tarta entre risas, pero enseguida empieza a darme vueltas la cabeza por el subidón de azúcar y me dejo caer de espaldas en la cama. Josh emplea unos minutos más antes de apartar el plato y desplomarse a mi lado con un gruñido de felicidad. Entrelazo los dedos con los de su mano derecha y noto que se estremece a la luz de la lámpara.

Lo suelto de inmediato.

–¿La tendinitis?

–No pasa nada.

Lo miro con severidad.

–Vale –admite–. Ahora mismo me duele bastante.

Nos quedamos mirando su mano, que le tiembla.

–¡Oh! –exclamo con tristeza–. *Mon petit chou*.

Josh levanta la cabeza bruscamente. Es la primera vez que le dedico una expresión de cariño. «Mi repollito.» Es como llamar a alguien «bomboncito». En su rostro aparece una expresión de ternura, pero aparta la mirada.

–Sigues poniéndome nervioso, ¿sabes?

–¿Ah, sí?

–Me siento como... un gigante torpe cuando estoy contigo. Tú eres como una perfecta muñeca de porcelana. Delicada, dulce y preciosa.

Sonrío.

–No voy a romperme.

Josh me devuelve la sonrisa.

–¿No?

–No. Y tú tampoco.

Vuelvo a tomarlo de la mano y le masajeo los dedos con suavidad. Los tendones están tan tensos que parecen cuerdas bajo la piel. Josh hace una mueca. Me quedo inmóvil, pero en su cara se dibuja una expresión de debilidad. De súplica. Presiono con más

fuerza, y cierra los ojos. Más fuerte aún, y suelta un gemido. Froto cada dedo despacio, arriba y abajo, uno tras otro. Los músculos se aflojan, pero no llegan a relajarse. Han trabajado demasiado.

–Debería hacer esto más a menudo. Tu pobre mano necesita ayuda.

Josh entreabre un ojo.

–Estoy bien.

–¿Estás de coña? A este ritmo, estarás lisiado a los veinte. –Sigo masajeadando–. ¿Has ido al médico?

Josh aparta la mano.

–Ya me siento mejor.

–Lo siento –contesto, herida por su brusca respuesta.

Sin embargo, Josh me dedica una sonrisa pícaro.

–No me refería a eso.

Se agacha, mete la mano en la mochila y saca... su pluma de dibujo.

–Ah. –Hundo los hombros–. Quieres dibujar.

–Sí. A ti.

Eso me anima. No obstante, cuando intento pasarle un cuaderno, lo rechaza.

–No. Quiero dibujar en ti.

El aire se carga de electricidad. Trago saliva. Josh se da cuenta del movimiento y me besa la garganta. Se me cierran los ojos. Me reparte besitos por el cuello y la línea de la mandíbula. En los labios. Respondo con un beso más profundo, más intenso, anhelando su sabor. Una mano se desliza por mis piernas desnudas, rozando la línea donde la falda se encuentra con los muslos. La otra mano me tira de la parte inferior del jersey. Es una pregunta.

Abrimos los ojos. Josh tiene las pupilas oscuras y dilatadas.

No interrumpo el contacto visual mientras me quito el jersey. Debajo llevo una camisola de seda. Cuando hago ademán de quitármela también, me coloca una mano en el brazo para detenerme.

–Quiero empezar aquí –dice.

Josh me hace ponerme en pie. Ladea la cabeza mientras estudia el lienzo: mi piel blanca. Curiosamente, no me sonrojo. Se inclina hacia mí. La punta de la pluma me toca el hombro primero. Sus trazos son largos y cuidadosos, delicados y veloces. Cierro los ojos. La tinta se desliza con suavidad por mi piel. La pluma me hace cosquillas en la

parte superior del pecho, en el cuello, los brazos, las manos... Los pies, las pantorrillas y la parte posterior de las rodillas. Los muslos...

Me cuesta respirar.

–Listo –susurra.

Abro los ojos delante de un espejo de cuerpo entero. Estoy cubierta de rosas, brújulas que giran, hojas que caen, islas desiertas, árboles de Josué y complejos patrones geométricos. Es precioso. Estoy preciosa. Me vuelvo hacia él, asombrada, y me ofrece la pluma.

–Te toca –anuncia.

Se me hace un nudo en el estómago.

–Ya te dije que no sé dibujar.

–Eso no es verdad. Todo el mundo sabe dibujar.

Niego con la cabeza, señalándome el cuerpo.

–Así, no.

Josh se quita la camiseta. Virgen Santísima. Es tan guapo que me dan ganas de llorar.

–No sé por dónde empezar –repongo.

Me cierra la mano alrededor de la pluma y me besa una comisura de la boca. Y luego la otra.

–Yo te ayudo a empezar.

Juntos, dibujamos un sencillo corazón sobre su corazón de verdad. Suelto una carcajada, y eso lo hace reír.

–¿Lo ves? –dice–. Es fácil.

Así que... me pongo manos a la obra.

Mis líneas no son tan seguras ni mis dibujos tan reconocibles. Decido limitarme a trazar círculos y espirales. Josh me observa trabajar. Le cubro el pecho, el cuello, la espalda, los brazos, los dedos... El vientre.

–Ya –digo–. Me he quedado sin piel.

Josh se mira en el espejo un buen rato mientras yo me siento en el borde de la cama. Por fin, se vuelve hacia mí.

–Gracias.

Por alguna razón, ahora es cuando me sonrojo.

–¿Te gusta?

–Me enamora.

Sus palabras flotan en el aire. El ambiente empieza a temblar. ¿Quiere decir que...?

Josh se sienta a mi lado. Apoya la frente contra la mía. Cierra los ojos y dice:

–Isla Martin. Estoy enamorado de ti.

Mi universo explota.

–Yo también te quiero, Josh. Te quiero tanto...

Nuestros cuerpos se funden el uno con el otro y la tinta de su pecho graba una imagen inversa en mi camisola. Su corazón sobre el mío. Me dejo caer hacia atrás y lo arrastro conmigo. Josh aparta las caderas intentando ocultar lo que está sintiendo, pero eso solo hace que me apriete con más fuerza contra él. Nos besamos con desenfreno. Juntos, quitamos de en medio mi camisola. La tinta se corre y se traspasa de su pecho al mío. Se extiende por nuestros cuerpos formando huellas de manos y por las mantas dejando rastros de extremidades manchadas. Le desabrocho la hebilla del cinturón y le bajo la cremallera de los vaqueros. Rodamos sobre la tarta y todo se llena de glaseado de avellana y mousse de chocolate y tinta negra...

La luz fluorescente resulta cegadora.

–Vas a tener que arreglar esta puerta de una...

–¡Por el amor de Dios, Kurt! –exclamo.

Josh oculta mi cuerpo con el suyo.

–¡Cierra la puta puerta!

Pero Kurt se ha quedado paralizado.

–¡Cierra la puerta! –gritamos a la vez.

Al fin lo hace. La puerta de la escalera se abre con un estruendoso *clang* y lo oímos subir corriendo. El corazón me martillea contra el pecho. Le lanzo su camiseta a Josh.

–Nate lo habrá oído.

Josh se la pone a toda velocidad.

–Mierda. Mierda, mierda, mierda.

–Lo siento. Kurt... no lo he hecho a propósito.

Mi novio me besa, rápido como un rayo, y se larga. Se oye otro *clang* y la puerta de Nate se abre con un crujido a la vez que la de la escalera se cierra con un nuevo *clang*. Tal vez Nate no ha visto a Josh. Tal vez no sabe que los gritos han salido de mi cuarto. Tal vez.

Alguien llama con brusquedad a mi puerta.

–¿Sí? –respondo poniendo voz de dormida.

–Esta es la segunda vez –dice Nate desde el pasillo–. Si vuelve a pasar, tendré que informar a la directora, y os castigaré a ambos. –Aguarda un momento–. Tú di «entendido», Isla.

–Entendido.

La palabra sale a duras penas de mi garganta. Quiero morirme. La alumna de tercero de la habitación de al lado se mueve en su cama. Ruego a Dios que siga dormida.

–¿Cómo dices? –exclama Nate.

–ENTENDIDO.

–Gracias. Buenas noches.

Oigo alejarse los pasos de Nate, su puerta se cierra y el mundo se queda en silencio. Exhalo. Estoy temblando. Y entonces me echo a llorar, pero no porque esté asustada ni humillada, sino porque acabo de experimentar el momento más maravilloso de mi vida.

Josh me quiere.

Trazo con los dedos la tinta que me cubre el cuerpo. Sus bellas ilustraciones están manchadas de chocolate pegajoso. Abro el agua de la ducha de mala gana. Las nubes de vapor me envuelven cuando entro. El agua caliente me golpea y empiezan a bajarme por el cuerpo ríos de tinta de un tono entre morado y negro.

Me cubren por completo.

Lo siento a él por todas partes.

Capítulo quince

Josh aparece junto a mi hombro.

–Pensaba que habíamos quedado en que vas a ir a Dartmouth.

Debe de haber acabado de salir del aula de castigo. Estoy trabajando en la carta de presentación para la Universidad de Columbia, así que termino la frase, levanto la vista hacia él y le sonrío desde la silla de mi escritorio.

–¿Dónde decías que está?

–A siete coma nueve kilómetros del CCS. Más o menos. No estoy seguro. Tendría que comprobarlo.

–Ya ha rellenado la solicitud –suelta Kurt, fastidiándome la sorpresa.

Josh se queda helado. Y luego se pone de rodillas.

–¿Lo dice en serio? ¿Lo dices en serio?

Saco los papeles de Dartmouth que tenía escondidos.

–Lo decimos en serio.

Me arrebató los papeles de Columbia y los arroja al suelo.

–Ya no los necesitas. Ya no te hacen falta para nada.

Me río mientras vuelvo a recogerlos.

–Claro que sí.

–Claro que no.

–Son universidades difíciles. –Se me borra la sonrisa mientras señalo las carpetas que hay sobre mi escritorio con los nombres de LA SORBONNE, COLUMBIA y DARTMOUTH–. Ya sabes que tengo que solicitar plaza en todas.

–Y entrarás en todas. Pero irás a Dartmouth. Y nos buscaremos un estudio junto al río, que no será más grande que esto, y un gato que se parezca a *Jacque*, pero lo llamaremos *Jack*. Y nos compraremos una tartana de coche, algo que ni siquiera tenga aire acondicionado, pero con una radio estupenda, con la que iremos a algún lugar nuevo cada fin de semana.

–Me gusta la idea –contesto.

–Y a mí.

Kurt, que está sentado en mi cama, niega con la cabeza en un gesto de disgusto.

–Todavía no entiendo por qué quieres cambiar tus planes después de tantos años.

Me giro en la silla para mirarlo.

–Mis planes nunca estuvieron demasiado planeados.

Pero es demasiado tarde. A Josh se le ha ensombrecido la expresión.

–Lo siento –se disculpa–. Nunca te pediría que lo hicieras si no es lo que quieres.

Eso me hace reír de nuevo.

–Por supuesto que lo harías.

Josh arruga más el ceño.

–No. Ni hablar.

–Es lo que quiero. Ya sabes que no sé qué quiero hacer con mi vida. Así que, ya puestos, también puedo hacer lo que sea que acabe haciendo... allí.

Kurt gime como si le doliera algo.

–Tus padres se pondrán furiosos.

–Si me admiten –respondo sin apartar la mirada de Josh–, les parecerá bien.

–Ni de coña. –A Kurt se le tensa todo el cuerpo en señal de frustración–. Les preocupará que estés echando a perder tu vida por un chico.

Ahora tiene toda mi atención.

–Oye. No digas eso.

–Llevas saliendo con él menos de un mes.

–Ni siquiera iríamos a la misma universidad. Y no nos han admitido a ninguno todavía, así que déjalo, ¿vale?

Kurt me fulmina con la mirada.

–Yo solo intento terminar los deberes. Eres tú la que lo ha traído.

–En realidad, vine yo solito. Y sigo aquí. –Josh se señala a sí mismo–. Hola.

–Este es mi cuarto –le digo a Kurt.

–¿Así que ya no tengo ni voz ni voto en lo que pase aquí? –pregunta.

–¡No! –le espeto.

–Creo que me voy –interviene Josh.

–No –contesto al mismo tiempo que Kurt dice: «Bien».

Me levanto para seguir a Josh, pero me detiene.

–Deberías quedarte –opina en voz baja. Empiezo a protestar, pero me interrumpen–.
Me niego a ser el responsable de que vuestra relación se estropee. Solucionadlo.

A continuación, me da un beso en la mejilla y se marcha.

Miro a Kurt con cara de pocos amigos.

–¿Y bien? ¿Quieres hablar de ello?

–¿Hablar de qué? –repite con irritación.

Bajo la voz, porque la puerta sigue abierta.

–¿De lo de anoche?

–¿Cuando me gritaste?

–Cuando viniste y te encontraste con algo que no esperabas.

Kurt cierra el libro de texto con tanta fuerza que doy un respingo.

–Se suponía que tú eras la única persona que nunca me hablaría así. Como si no entendiera. Llevas tres años queriendo tirártelo. ¿Por qué no ibas a hacerlo ahora que estáis saliendo? No soy tan idiota como tú te crees.

Eso me duele.

–Yo no pienso eso. Ya sabes que no.

–Claro que lo piensas.

Hay algo de verdad en sus palabras. Y me avergüenza.

–Mira. No quiero andar pegado a ti cuando tengas una cita ni quiero que dejes de salir, pero estaría bien saber si todavía te importo una mierda.

Me dejo caer a su lado en la cama.

–Lo siento.

–No te disculpes. Dime que sigues siendo mi amiga.

–Sigo siendo tu mejor amiga. –Me apoyo en su hombro y suspiro–. ¿Qué puedo hacer para compensarte?

–Para empezar, puedes arreglar esa cerradura. No quiero tener que volver a verte las tetas.

–¡Por Dios, Kurt!

Suelta una risotada.

–Son más grandes que la última vez que te las vi.

Lo aparto de un empujón.

–¿Quieres que me marche de mi propia habitación? Porque te aseguro que estoy a punto de vomitar.

–No. –Se pone serio de nuevo–. No quiero que te marches nunca.

* * *

–Ven conmigo este fin de semana –propone Josh–. Fuera del país.

Es viernes y nos estamos dando el lote en un armario de materiales de limpieza entre segunda y tercera hora. Ha sido una semana larga y llena de tensión. Hoy es el último día de castigo de Josh y este será nuestro último fin de semana antes de que tenga que regresar a Nueva York para las elecciones.

Estoy segura de que me está tomando el pelo hasta que veo su expresión.

–Josh, no podemos irnos así sin más.

–¿Por qué no? Yo fui a Alemania el mes pasado.

–Sí, pero... –Una escoba me cae contra la espalda y la aparto a un lado–. Eso es diferente.

–La única diferencia es que sería mejor, porque estarías conmigo.

Quiero ir. Me encantaría ir con él.

La escoba me cae encima otra vez y Josh la lanza a un rincón.

–Quieta –le ordena.

–Odio este armario.

–Venga. Vayamos a algún sitio donde no tengamos que mantener abiertas las puertas ni escondernos entre fregonas.

–Me apetece, de verdad que sí. Pero es demasiado arriesgado. –Me quedo callada un momento–. ¿No?

–En realidad, no. Porque haríamos lo siguiente: tomaríamos un tren mañana por la mañana bien temprano, pasaríamos la tarde en algún sitio, dormiríamos en un hotel y luego tomaríamos otro tren de regreso el domingo por la mañana. Solo estaríamos fuera una noche.

–Y... ¿se puede saber cuántas veces lo has hecho?

Se encoge de hombros.

–Unas cuantas el año pasado. Solo una este año.

–¿Y nunca te han pillado?

–Nunca. –Me aprieta las manos–. Nate prácticamente espera que pasemos toda la noche fuera los fines de semana. No se agobia si no estamos en nuestras habitaciones. Esta estratagema solo tiene dos reglas: una, nos limitamos a una sola noche fuera. Puede

pasar cualquier cosa en una noche y es fácil buscar excusas. Y, dos, les contamos nuestro plan a las personas con las que estamos en contacto regularmente para que no vayan por ahí preguntando por nuestro paradero.

–Es decir... Kurt.

Eso me preocupa. Sé que nos guardaría el secreto, pero también sé que lo decepcionaría mi comportamiento imprudente.

–Él es el único que notaría nuestra ausencia.

Me muerdo el labio inferior.

–¿Adónde te gustaría ir? –me pregunta–. Di un lugar en el que no hayas estado nunca.

–Barcelona.

Me asombra lo rápido que respondo, pero Josh parece menos sorprendido.

–¿Por qué?

–Gaudí.

–¿El arquitecto?

Por supuesto que mi novio sabe quién es Antoni Gaudí. Era un modernista reverenciado por artistas de todo tipo.

–Vi sus obras en un ejemplar antiguo del *National Geographic*. Parecían casi mágicas. Nunca he visto nada igual, en la vida real al menos. Aunque tal vez es una estupidez, tal vez es una ciudad demasiado turística...

–No. Es perfecta. También sería mi primera vez. –Josh se queda callado. Sus palabras han sacado accidentalmente a la luz el verdadero tema que se oculta bajo la superficie de esta conversación. Traga saliva con dificultad–. Sería nuestra primera vez juntos.

Ahora estamos hablando de otra cosa. Algo que los dos anhelamos profundamente.

La idea de que Josh regrese a Estados Unidos es insoportable. Solo es una semana, ya lo sé; pero cada vez que me imagino su avión aterrizando en el aeropuerto JFK, siento... no solo dolor, sino angustia. Como si nuestra inminente separación presagiara algo mucho peor. Quiero estar a solas con él. Sin castigos ni elecciones. Sin Kurt ni Nate. Solo nosotros dos, juntos, en todos los sentidos en que dos personas enamoradas pueden estar juntas.

Suena el timbre. Nuestro tiempo en el armario ha llegado a su fin.

–Hagámoslo –decido–. Vayamos.

Nuestro tren ya recorre la campiña a toda velocidad cuando empieza a amanecer sobre Francia. El vagón está casi vacío y hemos elegido unos asientos con una mesa. Josh se sienta junto a la ventana, porque necesita luz para dibujar. Traza miniaturas a lápiz en un cuaderno nuevo mientras yo leo sobre un accidente de avión con un toque de canibalismo en los Andes. Uno de sus zapatos roza suavemente el mío. Le devuelvo el gesto. Siempre he considerado que las mejores relaciones son aquellas en las que te sientes igual de feliz y cómodo en silencio como cuando estás haciendo algo; sin embargo, hasta que empecé a salir con Josh, solo lo había experimentado con Kurt.

Se me empiezan a cerrar los ojos a medida que el sol se vuelve más brillante. Me apoyo en el hombro de Josh, pero noto que su mano deja de moverse.

–Oh. Perdona.

Me siento bien para que pueda seguir dibujando. Pero Josh se quita la sudadera azul oscuro, se la coloca en el regazo y me guía hacia la almohada improvisada. Respiro hondo, inhalando su reconfortante aroma. Tengo suerte. Tengo tanta suerte... Siento cómo su brazo se mueve de nuevo mientras entro en un estado de duermevela. Tengo una especie de visión. Una imagen de una cama y dos cuerpos, con el suyo acurrucado de manera protectora alrededor del mío. En algún momento, me quedo dormida de verdad, porque poco después noto que me aparta el pelo de la cara.

–Esta es nuestra parada –susurra.

Estamos en Figueres, Cataluña. En España. Es el lugar donde nació Salvador Dalí, justo al otro lado de la frontera con Francia. Me siento con dificultad mientras el tren se aproxima a la estación. Josh agarra su cuaderno de dibujo y cierra la mesa. Deja escapar un gemido al ponerse en pie. Tiene las extremidades rígidas y agarrotadas.

–Deberías haberme despertado. Llevas horas en esa posición.

Vuelve a ponerse la sudadera.

–Pero tú necesitabas descansar.

Hemos traído poco equipaje, una mochila cada uno. Guardamos nuestros respectivos libros en ellas. El tren se detiene, nos bajamos, y me estremezco ante la inesperada intensidad del viento. El brillante amanecer se ha convertido en una mañana nublada. El cielo continúa oscureciéndose a medida que nuestro tren de enlace se dirige traqueteando a Barcelona. La campiña francesa era verde y gris, mientras que la española es verde y dorada. Aunque las amenazadoras nubes atenúan su calidez.

–Por casualidad, no habrás traído un paraguas, ¿no? –le pregunto.

–Ni siquiera tengo uno.

–Ah, claro. Se me olvidaba que tu piel es impermeable.

Josh ríe, divertido.

–Me gustas.

Sonrío, mirándome el regazo. Todo un mes enrollándonos y todavía logra provocarme esta sensación. ¿A quién le importa que pueda llover?

Dos horas después, salimos de la estación ferroviaria de Barcelona Sants. El barrio es urbano y está bastante... descuidado. Pasamos junto a un grupo de *skaters* y al chasquido de un monopatín al chocar contra el cemento lo sigue un chasquido mucho más fuerte procedente del cielo. Se desata el diluvio. Los *skaters* cruzan la calle corriendo y, por puro instinto, los seguimos hasta la cafetería más cercana.

–¡Gracias a Dios! –A Josh se le hace la boca agua al ver comida–. No podía haber salido mejor.

Nuestros zapatos mojados chirrían contra las baldosas de color rojo anaranjado. Detrás del mostrador de cristal, vemos estrechas baguettes con diversos rellenos. Pido, en español, tres bocadillos diferentes: de chorizo, de jamón serrano y queso manchego y de tortilla de patatas. A continuación, nos los repartimos en una barra con vistas al denso tráfico.

Josh le da un mordisco enorme al bocadillo de chorizo.

–¿Sabes qué es genial? Nunca hemos tenido que comentarlo, pero compartimos la misma filosofía cuando se trata de comida.

–¿Variedad?

–Y abundancia. –Me señala con un dedo acusador–. Vaya, vaya. Así que hablas español.

–Español, sí. Catalán, no. –Sé que el catalán es la lengua nativa de Barcelona, aunque se utilizan ambos idiomas–. Ir a clase de francés habría sido como hacer trampas.

–¿Otros idiomas de los que debería saber?

–Solo mandarín. Ah, y un poco de ruso.

Josh se queda inmóvil, a medio bocado.

–Era broma –digo con una sonrisa.

–Tal vez eso es lo que podrías hacer algún día. Podrías ser intérprete.

Arrugo la nariz.

–¿Diseñadora de bocadillos? ¿*Skater* profesional? ¿Conductora de tren?

Me río.

–Sigue intentándolo.

Nuestro almuerzo espontáneo es delicioso, porque la carne de cerdo española está increíble. Es como el pescado en Japón o la carne de ternera en Argentina. O cualquier cosa en Francia. Aunque debo admitir que no soy imparcial.

Estudio el mapa que Kurt nos dibujó anoche. Había dejado de estar decepcionado conmigo cuando se dio cuenta de que le había dado la excusa perfecta para hacer de cartógrafo.

–¿Tomamos un taxi hasta La Pedrera? –propongo. Ese es el primer lugar que Kurt nos ha marcado–. ¿O nos registramos primero en el hotel?

Josh me aparta un mechón de pelo mojado.

–Esto me recuerda al pasado junio.

Al levantar la cabeza, lo encuentro absorto en sus recuerdos. Se enrolla el mechón alrededor del índice manchado de tinta. Lo utiliza para acercarme tirando suavemente y darme un beso profundo, con la boca abierta.

El hotel.

Sin ninguna duda, el hotel.

Capítulo dieciséis

El hotel que Josh había reservado por Internet es una preciosidad. Tiene columnas con mosaicos, una borboteante fuente en el patio y docenas de plantas carnosas que cuelgan en tiestos de las paredes.

Por desgracia, es demasiado pronto para registrarnos.

La tensión en el interior del taxi es palpable. Se podría cortar con un cuchillo. No sé cómo nos las arreglaremos para esperar, pero no nos queda más alternativa que explorar la ciudad primero.

Nos dirigimos hacia el centro de Barcelona en medio de la lluvia. Banderas con franjas rojas y amarillas (algunas con el triángulo azul y la estrella blanca del movimiento independentista y otras no) cuelgan de todos los balcones, empapadas por la tormenta. La ciudad tiene un aspecto claramente de Europa occidental; sin embargo, también está llena de arquitectura colorida y colinas empinadas. De palmeras y árboles frondosos. De enredaderas moradas y flores rojas.

–Es casi como un San Francisco parisino –comenta Josh.

O intenta cambiar de tema, evitando el obvio, o está pensando en sus amigos que están en California. Probablemente lo mejor sea cambiar de tema.

–Hablando de eso, ¿cómo les va a St. Clair y Anna últimamente? –pregunto.

–Bien. –Se sienta erguido–. Prácticamente están viviendo juntos.

–Caramba. ¿Ya? ¿Crees que durarán?

Josh frunce el ceño.

–Sí, por supuesto. –Entonces nota mi expresión–. Lo siento. A veces se me olvida que en realidad no los conoces.

A mí no se me olvida.

Me miran, me observan, cada vez que voy a su cuarto. Los dibujos que cubren cada centímetro de las paredes hacen que sus amigos sean una presencia tácita y constante. Ojalá los conociera mejor. Quiero que sepan que existo, que ahora yo también formo parte de la vida de Josh.

–St. Clair y Anna son una de esas parejas que parecen hechos el uno para el otro –añade–. Amistad instantánea, química instantánea. Él se obsesionó con ella desde el momento en que se conocieron. Era lo único de lo que quería hablar. En realidad, sigue igual.

–Me cae bien Anna. A ver, St. Clair también, siempre fue amable conmigo, pero no lo conozco tan bien. Tampoco es que Anna y yo quedáramos nunca. –No sé por qué estoy parlotando. Tal vez para no sentirme desconectada de esa parte de su vida–. Pero ella vivía en mi planta. Y, la primera semana de clases, me defendió de Amanda Spitterton-Watts.

Josh sonríe.

–Hasta le dio un puñetazo la primavera pasada.

–Sí, lo sé. Fue un poco raro. –Suelto una carcajada–. Pero también genial.

Amanda era la Emily Middlestone del año pasado: la chica mala más popular del instituto. Vi cómo Anna asestaba el inesperado puñetazo y fue mi testimonio lo que impidió que la expulsaran. Me sentía en deuda con ella. Y no solo por dar la cara por mí en el pasado, sino que... ella sabía que estaba coladita por Josh. Una vez me pilló garabateando distraídamente su tatuaje. Estaba segura de que se lo contaría, pero nunca lo hizo. Josh nunca me miró con esa incomodidad típica cuando sabes que le gustas a alguien.

En fin, que le estaba agradecida.

Nuestro taxista se detiene en el Passeig de Gràcia, una amplia avenida donde todas las tiendas llevan estampados nombres caros: Dolce & Gabbana, Salvatore Ferragamo, Yves Saint Laurent... Sin embargo, en medio de ese lujo brilla una joya auténtica: la Casa Milà, también conocida como La Pedrera.

Corremos a cobijarnos bajo un toldo y atisbamos a través de la lluvia, al otro lado de la calle, la curiosa fachada de piedra. Hace más de un siglo, un hombre rico llamado Milà le encargó a Gaudí que diseñara el edificio. La imponente estructura está formada completamente por ondas y curvas. No hay ni una sola línea recta en la construcción. Era la casa de la familia Milà, así como de varios inquilinos, pero la gran mayoría del vecindario la despreciaba y la consideraba una monstruosidad. Exactamente lo mismo que opinaba la misma generación de parisinos por la reciente construcción de la torre Eiffel.

Me pregunto qué me habría parecido a mí en ese entonces. Me gustaría pensar que yo habría sido de esas personas que entendían que era especial. Que ser singular es exactamente lo que hace que algo (o alguien) sea increíble.

–Bonita azotea –opina Josh–. Pero tu Casa del Árbol es mejor.

Le doy un golpecito con el codo, y él me lo devuelve. Él es esa persona singular e increíble para mí.

La terraza de la azotea de La Pedrera es famosa. Está cubierta de extrañas y voluminosas chimeneas. Algunas parecen gigantescos cucuruchos de helado, mientras que otras recuerdan a guerreros con yelmos medievales. Los turistas suben y bajan por unas escaleras que parecen sacadas de una obra de Escher, rodeando las chimeneas paraguas en mano. Son como barcos a la deriva en el mar.

–Es como un océano. –La voz de Josh está cargada de admiración–. La piedra ondulada, las rejas de hierro...

Y los balcones parecen tentáculos y algas retorcidos. Aunque es posible que el clima esté afectando a nuestra percepción de conjunto. Nuestras miradas se dirigen hacia la hilera de gente que espera desprotegida para entrar.

–Qué... multitud –digo.

–Y qué lluvia.

Lo miro y me encojo de hombros de manera vacilante.

–¿Siguiente parada?

Josh sonrío, aliviado.

–No quiero desperdiciar ni un minuto de este día.

«Yo siento lo mismo», pienso observando sus hoyuelos.

El mapa de Kurt nos guía calle abajo hacia otra casa diseñada por Gaudí. Nos mantenemos pegados a los edificios para protegernos de la lluvia, pero no sirve de nada. Nos empapa de todos modos.

–Te toca –dice Josh–. Háblame de tus amigos. De Sanjita. ¿Qué pasó entre vosotras?

–Así que... te acuerdas.

–Recuerdo que erais amigas cuando estábamos en primero. ¿Os distanciasteis porque ella quería ser popular? Una vez se lo pregunté a Rashmi, pero me dijo que su hermana no quería hablar de ti.

Siento una fuerte e inesperada punzada de dolor en el corazón.

–¿Le preguntaste a tu exnovia por mi amistad con su hermana?

–Dios. No. No hace poco. Cuando estábamos saliendo.

–Ah.

Aun así sigo confundida. Josh me guía bajo una cruz verde de neón: la entrada protegida de una farmacia.

–Isla. Yo nunca te haría eso. He tenido contacto con ella una sola vez desde que empezaron las clases. Hace unas tres semanas, me envió un mensaje para preguntarme cómo me iba. Le dije que me va genial porque estoy saliendo contigo. Nos deseó lo mejor. Ella está saliendo con un tío de Brown.

Ojalá saber eso no me alegrara tanto. Intento no pensar en Rashmi. Intento no pensar en ella y Josh en mi cuarto el año pasado. Intento no pensar en que probablemente tuvieron relaciones sexuales en mi cama. Y tal vez en mi ducha. Puede que incluso en el suelo.

Lo intento.

Josh interpreta mi silencio como una necesidad de más explicaciones.

–Pasé algún tiempo con su familia un verano. Sanjita estaba rara, y me di cuenta de que estaba deprimida. Por eso le pregunté a Rashmi por vosotras. Bueno, ¿y qué pasó?

Nunca le he contado esta historia a nadie. Tardo un minuto en reunir el valor suficiente.

–Ella es la única amiga que he tenido, aparte de mis hermanas. Cuando llegué a nuestro instituto... ni siquiera sabía cómo hacer amigos.

Josh me saca las manos de los bolsillos del abrigo y me acerca a él.

–Me refiero a que Kurt y yo éramos amigos antes de saber siquiera lo que significaba esa palabra. Así que me pareció un milagro cuando Sanjita quiso quedar conmigo. Lo pasábamos bien. Podíamos hablar de chicos, le interesaba la moda y era muy impulsiva. El polo opuesto a Kurt. Por lo que debería haberme imaginado lo que pasaría cuando él llegara el año siguiente, pero no se me ocurrió. Pensé que mis amigos se harían amigos automáticamente por... qué sé yo. Mi mágica y egoísta intervención.

Josh hace una mueca.

–Lo siento.

–Así que, cuando Kurt llega a París, a Sanjita le da vergüenza que la vean con él. Y me doy cuenta de que ella quiere que pase de él y él no deja de preguntarme por qué no le cae bien y... yo me veo atrapada entre los dos.

–Como con Sébastien.

–Peor aún, porque eso pasó primero. No me lo esperaba. –Se me quiebra la voz–. Sanjita me... me hizo elegir. Hasta lo dijo. Dijo que Kurt era un lastre.

Me aprieta las manos.

–Kurt nunca te pediría que eligieras.

–Lo sé. –Las lágrimas me brotan de los ojos–. Y por eso lo elegí a él.

Josh busca algo para secarme las lágrimas, pero ya estamos tan mojados que no tiene sentido. Nos reímos mientras intenta secarlas con el interior de la manga de su sudadera.

–Siento que te hiciera eso –me asegura–. Siento que te hiciera sufrir.

Me encojo de hombros mirándome las botas.

–Si te hace sentir mejor, después de que dejarais de veros, Sanjita estuvo hecha polvo como un año. Incluso después de que se cumplieran sus aspiraciones de ascender en la escala social y se hiciera amiga de Emily. Creo que todavía se arrepiente de lo que hizo.

–Sí, lo sé. Cuando la miro, también lo noto.

–¿Tú te arrepientes de algo?

–Solo de dejar de intentar hacer nuevos amigos. Entre ella y Sébastien... Uf. –Balanceo nuestras manos unidas–. Pero alguien me enseñó hace poco que no todo el mundo es tan crítico.

Josh niega con la cabeza.

–No sé qué decirte. Yo puedo ser bastante crítico.

–Sí, pero... tú eres justo.

Eso lo hace sonreír. Le doy un golpecito en el pecho con el dedo.

–¿Quieres ver algo genial?

–Ya lo estoy viendo.

–Cierra el pico –contesto entre risas–. Date la vuelta.

Estamos al otro lado de la calle, frente a la Casa Batlló, otra obra maestra de Gaudí. La superficie está cubierta de fragmentos de cerámica (aguamarina y cobalto, óxido y dorado) que siguen patrones irregulares que recuerdan a la piel. También cuenta con una azotea espectacular: un arco de aspecto animal decorado con tejas metálicas que se curva como el lomo de un enorme dragón. Este edificio me gusta aún más.

Josh se queda mudo de asombro.

–¿Ves esa torre con la cruz? –Señalo hacia la azotea–. Algunos creen que se supone que es la lanza de san Jorge, que acaba de matar al dragón.

–Arquitectura. Puede que este sea tu futuro.

–Esto es más arte que arquitectura.

–Es lo mismo –responde.

Le doy vueltas a esa idea. Si mi interés fuera tan fuerte, desearía recorrer las entrañas del lugar. Desearía inspeccionar cada ángulo lo más cerca posible.

–Qué va –decido por fin–. Simplemente me gusta la historia. Y el aspecto que tiene.

Josh me rodea con el brazo.

–Todo arte necesita sus entendidos.

Me acurruco feliz contra su costado mojado.

–¿Siguiente? –pregunta mientras le echa un vistazo al reloj del móvil.

Planteo una pregunta con la mirada. Josh niega con la cabeza, y tratamos de no sentirnos decepcionados. Todavía es demasiado pronto para registrarnos en el hotel.

La Sagrada Familia es la siguiente parada. El mapa nos conduce fácilmente a la estación de metro más cercana. La única diferencia entre el metro de Barcelona y el de París es que aquí «metro» se escribe sin acento. Cuando salimos de la estación, ya apenas llovizna. Y entonces la vemos. Puede que la Casa Batlló sea un dragón, pero la Sagrada Familia...

Es un monstruo.

Un monstruo que quiere que me encoja de miedo. Que lllore. Que salve mi alma del infierno. Gaudí empezó a trabajar en esta iglesia a finales del siglo XIX, pero hará falta otra década por lo menos para concluirla. Mide el doble que las catedrales más altas de Francia. Parece un castillo de cuento de hadas: arena húmeda que escapa a través de unos dedos a la vez fuertes y delicados. Vemos brillantes luces de construcción por todas partes y obreros trabajando alrededor de las enormes agujas en grúas peligrosamente altas.

Rodeamos toda la estructura, protegiéndonos los ojos de la llovizna, mientras levantamos la vista para contemplar las figuras talladas en cada centímetro de la fachada. Hay tantos elementos, por todas partes, que el estilo general desafía toda categorización. Algunas agujas están rematadas con círculos multicolores. La fachada oeste es austera y atormentada y dirige las miradas hacia un Jesús demacrado en una cruz de hierro. Mujeres de piedra lloran junto a una pila de cráneos a los pies de la cruz. La fachada este, sin embargo, representa una abundancia de vida (humanos y ángeles y animales y trigo) y está coronada por un árbol verde cubierto de palomas blancas.

–Es preciosa –exclama Josh–. Joder, es preciosa.

Se me ocurre algo. Echo a correr.

–Sigue pensando en eso.

–¿Adónde vas? –me grita.

–¡Vuelvo enseguida! ¡No te muevas!

Cruzo corriendo la calle y bajo dos manzanas hasta encontrar una tiendita con paraguas en la entrada. Cojo el primero que pillo, lo pago y regreso a toda prisa con un paraguas transparente para niños.

Josh parece confundido y molesto.

–¿No te parece un poco tarde para eso?

Sostengo el paraguas sobre su cabeza mientras rebusco en su mochila. Le lanzo la camiseta para mañana.

–Sécate las manos. –Obedece y luego sustituyo la camiseta por el cuaderno de dibujo y la pluma–. Tienes que dibujarla. ¿Cuándo vas a tener otra oportunidad?

–Isla, no...

Le cierro la mochila, me aparto y mantengo el diminuto refugio sobre su cuerpo. Josh observa cómo la lluvia me baja por la cara.

–Gracias –dice en voz baja.

Le dedico una sonrisa radiante. Me da un beso en la mejilla y, a continuación, se inclina sobre las páginas para protegerlas aún más mientras destapa la pluma con los dientes. Se pone a dibujar tan rápido que tengo que pedirle que vaya más despacio. No me preocupa la lluvia. Se centra en el árbol cubierto de palomas.

–Tenemos unas dos horas hasta que se ponga el sol –comenta después de casi veinte minutos de silencio–. ¿Cómo vas? ¿Tienes frío?

–Un poco, pero estoy bien. Solo hay un destino más marcado en el mapa.

–¿Ganaremos un premio si completamos toda la ruta?

–El gran premio.

Josh enarca una ceja mientras tapa la pluma.

–Pues será mejor que nos pongamos en marcha.

Admiramos su dibujo juntos. Me gusta aún más que el modelo real. Aquí solo veo la belleza, no el temor que la acompaña. Todo lo que Josh hace me resulta bello.

Guarda el cuaderno mientras yo busco el mapa.

–¡Oh, no! –Miro en dirección a la tienda–. Debió de caérseme mientras corría.

–¿Recuerdas cómo se llama? –Agarra el paraguas y lo mantiene sobre mi cabeza–. No la tienda. Digo nuestro último destino.

–Sí, claro.

Josh sonríe. Me desabrocha el abrigo, coloca los dedos contra mi clavícula y saca el collar de debajo de mi vestido.

Dios, qué sexy.

–En ese caso, encontraremos el Camino Correcto –dice sosteniendo la brújula en alto.

Capítulo diecisiete

Cogemos el metro hacia el norte y acabamos en un barrio más vacío y sucio. Nadie más sale de la estación a la vez que nosotros y no hay carteles en la calle señalando nuestro último destino.

–¿Estamos en el lugar correcto? –pregunto.

Josh se rasca la cabeza.

–Creo que sí. Probemos allá arriba.

Señala hacia una zona que parece menos desolada. Subimos por la calle, compartiendo el paraguas como podemos. La llovizna se ha convertido en una fina niebla. De las grietas de la acera brotan malas hierbas. Todo parece abandonado. Por fin llegamos a una larga colina con varios grupos de escalones y escaleras mecánicas. Escaleras mecánicas. Nunca las había visto así al aire libre, encajadas entre apartamentos residenciales y tiendas de recuerdos. No obstante, a pesar de estos indicios prometedores... la calle sigue desierta.

A medida que ascendemos por las desvencijadas escaleras mecánicas, la niebla se vuelve cada vez más ligera. Y, cuando llegamos a lo alto de la colina, se evapora dejando paso a un cielo despejado. Sol.

Echamos la cabeza hacia atrás y admiramos el cielo.

Hay otra colina más pequeña al otro lado de la calle.

–Parece que es ahí arriba –digo.

Con un arrebato de energía, Josh me carga al hombro y corre hacia allí. Suelto una carcajada mientras él grita con una alegría desbordante. Lo golpeo en la espalda con los puños, pero no me deja en el suelo hasta que atravesamos la verja y llegamos a la cima. Levanta los brazos en señal de triunfo.

–¡He ganado! –Y, a continuación, se dobla en dos–. Me muero.

–Te lo tienes merecido –contesto con una sonrisa.

Josh levanta la cabeza.

–¿Ah, sí?

Entonces ve cómo me cambia la expresión al darme cuenta de lo que hay detrás de él. Se vuelve a mirar y se queda paralizado de asombro.

No solo estamos en la cima de la última colina. Estamos en la cima de Barcelona.

La masa de la ciudad se extiende hacia todos los rincones del horizonte formando angulosos rectángulos marrones, grises, amarillos y rojos. Las agujas y grúas de construcción de la Sagrada Familia sobresalen por encima de todo lo demás; pero justo debajo de nosotros hay un sendero, aparentemente interminable, que desciende serpenteando por un paisaje de vegetación mediterránea.

El Parc Güell.

Allá a lo lejos, podemos divisar las torres y esculturas que Gaudí diseñó para este parque (y la correspondiente multitud); pero, aquí arriba, solo hay árboles y serenidad. El aire es tan fresco y limpio que mis pulmones se sorprenden. Por primera vez en meses, el mundo está en calma. Desde antes de París, desde antes de Nueva York... En realidad, no recuerdo la última vez que sentí una paz tan abrumadora.

–Debemos de haber subido por la parte posterior –aventuro.

–Vamos a tener que perder el mapa más a menudo.

Bajamos por el sendero principal en silencio, tomados de la mano. Estoy alucinando. Transcurren varios minutos hasta que vemos a alguien más. Se trata de un vendedor joven, con una manta en el suelo, que intenta venderles unos pendientes con plumas a dos mujeres japonesas. Josh hace un gesto con la cabeza hacia un estrecho sendero lateral a través de los árboles. Seguimos por ahí.

Me estrujo el pelo para escurrirlo mientras caminamos. Josh se pasa la mano rápidamente por la cabeza lanzando gotitas por todas partes.

–¡Eh, oye! –exclamo–. Cuidado dónde apuntas.

Josh inclina la cabeza hacia mí y frota con más fuerza.

–Eres un crío.

–Me adoras.

Sonrío.

–Es verdad.

El aire huele a montañas y pinos. Hay muchísimos árboles aquí. Cipreses, olivos, palmeras y otros misteriosos con unos frutos rojos carnosos.

Josh levanta una mano para detenerme.

Y entonces lo oigo. Protegida detrás de unos arbustos, una pareja está haciendo el amor. Me quedo boquiabierta con una mezcla de asombro y entusiasmo. Josh se ríe en silencio. Seguimos adelante para no molestarlos. Es muy probable que tengan nuestra edad. La mayoría de los adolescentes europeos no tienen coche y a menudo viven con sus padres hasta terminar la universidad. Los parques son bastante populares para llevar a cabo actividades amorosas.

Josh señala una zona aislada, fuera del sendero. De pronto, parece nervioso.

Pero yo estaba a punto de indicarle el mismo sitio.

La otra pareja nos ha hecho pensar en nosotros mismos. Nos adentramos sigilosamente en el follaje. Me pongo de puntillas, nuestros labios se encuentran y nuestros cuerpos se tumban en el suelo. Nuestros corazones palpitan descontrolados uno contra el otro. Josh me desabrocha el abrigo y sus manos me rodean la espalda y se introducen debajo de mi vestido. Ojalá no me hubiera puesto leotardos. Sin embargo, apenas empezamos a enrollarnos, cuando él se separa, jadeando.

–Dejémoslo. No podemos. Si seguimos, parar será insoportable. Ya lo es.

–Lo siento.

Extiendo una mano para tocarlo, pero se aparta.

–No, no pasa nada. Solo... necesito un momento.

La otra pareja aparece entre las hojas del sendero. Notan nuestra presencia y sueltan una risita, que es justo la razón por la que estamos esperando hasta llegar a la habitación del hotel. Cuelgo mi abrigo sobre una rama gruesa para que se seque. Me desabrocho las botas y me saco los leotardos mojados.

Josh se cubre la cara.

–Vas a acabar conmigo.

Le sonrío mientras me estrujo la parte baja del vestido. Josh suelta un gemido.

–Es injusto. Las chicas sois malvadas.

–Dame tu sudadera para colgarla –le indico riéndome.

Obediente, se la quita. La camiseta se le sube a la vez y me quedo mirando la parte inferior de su vientre hasta que vuelve a colocársela bien. Mi novio no se da cuenta de que él también está acabando conmigo. Cuelgo la sudadera y me tumbo a su lado. Contemplamos el cielo. Tiene la cabeza apoyada en su mochila, y yo la mía contra su pecho. La brisa trae el aroma de los pinos a nuestro campamento temporal.

–Tus ojos me recuerdan a los pinos –comenta Josh.

–Siempre he deseado que fueran de un verde más intenso. Son muy sosos.

–No digas eso. –Me besa la coronilla–. ¿Alguna vez te he hablado de la cabaña?

–No –contesto escuchando los latidos de su corazón.

–Había una cabaña al norte del estado que mi familia solía alquilar en otoño: paredes irregulares, chimenea de piedra, camas con colchas de retales... Lo típico. Y cuando estábamos allí, mi padre se olvidaba de preocuparse por la política y mi madre se olvidaba de preocuparse por mi padre. Íbamos de excursión y recogíamos manzanas de un huerto abandonado. Había tantas que las lanzábamos al arroyo para verlas flotar río abajo. Y echábamos partidas de juegos de mesa por la noche...

–¿Qué juegos?

–Mi favorito era el Pictionary.

Me acurruco contra él.

–Cómo no.

–El favorito de mi madre era el Cluedo y el de mi padre, el Risk. Y mis padres preparaban comidas caseras, como estofado con puré de patatas y manzanas al horno...

–¿Del huerto?

–Sí. Y, mientras cocinaban, yo me tumbaba en la alfombra delante de la chimenea con unas pilas gigantescas de papel y dibujaba. Y... al levantar la vista, mis padres estaban en la cocina con una ventana perfectamente redonda detrás de ellos. Y lo único que yo podía ver fuera de la ventana, desde mi posición en el suelo, eran pinos.

»Así que me gustan los pinos –concluye–. Mucho.

Le rodeo el pulgar con la mano y lo aprieto.

–¿Y tú? ¿Dónde has sido más feliz?

Tengo que pensarlo un momento.

–Bueno, una vez fuimos a Disney World...

–¿Te compraron unas orejas de ratón? Por favor, dime que te compraron esas orejas de ratón con tu nombre bordado debajo.

Lo empujo.

–No.

–De todas formas, voy a dibujarte con unas orejas de ratón. Continúa.

Lo empujo más fuerte.

–Gen tenía diez años; yo, siete; y Hattie, cuatro. Gen era adorable, con esos tirabuzones perfectos. Además, siempre fue muy mandona. Y Hattie era... Hattie. Así que se llevaban toda la atención, como siempre. Pero entonces mis padres me sorprendieron con un desayuno de princesas Disney. Solo para mí. Bella, Blancanieves y Cenicienta estaban allí, y Jasmín me dijo que mi vestido era muy bonito y que yo era muy guapa. Fue increíble. Mis padres... lo sabían. Sabían que yo era la que lo necesitaba.

–Desde ahora –dice Josh–, esta es mi historia favorita.

–Por supuesto, se suponía que todo aquello era un secreto. Pero, en cuanto vi a mis hermanas, les solté: «¡La princesa Jasmín piensa que soy más guapa que vosotras!». Lo que ni siquiera era verdad, pero a mí me lo parecía. Mi madre quería estrangularme, y a Hattie le dio una enorme pataleta que le duró el resto del viaje, pero valió la pena. Fue el mejor día de mi vida.

–Eres más guapa que tus hermanas. Eres muchísimo más guapa que tus hermanas.

–Eso es... lo más romántico que me has dicho nunca.

Se ríe de nuevo.

–Es verdad.

Un pájaro canta oculto en los árboles y, en algún lugar, otro responde a la llamada.

–¿Sabes una cosa? –digo–. No recuerdo la última vez que estuve en un sitio donde no se oyera el tráfico.

–Ah, en el fondo eres una amante de la naturaleza. Solo que nunca has tenido la oportunidad de demostrarlo.

–¿Y tú eres un amante de la naturaleza?

–Por supuesto. Si vienes conmigo a Nueva Inglaterra, podremos aprender a hacer todas esas actividades al aire libre sobre las que lees en tus libros: explorar, acampar, escalar, navegar en balsa, observar las estrellas, encender fuegos...

–¿Encender fuegos? –pregunto con una sonrisa.

–Así es. Fuegos. En plural.

El sol se oculta bajo la línea de los árboles y, de pronto, una impresionante luz dorada ilumina a Josh desde atrás. Es la viva imagen de la perfección a pesar de que está mojado, sudado y sucio. Me estiro hasta alcanzar sus labios. Nos besamos con pasión, hasta que ya no puedo aguantar más.

–Vámonos –propongo. La voz me sale entrecortada.

Josh se queda paralizado.

Y luego se lanza a por la sudadera y la mochila, tropezando con las prisas por ponerse en marcha. Recojo mis cosas y me toma de la mano mientras echamos a correr por el angosto sendero. Vamos riéndonos, completamente extasiados. Bajamos y bajamos y bajamos a toda velocidad por el sendero, y, cuanto más avanzamos, más concurrido está el parque. Atravesamos a la carrera una zona que parece una cueva (un lugar perfecto para darse el lote, con guitarrista clásico español incluido), pero darnos el lote ya no es suficiente. Dejamos atrás esculturas de Gaudí, edificios de Gaudí, la famosa fuente de la salamandra de Gaudí... pero apenas les dedicamos un vistazo al pasar como una exhalación. Solo tenemos ojos el uno para el otro.

Tomamos el primer taxi que vemos fuera del parque. Estamos sin aliento. Josh le pasa al conductor la dirección de nuestro hotel, y nuestras lenguas, extremidades y manos se tocan, exploran, buscan a tientas mientras las calles de Barcelona pasan al otro lado de la ventanilla. Le pagamos demasiado al consternado taxista, principalmente porque nos sentimos culpables por el espectáculo, y salimos con torpeza.

Josh me besa en el cuello mientras nos registramos. Todo lo que nos rodea es una mancha borrosa: el recepcionista, las escaleras, el pasillo... Cerramos la puerta de la habitación de un portazo y dejamos caer las mochilas en el suelo. Tenemos toda la noche, pero no podemos esperar ni un minuto más.

Nos besamos con pasión. Con urgencia. Me saco el abrigo a la vez que Josh se despoja de la sudadera a toda prisa. Le quito la camiseta mientras nos desplomamos sobre la cama. Su corazón retumba contra el mío. Ruedo hasta situarme encima de él y descubro que está tan listo como yo. Me levanta el vestido hasta las caderas y luego me lo saca por la cabeza. Me echo hacia atrás, sin aliento.

—¿Tienes...?

—En la mochila.

Me inclino hacia atrás y me estiro hasta su mochila, que está en el suelo. La alcanzo y la acerco de un tirón. Los encuentro en el bolsillo frontal. Cojo uno y Josh me ayuda a incorporarme. Observa abiertamente mi ropa interior a juego de color rosa pálido. Ha visto todo mi cuerpo, pero nunca al mismo tiempo.

Me desabrocho el sujetador y él me lo quita.

Me besa los pechos, el estómago, la línea situada por encima de las bragas. Y luego la línea por debajo cuando la última prenda de ropa se desliza por mis caderas. Le

desabrocho el cinturón, le bajo la cremallera de los vaqueros y se los saco a la vez que los calzoncillos. Noto que respira con dificultad. Rápido. Me coloco sobre él. Jadeamos. Nos abrazamos y nos movemos juntos, observándonos, comprobando la reacción del otro con la mirada. «¿Te gusta esto? ¿Y esto? ¿Esto?»

Se vuelve más intenso. Más rápido.

Deseo sentirlo más cerca. Deseo sentirlo más hondo. Lo deseo, lo deseo, lo deseo. Josh cierra los ojos, al igual que yo, y terminamos como empezamos. Juntos.

Capítulo dieciocho

El estómago de Josh retumba bajo mi oído. La habitación está oscura. Me separo de su cuerpo y me inclino hacia el reloj digital del hotel. Son casi las dos de la madrugada. Josh me nota moverme.

–Tapas –murmura–. No hemos comido tapas.

–Creo que nos hemos perdido la cena.

–No pasa nada. –Me aprieta contra su pecho–. De todas formas, estoy demasiado cansado para levantarme.

–Vamos a tener que volver pronto.

–Tapas y cerveza. Y luego haremos el amor en el altar de la Sagrada Familia.

Me aparto, pero me abraza otra vez. Me aparto de nuevo.

–Vuelvo enseguida –digo–. Tengo que ir al baño.

Después de hacer pis, regreso en busca del cepillo y la pasta de dientes. Josh me sigue y nos lavamos los dientes. No podemos dejar de sonreírnos. Me parece increíble que los adultos puedan hacer esto todos los días. No me refiero al sexo (a pesar de que es fantástico), sino a este tipo de cosas. Lavarnos los dientes en el mismo lavamanos. ¿Los adultos se dan cuenta de la suerte que tienen? ¿O acaso se olvidan de que estos pequeños momentos son en realidad pequeños milagros? Yo no quiero olvidarlo nunca.

Volvemos a la cama y hacemos el amor felices, somnolientos y con aliento a menta fresca. Josh se asegura de ocuparse de mí primero antes de desplomárseme encima. A la luz de la luna que se cuele por las ventanas, trazo el contorno de su tatuaje con el índice.

–Nunca me has hablado de esto –comento.

–Nunca has preguntado.

–Me encanta.

No pretendía que sonara tan efusivo. Josh se ríe, pero es una risa mezcla de cansancio y alivio.

–Gracias a Dios.

–Cuéntame la historia.

Se coloca en una posición más cómoda a la vez que me mantiene acurrucada contra su cuerpo.

–Cuando tenía dieciséis años, St. Clair convenció a un artista de la place Pigalle de que tenía dieciocho. Bueno, en realidad, no lo convenció. Fue tan insistente y persuasivo que el tipo acabó cediendo. Definitivamente fue ilegal. –Me río mientras continúa–. St. Clair puede convencer a cualquiera para que haga lo que sea. Es como si desprendiera carisma por cada poro. Es muy injusto para el resto de los mortales.

–Bueno –respondo–. Supongo que es simpático.

Josh se queda callado un momento. Y entonces noto una sonrisa en su voz.

–Esto debe de ser lo que sentiste tú cuando te dije que estás más buena que tus hermanas.

Esta vez me río más fuerte.

–Imagino que sí.

–En fin, que estábamos los dos solos, pero yo fui el único que se hizo uno. Fue unos días después de mi cumpleaños...

–¡Como ahora!

–Como ahora. Había decidido en mi cumpleaños que me haría un tatuaje, así que diseñé este por la inspirada razón de que... me pareció guay en ese momento.

–Y es guay.

–Me considero increíblemente afortunado de que todavía me guste.

–Oh, venga ya. Tienes buen gusto. Nunca te pondrías algo cutre en el cuerpo. –Guardo silencio cuando me viene una cosa a la mente–. ¿Quieres más tatuajes?

–No lo sé. Puede que algún día me haga una rosa enorme en el otro brazo.

–Ja, ja. Qué gracioso.

–Es en serio. –Parece herido porque no me lo creo–. Quiero pasar un montón de noches más como esta contigo, Isla. Quiero pasar todas mis noches contigo.

Cuando la luz del sol entra a raudales por las ventanas, es la mañana más feliz de mi vida. Cambiamos de posición de madrugada, pero nuestras piernas siguen entrelazadas.

Me quedo mirando su adorable pelo revuelto y su larga y hermosa columna. Le rozo la piel de la espalda con la punta del dedo. Se da la vuelta y me sonrío con languidez. Con satisfacción. Me arrimo para darle un beso.

–Hum –murmura–. ¿El próximo fin de semana es demasiado pronto para repetirlo? Suiza. Vayamos a Suiza.

–El próximo fin de semana estarás en Nueva York.

Se le borra la sonrisa.

–El fin de semana después de ese –propongo.

–Hecho. –Me aparta el pelo del hombro, dejándolo al descubierto–. Bueno, cuenta. ¿Quién es mejor compañero de cama? ¿Kurt o yo?

–Kurt, por supuesto.

–Lo sabía. –Me da un beso en la nariz y sale de la cama de un salto–. Ahora vuelvo.

–¿Me pasas el móvil? Quiero volver a comprobar la hora a la que sale el tren.

Josh escarba en mi mochila hasta encontrarlo, me lo lanza y entra en el cuarto de baño. La puerta se cierra. Le doy a la tecla del volumen para desactivar la opción de silencio. La pantalla se ilumina y el corazón me da un vuelco.

–No –susurro.

Veintinueve mensajes nuevos. De Kurt, de Nate, de Hattie, del instituto, de mis padres...

–¿Josh? ¡Josh!

La puerta del baño se abre de golpe.

–¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Y entonces nota cómo aferro el teléfono. Se queda lívido.

–No –murmura.

Me echo a llorar. Josh revuelve en su mochila, saca el móvil y suelta una palabrota al ver la pantalla.

–Kurt. Nate. Mi madre unas cien veces. Mi padre.

Empiezo a sollozar. Josh se pone a caminar de un lado a otro de la habitación mientras se pasa ambas manos por el pelo.

–No pasa nada. Todo irá bien. Ya me he metido en líos antes. Todo irá bien.

–¿Cómo va a ir bien? ¡Esto quedará reflejado en mi expediente!

Todo mi futuro universitario se desvanece. La cabeza me da vueltas. Noto el estómago revuelto, como si fuera a vomitar.

–No. Yo asumiré toda la culpa de esto. No te meterás en ningún problema.

–¿Cómo no voy a meterme en un problema? Estoy aquí igual que tú. En España.

Le echo un vistazo a los mensajes, intentando reconstruir una cronología de los acontecimientos, pero no puedo concentrarme. Escucho un mensaje de voz de Kurt. Parece a punto de darle algo. «Hattie te andaba buscando y Nate la oyó. Luego se dieron cuenta de que Josh también había desaparecido y vinieron a preguntarme, y tuve que contarles dónde estabais. Lo siento, Isla. Tuve que contárselo.»

Soy una idiota.

Soy una completa idiota.

¿Cómo había podido olvidarme de Hattie? Es la persona con la que siempre puedo contar para que haga o diga lo que no debe. Por supuesto que ella estaba detrás de esto. Y por supuesto que Kurt no había sido capaz de mantener la boca cerrada.

Josh se desploma a mi lado en la cama. Me toma la cara entre sus manos y apoya la frente contra la mía.

–Respira –me pide–. Respira. Respira.

–¡No quiero respirar!

–Todo va a ir bien. Voy a llamar al colegio. Tú llama a tus padres.

Todo el mundo está furioso con nosotros. Mi madre grita tan fuerte que tengo que mantener el teléfono alejado de la oreja. Nate le echa un rapapolvo a Josh. Luego lo obligo a llamar a su madre. No contesta, así que le deja un mensaje. Se niega a llamar a su padre; pero, como insisto, en su lugar acaba llamando al encargado de seguridad de su padre.

Y luego me hace enviarles un mensaje a Kurt y Hattie.

Ellos no están furiosos, solo quieren saber que no nos ha pasado nada malo, pero ahora mismo no les tengo mucho aprecio. Les digo que estamos bien y que vamos a regresar, y listo.

El viaje en tren a París es todo lo contrario de lo que había sido el que nos llevó a Barcelona. Brilla el sol, pero en nuestro vagón el ambiente es sombrío. Vamos agarrados de la mano, sin soltarnos nunca, pero ese vano gesto parece simplemente eso: un gesto vano. Como si intentáramos aferrarnos a algo que se nos escapa entre los dedos. Ninguno de los dos habla de lo que tememos que está a punto de ocurrir. Lloro mientras Josh me abraza. Había sido egoísta por mi parte pensar primero en mis problemas. Él se enfrenta a algo mucho peor.

Nuestro temor e inquietud aumentan. Casi hemos regresado a la residencia cuando Josh no puede soportarlo más. Me hace entrar en el jardín privado de alguien. Hay dos estudiantes franceses en unas tumbonas, fumando cigarrillos de clavo y empapándose de los últimos rayos cálidos del año. Apenas se inmutan al vernos.

–Necesito que sepas que te quiero –dice Josh–. Y que quiero estar contigo. Pase lo que pase.

Los ojos se me vuelven a llenar de lágrimas.

–No digas eso.

–Podría pasar.

–¡No digas eso!

Se está viniendo abajo.

–Te quiero. ¿Tú me quieres todavía?

–¿Cómo me preguntas eso? –El cambio de actitud de Josh me resulta aterrador. Es como si pudiera hacerse añicos en cualquier momento–. Por supuesto que te quiero. Esto no cambia nada.

–Pero fue culpa mía. Todo este fin de semana fue idea mía.

Respira demasiado rápido y tiene la mirada desenfocada. Le está dando un ataque de pánico.

–Oye, oye. –Lo rodeo con los brazos y apoyo la cabeza contra su pecho–. Yo quise ir. También fue decisión mía.

Pero lo único que puede hacer es aferrarse a mí. Me aprieta los hombros con los dedos con tanta fuerza que me duele.

–Te quiero –le digo con suavidad–. Siempre te he querido.

Los latidos de su corazón se ralentizan poco a poco.

–¿Qué quieres decir con «siempre»?

Me echo hacia atrás para mirarlo a los ojos. Le sostengo la mirada sin titubear.

–Quiero decir que no tienes que preocuparte de que te deje nunca, porque llevo enamorada de ti desde primero.

Mi confesión lo deja atónito.

–No hay ninguna historia detrás –prosigo–. Te vi un día, y lo supe.

Josh me mira fijamente. Mira en mi interior. Y entonces me besa con más pasión de lo que lo ha hecho nunca. Ese beso nos proporciona la fortaleza suficiente para afrontar

nuestro futuro. Nos proporciona la fortaleza suficiente para regresar a la residencia. Nos proporciona la fortaleza suficiente para llamar a la puerta de Nate.

Por desgracia, Nate no nos abre.

Nos abre la señora Wasserstein.

Capítulo diecinueve

–Tuve que tomar un avión y aun así llegué aquí antes que tú. Asombroso.

La señora Wasserstein levanta las manos en un gesto de ira. Nate permanece detrás de ella, tenso, prisionero en su propia habitación.

Josh está en estado de *shock*.

–¿Te das cuenta de las molestias que me causa esto? –continúa su madre–. Tener que viajar al extranjero una semana antes de las elecciones. ¿Te importa siquiera?

La señora Wasserstein es una mujer menuda, mucho más baja de lo que suponía, aunque no da esa impresión. Su presencia es enorme. Parece igual de formidable que por televisión, aunque en este momento da mucho más miedo. Me evalúa con unos ojos color avellana que me resultan sorprendentemente familiares.

–Y tú debes de ser Isla.

Pronuncia mi nombre con tanto desagrado como a mí me produce esta situación. Clavo la mirada en el suelo.

–Hola.

Josh se ha colocado parcialmente delante de mí, protegiéndome.

–Lo siento. Lo siento mucho, mamá.

–Y más que lo vas a sentir.

Nate interviene.

–Me alegro de que hayáis vuelto sanos y salvos. Isla...

–Tenemos una reunión con la directora mañana por la mañana temprano –lo interrumpe la señora Wasserstein.

Se me forma un nudo en la garganta.

–¿Todos? –pregunto.

–No –repone frunciendo el ceño–. Mi hijo y yo.

La cara me arde de vergüenza cuando me pone en mi sitio.

–Isla –añade Nate–, tu reunión es el martes. ¿Por qué no...?

–Gracias por tu ayuda –le dice la señora Wasserstein–. Según tengo entendido, mi hijo ha estado complicándote el trabajo. Siento las molestias.

Me da la sensación de que es ella la que ha estado complicándole el trabajo, pero Nate simplemente se frota la cabeza rapada.

–Es mi deber. Además, no pasa nada. Es un buen chico.

Es evidente que ella no se lo cree. Tal vez cambiaría de opinión si conociera a Mike y Dave. La señora Wasserstein le dedica un brusco asentimiento de cabeza antes de volverse de nuevo hacia Josh.

–Nos vamos.

Josh abre los ojos como platos.

–¿Adónde?

–A tu habitación. Tenemos mucho de qué hablar, jovencito. –Mantiene la puerta abierta y hace otro gesto con la cabeza, despidiéndose de mí–. Isla.

El tórax me oprime el corazón hasta convertirlo en una diminuta y dolorida piedra. Mientras se ve obligado a marcharse, Josh me aprieta la mano con la misma fuerza insoportable. Nuestras manos solo se sueltan cuando ya no pueden alcanzarse. Nos miramos por última vez con expresiones de angustia en el rostro, y Josh desaparece. Me quedo paralizada. Nate suspira.

–Estamos en un buen lío, ¿verdad? –logro decir por fin.

–A ti no te va a pasar nada.

–¿Y a Josh?

Nate me dedica una mirada triste. Otro pensamiento horrible me viene a la mente.

–¿Mis padres van a venir? ¿Por eso mi reunión no es hasta el martes?

–No. Tu reunión es el martes porque mañana es festivo. ¿Te acuerdas?

Mañana es 1 de noviembre. El Día de Todos los Santos. Es festivo en toda Francia, lo que quiere decir que... la directora va a venir en su día libre para hablar con Josh.

Doy por hecho que Josh y yo no vamos a poder vernos hasta después de su reunión, pero eso no me impide comprobar si tengo mensajes nuevos en el móvil cada sesenta segundos.

Odio a mi hermana. La odio.

Si no fuera por Hattie, ahora mismo estaría en el cuarto de Josh (sin su madre) planeando nuestra escapada a Suiza. Mi teléfono pita. Me lanzo a por él, pero el mensaje es de Kurt: «Según el horario de trenes deberíais haber llegado hace 3 horas».

Respondo: «Así es.»

«¿Estás bien?»

«NO.»

Un minuto más tarde, llama a mi puerta.

–¿Por qué no la abres sin más como siempre? –grito.

Eso hace.

–Pareces enfadada.

–Porque lo estoy.

–¿Estás enfadada conmigo?

–Sí.

Kurt calza la puerta con un libro de texto.

–Tuve que hacerlo, Isla. Me preguntaron.

–¿Y se puede saber qué quería Hattie?

–Pedirte prestado el secador de pelo.

–¿El secador de pelo?

–Sí. El... ¿difusor? ¿Eso es lo que se pone en el extremo? Quería rizarse el pelo.

–¿Y no podía pedirle esa mierda a alguien de su propia residencia?

Empieza a temblarle el ojo izquierdo.

–No lo sé.

Un difusor para el pelo. No puedo creer que la causa de toda esta situación sea un maldito difusor para el pelo. Un pirata y un diablo pasan por delante de la puerta abierta en dirección al vestíbulo para asistir a la fiesta anual de Halloween de la Résidence Lambert. No me cabe en la cabeza que alguien pueda estar de humor para fiestas.

–¿Por qué, por una vez en tu vida, no pudiste mentir? Eso era lo único que tenías que hacer.

Kurt se sube la capucha de la sudadera.

–Me hicieron una pregunta. Y les respondí.

–¿Ah, sí? Pues, gracias a ti, a mi novio están a punto de expulsarlo del colegio.

–Eso no es culpa mía. Yo no tuve nada que ver. Fue cosa suya.

Me da igual que lo que dice sea verdad. Me da igual que sea culpa nuestra. Aun así, no estaría pasando si Kurt hubiera podido mantener la boca cerrada. Se supone que es mi mejor amigo. Saco el libro de un tirón y abro aún más la puerta.

–Vete.

Kurt sacude las manos, alterado.

–Isla...

Cierro los ojos.

–No puedo lidiar contigo ahora mismo. Vete.

Sigue allí. Noto cómo mueve las manos. Aprieto más los ojos, con tanta fuerza que me duelen, hasta que noto que pasa a mi lado. La puerta de la escalera se abre con un estruendo metálico.

–¡Bu! –exclama una voz masculina.

Abro los ojos de golpe. Encuentro a alguien con una máscara de *Scream* a cinco centímetros de mi nariz. Oigo risas por el pasillo mientras le cierro la puerta en las narices a ese cretino. Me dejo caer en la cama. Estoy llorando otra vez. Tal vez la señora Wasserstein haya venido para impedir que expulsen a Josh. Es una mujer poderosa. Apuesto a que incluso a la directora le da miedo.

A mí me lo da.

Seguramente su madre me culpa de todo esto. Quería causarles una buena primera impresión a sus padres. No sabía si les caería bien (si me considerarían lo suficientemente excepcional para su hijo), pero ahora no tengo ninguna posibilidad. Ni siquiera sé si estaban al tanto de quién era yo antes de lo de ayer.

Josh todavía no me ha enviado ningún mensaje. Tengo miedo de que su madre pueda estar controlándole el móvil, así que solo le mando un mensaje más. Algo breve y no incriminatorio: «Te quiero».

Unos minutos después, llaman a mi puerta con golpes rápidos. Salto de la cama y abro la puerta de par en par. Pero es Hattie. Al verla me invade una furia ciega. Lleva una camisa hawaiana demasiado grande y mal abotonada. Tiene el pelo completamente revuelto, círculos oscuros debajo de los ojos, magulladuras falsas y un bigotito pintado.

–¿De qué se supone que vas? –le pregunto, con toda la calma de la que soy capaz. Que no es mucha.

Levanta un trozo de cartón pintado de blanco y con unas líneas negras que indican centímetros.

–De foto de ficha policial.

–¿Practicando para el futuro?

–*Oui.*

Se queda allí plantada.

–¿Qué pasa? ¿Qué quieres, Hattie?

–Quiero disculparme, por el amor de Dios.

Espero.

Ella espera.

–¿Ya está? ¿Esa es tu disculpa?

–Sí.

–Madre mía. Espero que ya te sientas mejor. Porque desde luego que yo sí. Me siento mucho mejor sabiendo que podrían expulsar a mi novio porque estabas impaciente por conseguir un difusor para el pelo.

Su expresión serena empieza a quebrarse.

–No sabía que iba a meteros en problemas. Lo siento. Lo siento mucho.

–Yo también.

Y cierro de un portazo.

La puerta se abre sola. Hattie me mira con una mezcla de sorpresa y esperanza hasta que se da cuenta de que ha sido un accidente. Nos miramos con el ceño fruncido mientras la cierro de nuevo. La empujo con fuerza hasta que siento el chasquido de la cerradura bajo las palmas de las manos.

La fiesta se prolonga toda la noche. Josh no me manda ningún mensaje. No recuerdo en qué momento me quedo dormida, pero me despierto de golpe a eso de las ocho de la mañana. Un silencio pesado se ha apoderado de la residencia. Todo el mundo se ha acostado por fin. Estaba soñando que tenía que tomar un tren, pero no podía dejar de maquillarme. Me veía impotente mientras aplicaba una lenta capa tras otra, observando cómo las manecillas del reloj se iban acercando cada vez más a la hora de salida.

Oigo dos golpes en la puerta, a poca altura.

Me incorporo bruscamente. Eso es lo que me había despertado. Es la segunda vez que llama. Ese sonido grave me provoca un mal presentimiento. Salgo de la cama tambaleándome, pero me aterra abrir la puerta. Pego la oreja a la madera.

–¿Josh? –susurro.

No obtengo respuesta.

Un nuevo temor me atenaza. Ya se ha marchado. Estoy imaginando cosas. Abro de golpe, pero ahí está él. Claro que está. Y parece destrozado. Se le doblan las rodillas. Me lanzo hacia delante y se desploma en mis brazos con un grito primitivo. A la mierda las normas. A la mierda este colegio. Cierro la puerta y lo llevo a la cama. Acuno su cuerpo mientras se da puñetazos en la pierna.

–No pasa nada. –Tengo que ser fuerte. Uno de los dos tiene que ser fuerte siempre–. Todo va a salir bien.

Le agarro el puño y lo sostengo entre mis manos. Le beso la coronilla.

–No va a salir bien.

–¿Ya te has reunido con la directora?

–Se acabó. Al final me ha echado.

Empiezo a marearme.

–Y... ¿cuándo tienes que irte?

–Este es mi último día. Hoy.

Se me nubla la vista. Oigo un fuerte zumbido en los oídos. Mis ojos enfocan, reenfozan y vuelven a reenfozar como una cámara automática que no funciona bien.

–Uno de los bedeles ha llevado a mi madre a buscar cajas. Y, cuando vuelva, vamos a empaquetar todas mis cosas.

Reenfocar. Reenfocar. Reenfocar.

Josh libera la mano para clavarme los diez dedos.

–Pero nos veremos pronto. En Acción de Gracias. Todavía vas a volver a casa por Acción de Gracias, ¿no?

Asiento con la cabeza de manera mecánica.

–Y también están las vacaciones de invierno. Pasaremos todos los días juntos y, en Fin de Año, nos reuniremos en el Kismet para darnos un beso a medianoche. ¿Vale? Luego tendremos las vacaciones de primavera, y después será verano otra vez. Y habrá terminado.

Trago saliva.

–¿Qué vas a hacer? ¿Dónde terminarás el instituto?

–Mi madre no quiere hablar del tema hasta que pasen las elecciones. Están cabreados. Mis padres están muy cabreados. Tuve que hablar con mi padre anoche, y luego mi

madre me quitó el teléfono. Por eso no pude llamarte ni enviarte un mensaje. Tengo dieciocho años y mis padres me quitaron el móvil.

–Todo va a ir bien. Todo va a ir bien. –No puedo dejar de decirlo–. Todo va a ir bien.

Llaman a la puerta y Nate empieza a hablar sin preámbulos:

–Josh, he acompañado a tu madre a tu cuarto para que Isla y tú pudierais pasar unos minutos a solas. Pero tienes que subir ya.

Incluso Nate siente lástima por nosotros.

Mi mentira era más grave de lo que creía. Nada, absolutamente nada, va a ir bien.

Capítulo veinte

La directora está sentada tras un escritorio tan intimidante como grande. La superficie de caoba está pulida y tiene un aroma a almizcle y riqueza. A cada lado se alza una bandera en un poste: una estadounidense y una francesa. Detrás del escritorio hay una mullida silla de cuero y dos diminutas sillas de cuero delante. Yo estoy sentada en una de las sillas diminutas.

–Tus notas están bajando –anuncia la directora.

La miro fijamente.

–No mucho, eso sí –continúa–. Pero la calidad de tu trabajo ha menguado lo suficiente para que más de uno de tus *professeurs* me lo mencionara. Están preocupados. ¿Adivinas cuándo notaron el cambio?

En realidad, no estoy aquí. Sigo en la habitación de Josh. Ayer.

Empaquetamos su vida en cajas de cartón. Su madre estaba enfadada con él, conmigo y con cada llamada que recibía. Y recibió un montón. Lo que más deseaba en el mundo era alejarme de aquella horrible habitación, pero no estaba dispuesta a desperdiciar nuestras últimas horas juntos.

Josh sacó los dibujos de las paredes y los colocó en una caja: uno encima de otro, y de otro. Introdujo los dibujos que me había hecho en las Arènes de Lutèce aparte, en un sobre acolchado. Comparados con todos los que tenía de sus amigos, todavía no había muchos míos. Solo llevamos juntos un mes.

¿Cómo puede haber sido solo un mes?

–Hace un mes –prosigue la directora–. Ahí es cuando dejaste de prestarle a tus estudios el tiempo y la atención necesarios para mantener tu puesto como primera de tu clase.

Lo dice como si ser la mejor de la clase fuera mi ambición personal, cuando en realidad había ocurrido sin más. Solo hay otros veinticuatro alumnos de último curso... veintitrés... y todos tienen amigos con los que quedar, lugares a los que ir y cosas que

hacer. Yo nunca he tenido nada mejor que hacer que estudiar. Sin embargo, durante un mes... sí tuve algo mejor que hacer.

Josh se guardó el sobre en la bandolera. Fue en el avión con él.

Todo sucedió tan rápido... En un día, su habitación pasó de ser un lugar caótico, lleno de arte, comida y vida, a quedar desierta. Solo nos concedieron cinco minutos para despedirnos. Su madre nos dejó en aquel espacio vacío, y lloré de nuevo. Josh utilizó su pluma favorita para escribir cuatro letras en el dorso de mis dedos: A-M-O-R.

Me sostuvo el rostro con ambas manos.

–Te quiero –me dijo–. Te quiero. Te quiero.

Casi no podía verlo a través de las lágrimas.

–Te quiero –contesté–. Te quiero. Te quiero.

–Isla –dice la directora–. Vas a conocer a muchos chicos en este viaje. No puedes permitir que te distraigan y te impidan convertirte en la mujer que estás destinada a ser.

Se equivoca. Solo hay un chico.

¿Y en quién me convertiré sin él?

Me miro los dedos. Las letras se están borrando, pero la palabra aún me arde contra la piel.

Junto al coche de su madre, las letras eran nítidas y oscuras. Nos besamos con desesperación. La señora Wasserstein abrió la puerta trasera y lo llamó desde dentro.

–Se nos hace tarde. Vámonos.

Josh me aferró las manos con fuerza.

–Acción de Gracias.

Asentí con la cabeza.

Me besó de nuevo, aunque esta vez fue un beso rápido. Y luego me soltó las manos como si quemaran, como si físicamente no pudiera soportar seguir sosteniéndolas, y entró apresuradamente en el coche. Las ventanillas estaban tintadas. No podía verlo, pero de todos modos me quedé mirando su ventanilla hasta que el coche se perdió de vista.

La directora carraspea. La mirada se me ha desviado hacia la ventana.

–Por un mes de conducta imprudente, te aplico un mes de castigo en días lectivos. Creo que estarás de acuerdo en que es un castigo justo. Además, así tendrás tiempo más que suficiente para volver a comprometerte con tus estudios sin... distracciones.

–Josh no era una distracción.

La directora me observa detenidamente.

–No –responde, por fin–. Tal vez, en tu caso, esa no fuera la palabra adecuada. Aunque tengo mis dudas con respecto a él.

Es un golpe bajo. ¿Cómo se atreve a sugerir que mis sentimientos por Josh son más profundos que los suyos por mí? ¿Qué sabrá ella de nuestra relación?

Salgo de su despacho hecha una furia y me dirijo al aula de castigo. A pesar de todo el tiempo que había pasado frecuentando ese umbral, nunca había llegado a cruzarlo. Pero tiene el mismo aspecto que cualquier otra aula. Solo hay otro alumno dentro: un chico de segundo que continúa rayando su escritorio sin levantar la vista. Hoy le toca vigilar el aula a la *professeur* Fontaine, la profesora de Informática con cabeza triangular.

–Elige un sitio. Cualquier sitio –me indica como si fuera un mago callejero.

Ojalá supiera dónde solía sentarse Josh. Intento evocar su imagen. Una figura con los hombros encorvados y el ceño fruncido se materializa al fondo, en un rincón. Está dibujando su vida en ordenadas viñetas. Me introduzco en esa sombra, deseando creer que es real, y ocupo el asiento. La ventana situada a nuestro lado da al patio del instituto, pero todo el mundo se ha ido ya. Solo quedan los adoquines y las palomas.

Nunca llegué a leer aquellas viñetas.

¿Y si soy yo la que la cagó? ¿Y si ya no puedo entrar en Dartmouth? Josh no tendrá problemas para entrar en el CCS. Lo único que necesita es aprobar el GED.³ Puede que él haya arruinado este año, pero yo podría habernos arruinado los próximos cuatro. Si tan solo pudiera volver a oír su voz... Había llegado a Nueva York esa mañana y su madre le había permitido enviar un único mensaje: «Te echo muchísimo de menos. También tengo Internet confiscado. No sé cuándo podremos volver a hablar. TE QUIERO».

Después de terminar mi castigo, voy directamente a la Casa del Árbol. El aire nocturno es gélido y el abrigo no me proporciona suficiente protección. Recuerdo cuando Josh me colocó su abrigo sobre los hombros, justo aquí, en nuestra primera cita, y me echo a llorar por enésima vez. Me envuelvo en la manta y apoyo la mano contra su mural. Aprieto la palma contra la casa con jardineras con enredaderas y la bandera estadounidense. Presiono con tanta fuerza que me duele.

«Aquí», pienso. «Él está aquí.»

E intento estar yo también allí.

–Apaga eso. –Kurt irrumpe en mi cuarto y señala mi portátil–. Se supone que estás estudiando. Necesitas sacar un diez en el examen de Física de mañana.

–Según esta encuesta, el padre de Josh y Terry Robb están empatados. Todavía es demasiado ajustado para predecir quién va a ganar.

–Deja de leer esas cosas. Todavía quedan cinco días para las elecciones. –Y entonces frunce el ceño–. Terry Robb. La gente no debería tener dos nombres de pila.

Por fin he solicitado que me arreglen la puerta. Estoy harta de que invadan mi intimidad. Nuestra amistad sigue intacta, técnicamente, aunque una desagradable tensión tiñe cada interacción. Kurt está triste porque yo estoy triste. Quiere que nuestras vidas vuelvan a ser como eran, antes de Josh, pero estoy disgustada con él. Sé que no pretendía que pasara nada de esto, pero pasó. Y él podría haberlo evitado.

En cuanto a Hattie, no he hablado con ella desde que iba vestida de ficha policial. Por mí, como si está en la cárcel de verdad. Me he mantenido pegada a las noticias. Me descargué una aplicación que le hace creer a mi portátil que estoy en Estados Unidos porque las restricciones internacionales estaban bloqueando demasiados vídeos importantes. Saber lo que está ocurriendo en las elecciones, minuto a minuto, es la única forma en la que me siento cerca de Josh. Su padre tiene que ganar. Y no solo por las razones obvias; sino porque, de manera egoísta, espero que eso haga que sus padres se relajen lo suficiente para devolverle el móvil.

–¡Ey! –exclama Kurt–. Física. Estudiar.

–Mira que eres tontolaba.

–Tontalbote –responde.

–Tontolnabo.

–Tontalpijo.

Pone cara de estar complacido con esa última perla. Me tiembla la boca, pero sigo molesta. Para rematar una semana perfecta, siento que me está viniendo la regla. Cierro el portátil.

–Vale. Tú ganas. Pero voy al baño primero.

–Tontalculo –le oigo soltar mientras bajo por el pasillo.

Cuando regreso, el juego ha terminado.

–Te han llamado de un número con el prefijo dos-uno-dos.

–¿Qué? –Me lanzo a por el móvil. Alguien de Manhattan me ha dejado un mensaje de voz–. ¿Por qué no contestaste?

–Porque no es mi teléfono.

–¿Y si era Josh?

–En ese caso, en la pantalla habría salido «Josh» en vez de «desconocido».

Apenas logro contener un grito de frustración.

–¡Le quitaron el móvil! Si llama alguien cuando no estoy, contesta. Y, si es Josh, dile que espere hasta que yo llegue.

«Hola, Isla.» Se me parte el corazón al escuchar su voz cansada. Intenta alzarla para hacerse oír por encima de un confuso alboroto de gritos, timbres de teléfono y chasquidos. «Es... eh... jueves. Supongo que ya es de noche en París, ¿no? Te llamo desde la mesa de un voluntario en la sede electoral. Es la primera vez que me dejan solo cerca de un teléfono. Esto es un asco, pero... Qué más da. Nada de eso importa. Te echo de menos. Intentaré volver a llamarte en cuanto pueda.» Hace una pausa. «Espero que estés bien. Bueno, adiós. Te quiero.»

Llamo a ese número. Después de dos tonos, responde una mujer con un timbre nasal. Cuelgo.

Escucho el mensaje otra vez. Y otra. Y otra y otra y otra, y no sé cuántas veces lo habré escuchado ya antes de darme cuenta de que Kurt se ha ido.

Un cerrajero me arregla la puerta. No me separo del teléfono ni un momento.

Subo el volumen del timbre al máximo antes de ducharme y luego lo dejo así, incluso en clase. Mi paranoia aumenta. No consigo dejar de comprobarlo: si hay mensajes, si está cargado, si no lo he puesto en silencio por accidente... Deseo tanto hablar con él que estoy segura de que voy a estallar.

El sábado antes del amanecer, otra llamada con prefijo 212 me despierta de golpe.

–¿Josh?

–Gracias a Dios –susurra, agotado y aliviado–. Siento que sea tan temprano, pero no podía dormir. Te llamo desde la cocina. Si mis padres me pillan, estoy muerto. Pero tenía que oír tu voz.

Agarro el teléfono con más fuerza.

–Te echo tanto de menos...

–¿Cómo es posible que ni siquiera haya pasado una semana?

–Parece un año.

–¿Cómo estás? ¿Qué pasó con la directora? ¿Te cayó una expulsión temporal?

–No. Me castigó porque es mi primera falta. Pero durante todo el mes.

–Lo siento –dice con voz más ronca.

–¿Sabes qué es lo peor? Que por una vez que estoy castigada, tú no.

Eso le arranca una carcajada tristonía.

–Preferiría estar castigado a esto.

–Lo sé. –Suavizo el tono–. ¿Cómo va todo? ¿Cómo están tus padres?

–Cabreados. Y ocupados. Me llevan a todas partes con ellos, pero apenas soportan mirarme.

–Ya se les pasará.

–Puede.

Una pregunta me reconcome, más que las demás. Me aferro el collar en busca de apoyo.

–Oye...

–¿Sí?

–Da igual.

–Isla. Dilo.

–Solo quería saber si... tus padres sabían algo de mí. Ya sé que no hablabais a menudo, pero me preguntaba si me mencionaste alguna vez. Antes de todo esto. –Se me quiebra la voz–. No soportaría que esa fuera la primera impresión que tu madre se ha llevado de mí.

Su largo silencio me proporciona la respuesta que busco antes de que conteste.

–Iba a contárselo antes de Acción de Gracias –dice al fin–. No quería que se pusieran a hacer averiguaciones sobre ti.

Lloro en silencio.

–¿Te preocupaba que pensarán que no soy lo bastante buena para ti?

–No, no. Simplemente quería tenerte para mí solo. Era como si viviéramos en una burbuja perfecta, ¿entiendes? Claro que les gustarás.

–Lo dudo mucho.

–Seguro que sí. Saben que esto es culpa mía. Y, cuando pasen las elecciones, les hablaré de ti. De lo lista que eres, lo amable, lo...

–¿Lo ambiciosa? ¿Que no tengo planes para el futuro?

–Isla...

–Lo siento.

–No, yo lo siento. Debería habérselo dicho. –Se queda callado de nuevo–. ¿Tú les hablaste a tus padres de mí?

–Por supuesto.

Josh suspira.

–Estaban deseando conocerte.

–Y ahora no podrán. –Resopla con tristeza–. Tú te preocupas por mis padres, pero es a mí a quien expulsaron. –Baja la voz de repente–. Viene alguien. Tengo que irme. Te quiero. Adiós.

Ni siquiera me da tiempo de decirle que yo también lo quiero.

El lunes, después de mi castigo, lo descubro en segundo plano en algunas fotografías tomadas durante el fin de semana en un acto de la Asociación Cristiana de Jóvenes en Brooklyn, en un esfuerzo de campaña de último momento. Se lo ve alto, guapo y sonriente. Casi se parece a mi novio. Pero noto que la sonrisa (que sin duda a otros les resulta convincente) es forzada. No hay hoyuelos.

–Esta vez no te he despertado, ¿verdad? –me pregunta.

La llamada llega en plena noche. Oigo voces de fondo, un murmullo general de tensión y emoción. La sede, de nuevo. Solo faltan unas horas para que empiece la votación.

–No. –Abraza la almohada, deseando que fuera él–. Está empezando a entrarme sueño, pero todavía estoy leyendo.

–Esa es mi chica. ¿Cuál es el tema de esta noche?

–Búsqueda de orquídeas. ¿Sabías que es una ocupación sorprendentemente peligrosa?

–Puede que ese sea tu futuro profesional. –Una sonrisa auténtica se refleja en su voz–. Buscadora de orquídeas. Y yo te acompañaré en las expediciones. Podemos ponernos esos sombreros de color caqui con mosquiteras.

–¿Cómo va todo por ahí?

–Preferiría estar buscando orquídeas.

–Espero que tu padre gane.

–Yo también. De lo contrario, no habrá quien lo aguante durante los próximos seis meses por lo menos. –El intento de bromear fracasa y suspira–. Hablando del tema.

Adivina quién va a enviar un equipo de televisión a mi colegio electoral. Adivina quién va a salir en las noticias de la mañana.

–Adivina quién va a estar pegada a la retransmisión en directo de la CNN esperando verte aunque sea un instante.

–Adivina quién va a estar en clase a esa hora.

–Oh. –Se me cae el alma a los pies–. Es verdad.

–No te preocupes, lo subirán a la página web de mi padre. Yyyyyyy mi madre ha vuelto.

–¡Te quiero! –exclamo.

–Yo también te quiero. –Se ríe, sorprendido–. Gracias por el entusiasmo.

–No pude decírtelo la última vez.

–Ah, vale. De ahora en adelante... –noto cómo se le ensancha la sonrisa hasta que se le forman los hoyuelos– empezaremos con eso.

Capítulo veintiuno

Cuando acaban las clases, me refugio en el cubículo de un baño. Dispongo de diez minutos antes de tener que presentarme en el aula de castigo. Saco el portátil de la mochila. Todavía es demasiado pronto para que haya datos de cómo van las votaciones, pero examino rápidamente la página web del senador. Ahí está. El vídeo.

Josh entra en el colegio electoral con sus padres. Va elegante, como si se hubiera... acicalado. El traje que lleva le sienta tan bien que deben de habérselo hecho a medida. Sonríe y saluda a las cámaras. Sus padres salen de sus respectivas cabinas de votación.

—¿A quién ha votado? —grita alguien, y el padre de Josh contesta:

—¿Se suponía que tenía que votar ahí dentro? ¡Pensaba que estaba pidiendo el desayuno para llevar!

Ja, ja. Qué risa.

La imagen pasa a Josh. Entra en una cabina mientras sus padres lo miran con orgullo. Una periodista con dientes grandes le planta un micrófono en la cara en cuanto sale.

—¿Qué sientes al votar a tu padre por primera vez?

—No acabo de creérmelo. —Josh derrocha encanto ante la cámara—. Es genial.

No miente. Y, aunque comprendo que este es un momento realmente extraordinario en su vida, es... es como si tuviera ante mí a un desconocido. Vuelvo a ver el segmento y le doy a la pausa cuando responde a la pregunta de la periodista. Toco su imagen en la pantalla.

Si no hubiéramos ido a Barcelona, estaría de vuelta en París dentro de veinticuatro horas.

Desecho ese pensamiento. Porque, si no hubiéramos ido a Barcelona, tampoco habríamos tenido el Parc Güell. Ni una habitación de hotel a la luz de la luna.

Cuando termina mi castigo, regreso corriendo directamente a mi cuarto. Rebusco por Internet, pero todos los primeros datos sobre el escrutinio dicen lo mismo. La competición está muy reñida.

Kurt aparece y, para mi sorpresa, cierra la puerta detrás de él.

–*Bœuf bourguignon suivi d’un clafoutis aux poires*. Para ti. –Deja una bandeja plástica de la cafetería sobre el escritorio—. No sabía qué hacer, así que me lo he traído todo.

Su actitud abochornada resulta, en cierta forma, enternecedora. Tanto la cena aún caliente como el postre de pera huelen que alimentan.

–Gracias.

Se quita la capucha de la sudadera.

–Nate me dijo que podía esperar contigo siempre y cuando nadie se entere, bajo pena de decapitación. Aunque en realidad no creo que llegue a decapitarnos.

Noto una opresión en el pecho.

–Siento no haber podido mentir por ti. Y siento que Josh ya no esté.

Me lanzo hacia él y le doy un abrazo de oso. Es como en los viejos tiempos, a pesar de que nos pasamos la noche repasando las noticias en lugar de haciendo los deberes. Kurt se queda frito después de medianoche, pero las votaciones están demasiado ajustadas para que yo pueda dormir. Todavía es temprano en Estados Unidos. Estoy viendo una transmisión en directo, con el volumen bajo. Van anunciando uno tras otro los nombres de quiénes se prevé que ganen por todo el país. A las dos de la madrugada, me conceden seis segundos de alegría cuando muestran imágenes de la sede de los Wasserstein.

Josh permanece de pie junto a sus padres y unos cientos de globos rojos, blancos y azules. La cámara se desplaza y los globos le ocultan la cara. La retransmisión pasa a la elección de gobernador en Florida. Una hora después, apenas puedo mantener los ojos abiertos cuando oigo decir al presentador con ese horrible peluquín:

–Y, en la votación más reñida de la noche, el senador por Nueva York Joseph Wasserstein sigue luchando para mantener su escaño.

Me acerco a la pantalla. Mientras observan el recuento, la señora Wasserstein todavía mantiene un aspecto fresco y jovial, sin salirse nunca de su papel de leal esposa (aunque me imagino que una maquilladora le habrá hecho algún retoque). El senador parece un poco demacrado, pero mantiene la compostura.

Josh tiene pinta de estar agotado y cabreado. Espero que sus padres no vean estas imágenes más adelante.

Sin embargo... este es mi Josh. No el desconocido de antes. Un hombre con expresión tensa, tal vez el director de la campaña, le susurra algo al oído y Josh endereza la espalda. Debe de haberle dicho que está saliendo por televisión. La cámara corta la emisión.

El sonido de las noticias se convierte en un murmullo monótono. La descarga de adrenalina me abandona.

Me despierta mi alarma por la mañana. Kurt se ha ido, pero me ha arropado con cuidado con las mantas. Junto a mi almohada hay una nota con una sola palabra escrita: «VICTORIA».

He subestimado enormemente a los padres de Josh. Tras el éxito del senador, me imaginaba que, como mínimo, le concederían a su hijo una llamada de celebración. No hubo suerte. Ojalá pudiera decirle a Josh lo feliz que estoy por su familia. Ojalá pudiera decirle a Josh lo que fuera. En toda mi vida nunca me había sentido tan impotente o aislada.

Dos días después, el programa matutino de noticias más importante de Nueva York realiza una exclusiva con el senador Wasserstein. Encuentro el enlace en su página web, por supuesto. La entrevista es el típico rollo político, pero el fondo... el fondo es cautivador.

Es la casa de Josh.

La cámara sigue a su padre del comedor a la sala. Todo está impecablemente decorado, aunque quizá demasiado ordenado. Platos de delicada porcelana cuelgan de las paredes formando patrones. Hay extravagantes jarrones llenos de plantas de temporada y plumas de faisán. Cuesta imaginar que allí viva alguien. La señora Wasserstein se reúne con él en el sofá bajo una pintura al óleo (que parece fuera de lugar aunque está colocada en un sitio destacado) de la estación de *métro* de Saint-Michel: una belleza de *art nouveau* abarrotada de bicicletas encadenadas y grafitis apagados. Un chico se apoya con languidez contra uno de los soportes para bicis. Se trata de St. Clair. Josh pintó ese retrato de su amigo el año pasado. Lo había visto secándose en el estudio del colegio.

La entrevistadora (una mujer de nariz aguileña y con los labios pintados de un tono pálido y reluciente) pregunta a sabiendas por el cuadro, y los padres de Josh alardean del prometedor futuro de su hijo. Su reacción me desconcierta. Siempre he dado por hecho que la tensión entre Josh y sus padres se debía a su deseo de dedicarse a las artes, pero los elogios y el apoyo de sus padres parecen sinceros.

–Lo ha heredado de su madre –dice el senador, dedicándole una amplia sonrisa a su mujer.

–La pasión por el arte sí –contesta ella–. Pero el talento es solo suyo.

La entrevista repite imágenes del colegio electoral (con Josh tan guapo y encantador) y, cuando regresan, Josh está con ellos. Se me acelera el corazón. Tiene de nuevo ese aspecto extraño y arreglado. Una presión inexplicable empieza a invadirme.

La entrevistadora sonrío, con aire entrometido y ominoso.

–Hemos oído que, después de que se emitiera ese vídeo, una avalancha de jovencitas colapsó el despacho de tu padre preguntando por ti. ¿Qué crees que ocurrirá ahora que saben que no solo eres guapo sino también un artista con tanto talento?

¿Qué?

Josh se ríe con cortesía.

–No estoy seguro.

–Cuéntanos. –Se inclina hacia él–. Nueva York se muere por saberlo. ¿Tienes novia? Se queda callado un momento antes de soltar otra risa modesta.

–Eh... no. Ahora mismo, no.

Me zumban los oídos. Retrocedo el vídeo, con el corazón en un puño.

«Eh... no. Ahora mismo, no.»

Una oscuridad se extiende por mis entrañas. Parpadeo. Y vuelvo a parpadear. Unos destellos me nublan la vista mientras repiten de nuevo un vídeo de la noche electoral. Es aquel en el que Josh tiene cara de agobio, pero la entrevistadora dice que parece «nervioso» porque «se preocupa mucho» por su padre y que quien consiga pescar a un «joven tan compasivo» será una «señorita con suerte».

–No seguirás sin pareja mucho tiempo –bromea la periodista, y sus padres sueltan una risita.

Retrocedo. «Eh... no. Ahora mismo, no.»

«No seguirás sin pareja mucho tiempo.»

Risita, risita.

Cojo el móvil y se me escapa un grito al recordar que no puedo llamarlo. Lo hago de todos modos. No contesta. Le envío un mensaje: «LLÁMAME».

Kurt recibe otro mensaje: «SOS».

–¿Qué pasa? ¿Dónde está el fuego? –me pregunta, dos minutos después. Está sin aliento.

Señalo mi portátil con movimientos frenéticos.

–Mira esto. Dime... qué... ¡Tú míralo!

Cuando se acaba el vídeo, tiene el ceño fruncido.

–¿Cuándo habéis roto?

–¡No hemos roto!

–Entonces, ¿por qué ha dicho eso?

–¡No lo sé! Dímelo tú.

Se encoge de hombros con gesto de impotencia.

–Le estás preguntando a la persona equivocada.

–No, tiene que haber una razón lógica. ¡Dímelo! ¡Dímelo antes de que me vuelva loca!

–Deja de gritar. –Kurt se sube la capucha de la sudadera–. ¿Es posible que rompiera contigo sin que te dieras cuenta? La gente es confusa. Dicen una cosa cuando quieren decir otra.

–Por supuesto que me habría dado cuenta si Josh hubiera roto conmigo.

–Puede... qué sé yo. Puede que su padre quiera convertirlo en un nuevo foco de popularidad. Pero ya ha ganado las elecciones, así que dudo que...

–¡Claro! –Le echo los brazos al cuello–. Claro que es idea de su padre.

Pero Kurt no parece tragárselo. Me paso la siguiente media hora intentando convencerlo, enumerando mis argumentos; sin embargo, cuando se harta y se marcha, ni siquiera yo me lo creo. ¿Y si a Josh le había entrado el pánico porque, con esta repentina oleada de interés (¿por qué diablos yo no sabía nada de esta repentina oleada de interés?), le ha picado la curiosidad por salir con otras chicas? Y, ya puestos, ¿quiénes son esas otras chicas?

Escribo su nombre en un buscador de Internet, pincho en los resultados más recientes y lo encuentro en los comentarios de varios sitios web, incluyendo la página principal de un exasperante programa matutino de noticias. Me deprimó aún más. Se trata de los típicos comentarios extasiados y rozando el acoso que se suelen encontrar en la red, pero esta vez es diferente. Esta vez hablan de mi novio.

Mi teléfono suena por fin a la una de la madrugada. Las manos me tiemblan de ansiedad y rabia.

–Te quiero –dice Josh.

Me quedo desconcertada.

–¿Estás ahí? ¿Isla?

–Hola –respondo con cautela.

–Pensaba que ahora íbamos a empezar todas las llamadas con «te quiero».

–He... he visto la entrevista.

–Ya. –Suspira–. Me lo imaginaba. Mi madre me contó que me habías enviado un mensaje. Me dijo que podía llamarte para explicártelo. Estoy usando su teléfono.

Aún hay esperanza en mi corazón, pero se me quiebra la voz de todas formas.

–¿Por qué dijiste eso?

–Lo siento. –La voz se le llena de angustia–. Quería avistarte, pero no pude. Dije que no tenía novia, porque no quería involucrarte en todo esto.

–Soy la novia del hijo de un senador. No le importo una mierda a nadie.

–Te sorprendería –repite con tono sombrío–. Yo tampoco creía importarle una mierda a nadie.

–Entonces... ¿es verdad? ¿Están llamando chicas preguntando por ti?

–Pues... sí. Más o menos. Es raro. Ojalá lo dejaran.

Algo de cristal, una botella tal vez, se hace añicos en la calle frente a mi ventana. Un grupo de estudiantes borrachos se parten de risa.

–¿Y por qué no ibas a querer decir que tienes pareja? Ni que tuvieras que darles mi nombre y número de la Seguridad Social.

–No pretendía hacerte daño –me asegura, afligido–. No querría hacer eso por nada del mundo. Intentaba protegerte. Intentaba mantenerte en la parte buena de mi vida.

–Pero yo quiero formar parte de toda ella. Partes feas incluidas.

–¿Estás segura? Porque tengo un montón de partes feas.

–Como todo el mundo.

–¿Cuáles son las tuyas?

–Me pongo celosa cuando pienso en que a otras chicas les gusta mi novio.

–Yo me pongo celoso cuando pienso en Sébastien. Y en todos los chicos del colegio que todavía pueden verte todos los días.

Suelto un resoplido.

–Puedes dejar de preocuparte. Nadie está interesado en mí.

–A Nikhil le gustas.

Me quedo de piedra.

–¿Qué?

–Nikhil Devi. Una vez le oí hablarle de ti a uno de sus amigos.

Nikhil es el hermano pequeño y empollón de Rashmi y Sanjita. Aunque yo no soy la más indicada para hablar. Este año está en segundo.

–Qué raro. ¿Y qué dijo?

Josh suelta una breve carcajada.

–¿Para que así puedas dejarme por él?

–Pues sí.

–A Nikhil le gusta tu pandero.

–Lo retiro. No necesitaba saber eso.

Se ríe de nuevo.

–He echado de menos tu risa. He echado de menos todo de ti. –Me gustaría atravesar la conexión telefónica y tocar su mano al otro extremo–. Me quedan trece días para volver a casa. ¿Cómo vamos a sobrevivir?

Josh inhala bruscamente y se produce una larga y terrible pausa.

–Ese es... el otro motivo por el que me permitieron llamarte.

«Oh, no. Por favor. No.»

–Han invitado a mi familia a la cena de Acción de Gracias en la Casa Blanca.

La... ¿qué?

–¿Isla?

–La Casa Blanca –repito.

–Sí.

–Te refieres a... ¿donde vive el presidente? ¿Esa Casa Blanca?

–Sí.

–Ja, ja. –Me ahogo–. ¡Ja, ja!

–Es una locura. A ver, invitaron a un montón de familias, no solo a nosotros. Pero aun así...

–Han invitado a mi novio a la Casa Blanca.

–Han invitado a tu novio, al que expulsaron del instituto, a la Casa Blanca.

Empiezo a reír de verdad.

–Mi padre conocía al presidente, hace tiempo.

Me río más fuerte. Se me saltan las lágrimas.

–Oh, Isla. –Parece que se le estuviera rompiendo el corazón al otro lado de la línea. Cada vez que pronuncia mi nombre, se lleva una parte de mi alma. Quiero que lo diga de

nuevo—. Por favor, dime que sabes que daría cualquier cosa por no tener que asistir a esa cena.

—Supongo que es difícil decirle que no a la Casa Blanca.

—Imposible.

—¿Y qué pasa con las vacaciones de invierno?

—Nueva York. Te lo juro.

Cojo un hilo suelto del mapa de mi colcha. Una hebra verde que pertenece a Central Park.

—¿Estás seguro de que no volverán a invitarnos en Navidad?

—Somos judíos.

Mierda.

—Lo siento. Ya lo sé.

—Sé que lo sabes.

—Es que estoy disgustada. Me siento tan lejos de ti...

—Lo sé. —Y su voz se pierde en el éter—. Yo también.

Capítulo veintidós

–Pareces triste por estar en casa –comenta *maman* con su ligero acento. Acaba de montar un escándalo al ver el alborotado pelo de Hattie (que se había cortado ella misma) y se está preparando para volver a la carga conmigo.

El taxi se aleja con Kurt todavía dentro y recorre las dos últimas manzanas hasta su casa. Papá agarra mi maleta con una mano y la de Hattie con la otra y subimos las escaleras hasta nuestro rellano. Nuestra casa huele a pan de calabaza. *Maman* lo ha decorado todo con hojas, bellotas y calabazas. Una guirnalda de cintas y bayas rojas rodea el pasamanos de la escalera que lleva al piso de arriba y hay velas de cera de abeja encendidas en todas las habitaciones. A mi madre le encantan las fiestas. Y le encanta tener a sus tres hijas en casa.

–No estoy triste –le aseguro, pensando en el aeropuerto. El avión de Josh despegó apenas dos horas antes de nuestra llegada. La crueldad del horario todavía es muy reciente.

–Claro que sí. Y tú nunca eres la triste.

–¿Cuándo llega Gen?

Chasquea la lengua ante mi evidente evasiva, pero se anima al contestar:

–Esta noche. Justo a tiempo para Acción de Gracias. –Hattie pasa a nuestro lado como una bala, se encierra en su cuarto con un portazo y *maman* se entristece de nuevo–. *Oh, mon bébé*. Tú no irás a destrozar tu precioso pelo, *non*?

–No, *maman* –respondo.

Ella es el único miembro de la familia sin el pelo rojo (aunque, científicamente hablando, debe portar el gen en alguna parte) y por eso se muestra excesivamente protectora con el nuestro. Su pelo es del color de los granos de café. *Maman* y yo tenemos la misma altura y la misma nariz respingona. Gen es bajita como nosotras, mientras que Hattie se parece a nuestro padre: alta, delgada y de rasgos marcados. Aunque papá es el único con una desaliñada barba de color naranja oscuro.

–Llegó un paquete para ti esta mañana –me comunica mi padre. Normalmente es una persona apacible, por lo que la forma en la que anuncia la noticia resulta extraña. Vacilante. Puede que incluso un poco hostil–. Lo dejé en tu cuarto.

Frunzo el ceño.

–¿Qué tipo de paquete?

–Lo trajo un mensajero. Creo que es de Joshua.

Joshua. Me da la impresión de que no le gusta este Joshua, pero todo mi ser se anima.

–¿En serio? No estaba esperando nada.

–La caja pesa bastante.

Echo a correr escaleras arriba.

–Sigue siendo tu novio, *oui*? –pregunta *maman*, y me paro en seco–. Porque lo vimos en la televisión diciendo que no tiene novia. Esto no me gusta, Isla.

Pongo mala cara.

–Estaba protegiéndome. No quería que la prensa me molestara.

Mi madre se encoge de hombros, despacio y empleando todo el cuerpo.

–Parecía que estuviera buscando alguien con quien echar un polvo.

–¿Un polvo? *Oh, mon Dieu*.

No puedo creerme que me esté obligando a defenderlo. Ni siquiera llevo cinco minutos en casa.

–¿Por qué no trajo la caja él mismo? –añade papá–. Lleva en la ciudad tres semanas enteras, pero ¿no se molesta en presentarse a tus padres? Es lo mínimo que podía hacer después de lo que nos ha hecho pasar.

–¿Lo que os ha hecho pasar? –Levanto las manos en un gesto de frustración–. No, dejémoslo. No pienso volver sobre este tema con vosotros. Y envió a un mensajero porque tenía que tomar un avión. Para ir a la Casa Blanca. Para cenar con el presidente. ¿Os acordáis?

–Aun así, sería lo más correcto –insiste papá.

–¿Por qué? ¿Para que podáis macharlo con lo de sus estudios?

–Pues sí, queremos saber qué planes tiene para el futuro.

–¿Os estáis escuchando?

Maman vuelve a intervenir.

–Solo queremos conocer a un chico que es tan importante para ti.

–Lo conoceréis el mes que viene.

Y, acto seguido, acabo de subir las escaleras hecha una furia.

–¿De verdad? –exclama papá–. ¿De verdad?

A pesar de todo, estaba deseando volver a casa. Ahora no estoy tan segura. Mis niveles de energía están por los suelos. He tenido que emplearme a fondo para mantener mis notas (siempre con Dartmouth en mente) y, aunque estamos bien, las cosas todavía no han vuelto a la normalidad con Kurt. Paso tanto tiempo castigada que apenas nos vemos. Josh ha conseguido escabullirse para llamar unas cuantas veces más, pero cada vez es más difícil porque su madre está menos distraída ahora que han pasado las elecciones.

Y que papá me agobie acerca del futuro de Josh me resulta particularmente estresante porque, la última vez que hablamos, Josh me dijo que su madre quiere que termine el curso en un instituto privado de Washington. Cuando le sugerí que simplemente hiciera el GED, respondió:

–¿Para qué perder el tiempo cuando de todas formas van a meterme en otro maldito instituto?

Cambié de tema después de aquello.

Mi habitación huele a deshabitada y a limpio, el mismo olor a vacío que tiene cada vez que vuelvo a casa del extranjero. Hay una caja grande en el centro del suelo. No reconozco la dirección del remite, y tampoco hay ningún nombre, pero se trata sin ninguna duda de la magnífica letra de Josh. Se me acelera el pulso. Corto la cinta adhesiva con unas tijeras, retiro las solapas y suelto una exclamación mezcla de agonía y gratitud. Ese aire huele a él.

Encima del todo hay una camiseta azul oscuro: una de sus favoritas. Se la puso el primer día de clase, ese año. Hundo la nariz en el tejido de algodón. Cítrico, tinta, él. Me tiemblan las rodillas. La aprieto contra el pecho mientras examino lo que hay debajo. Y entonces me tiembla el resto del cuerpo.

Chico de internado, atado con un cordel.

Una nota asoma por debajo de la atadura del manuscrito.

«TE QUIERO.» Me encanta que empiece con eso incluso en la carta. «SIENTO NO PODER ESTAR CONTIGO EN PERSONA, PERO ESPERO QUE ACEPTES ESTE PATÉTICO SUSTITUTO. ME HE PASADO TODA LA SEMANA ESCANEANDO E IMPRIMIENDO LAS PÁGINAS. NUNCA LE HABÍA ENSEÑADO LA OBRA COMPLETA A NADIE. NO ESTÁ TERMINADA, PERO ESTO ES LO QUE TENGO

HASTA AHORA. ESPERO SEGUIR GUSTÁNDOTE DESPUÉS DE QUE HAYAS VISTO LAS PARTES FEAS. CON CARIÑO, J.»

Los ojos se me inundan de lágrimas de felicidad. Estoy deseando subirme a la cama con las páginas en este mismo instante, pero tengo que esperar. Quiero intimidad. No quiero que me interrumpian a media lectura. Coloco la camiseta de Josh junto a mi almohada, pero meto la caja en el armario. Mis padres no son de los que figonean, pero si algo queda a la vista no se considera una intromisión.

Paso el resto del día con ellos. Cuando me preguntan por la caja, les contesto con un vago: «Ah, ya sabéis. Nada del otro mundo: una carta, una camiseta...». No obstante, en cuanto terminamos de cenar, me retiro argumentando *jet lag*. Arrastro la caja junto a la cama, enciendo una lámpara y me meto bajo las mantas. Me pondría la camiseta, pero no quiero que pierda el aroma de Josh. Así que, en cambio, me acurruco con ella. Y, entonces, desato el cordel y cojo la primera página.

El libro está dividido, como en su habitación, en cuatro secciones, comenzando con PRIMERO. Josh se ha dibujado a sí mismo como un chico delgado e ingenuo que admira boquiabierto su nuevo entorno. París le resulta al mismo tiempo intimidante y alucinante, pero poco después empieza a sentir nostalgia. No es que eche de menos su hogar propiamente dicho: los vuelos entre ciudades, las interminables campañas, los padres negligentes... Echa de menos la vida que había vislumbrado cuando era más joven. La cabaña y los pinos. Una familia en un solo lugar. Se da cuenta casi de inmediato de que, en vez de cambiar dos vidas para una, ahora tiene tres. Y ya es demasiado tarde.

Una página con una sola viñeta: él en una esquina, pequeño y encogido, levantando la vista hacia su hogar; mientras que el resto de la página (donde se supone que debería estar su hogar) es un espacio en blanco. Echa de menos un sitio que ni siquiera existe. Y sabe que París no llenará ese vacío.

Intenta llenarlo sumergiéndose en su arte. Se hace amigo de St. Clair en clase de arte. St. Clair es un año mayor, pero se siente atraído por el talento natural de Josh; mientras que a Josh le atrae el carisma natural de St. Clair. Por la noche, Josh permanece despierto en la cama, repasando cosas que su nuevo amigo ha dicho o hecho, deseando

aprender de él. Emularlo. Las páginas son tristes y dulces y están llenas de verdades humillantes.

St. Clair tiene una amiga de abundante melena llamada Meredith, y Josh también traba amistad con ella. El parecido con Harry, Ron y Hermione es asombroso. St. Clair es el líder; Josh, el payaso, y Meredith, el cerebritito. Aunque, en esta versión, es evidente que Hermione está enamorada de Harry.

Las escenas con sus amigos son divertidas. Me parecen personajes, no las personas reales que solía ver por el colegio. Aunque aun así despiertan esa punzada de dolor que siempre está latente. Porque yo nunca conoceré esa parte de su vida. Sin embargo, en las escenas en las que está solo, se convierte de nuevo en mi Josh, y todo se intensifica. Devoro esas viñetas con una intensidad que me hace sentir incómoda, puede que hasta culpable; pero, cuanto más duras de leer son las escenas, más rápido paso las páginas. Josh piensa en chicas constantemente. Ve una guapa y altísima chica francesa por la calle y, al volver la página, me horrorizo al encontrarlo masturbándose en su habitación pensando en ella. Durante el verano, se da su primer beso con una chica mayor que trabaja en su tienda de cómics favorita de Manhattan; sin embargo, la siguiente vez que va a verla, pasa de él, avergonzada.

Había que tener agallas para dibujar esas cosas.

Leerlas también resulta casi insoportable.

Comienza SEGUNDO. St. Clair empieza a salir con una chica llamada Ellie. Es dos años mayor que Josh y él se esfuerza por ser lo bastante guay como para quedar con ellos. Meredith y Josh hablan de Ellie con crueldad (cada uno movido por unos celos diferentes), pero aceptar a Ellie lo lleva a conocer a la mejor amiga de esta.

Rashmi Devi.

Es guapa, inteligente y sarcástica. Y la odio. Coquetea con él un día en clase de arte (por supuesto, ella sabe dibujar, mientras que yo no) y Josh se obsesiona con ella. Página tras página de Rashmi brillando como una bellísima diosa hindú. Hay montones y montones. La corteja de forma patética, desesperada, hasta que acepta tener una cita con él. Y, entonces, me veo obligada a revivir los momentos dolorosos de mi pasado mientras se dedican a darse el lote en las páginas.

La cosa empeora. Josh le dice que la quiere. Ella también a él. Josh la acaricia. Ella lo acaricia a él. Y, a continuación, pierden la virginidad en el suelo del cuarto de Rashmi junto a su mascota, la conejita *Isis*.

Un conejo.

Josh literalmente perdió la virginidad delante de una metáfora del sexo.

Hay otra página con una sola viñeta. Esta vez, Rashmi aparece dibujada desnuda como la antigua diosa egipcia Isis (que resulta que es la diosa de la fertilidad). Está abrazando a su mascota, rodeada de más conejos, y... Basta ya de estúpidos conejos y fertilidad y sexo.

Madre mía. Odio los conejos.

Me siento asqueada y furiosa, pero no pienso parar ahora. Es masoquismo. Hay un extraño *flashback*, que parece fuera de lugar, de Josh haciéndose el tatuaje. No tiene sentido. Aunque probablemente se deba a que estaba tan ansioso por hacer más dibujos de su novia desnuda que supuso que la historia de la modificación de su propio cuerpo podía esperar. O algo por el estilo. Saco el siguiente montón de páginas de la caja y me doy cuenta de que, en algún momento, he dejado caer su camiseta en el suelo. No la recojo.

Al final, Josh y Rashmi empiezan a pelearse. Y la situación se pone fea. Ella está cabreada porque él está haciendo novillos, y él le responde hecho una furia. Disfruto de su ira. Y me siento resarcida porque yo nunca le he gritado por faltar a clase para trabajar en ese libro. Aunque tal vez lo habría hecho de saber lo que contenía. Pero entonces termina el curso y Josh toma un avión para reunirse con la familia de Rashmi en su casa de vacaciones en Nueva Delhi.

Una vez me contó que había pasado «algún tiempo» con su familia un verano, pero... ¿un mes entero? ¿En la India? No me extraña que supiera tanto de Sanjita. De algún modo, la idea de que Josh pasara un mes entero con la familia Devi me duele casi tanto como lo del conejo.

TERCERO empieza sin ninguna mención del tiempo que Josh ha pasado en Nueva York. Sus padres estaban por todas partes al principio, pero han desaparecido casi por completo. Es una omisión extraña.

Empiezan las clases y St. Clair suspira por la ausencia de Ellie, a pesar de que esta va a una universidad cercana. Aparece Anna. Recuerdo haberla observado en la cafetería aquella primera semana de clases, consumida por los celos porque había conseguido compartir la mesa con ellos con tanta facilidad. Le envidiaba su suerte. Le envidiaba su confianza.

Y entonces, de repente, Josh se queda solo.

St. Clair se enamora de Anna. Se debate entre ella y Ellie y pasa tanto tiempo yendo de una a la otra que apenas le queda tiempo para Josh. Y, cuanto más tiempo pasa Josh solo, más se da cuenta de lo solo que realmente está. Todos sus amigos se habrán ido el año que viene. Josh desarrolla una actitud cada vez más hostil hacia la escuela, lo que hace que Rashmi se vuelva cada vez más hostil con él, lo que hace que él se vuelva cada vez más hostil con ella. Además, Rashmi está enfadada porque Ellie ya no quiere ser amiga suya y Meredith está enfadada porque ahora a St. Clair le gustan dos chicas que no son ella y Anna está enfadada porque St. Clair está dándole falsas esperanzas... y entonces a la madre de St. Clair le diagnostican cáncer.

Por el amor de Dios, es como una telenovela.

A medida que aumenta el drama entre sus amigos, Josh se aleja y se encierra en sí mismo. Sus ilustraciones se vuelven más sombrías. El alumno de primero lleno de asombro es cosa del pasado, el chico de segundo obsesionado con el sexo ha desaparecido y ahora es un hosco estudiante de tercero. Sus padres hacen apariciones breves y aleatorias para darle la brasa con las elecciones. Quiere romper con Rashmi, pero está demasiado deprimido para encontrar las energías suficientes. Deja de dibujar y se salta las clases para dormir. La directora, tras llamarlo a su despacho por enésima vez, le dice:

–Creo que estás intentando pasivamente que te expulse. Así que no voy a hacerlo.

Nunca me he parado a pensar en cómo serían sus interacciones. Me quedo pasmada cuando la directora saca su expediente y le informa de que en el examen de acceso obtuvo las notas más altas que había visto en años. Es el alumno más brillante de nuestra clase.

Josh es el alumno más brillante. No yo.

Me avergüenza admitir que eso duele. Desde luego que me duele. Y sin embargo... siempre he sabido que es verdad. Siempre he sabido que lo suyo es puro teatro. Que entiende perfectamente de qué va toda esta mierda, y no está dispuesto a participar. Esa es una de las razones por las que me sentí atraída por él en primer lugar.

–Para cierto tipo de personas, el instituto siempre será brutal –dice la directora–. El mejor consejo que puedo darte es que averigües qué te espera después, y trabajes hacia ese fin.

La siguiente escena lo muestra castigado. Me enardezco al verlo encorvado al fondo de la clase, en un rincón, junto a la ventana que da al patio con las palomas.

He estado sentándome en su pupitre. Lo sabía. De alguna forma, lo sabía.

Josh se concentra de nuevo en su obra. Quiere perderse en ella... y tal vez encontrarse a sí mismo en el proceso. Sin embargo, cuando St. Clair rompe con Ellie, la felicidad que empieza a descubrir con Anna solo consigue fomentar la sensación de tristeza y soledad de Josh. Y, para cuando Josh y Rashmi rompen, los dos saben que era inevitable, y están listos. Están agotados. Demasiado cansados para seguir luchando. Josh empieza a viajar a otros países cada fin de semana (en secreto y solo), distanciándose de sus amigos antes de que lo hagan ellos.

Y, entonces, llega el verano. Nuestro verano.

El corazón me martillea en el pecho mientras saco el último tocho de la caja. En la primera página está solo en el Kismet. Y entonces aparezco yo en la segunda, gritando su nombre y sacándolo de golpe de su ensimismamiento. En estas páginas hay cierto tono de ensueño. Reflejan tanto mi forma de actuar como su reacción. Me muero de vergüenza ante todo lo que digo, pero él me dibuja como si fuera un faro en medio de la oscuridad.

Hay un *flashback* hasta nuestro primer curso, y sus trazos se vuelven más suaves. Me ve leyendo un libro de Joann Sfar. Intenta hablar conmigo, pero se le traba la lengua. Y entonces soy yo la que lo mira con cara rara.

La historia regresa al Kismet. Josh se da cuenta de que estoy coqueteando con él, lo que le resulta desconcertante e hilarante a la vez. Pero también agradable. Me acompaña hasta mi casa y luego regresa corriendo a la suya para dibujarme de nuevo (la ilustración con la rosa a modo de halo) antes de quedarse dormido. La noche siguiente, vuelve a la cafetería y me encuentra con Kurt. Suelta una palabrota, regresa a casa hecho polvo, y luego está de nuevo en Washington, donde pasa un verano deprimente temiendo su último curso.

Las últimas páginas son inconexos bocetos sin pulir de su primer día de clase. Cuesta seguirlos. Sus interacciones conmigo son halagadoras, pero las viñetas desordenadas hacen que todo parezca menos concreto. Como si las ideas que contienen todavía estuvieran sujetas a cambios.

Y entonces... me quedo sin páginas. La caja está vacía.

Capítulo veintitrés

Demasiadas emociones intensas me invaden a la vez: celos, tristeza, rabia... Naturalmente que reconozco (aunque a regañadientes) el valor del que había hecho gala al crear eso, pero los pensamientos negativos siguen anteponiéndose. Agrian lo positivo. Pensaba que conocía a mi novio, pero resulta que solo disponía de una imagen desenfocada. Ahora tengo la perspectiva completa.

Josh había tenido... toda esa vida antes de mí.

¿Cómo puede algo tan obvio resultar tan impactante?

Y Rashmi... Sabía que ella estaría allí, pero ¿cómo iba a saber que toda ella iba a estar allí? No quería verla. Con Josh. Así. No es justo que lo haya visto, porque nunca podré borrarlo de mi mente.

Pateo las sábanas. Estoy pensando en conejos. Estoy pensando en altísimas chicas francesas. Estoy pensando en Josh menospreciando una educación que yo he elegido tomarme en serio. Nunca me había molestado antes. ¿Por qué me molesta ahora? Doy vueltas y vueltas en la cama durante horas hasta que una sacudida me despierta de golpe de un sueño inquieto al que ni siquiera sabía que había sucumbido. Una hermana con el pelo extrañamente encrespado está rebotando en mi cama.

—¡Despierta! —Gen rebota en la cama con más fuerza—. Hattie y yo ya nos hemos vestido y desayunado. Los globos no se van a burlar de sí mismos.

Genial. Justo lo que necesito hoy: un desfile.

Nuestra casa está situada en una zona de Broadway desde la que no se puede ver ni escuchar el desfile del Día de Acción de Gracias de Macy's, pero solo se tarda unos minutos en llegar a pie a algún sitio desde el que poder presenciar el grotesco espectáculo de primera mano. Mis hermanas y yo tenemos la tradición de dar una vuelta por el desfile a primera hora de la mañana.

La cabeza me martillea después de haber pasado llorando toda la noche.

—No me siento bien.

—Tienes que levantarte para que *maman* deje de darme la lata con mi pelo.

El encrespado pelo rojo anaranjado mide unos cinco centímetros y sobresale formando un denso halo alrededor de su cabeza.

–Pareces un corgi –le digo–. ¿Estás dejándotelo crecer otra vez?

Pero Gen está hojeando los papeles que cubren mi cama. Me interpongo entre ella y el manuscrito.

–¿Esto lo dibujó Josh?

Intento arrebatárselo la hoja que sigue en sus manos.

–¡Dámelo!

–Por el amor de Dios, cálmate. Solo quiero verlo –repite mientras extiende el brazo, alejándolo todo lo posible de mí–. Caramba. ¿Qué es todo esto?

–Por favor –suplico al borde de las lágrimas.

Gen me mira, sorprendida, y me devuelve el folio despacio.

–Lo siento.

–Es que... es privado. No se lo digas a Hattie, ¿vale?

–Está bien.

–En serio. Ya sabes cómo es.

–Sí, cariño. En serio que no voy a contarle que reaccionaste de forma rara a algo que no entiendo, ¿vale?

Me aprieto la almohada contra el pecho. Se queda mirándome un buen rato hasta que, por fin, se levanta y se dirige hacia la puerta.

–Cinco minutos.

–No voy a ir. No me siento bien.

–No es opcional.

Cuando Gen se propone algo, es imposible detenerla. Soy lo bastante sensata como para no intentarlo. Vuelvo a guardar el manuscrito en la caja. Procuro no arrugar las páginas (más de lo que ya están), pero no me molesto en ordenarlas. Meto la caja de nuevo en el armario, la cubro con algunas prendas de ropa y me reúno con mis hermanas en la puerta.

Hattie frunce el ceño.

–¿Y a ti qué te pasa?

–Déjala en paz –contesta Gen.

–El sombrero no pega con esos guantes –me dice Hattie–. Y queda aún peor con ese abrigo. ¿No va a darte un patatús o algo si no vas perfecta?

Me bajo el sombrero de lana aún más sobre los ojos. Gen entrelaza su brazo con el mío y me obliga a salir antes de que pueda cambiar de opinión. O de ropa. Hattie nos sigue.

La sensación que se respira en Nueva York en otoño es la que se esperaría en primavera en cualquier otro sitio. Renovación. Los residentes se alegran de poder volver a salir a la calle. Las estaciones de metro se han refrescado y el hedor húmedo del verano ha pasado. Hay festejos y festivales por todas partes. El aire frío es vigorizante, y las correspondientes bufandas y botas suponen un regreso reconfortante. Trato de apreciar lo que me rodea. Busco hojas amarillas, anaranjadas o doradas (mi parte favorita de esta estación), pero las ramas ya están desnudas. Llego demasiado tarde. Todo está muerto.

Gen parlotea sin parar sobre su vida en Massachusetts mientras Hattie hace comentarios pintorescos. Apenas les presto atención. Cruzamos Columbus Avenue y las calles se abarrotan de familias, bailarines, animadores y agentes de policía. Varias bandas de música afinan en medio de un zumbido de instrumentos de metal, redobles de tambores y escalas de la sección de viento. El enorme globo del elefante Horton asoma detrás de un edificio, una calle más adelante, sosteniendo una flor de color rosa chillón con la trompa.

—Alegra esa cara —me dice Gen—. Te he inscrito para que desfiles con ellos este año —añade señalando hacia un grupo de bailarines con zahones azules de *cowboy* y ridículos chalecos con flecos.

Al menos una docena de espeluznantes payasos vestidos con unos andrajosos monos multicolores entran en la farmacia situada a nuestro lado.

—Allí —indico—. Están buscándote, Gen. Te necesitan.

—¿Has visto esos árboles de Navidad que bailan claqué? Me preguntaron si quieres dar media vuelta y marcarte otro baile con ellos. No estarás demasiado cansada, ¿verdad? Es que ya te compré unos pantalones de espumillón.

—Me alegro de que no me hayáis inscrito para nada —interviene Hattie—. Porque es genial no hacer nada.

La fulmino con la mirada. Cuando Gen ve que todavía no estoy dispuesta a cumplir con mi papel habitual de conciliadora, toma cartas en el asunto. Me concentro de nuevo en mis pensamientos. En el manuscrito. No puedo borrar una imagen de mi mente: Rashmi, cubierta de conejos. El globo de la rana Gustavo aparece flotando detrás de otro edificio, y yo pienso en conejos. Regresamos a casa porque nos entra frío, y yo pienso en

conejos. *Maman* nos llama a la cocina y la ayudo a preparar la cena. Conejos. La ayudo a poner la mesa. Conejos. Trinchamos el pavo, servimos las bebidas, hacemos el brindis. Conejos, conejos, conejos. Recogemos los platos y tiramos los restos de salsa y puré de patatas en el cubo de la basura. Mi novio pierde la virginidad y... anda, ¿quién está mirando?

Un conejo.

Mi familia se apoltrona delante de la tele a ver una peli ñoña. Todavía sigo pensando en conejos una hora después, cuando oigo el tenue timbre de mi móvil sonando en mi cuarto. Se me sube el corazón a la garganta. Me lanzo escaleras arriba y llego justo a tiempo.

–Te quiero –dice Josh–. Espera un momento.

Oigo risas y voces fuertes y luego el sonido de succión de una puerta corredera al cerrarse.

–Listo, estoy en un patio. O un balcón privado. O algo por el estilo. La verdad es que no sé dónde diablos estoy.

–Pero ¿estás en la Casa Blanca?

–Ajá.

Conejo.

–Ya lo sé –añade cuando no contesto nada–. Es raro. Lo siento.

–No, no es eso. –Conejo, conejo–. Es que estoy cansada. Ha sido un día largo.

–Mi madre me dijo que podía llamarte. Estoy usando su teléfono otra vez.

–Bueno y... ¿cómo es?

–¿Recibiste mi paquete? –me pregunta a la vez. Prácticamente puedo oír cómo le gotea el sudor sobre el auricular.

–Sí. Lo leí anoche. Está genial.

Se produce una larga y tensa pausa.

–Guau. –Su voz suena tan sosa como mi respuesta–. Eso no te lo has creído ni tú, ¿verdad?

–No. Es que...

Y entonces me echo a llorar, odiándome.

–¿Qué pasa? –Le entra el pánico–. ¿De qué se trata? ¿Qué parte?

–No es eso. Tu libro es muy bueno.

No puedo dejar de llorar.

–Por favor –me suplica–. No. Escucha, ya sé que me porté como un capullo con Rashmi, sobre todo cuando nos peleábamos, pero te juro que eso no va a pasarnos a nosotros. Contigo es muy diferente. Nunca me comportaría así contigo. –Nunca le había oído hablar tan rápido–. Era más joven y mucho más idiota...

–No fue por las peleas. Fue por... –Mis lágrimas se transforman en sollozos desgarradores–. Los conejos.

–¿Los conejos? –Pero su confusión solo es momentánea–. Oh, oh.

–¿Por qué dibujaste esas cosas? ¿Por qué me las enseñaste?

–No... no me pareció que fuera para tanto...

–¿No te pareció que fuera para tanto ver a tu exnovia desnuda? ¿Conocer los detalles explícitos de cómo perdisteis la virginidad juntos?

–No sé. –El pánico se ha apoderado de él por completo–. Escribí sobre ello porque pasó. Y lo compartí contigo porque quería ser sincero. Quería mostrártelo todo. Incluyendo las partes feas, ¿recuerdas?

–Bueno. Pues puede que no todo tenga cabida en un libro.

–Lo siento. Dios mío. Lo siento mucho, Isla.

No digo nada. Es injusto, pero me siento herida. Y quiero que él sufra también.

–Por favor, no cuelgues. ¿Y qué me dices del final, de la parte contigo? ¿Qué te pareció eso?

–Sí, esas ocho páginas estaban bien.

Me arrepiento en cuanto las palabras salen de mi boca. Nunca en toda mi vida he dicho nada más egoísta. Tampoco es que haya tenido tiempo todavía para dibujarnos. Se tarda una eternidad en hacer lo que él hace. Había compartido algo personal conmigo, y yo se lo he arrojado a la cara.

Su silencio me mata.

–No debería haber dicho eso. Lo siento. –Tengo la cara cubierta de lágrimas y mocos–. Tu libro es genial, de verdad.

Josh suelta un resoplido, pero noto que está llorando. Mi culpa se cuadruplica.

–Lo digo en serio. Es que me pilló desprevenida. Sé lo que dibujas. Debería haberme imaginado lo que iba a encontrarme. Ni siquiera deberíamos estar hablando de esto, debería estar contándote todas las partes que me encantaron...

–Y ahora me pides disculpas. Qué locura.

–¡No digas eso! –Aferro el teléfono con más fuerza–. Lo siento. Lo siento mucho.

No hay respuesta.

–¿Hola? ¿Josh? ¿Hola?

–Mi madre está llamándome. Mierda. Van a servir el postre o qué sé yo.

–¡No!

–¿Todavía me quieres? –El pánico aumenta de nuevo—. No lo has dicho al contestar.

Saco un puñado de pañuelos de una caja.

–¡Claro que sí!

–No puedo creerme que tenga que colgar en este momento.

–No te vayas. Te quiero.

–Volveré a llamarte lo más pronto que pueda.

Y la comunicación se corta.

Como soy una idiota, me quedo junto al teléfono toda la noche esperando que «pronto» signifique «pronto». Pero no es así. ¿Cómo pude atacarlo de esa manera? Él confiaba en mí. Me desnudó su alma, y yo lo usé en su contra. Odio esta situación. Odio haberlo herido. Odio seguir disgustada por su obra, y odio tener que fingir de ahora en adelante que no me molesta.

Mantengo la caja en el armario con la esperanza de que se cumpla eso de que «ojos que no ven, corazón que no siente». Pero es imposible. No puedo pensar en otra cosa. El sábado por la noche, todavía no he sabido nada de él. El miedo de haberlo echado todo a perder alcanza un punto crítico. Tengo que hacer algo. Añado una pequeña ofrenda de paz a la caja y la llevo a la residencia de los Wasserstein, usando la dirección de remite que hay en el paquete. La caja es pesada y difícil de transportar, pero aun así no tardo mucho en llegar allí.

La casa de piedra rojiza se parece a las otras que hay en la calle: bonita, antigua y bien cuidada. Tienen árboles de hoja perenne en miniatura y enredaderas en las jardineras, una bandera estadounidense colgando del segundo piso, una corona de otoño en la puerta y una mezuzá con filigrana de plata fijada al marco de la puerta. Las cortinas están cerradas.

Llamo esperando que me abra el Servicio Secreto o la organización que sea que vela por los senadores más famosos del país. No responde nadie. Llamo de nuevo y un

hombre fornido con hombros anchos, elegante pelo gris y un auricular de seguridad abre la puerta.

–¿Puedo ayudarte? –Su voz es igual de sólida y robusta que su aspecto.

–Soy Isla Martin. –Mi voz, en cambio, tiembla–. La novia de Josh. De Francia... Ya sé que no llegará a casa hasta mañana, pero yo me marché ese mismo día, así que esperaba que pudiera entregarle esto.

–Ya sé quién eres.

–¿Ah, sí?

El tipo deja de hacerse el duro un momento. Me sonrío y el gesto resulta sorprendentemente cálido.

–Me pagan para que sepa ese tipo de cosas.

–Ah. –Me ruborizo–. Bueno, ¿podría darle esto, por favor?

El hombre toma el paquete.

–Claro. Pero primero voy a tener que escanearlo en busca de explosivos. Si pasa la prueba, se lo haré llegar en cuanto regrese.

Suelto una carcajada.

–Iba en serio. Todos los paquetes se comprueban.

–Por supuesto. Gracias, señor. –Me pongo como un tomate.

Y salgo pitando.

La noche siguiente, cuando compruebo el móvil en París, tengo un mensaje de un número desconocido de Manhattan. No menciona la devolución del manuscrito, ni el hecho de que había dejado las páginas completamente desordenadas, solo dice: «No puedo creerme cuánto había echado de menos tu aroma. *Merci* por el fular, mi dulce rosa».

Capítulo veinticuatro

La palidez del invierno ensombrece aún más la ciudad ya de por sí gris. Los aros olímpicos, brillantes y coloridos, proporcionan el único alivio visual. Aparecen en todas las superficies publicitarias, incluyendo los laterales de edificios enteros.

Este mes de febrero, los Juegos Olímpicos de Invierno se celebrarán en la región de Rhône-Alpes, al sureste de Francia; sin embargo, a juzgar por los anuncios, nadie diría que no serán en la propia París. Los atletas franceses son los protagonistas de los carteles, naturalmente, aunque algunos de los nombres más importantes de otros países también decoran las calles de la ciudad.

Kurt y yo salimos de la estación de *métro* de Denfert-Rochereau y pasamos junto a un cartel enorme de una patinadora estadounidense de patinaje artístico, de aspecto temible, llamada Calliope Bell.

—¿Tú con quién vas? —le pregunto—. ¿Con los estadounidenses o con los franceses?

Las Olimpiadas siempre han sido una fuente de sentimientos encontrados para mí. Sé que se supone que debería sentir cierto orgullo nacional, pero ¿por qué país? Siento lealtad hacia ambos.

Kurt le echa un vistazo al cartel.

—Yo voy con el mejor deportista en cada prueba. No tiene por qué ser estadounidense ni francés.

—Así que... vas con el ganador. ¿Eso no es como hacer trampas?

—No. Yo apoyo a la persona que parece trabajar más duro.

Es una respuesta extraña, pero aun así es buena. Me da algo en lo que pensar. Entramos en un pequeño y anodino edificio de color verde oscuro. Hoy no hay turistas. Pagamos al guardia, pasamos junto a otro guardia y bajamos por una escalera de caracol hasta llegar a un túnel largo y bajo. Gotea agua del techo creando charcos poco profundos. Hace fresco aquí abajo, en las catacumbas, pero no frío, porque no hay viento.

Kurt señala hacia un túnel en el que han colocado una reja para cerrarlo al público.

–¿Te he dicho que hay unos doscientos noventa kilómetros de túneles abandonados en París?

Sí. Ya me lo ha dicho. Lleva hablando sin parar de los túneles desde que regresamos al colegio. En el último mes, han pasado de intrigarlo a obsesionarlo en toda regla. Mientras yo me sentaba en el aula de castigo, él leía todo lo que encontraba sobre el tema. Los túneles del *métro*, las canteras de piedra caliza, las líneas de servicios públicos, los sistemas de alcantarillado y las criptas conforman una de las redes subterráneas más extensas del mundo.

Kurt quiere cartografiarlos, por supuesto.

Es curioso que a las dos personas más importantes de mi vida les interesen los mapas. A Kurt en el sentido más literal, pero también a Josh. Al registrar los acontecimientos más importantes de su vida, Josh también está elaborando un mapa. Me pregunto cuánto tiempo formaré parte de él. ¿Dónde y cuándo mi historia se separa de la suya?

–Existen mapas de los túneles –continúa Kurt–, pero ninguno está completo. Y a menudo son engañosos a propósito para mantener a la gente alejada.

Explorarlos es ilegal y, como buen cumplidor de las normas, eso supone una gran frustración para Kurt. Aunque eso no ha sido un impedimento para otros. Los túneles atraen a todo tipo de gente, a la que se conoce en su conjunto como «catáfilos»: historiadores, grafiteros, juguistas, espeleólogos, músicos, buscadores de tesoros... Algunos han entrado en los túneles para restaurar obras de arte de valor incalculable. Un grupo montó un cine subterráneo. La resistencia francesa se escondió aquí abajo durante la ocupación nazi y luego los nazis utilizaron exactamente los mismos túneles para huir.

La obsesión de Kurt no tardará en superar su necesidad de cumplir las normas. Pero, por ahora, ha estado visitando una y otra vez la parte legal: les Catacombes. Más de seis millones de cuerpos fueron acarreados aquí abajo a finales del siglo XVIII y las interminables paredes que forman sus huesos apilados pueden contemplarse por una módica suma. Algunos huesos están dispuestos en formas sencillas, como cruces o corazones. Otros están ordenados por tamaño o tipo. Pero a la mayoría los arrojaron sin más, al azar.

Cuando era niña, las catacumbas me daban miedo. A medida que fui creciendo, se volvieron fascinantes. Ahora las encuentro casi apacibles. Aunque puede que todos estos cráneos simplemente me recuerden el tatuaje de alguien. Me siento en una silla plegable destinada a un guardia mientras Kurt curiosear por la zona.

Este sitio parece el lugar apropiado para mí. Tranquilo, aunque indudablemente sombrío: como mi estado de ánimo. Desde Acción de Gracias, he concluido mi castigo, he trabajado duro en los deberes y he empollado para los exámenes. No he vuelto a leer por diversión. Los deberes funcionan mejor para distraerme del silencio forzoso entre Josh y yo.

¿Cómo se las arreglaban mis padres antes de que existieran los móviles? ¿Antes de Internet? Estoy acostumbrada a estar informada, y toda esta desinformación está volviéndome loca. Nos enviamos cartas escritas a mano, pero el correo tarda tanto que muchas veces Josh está en la ciudad equivocada para cuando llega mi correspondencia. Su familia ha estado viajando sin parar entre Nueva York y Washington.

Creo que ahora mismo está en Washington. Por lo menos, ahí es adonde le envié su regalo de Janucá ateo: una caja con sus platos franceses favoritos precocinados. Si tan solo pudiera hablar con él, sé que me sentiría mejor. Llevo sus cartas en el bolso, uso su jarra de vaso todos los días y he colgado sus dibujos al lado de la cama: tanto el de mi collar de la primera semana de clase como el del árbol cubierto de palomas de la Sagrada Familia, que me entregó después de que lo expulsaran. Pero todavía lo siento muy lejos.

Y, cuanto más tiempo pasamos separados, más me cuesta olvidarme del final de *Chico de internado*. Nuestro tiempo juntos solo representaba ocho páginas inacabadas. La directora del colegio piensa que yo era una mera distracción para Josh, lo que significa que cree que yo me tomo nuestra relación más en serio que él. Pero eso no es verdad. Él también se la tomaba en serio.

¿Todavía es así?

No me ha dado ningún motivo para dudar de él; pero, cuanto más tiempo pasamos separados, más claro veo que nuestra relación se asentaba en terreno inestable. En su soledad. ¿Cuánto tardará en darse cuenta de que ser mi novio era más fácil que estar solo? Yo era conveniente. Era una distracción.

Josh es un romántico. Le gusta estar enamorado, y ansía amor para llenar el vacío que le ha dejado la ausencia de sus padres. Tal vez nuestra relación no evolucionó tan rápido porque estamos hechos el uno para el otro, sino porque los dos nos dejamos arrastrar: él por esa insaciable necesidad y yo por mi enamoramiento previo. ¿Esos tres años suspirando por él nublaron mi percepción de la realidad? ¿Lo conozco de verdad? Desde la última vez que lo vi en persona, me he topado con varias facetas suyas que ni siquiera sabía que existían.

Y todavía no ha decidido si va a terminar el instituto. ¿Y si Dartmouth me acepta, me mudo a Nueva Inglaterra y él no está allí? ¿Qué se supone que voy a hacer sin él? Todavía no tengo un plan para mí misma, nada que no lo incluya a él. Pero sus planes ya no son concretos. Son tan frágiles como una pared de huesos.

Realizo los exámenes parciales con la esperanza de que estas dudas simplemente me asalten porque llevo mucho tiempo lejos de él. Todo se solucionará en cuanto vuelva a verlo. La noche previa a mi último día de clase, me sorprende recibir una llamada desde el teléfono de la señora Wasserstein.

Contesto, rogando que en realidad sea Josh. Es él. Pero enseguida me preocupo y acabo al borde de la histeria.

–Tienes que quedarte en Washington durante las vacaciones de invierno.

Josh suelta una carcajada.

–No. Por una vez, llamo con buenas noticias. Una invitación a una fiesta de Navidad en el Met. De etiqueta. Con los peces gordos. Probablemente será un muermo, pero mis padres te han invitado, así que es una buena señal.

Sí que es una buena señal.

–Podrás ponerte un vestido elegante y yo podré presumir de ti. Como mi novia –añade de manera enfática–. Siempre y cuando todavía quieras que este mundillo sepa que existes.

–¡Sí! Sí, por favor.

Se ríe de nuevo.

–Entonces quedamos en eso.

Cuando su madre reclama el móvil, salgo de mi cuarto para estirar las piernas por el pasillo. Siento como si me hubiera quitado un peso de encima. Josh se estaba riendo. Vamos a tener una cita en público. Sus padres quieren pasar tiempo conmigo.

Me detengo en seco. Sus padres quieren pasar tiempo conmigo.

No. Sé positiva. De verdad que es una buena señal. Reviso mi buzón. Hay dos sobres metidos al fondo: uno grueso y otro fino. Los saco, imbuida de alegría renovada, hasta que me doy cuenta de que ninguno es de Josh.

Uno es de La Sorbonne y el otro, de Columbia.

Uno es una carta de aceptación y el otro, de rechazo.

Capítulo veinticinco

–No logro decidir qué me gusta más: tu pelo o tu vestido –dice *maman* con un suspiro–. Combinan a la perfección.

Llevo el pelo ondulado recogido a un lado, formando una cascada sobre el hombro, y mi vestido (ayer nos pasamos todo el día recorriendo tiendas como locas para encontrar uno adecuado) es de un tono verde esmeralda oscuro. Por una vez, mi pálida piel reluce gracias a una buena capa de polvos iluminadores y mi rubor natural por la emoción de reencontrarme con mi novio. Josh llegó de Washington hace apenas tres horas, pero todavía no nos hemos visto.

Gen nos sonríe desde la puerta de mi cuarto.

–Parece que fueras a ir a un baile de graduación.

–Sí, como el de la peli *Carrie* –dice Hattie.

Por desgracia para chicas como Sanjita y Emily, la School of America de París no organiza bailes formales. A mí nunca me ha importado, pero (ahora que me he arreglado) casi las entiendo. Doy una vuelta completa.

–Me siento como Cenicienta.

–Cenicienta era rubia –repite Hattie–. Las princesas nunca son pelirrojas.

–Y una mierda –suelta Gen, y *maman* la reprende chasqueando la lengua–. Amy Adams en *Encantada*.

–¿Y qué pasa con Ariel? –añado–. También era una princesa.

–Era un pez –insiste Hattie.

–¡Isla! –La voz de papá retumba desde la planta baja–. ¡Tu pareja ha llegado!

¿Es posible sentir a la vez escalofríos y sudores? No sé qué me pone más nerviosa: ver a Josh por primera vez en dos meses, presentárselo a mis padres o quedar con los suyos. Vale, no. Desde luego que lo último. La idea de volver a hablar con su madre me ha impedido comer en todo el día. Por lo menos mis padres están contentos, y aliviados, de conocer por fin a Josh. También están impresionados de que vaya a llevarme a una fiesta tan prestigiosa.

Maman responde a mi expresión de preocupación con una sonrisa alentadora.

–El príncipe azul aguarda.

–Me pregunto si sigue igual de flacucho y rarito como lo recuerdo –comenta Gen.

–¡Oye! –protesto.

Espero a que Hattie suelte algún comentario malicioso apoyando a Gen, pero guarda silencio. No ha dicho ni una sola palabra sobre Josh desde Halloween. *Maman* las hace bajar las escaleras. Tengo un nudo en el estómago. No consigo decidir cuál de sus padres me da más miedo.

–No hay nada que temer –dice *maman*, leyéndome la mente–. Su padre te adorará. Y su madre aprenderá a quererte. Eres lista, encantadora y amable.

–Es normal que tú pienses así.

–Nunca describiría a tu hermana pequeña como encantadora.

Eso me hace esbozar una sonrisa.

–Vamos. ¿No quieres ver cómo le queda el esmoquin a tu novio?

Maman me da un golpecito con el codo antes de marcharse. La oigo exclamar desde lo alto de las escaleras:

–Joshua, *mon cher*. Qué alegría conocerte por fin.

–Yo también me alegro de conocerla. –Noto una sonrisa en su voz: su sonrisa profesional de político–. Me cuesta creerlo, pero su casa está aún más bonita que los escaparates que creó para Bergdorf Goodman. Los vi la semana pasada. Son magníficos.

Mi madre se ríe.

–Tú sí que sabes cómo halagar a una mujer.

Me tiemblan las piernas. Hasta ese momento, sinceramente no estaba segura de si lo vería esa noche. La emoción se impone a los nervios. Cojo el bolso con pedrería que me ha prestado *maman*, salgo disparada del cuarto y enseguida me quedo paralizada en el primer escalón. Josh está impecable. Su esmoquin no es alquilado. Le está diciendo algo a mi padre, con su expresión de hijo de senador digno de confianza. Pero entonces sigue la mirada de mi padre y absolutamente todo en él cambia a la vez que deja de hablar a media frase.

La expresión de Josh se entenece.

Noto un nudo en la garganta. Parece tan agradecido de verme que es como si le doliera. El sentimiento es recíproco. La casa se desvanece, las voces se apagan y hasta el mismo aire contiene el aliento. Nuestras miradas no se separan mientras descendo. Más

cerca. Más cerca. Nuestras manos se extienden, nuestros dedos están a punto de tocarse...

–Verde y rojo. –Mi padre señala mi vestido y luego mi pelo–. ¡Te pareces a la señora Claus!

La magia del momento se esfuma de golpe. Todo el mundo se vuelve para mirarlo y papá se sonroja.

–Quería decir la Navidad. Se parece a la Navidad.

–No puedes decirle a una chica que se parece a una fiesta –protesta Gen.

–Ha acertado la primera vez –interviene Hattie. Se mantiene apartada, lo más lejos posible de Josh–. Pareces una vieja.

–Isla. –A Josh se le entrecorta la voz al pronunciar mi nombre–. Estás preciosa.

Como lo veo en sus ojos, lo siento en mi corazón. Me aferra la mano. Su piel toca la mía, y Josh se vuelve real otra vez. Entonces perdemos la compostura, me toma entre sus brazos y me besa en la mejilla. Y luego otra vez. Lo abrazo y él responde apretándome demasiado fuerte; pero es un momento maravilloso, perfecto y sublime.

Papá examina a Josh con desconfianza renovada.

–¿Cuándo vas a volver? –me pregunta.

–No lo sé –contesto con sinceridad.

–Por lo general, la gala ya ha terminado a medianoche, así que la traeré de vuelta a esa hora a más tardar –explica Josh–. ¿Le gustaría hablar con Brian? Esta noche será nuestro conductor y guardaespaldas.

Mi padre se relaja al oír mencionar al guardaespaldas. Echa un vistazo a través de las cortinas y luego saluda con la mano a alguien en la calle. Brian, supongo.

–Muy bien. –Se rasca la espesa barba, con sus preocupaciones un tanto mitigadas–. A medianoche, entonces.

Me dirijo a la puerta principal.

–No queremos llegar tarde.

–¡Espera! –Gen sostiene su teléfono en alto–. Una foto.

–Dos –añade *maman* mientras busca el suyo.

Suelto un gemido de vergüenza, pero Gen me interrumpe.

–Venga ya. Mi hermanita no va emperifollada todos los días.

–¿De qué hablas? Isla se pone un dichoso vestido todos los santos días –dice Hattie.

–Manhattan, querida. Estate calladita –contesta *maman*.

Una docena de fotos después, Josh y yo cruzamos la puerta y salimos al pasillo. En cuanto doblamos la esquina y quedamos fuera del campo visual de la mirilla, le echo los brazos al cuello. Josh se inclina hacia mí, pero se aparta rápidamente.

–Tu pintalabios...

–Me da igual.

Me empuja contra la pared. Nos besamos con todo nuestro ser, saboreándonos, anhelándonos. Tiene los labios agrietados por el frío del invierno. Se ha lavado los dientes hace poco y su boca sabe fresca y limpia. Sus manos se deslizan por mi espalda y bajan por mis caderas. Nuestros besos se vuelven más intensos, frenéticos por el deseo. Un estremecimiento pasa de mi cuerpo al suyo y Josh se separa bruscamente, sin aliento.

–Tus padres... –dice–. Seguro que estarán mirando por la ventana. Esperando vernos aparecer.

Bajamos las escaleras corriendo, entre risas. Josh se limpia el pintalabios de la boca, yo me lo limpio de la piel alrededor de la boca, y luego salimos caminando tranquilamente del edificio como si estuviéramos enfrascados en una conversación. Estoy segura de que parecemos superculpables. Levanto la vista hacia la ventana, entre las ramas desnudas del rosal trepador, y *maman* y Gen se despiden alegremente con la mano. Papá saluda con un gesto brusco de la cabeza. Hattie no está por allí.

Un hombre de aspecto macizo con elegante pelo gris y un auricular de seguridad abre la puerta trasera de un coche negro. Es el mismo que recibió el paquete que llevé a casa de Josh en Acción de Gracias.

–Buenas noches, *mademoiselle*.

–¡Anda! Así que este es Brian.

Me dedica una amplia sonrisa.

–Me alegro de volver a verte. Estás preciosa. No me extraña que este muchacho no hable de otra cosa.

Le echo un vistazo a Josh, contenta, y él se encoge de hombros como diciendo: «¿Qué esperabas?».

Subimos al coche, pero, mientras Brian se dirige al lado del conductor, a Josh se le borra la sonrisa.

–Te aseguro que este no es mi modo de transporte habitual.

–No sé yo –bromeo–. Parece que pasáis mucho tiempo juntos.

–Bueno, sí, pero normalmente en casa. O en el despacho de mi padre. No quiero que pienses que siempre... me lleva por ahí un chófer. Uso el metro.

–No pasa nada –le aseguro con ternura–. No estaba juzgándote.

–Ya lo sé. Es que...

La puerta del lado del conductor se abre y Brian entra con una elegancia y dinamismo sorprendentes. Resulta que es un gran conversador, lo que resulta útil ya que me impide desear que este coche pijo fuera aún más pijo (como una limusina, por ejemplo, con una división para tener intimidad), porque lo único que quiero es abalanzarme de nuevo sobre mi novio. En cambio, me retoco el maquillaje. No quiero llegar pareciendo una fulana desaliñada. Aunque probablemente sea lo que su madre piensa de mí de todos modos.

Brian no mentía. Sabe lo suficiente de mí como para preguntarme si he recibido noticias de Dartmouth. Le guiña un ojo a Josh por el retrovisor, pero el aludido no se da cuenta. Sus ojos no se apartan de mí. Le digo la verdad a Brian: estoy esperando a que me respondan. Todavía no le he contado a Josh que las otras dos universidades ya me han contestado. Todavía no le he contado que, por ahora, la única universidad que me quiere está en Francia.

El Museo Metropolitano de Arte es una de las estructuras con más aspecto europeo de Manhattan. Mientras Josh me lleva hacia la entrada, siento como si hubiéramos retrocedido en el tiempo hasta octubre y estuviéramos de vuelta en París. La fachada blanca, las gigantescas columnas, la larga escalinata... Ojalá nos dirigiéramos a una cita en el Musée d'Orsay y no a esta ostentosa fiesta para conocer a sus padres. Si su madre es tan intimidante, ¿cómo será su padre?

Josh nota la expresión de mi cara y me aprieta el brazo.

–Lo vas a hacer genial.

–Tus padres me odian –replico.

–No te odian. Me odian a mí.

–Volvamos a mi casa y enrollémonos en el pasillo.

Me sonrío.

–Este sitio tiene un montón de pasillos.

Ya he estado aquí muchas veces, pero el Gran Salón del museo todavía me impresiona. Las cúpulas y los arcos de la magnífica entrada (que me recuerdan tanto al Panthéon cerca de nuestra residencia) están engalanados con cintas doradas, guirnaldas de hojas y adornos y bolas de Navidad gigantes. La resonante sala está abarrotada de una ruidosa multitud de hombres y mujeres vestidos de etiqueta. Me alegro de que *maman* me ayudara a vestirme para la ocasión. Por lo menos, me siento segura en ese aspecto.

Josh le entrega nuestras entradas a una anciana con perlas y una blusa con lentejuelas negras, y luego seguimos al gentío hacia la fiesta en la Sala de Escultura Medieval. Josh me guía con caballerosidad, de una manera adulta y formal. Las parejas que nos rodean se mueven de la misma forma. Da la impresión de que este comportamiento acartonado fuera rutinario para ellos, pero es una novedad para nosotros. Quiero caminar pegada a él, abrazada a él, con los brazos y las manos enredados en un lío de extremidades. Esta esmerada actitud solo consigue hacerme sentir más cohibida.

Josh me conduce de esta manera hacia el lejano sonido de un cuarteto de cuerda: lejos de la escalera principal, a través de una estrecha sala de artefactos bizantinos, a lo largo de otra sala con un baldaquín de mármol tallado con maestría y directamente hasta la bulliciosa Sala de Escultura Medieval. Esta sala es más amplia y más alta, aunque no me parece tan grande como la recordaba. A cada lado cuelgan estandartes heráldicos con una mezcla de patrones rojos, azules, amarillos y blancos. Debajo de ellos, las paredes están cubiertas de tapices de ciervos y damas con atuendo medieval. Y en el centro de la sala, como la clara estrella de la colección, hay una inmensa reja de hierro. Por anteriores visitas, sé que es una pantalla de coro procedente de una catedral de España.

En el centro, delante de la reja, hay un abeto igual de enorme rodeado de un belén compuesto por cientos de figuras del siglo XVIII. El árbol propiamente dicho está cubierto de ángeles, querubines y luces que parecen velas. No cabe duda de que resulta espectacular, pero también... frío.

–Feliz Navidad Agnóstica –dice Josh–. Bienvenida a la fiesta de Navidad más judía de Estados Unidos.

Eso me hace sonreír.

–Eso es. –Me devuelve la sonrisa–. Quiero más de eso.

Recorremos las esculturas de alabastro con la mirada en busca de sus padres. Es mejor acabar con esto de una vez. Los encontramos al borde de la sala junto a la estatua de un payaso de aspecto rugoso. Cuando nos acercamos, me doy cuenta de que el puntiagudo

gorro rojo de la estatua es un gorro de papa. Da igual que no lo haya dicho en voz alta. Aun así me siento idiota.

Los padres de Josh están de espaldas a nosotros. Tienen copas de vino blanco en las manos y están hablando con un hombre bajo con unas gafas perfectamente redondas.

–El juez Lederman –me susurra Josh al oído–. De la Corte Suprema de Nueva York. Ya. Claro. Nada del otro mundo.

–Joshua –dice el juez con una sonrisa, y nos hace gestos para que nos acerquemos.

Intento comportarme como si fuera normal que un juez de la corte suprema del estado conozca a mi novio. Los padres de Josh se dan la vuelta. Su reacción inicial es de felicidad, pero la disimulan rápidamente con una expresión que se podría describir mejor como de «satisfacción profesional». Con un toque de curiosidad. Y puede que otro toque de desconfianza.

Josh me guía hacia delante por la parte baja de la espalda. Supongo que parezco un ratón, débil y fácil de desechar.

–Juez Lederman –dice Josh–. Me alegro de verlo. –Qué raro es oír en persona cómo sale esa voz de entrevista de su boca–. Esta es mi novia, Isla Martin.

El juez me estrecha la mano.

–Qué cosita más bonita.

«Viejo verde.»

–Encantada de conocerlo, señor –contesto con una sonrisa.

–Mamá, ¿te acuerdas de Isla? –continúa Josh como si nuestro último encuentro no hubiera sido un humillante desastre–. Papá, me gustaría presentarte a mi novia. Isla, este es mi padre.

–Encantada de conocerlo, senador.

Un momento. ¿Se supone que tengo que llamarlo senador? ¿Señor Wasserstein? ¿Senador Wasserstein? Debería haber dicho «señor». ¿Por qué no he dicho «señor»? ¡Ay, Dios! ¿El juez es un «señor»? ¿Se supone que tengo que llamarlo «su señoría» o eso solo se usa en el tribunal? Pero el padre de Josh sonríe dejando ver unos reconfortantes hoyuelos que me resultan familiares. Me da un efusivo apretón de manos.

–Es un placer. He oído tantas historias de ti que es como si ya te conociera.

Me quedo desconcertada. Parece sincero, pero... ¿lo es? Debe de tratarse de ese encanto político que tiene tan practicado. No había caído en la cuenta de la suerte que

supone que nuestro primer encuentro sea en público. El padre de Josh tiene que fingir que todo va bien, aunque no sea así.

–Sam –le dice al juez Lederman–. Isla estudia en el extranjero.

–Ah, es verdad –contesta el juez dirigiéndose a Josh–. Había olvidado que vivías fuera. ¿En Inglaterra?

–En Francia. Aunque voy a terminar los estudios aquí en Estados Unidos –responde Josh con fluidez. Como si lo tuviera ensayado.

Sus padres sonrían con naturalidad, y de pronto se me ocurre que todos ellos son profesionales jugando a esto. Todos salvo yo.

–Isla es la mejor de su clase –añade el senador.

Me pongo colorada mientras tiene lugar una conversación surrealista en la que yo soy el tema, y los padres de Josh se jactan de mis logros. Me siento incómoda oyéndolos elogiarme cuando estoy segura de que no lo dicen en serio. No hay ningún motivo para que les caiga bien. Soy una don nadie. Una don nadie que se llevó a su hijo a España para acostarse con él y luego hizo que lo expulsaran del instituto. La situación es tan inesperada que ni siquiera soy capaz de responder a sus preguntas y Josh se ve obligado a encargarse de mi parte de la conversación. Antes de darme cuenta, todo ha terminado y Josh me está alejando.

–Nos vamos a buscar algo de comer –les informa a sus padres–. Me he alegrado de volver a verlo –le dice al juez, estrechándole la mano, mientras me lleva en la dirección opuesta.

–Encantada –me despido. Eso es lo único que he dicho en todo ese rato. Los padres de Josh probablemente piensen que también les ha estado mintiendo acerca de mi inteligencia.

–Ha ido bien –opina Josh.

–¿Tú crees?

Me mira.

–Volveremos a hablar luego, solo nosotros cuatro, después de que se hayan tomado unas cuantas copas más de vino.

Eso no es una respuesta.

Josh nos hace atravesar con rapidez un grupo de estirados asistentes a la fiesta. Se dirige directamente hacia los canapés, se sirve una muestra sorprendentemente pequeña y nos hace desfilar de nuevo por delante de sus padres. Levanta el plato hacia ellos en un

brindis. Su madre responde alzando su copa. A continuación, empieza a esquivar y rodear a los presentes en dirección a la parte más concurrida de la sala. El plato desaparece por el camino.

–Disculpe, perdone –va diciendo.

Tengo que esforzarme para seguirle el ritmo.

–Estos tacones no están hechos para esto.

Josh me lanza una sonrisa pícaro y comprendo que tiene un plan. Continúa abriéndonos paso por una galería contigua (dejando atrás vidrieras de colores y una Pietà, jarras esmaltadas y recipientes de barro cocido) hasta que nos detenemos de golpe ante una puerta cerrada.

Una puerta cerrada con un guardia del museo.

No obstante, el guardia de mediana edad con traje azul marino se relaja en cuanto reconoce a Josh. Sus labios forman una sonrisa amplia e inesperada. Josh levanta el mentón en un saludo universal de tíos. El guardia le devuelve el saludo, abre la puerta y nos deja pasar.

La puerta se cierra a nuestra espalda.

El sonido de la fiesta se atenúa al instante. Nos encontramos en una sala muy grande, muy oscura y muy vacía. Se trata de un amplio jardín interior de esculturas. Estamos en el ala estadounidense, pero es como si hubiéramos regresado a París gracias a un magnífico par de parpadeantes farolas eléctricas de comienzos del siglo XX. Me pregunto si el guardia las habrá dejado encendidas para nosotros.

–¿De qué iba eso? –susurro.

–Tú y yo –contesta Josh a un volumen normal– vamos a tomarnos un descanso de la velada.

Se me acelera el corazón.

–¿Ah, sí?

Me toma de la mano (como hacía en el colegio: cómodo, relajado y con naturalidad) y me lleva más allá de las farolas.

El repicar de mis tacones resuena por la sala.

–¿Quién era ese guardia? ¿De qué lo conoces?

–Es Chuck Nadelhorn. Hemos asistido a un montón de clases de arte juntos a lo largo de los años. –Ve mi ceño fruncido y sonrío–. No lo discrimines por su edad.

Me río. Me ha pillado.

–Yo era el que desentonaba. Era el más joven en todas las clases, con diferencia. Chuck fue una de las pocas personas que me trataron con respeto.

–En ese caso, ahora me cae aún mejor.

Josh me planta un inesperado beso en los labios.

–Por aquí.

Sigue avanzando y lo sigo.

–Supongo que planeaste esto, sea lo que sea, con Chuck por adelantado.

–Hubo unas cuantas personas involucradas. He tenido bastante tiempo para prepararlo –contesta con picardía–. Pero será mejor que nos demos prisa, solo disponemos de veinte minutos. Diecinueve, ya.

–Mientras no estén a punto de arrestarme por allanamiento. O por robar algún trasto soso, aunque sin duda valdrá una pasta.

–Solo si nos pillan.

Me detengo, pero tira de mí por nuestras manos unidas.

–¡Vamos, vamos!

Atravesamos la sala a la carrera y llegamos a un corredor con una tienda de regalos. Ya no estamos en París, sino en Barcelona: dos chiquillos alocados que se escapan para descubrir un mundo propio y privado. Que exploran. Que se arriesgan. Un brusco giro a la derecha y entramos en una sala aún más oscura e inmensa, aunque esta no podría confundirse con nada más. Cualquiera que haya visitado este museo lo sabría.

–El Templo de Dendur –anuncia Josh con un tono de finalidad que me indica que hemos llegado a nuestro destino: el antiguo templo egipcio de piedra arenisca.

Estoy intrigada. Y también desconcertada.

–¿Alguna razón en particular?

Josh se encoge de hombros casi con timidez.

–Me gusta el estanque reflectante del templo. Simplemente quería sentarme ahí y enrollarme contigo.

Es la mejor respuesta que podría haberme dado.

Esta vez me guía tranquilamente, con delicadeza, hasta el saliente situado junto al estanque. El majestuoso silencio aporta belleza al estanque reflectante. Una pared entera de la sala consiste en una ventana y las luces de la ciudad parpadean en el agua en calma. Nos sentamos. El aire es fresco y el saliente de granito está aún más frío. Josh se quita la chaqueta del esmoquin y me la coloca alrededor de los hombros. A continuación, usa las

solapas para acercarme a él. Su boca es cálida. Nos fundimos el uno con otro como si no hubiera pasado ni un día entre ahora y España. Si no hubiera un millar de cámaras del museo enfocándonos, nos tumbaríamos y haríamos el amor. Pero tocarlo es suficiente. Olerlo es suficiente. Saborearlo es suficiente.

Estar aquí con él es suficiente.

Y entonces... nos tumbamos de todas formas. Su cuerpo se coloca sobre el mío. Nos apretamos el uno contra el otro mientras nuestras manos y bocas se desplazan por todas partes. Hacemos de todo salvo lo único que no podemos hacer ahora mismo. Después de lo que me parece a la misma vez un instante y una eternidad, Josh desenreda sus extremidades de las mías y nos arreglamos la ropa.

—Antes de irnos... —Recoge la chaqueta del suelo, mete la mano en un bolsillo interior y saca un tubito. No puedo creerme que no lo notara antes—. *Joyeux Noël*.

Se me acelera el corazón. Tiene que ser un dibujo. Abro la tapa y, efectivamente, dentro hay una hoja gruesa. Extraigo el papel. Lo desenrollo despacio porque sé que, sea lo que sea, es más valioso que cualquier cosa que haya dentro de este museo.

Se trata de una isla diminuta. Sin embargo, en lugar de la típica palmera solitaria, ha dibujado un espinoso árbol de Josué en el centro. Debajo del mismo hay dos figuras entrelazadas. Es imposible distinguir dónde termina una y dónde empieza la otra. Se han convertido en un único cuerpo desnudo. Toda la ilustración está elaborada con densa tinta negra... excepto el brillante cabello rojo de la chica.

—¿Te gusta? —pregunta con nerviosismo.

—Mudémonos a esta isla esta noche. En este mismo instante.

No puedo ocultar el anhelo que se refleja en mi voz. Ni el miedo y la angustia ante nuestra inminente separación. Josh me coloca en su sitio un mechón de pelo.

—Nos mudaremos allí el próximo otoño, puede que incluso este verano. Y, entonces, no volveremos a separarnos nunca más.

Capítulo veintiséis

Cuando regresamos a la puerta de Chuck, Josh vuelve a guardarse el tubo en el bolsillo de la chaqueta. Mi elegante bolso de pedrería es demasiado elegante para ser realmente útil. Josh llama (con normalidad, no con su llamada especial) y la puerta se abre. Chuck asiente con la cabeza en señal de aprobación.

–Con treinta segundos de sobra.

–Si necesitas cualquier cosa, házmelo saber –le dice Josh mientras volvemos a salir disimuladamente.

La sonrisa de Chuck se amplía y le llega de oreja a oreja.

–Oh, tenlo por seguro.

–Muchas gracias –añado.

Chuck señala el tirante derecho de mi vestido, que se ha aflojado y no deja de caérseme del hombro. Me lo subo de un tirón. El consiguiente rubor de mi novio hace juego con el mío. Chuck suelta una carcajada.

–Divertíos esta noche, chicos, ¿entendido?

En cuanto nos alejamos lo suficiente para que no pueda oírnos, Josh comenta:

–No hay nada como un adulto para recordarte que tú no lo eres.

Aunque eso me hace reír, cuando pedimos bebidas en el bar, los refrescos que nos sirven hacen que esa especie de broma parezca demasiado real. Siempre me ha resultado incómodo volver a casa del instituto y encontrarme con aún menos libertad. La última vez que estuvimos en una fiesta, bebimos champán, no regresamos hasta que nos apeteció y no había ningún miembro de la familia de por medio.

–¿Deberíamos buscar a tus padres otra vez? –«Por favor, di que no.»

Josh suspira.

–Supongo que sí.

–Madre mía. ¿Ese es el alcalde?

Un fotógrafo de edad avanzada, vestido con elegancia, está sacándole fotos a un hombre de la misma edad con las mejillas sonrosadas por la bebida que va acompañado

de una mujer mucho más joven y con aspecto de no haber bebido.

–Sí –contesta Josh sin inmutarse.

Cuando pasamos junto a ellos, imito el aire de indiferencia de Josh y no vuelvo la cabeza para mirar. A pesar de que me gustaría. Esta noche es una sorpresa constante.

Damos una vuelta, buscando a sus padres, aunque es un proceso lento. Todo el mundo parece conocer a Josh, y todos quieren felicitarlo por la reelección. Políticos de carrera. Josh recuerda nombres de niños y ubicaciones de casas de vacaciones, y me presenta a todos. Yo, mientras tanto, mordisqueo canapés insípidos. Josh detesta este tipo de conversaciones, pero nunca deja ver su desagrado. De pronto se me ocurre que, si quisiera, podría ser uno de ellos. Se le da bien fingir.

Esa idea es un tanto inquietante.

Pero no tan inquietante como el otro tipo de asistentes a la fiesta que no dejan de intentar acaparar la atención de Josh: chicas de la alta sociedad. La versión femenina de él (siempre la hija de alguien), pero con una determinación tan alarmante como intimidante. Se ríen y coquetean. Y yo como más canapés. Se yerguen sobre mí. Incluso las que no son altas consiguen hacerme sombra gracias únicamente a su confianza en sí mismas. Una morena con un bronceado imposible de lograr en invierno se las arregla particularmente bien para fingir que no existo. Roza con la mano la manga de la chaqueta de Josh dos veces.

Después del tercer roce de manga, Josh se disculpa y nos alejamos. Pero ni siquiera eso le impide seguirlo con la mirada mientras recorremos la sala.

Más de una hora después, tras fingir mi sonrisa más sociable durante incontables conversaciones en las que soy invisible, localizamos a sus padres junto a una enorme... ¿cuba de cobre? Leo el cartel: PILA BAUTISMAL. Sorprendentemente, me alivia verlos. Al menos sé que ellos no me ignorarán.

Como había predicho Josh, se habían tomado unas cuantas copas más de vino. Parecen relajados y contentos. La señora Wasserstein incluso alaba mis zapatos. Pero pronto otro desconocido nos interrumpe, algún periodista famoso, y luego aquella morena prepotente se acerca de nuevo a Josh por la espalda. Se coloca de tal manera que lo obliga a volver la cabeza lejos de nosotros para escuchar lo que le dice, lo que significa que yo no puedo oír lo que le dice.

El periodista entabla con los padres de Josh una conversación sobre incentivos fiscales. Me miran de vez en cuando, incluyéndome en la conversación con los ojos, pero yo no apporto nada, lo que me hace sentir tonta y poco importante. La morena se ríe. Josh vuelve la cabeza para dirigirme una mirada de disculpa.

Sonrío como si no pasara nada.

Solo llevamos aquí dos horas, pero ya estoy lista para marcharme.

Un tapiz con una dama medieval capta mi mirada. Me mira con cara de incredulidad, como diciendo: «Oh, no, esto no puede ser». Me alegro de que alguien se dé cuenta de lo que está pasando aquí, aunque esté tejida.

Josh interrumpe por fin a la morena y su padre intenta que participe en la conversación.

–Lo siento –repite Josh–, pero Isla y yo vamos a irnos.

¿Cómo? Me animo al oír eso.

El senador parece decepcionado.

–Ven a casa a cenar esta semana –me dice–. Me gustaría poder conocerte de verdad.

El ofrecimiento me conmueve. Y luego me invade el pánico al pensar en pasar una velada con ellos sin la protección de testigos.

–Gracias. Me encantaría.

–Ha sido maravilloso volver a verte.

La señora Wasserstein me da un ligero abrazo con un solo brazo. Las palabras suenan bastante amables, pero la calidez del gesto es discutible.

–A mí también me ha gustado verla. Gracias por invitarme.

–¿Vas a ir directamente a casa? –le pregunta a Josh.

–Qué va. Primero vamos a conseguir un poco de comida de verdad. Pero, de todas formas, seguramente llegue antes que vosotros.

–¿Os lleva Brian?

–Acabo de enviarle un mensaje.

Josh sostiene en alto su teléfono y sonrío. Ella lo recupera enseguida, pero sonrío mientras se despide con un abrazo.

–Ladronzuelo.

–Carcelera.

Hacía rato que no lo veía comportarse como el Josh de siempre. Sus respuestas apaciguan lo suficiente a su madre, así que me rodea la cintura con el brazo y me guía

hacia la salida.

–Es curiosa –comento en cuanto nos quedamos solos– la forma en la que has estado llevándome de un lado a otro esta noche.

Josh aparta el brazo de golpe como si lo hubieran pillado en una posición comprometedora.

–Lo siento, no quise...

–No, ya lo sé. Fue por el entorno. Es solo que es... raro.

–Todo ese paripé es raro, ¿verdad?

Hace un gesto hacia las risas y el cuarteto de cuerda, que cada vez se oyen más lejos.

–Aunque pareces a gusto en ese ambiente. Si no te conociera mejor, nunca habría adivinado que lo odias.

–Bueno, pues lo odio. –Suenan a la defensiva.

–Ya lo sé. Solo digo que se te da bien fingir.

Josh se guarda las manos en los bolsillos y la tenue luz del museo capta el brillo de la franja lateral del pantalón del esmoquin.

–No creo que eso fuera un cumplido –dice al fin.

–No lo decía en ese sentido.

Pero... miento. Y él lo sabe. Por alguna razón, ahora que he empezado, no puedo contenerme.

–Todo esto me recordó al Josh de la tele. Tan arreglado. Hablando con esa voz. Con la espalda tan recta.

Josh me abre la puerta del museo. Tiene la mandíbula apretada.

–Al tanto de toda esa gente y todas esas cosas de las que yo no sé nada.

«Cierra el pico.»

–Ya, porque han formado parte de mi vida desde que tengo uso de razón. No voy a portarme como un capullo delante de la gente que mantiene a mi padre en el cargo.

–¡Ya lo sé! Sé que formas parte de esa vida, así que tienes que comportarte como...

–Yo no tengo que hacer nada. Elijo ser una persona decente.

Es como si me hubiera clavado una espada en el pecho. Me he pasado de la raya. Me he pasado muchísimo de la raya.

–Lo siento. No... no sé por qué...

–Olvidalo.

Pero mantiene la cabeza girada. Está examinando la hilera de coches en busca de Brian; aunque, en realidad, es una excusa para no mirarme. No lo culpo. ¿Por qué no he podido guardarme mis estúpidas inseguridades?

Ojalá hubiera traído mi abrigo, porque hace un frío tremendo. Por primera vez, o bien Josh no se da cuenta de que estoy tiritando, o bien ha decidido no ofrecerme su chaqueta. Tampoco es que tenga por qué prestármela. Es culpa mía por olvidarme el abrigo con la emoción de su llegada a mi casa.

–Lo siento –repito.

Se encoge de hombros.

–¿Todavía quieres ir a comer algo?

–Por supuesto. –Parece sorprendido. Se saca las manos de los bolsillos y se cruza de brazos. Después de un minuto de silencio incómodo, los descruza y se frota la nuca–. Yo también lo siento. Por traerte. No es que no quisiera que vinieras –añade rápidamente–, sino porque sabía que sería un rollo. Estas cosas siempre lo son. Aunque no todo fue un rollo –añade de nuevo–. Veinte minutos fueron fantásticos.

–No tienes que disculparte. –Clavo la mirada en la acera–. Es que tú tienes esta gran vida de la que yo no formo parte. Y quería verla.

El ceño de Josh se hace más pronunciado.

Abro la boca para volver a intentarlo cuando un coche negro se detiene en el bordillo y nos hace señas con las luces. El viento me corta la piel mientras nos acercamos a toda prisa. Los cierres se desactivan, Josh abre la puerta trasera y entramos.

–Siento llegar tarde –dice Brian–. No os esperaba hasta dentro de una hora por lo menos.

Josh niega con la cabeza.

–No pasa nada. Ya sabes cómo son estos actos.

–Y que lo digas. –Brian nos sonrío por el retrovisor–. Os quedan noventa minutos antes del toque de queda. ¿Puedo llevaros a otro sitio?

Josh se inclina hacia delante en el asiento.

–¿Conoces esa cafetería que está en Amsterdam? ¿El Kismet?

Brian resopla, lo que me indica que ya conoce la historia.

–Creo que podré encontrarla.

–Gracias. –Josh se echa de nuevo hacia atrás. Y luego se vuelve bruscamente hacia mí, preocupado–. ¿Te parece bien? Lo siento, todavía sigo en ese estúpido «modo de

fiesta». Ni siquiera te he preguntado. Ya sé que vamos a ir allí en Fin de Año, pero se me ha ocurrido que estaría bien hacer una visita previa. Por los viejos tiempos.

–No, es perfecto –digo con una sonrisa forzada–. Gracias, Brian.

–Para eso estoy aquí –contesta.

Sin embargo, la sensación dentro del coche no es de perfección. No nos tomamos de las manos. Estamos callados e incómodos. Mientras se incorpora al tráfico, Brian intenta aligerar el ambiente.

–Bueno, Isla. ¿Tuviste oportunidad de ver algo del museo?

Es una pregunta capciosa. Es evidente que Josh le cuenta un montón de cosas.

–Pues sí.

–¿Yyyyyy?

Finjo otra sonrisa alegre.

–Fue un regalo precioso.

Brian hace un gesto de triunfo con el puño.

–Genial.

–Todo salió a pedir de boca –añade Josh–. Gracias, Chuck.

–¡Gracias, Chuck! –repite Brian.

Se ponen a hablar del plan, de alguna parte de última hora de los preparativos con Chuck que Brian no había oído todavía. Me remuevo en el asiento. ¿Cuántas personas lo sabían? ¿Josh ya había hecho ese tipo de cosas antes? Cuanto menos privado se vuelve, más incómoda me siento.

Hay algo que no debería decir, pero por alguna razón terrible y desconocida tengo que decirlo de todas formas. Debería dejarlo para un día más apropiado y con menos estrés emocional. Debería dejarlo para cuando estemos solos. No debería decirlo nunca. «No lo digas.»

–A Rashmi le gusta el antiguo Egipto, ¿no? –pregunto.

«Mierda.»

–¿Qué? –responde Josh con tono áspero mientras su atención pasa de Brian a mí.

–En... en tu libro, digo. Su conejita se llama *Isis*. Y luego se va a Brown a estudiar Egiptología.

–Sí, se va a Brown porque va allí. Todo eso es verdad.

–Y también está ese dibujo de ella como una diosa egipcia. –No puedo creerme que esté diciendo esto en voz alta. Y delante de Brian, encima. No sé qué está pasando, pero

algo dentro de mí se ha cortocircuitado. Estoy desvariando. Ya sé que lo de Egipto es una coincidencia, pero no puedo parar—. ¿Así descubriste el templo?

Frunce el ceño en un gesto de confusión y enfado.

—¿Eh?

—El Templo de Dendur. ¿La llevaste allí alguna vez?

Josh se repone.

—En primer lugar, me gusta el estanque reflectante. Quería pasar un rato a solas contigo esta noche, así que elegí (la que me pareció) la sala más bonita del museo. Y, en segundo lugar, no. No te llevé a un sitio en el que ya me hubiera enrollado antes con mi exnovia. O lo que sea que creas que podamos haber hecho allí.

—Eso ya lo sé. Si hubierais hecho algo más, habría leído sobre el tema. ¡Con todo lujo de detalles! En tu memoria gráfica.

El tiempo se detiene.

Y ahí es cuando me doy cuenta de que acabo de decir lo peor que diré en toda mi vida. Y se lo he dicho a la persona a la que más quiero en el mundo.

Josh habla con una tranquilidad pasmosa.

—¿Hay algo más que te gustaría compartir conmigo? ¿Alguna otra crítica sobre mí o mi obra?

Quiero hablar. Quiero disculparme. No se trata de su ex ni de su obra. No tengo ni idea de por qué he dicho esas cosas. Estoy hecha un lío. No estoy segura de por qué me siento tan molesta, por qué busco pelea por cosas que ni siquiera tienen importancia.

Brian me mira por el retrovisor con una expresión increíblemente tensa en el rostro, como si estuviera dispuesto a saltar por la ventanilla del coche si cupiera por el agujero.

—No. Lo digo en serio —continúa Josh—. Por fin estás abriéndote, así que ¿por qué no sigues? Cuéntame qué más fallos tiene mi libro.

He ido retrocediendo hasta el rincón más alejado.

—No tiene ningún fallo.

—Pero tú cambiarías algunas cosas, ¿no?

—¡No! Es decir, sí, pero... cosas pequeñas. Ya sabes. —«Deja de hablar»—. No es para tanto. Todos los libros requieren un poco de edición.

Las farolas proyectan sombras sobre el rostro de Josh. No puedo ver su expresión, pero no parece contento. Guarda silencio. Esperando.

–Vale. –Trago saliva–. Bueno. Había un *flashback* en un lugar extraño. Cuando te hiciste el tatuaje. Esa escena... no pegaba con lo que ocurría antes ni después.

–Muy bien –contesta con voz gélida.

–Y el tema de tus padres. Al principio tenían mucha relevancia; pero, al final, era como si ni siquiera tuvieras padres. Desaparecieron por completo.

–Porque viven en otro país.

–Ya, pero eso no quiere decir que dejaran de formar parte de tu vida. Aunque lo importante sea su ausencia, es algo que debería quedar reflejado.

Tiene la mandíbula apretada.

–¿Algo más?

–Pues... –Bajo la voz hasta casi un susurro–. Había un montón de dibujos de Rashmi. A la mitad.

–Qué sorpresa.

–No –añado rápidamente–. Me refiero a que había un montón de viñetas a toda página que estaban... allí sin más. Eran completamente innecesarias. No aportaban nada a la historia.

No me cabe en la cabeza que esté diciendo esto, todo esto, en voz alta. Una buena novia mantendría la boca cerrada.

–Y había secciones de tercero que parecían abarrotadas. Necesitabas más variación entre las viñetas. Más espacio.

–Más espacio.

–Eh... sí. Espacios. Pausas. Para que el lector contemple las cosas. Para que averigüe qué es lo importante por su propia cuenta.

–Espacios –repite–. Para averiguar qué es lo importante.

–Lo siento. –Estoy poniéndome la soga al cuello yo solita–. No había dicho nada porque no quería ofenderte. Es genial, lo juro.

Ya no me mira.

–Ya has usado esa palabra para describirlo antes. Y, sin embargo, sigo sin creérmelo.

–Lo siento –insisto, con voz desesperada.

–¿Estás segura de que no se trata simplemente de que estás cabreada? ¿Tal vez porque no va sobre ti?

–¡No! –La vergüenza es abrumadora–. Yo ni siquiera entré en tu vida hasta este año. Ya lo sé. Sé que no soy una parte importante de tu historia.

Por primera vez en varios minutos, Josh parece desconcertado. Se vuelve hacia mí.

–¿Qué quieres decir con eso de que no eres importante para mi historia?

–No llevamos juntos el tiempo suficiente. Tú has tenido toda una vida antes de mí, y tendrás toda una vida después de mí...

–¿Después de ti? –El tono de su voz se eleva una octava–. ¿Qué quieres decir con «después»?

–Vermont. Tu escuela. Tu futuro.

Josh está perplejo.

–Pero... vas a venir conmigo.

–¿En serio?

–Cuando Dartmouth te acepte...

–Yo no estaría tan segura –repongo.

Josh le da un puñetazo al asiento.

–Deja de decir eso. ¿Por qué estás siempre menospreciándote? Van a admitirte. Es imposible que no te admitan.

–Díselo a Columbia.

Se queda desconcertado de nuevo.

–¿Qué?

–No me admitieron.

–¿Qué? ¿Cuándo? ¿Por qué no me lo dijiste?

No soy capaz de mirarlo. Mi fracaso es humillante.

–Hace unos días.

–Lo siento mucho. Dios, ojalá me lo hubieras dicho. No tenía ni idea.

–También recibí una carta de La Sorbonne. Me aceptaron.

Josh se relaja, aliviado.

–Es genial. Te lo mereces. –Pero también hay tristeza en su postura mientras se hunde más en el asiento. Porque, si voy a La Sorbonne, todavía habrá un océano entre nosotros–. Bueno, ¿y si Dartmouth te acepta? ¿Adónde irás?

–No lo sé. –Me doy cuenta de que estoy llorando–. No lo he decidido.

–Pero... pensaba... pensaba que teníamos un plan.

–No, tú tenías un plan. Tú tienes planes.

Josh niega con la cabeza, incrédulo.

–¿De qué estás hablando?

–Tú sabes exactamente quién eres. –Un torrente de lágrimas me baja por las mejillas–. Sabes cómo ser tú mismo, pero también sabes cómo ser una versión diferente de ti mismo en televisión y en sociedad. Y siempre te ha apasionado el arte y siempre has sabido dónde vas a estudiar. ¡Hasta tienes claro ya qué tipo de piso alquilarás cuando te mudes allí! Por no hablar de qué tipo de coche conducirás, qué tipo de gato adoptarás y cómo pasarás los fines de semana en plena naturaleza. Yo no sé nada de eso. Nunca me ha importado nada como a ti te importa tu arte. Ni siquiera pertenezco a un único país. No soy nadie. No soy nada.

–Isla... –Mis palabras lo han dejado atónito de nuevo. No tiene ni idea de qué decir.

–Y tienes razón, puede que esté enfadada por lo de tu libro por razones egoístas. Sé que no has tenido tiempo, sé que tardas meses en dibujarlas, pero... ¿ocho páginas? Yo solo era ocho páginas. –La voz se me quiebra, suena hueca y desesperada–. Pensaba que tal vez por fin descubriría algo si podía verme a través de tus ojos. Pero yo ni siquiera estaba allí.

Josh tira del cinturón de seguridad. Intenta agarrarme la mano, pero me las coloco en el regazo.

–Estarás –me asegura–. Claro que estarás.

–Eso solía pensar yo. –El corazón se me está partiendo en dos–. ¿No lo ves? ¿No lo entiendes? Soy un relleno.

–¿De qué estás hablando?

Intenta desesperadamente que lo mire, pero no puedo. Estoy destrozada.

–Tus amigos terminaron el instituto, y yo estaba allí, pero no fui suficiente para mantenerte allí. Tuviste que seguir infringiendo las normas. Y luego me dejaste.

–No pasó así. ¡Tú sabes que no fue así!

–No –insisto–. Sí que fue así. Te esforzaste durante mucho tiempo por conseguir que te expulsaran, porque no te atrevías a confesarles a tus padres que no querías estar allí. Tu plan funcionó en el momento equivocado. Y ahora que te has ido, ahora que estás aquí y yo no, tarde o temprano te darás cuenta de que yo solo era una distracción. Algo para olvidarte de tu desdicha. Algo para ayudarte a seguir adelante hasta que la siguiente fase de tu vida cuidadosamente planeada pudiera empezar. Pero ya no creo que entonces sigas queriendo que forme parte de ella. Y –trago saliva con dificultad– no quiero estar cerca cuando lo descubras.

Josh no da crédito.

–¿Qué... qué estás diciendo?

–Digo que no me veo en tu futuro.

–Isla... –Le tiembla la voz–. ¿Estás... estás cortando conmigo?

Y ahí está. La pregunta que, una vez planteada en voz alta, siempre supone inevitablemente su propia perdición.

–Tú no me quieres como crees que me quieres –susurro.

Ahora él también está llorando.

–¿Por qué haces esto?

Todo mi mundo está desmoronándose, pero tengo que completar la destrucción. Tengo que destruir lo que queda de mi corazón antes de que pueda hacerlo él.

–Porque si nos duele tanto ahora –contesto–, no puedo imaginarme cuánto dolerá cuando llegues a esta conclusión por ti mismo.

Mis palabras me dejan tan estupefacta como a él.

No entiendo cómo ha podido pasar esto en un único trayecto en coche. Pero, cuando Brian aparca con expresión sombría delante del Kismet, tengo claro que voy a bajar, y Josh no.

Capítulo veintisiete

–¿Isla? ¿Estás bien? –El padre de Kurt me observa por la cámara instalada fuera de su edificio. He venido corriendo desde el Kismet, que está a tres manzanas.

–Déjame entrar. ¡Por favor, déjame entrar!

La puerta se abre con un zumbido y luego se cierra de golpe detrás de mí. Subo corriendo los dos tramos de escaleras hasta su piso y encuentro a Scott y Sabine esperándome en el pasillo. Los padres de Kurt insisten en que los tutee porque se niegan a creer que son viejos.

–¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Estás herida? –Los dos hablan a la vez.

–¿Está Kurt? –les pregunto.

–Claro que sí –contesta Sabine con acento francés. Me hace pasar con amabilidad–. Se ha ido a la cama hace una hora, pero probablemente siga despierto. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué vas tan arreglada?

No puedo seguir guardádomelo.

–He roto con mi novio y no quiero ir a casa.

Ambos se ponen tensos.

–¿Te ha hecho daño? –Scott sufre una transformación a lo Hulk, lo que queda un poco raro en su demacrado cuerpo de antiguo rockero.

–¡Sí!

Scott termina de transformarse en Hulk.

–No –añado entre sollozos histéricos–. Emocionalmente.

Scott se encoge hasta recuperar su forma original. Sabine intercambia una mirada con él.

–Por supuesto que puedes quedarte –me dice.

–¿Puedes llamar a mis padres? No quiero tener que explicárselo. Esta noche no.

Me conduce a la habitación de Kurt.

–Voy a llamar a tu *maman* ahora mismo.

Me abraza y me echo a llorar de nuevo entre sus brazos, rodeada por el reconfortante y conocido aroma de su perfume de violetas. Kurt abre la puerta de su habitación.

–Pero ¿qué...? ¿Qué ha pasado?

Sabine me deja a su cargo. Me desplomo sobre la cama deshecha mientras Kurt vuelve a cerrar la puerta.

–¡Se... se acabó! –exclamo.

Kurt me coloca una mano firme en la espalda mientras de mi cuerpo escapan enormes y desgarradores sollozos.

–¿Josh ha roto contigo?

–No. Yo he roto con él.

Se queda callado durante casi un minuto.

–No lo entiendo –dice por fin.

Le cuento la historia lo mejor que puedo en mi estado actual. Cuando termino, se rasca la cabeza.

–Así que rompiste con Josh antes de que él pudiera romper contigo.

–No. –La cabeza me da vueltas–. No fue eso lo que pasó. O... fue más que eso. No lo sé.

–Nunca has podido creerte que le gustaras tanto como él te gusta a ti. Tenías miedo de que te dejara. Así que provocaste esas discusiones para llevar la conversación hasta un punto en el que pudieras dejarlo tú primero.

–No –repito. Pero una terrible y dolorosa verdad se agita en mi interior.

Da igual. Eso no quiere decir que fuera un error romper con él. Estoy convencida de que Josh habría acabado abandonándome, seguramente antes incluso de empezar la universidad. Aunque tal vez no lo habría hecho hasta después de que ya estuviéramos en Nueva Inglaterra, de que ya estuviéramos viviendo juntos. Lo que habría sido aún peor. Mi corazón no habría podido soportarlo: mudarme a un sitio nuevo y desconocido y luego perder a la persona que me había llevado allí. Porque al final, fueran cuales fueran las circunstancias, acabaría viendo a mi verdadero yo. Josh es una bella, caótica y apasionada obra de arte, mientras que yo soy... un lienzo en blanco.

No hay nada en mí que amar.

–Le dijiste que eres un relleno en su vida –comenta Kurt–. ¿Eso nos convierte a mí o a Josh en el relleno de la tuya?

Eso capta mi atención de golpe.

–¿Eh?

–Ahora que Josh ya no está, has venido directamente a mí. Para que ocupe su lugar.

Las palabras «ya no está» son como un mazazo, pero lo que Kurt está sugiriendo es aún peor.

–No es lo mismo. Ni por asomo. Vosotros no... compartís el mismo espacio. –Me esfuerzo por expresarme de forma que lo entienda–. No cumplís la misma función en mi vida.

–¿Porque tú y yo no tenemos una relación romántica?

–Exacto.

–Josh y yo no cumplimos la misma función –coincide Kurt–, pero ocupamos la misma cantidad de tu tiempo. Y le dedicaste a él el tiempo que solías dedicarme a mí.

La culpa me abruma. No puedo lidiar con eso ahora, encima de todo lo demás. Un estridente pitido procedente del bolso de pedrería me ahorra tener que responder. Nos incorporamos, sobresaltados. Mi móvil suena de nuevo. Kurt lo saca y examina la pantalla.

–Es un número Manhattan. ¿Quieres que conteste?

Niego con la cabeza.

–Seguramente es Josh.

–Ya lo sé.

–Seguramente está usando el móvil de Brian.

–Ya lo sé.

–Una vez me dijiste que siempre debía contestar si creía que podía ser Josh.

–Eso ya no se aplica más.

–Vale.

El teléfono deja de sonar. Un minuto después, pita indicando que tengo un mensaje de voz. Le quito el sonido, pero veo que el número de Manhattan me llama otra vez. Y luego otra. Kurt lanza mi móvil debajo de la cama para ayudarme a contener la tentación de responder.

–Estoy cansado –me dice–. Ve a lavarte los dientes.

Me los lavo frotando la pasta de dientes con el dedo y me limpio el maquillaje con jabón de manos líquido. La cara se me queda llena de manchurroneos. Me quito el vestido y lo reemplazo por una de las camisetas usadas de Kurt que encuentro en un montón en el suelo del baño. Cuando regreso a la habitación, está dormido. Me acurruco junto a él y

me quedo despierta toda la noche viendo cómo la luz verde de mi teléfono parpadea debajo de la cama.

Cuarenta y dos llamadas perdidas. Tres mensajes de voz.

Feliz Nochebuena.

Escucho los mensajes de voz de camino a casa. Josh está enfadado y triste. Me ruega que le devuelva las llamadas. Me ruega que lo reconsidere. Me dice que no entiende qué ha pasado. Que todo había sido un error, un malentendido. Algo que podemos arreglar.

Lo repite una y otra y otra vez.

«Este es el teléfono de Brian. Voy a tener acceso a él el resto de la noche. Por favor, llámame. No nos hagas esto. Me parece que lo que pasa es que estás asustada. No sé por qué, no sé qué he podido decir o hacer para que desconfíes de mí; pero, por una vez en tu vida, Isla, arriésgate. Arriésgate, joder. Si sigues yendo a lo seguro, nunca sabrás quién eres. Yo sí sé quién eres, y amo a esa persona. ¿Por qué no confías en mí?»

Su voz me llena el corazón de dolor. Sus palabras me lo desgarran.

Creo que es sincero. Creo que piensa que me quiere. Pero también creo que no lo entiende. Entre la expulsión del instituto y las presiones de su familia, está demasiado distraído para ver que está repitiendo conmigo el mismo error que cometió con Rashmi. Siguió con ella tanto tiempo porque le gustaba la idea de estar enamorado. Josh tiene un vacío en el corazón que necesita llenar con alguien. Quien sea. Pero eso no es suficiente para mí, y tampoco lo será para él cuando por fin se dé cuenta de la verdad.

Brian debe de haberse apiadado de él porque, unas horas después (tras lo que calculo que serían unas tres horas de sueño para Josh), las llamadas empiezan de nuevo. No sé qué hacer, así que no hago nada. El miedo me paraliza. Pongo el móvil en silencio y lo escondo en el cajón de los calcetines. Me odio a mí misma por comportarme así.

Josh se niega a permanecer en silencio. Viene a nuestra casa esa tarde, pero mis padres no lo dejan entrar. Un minuto después, alguien llama a mi puerta. Es *maman*. Me entrega un tubito.

–Quiso que te diera esto.

Me quedo mirándolo.

–¿Qué hay dentro? –me pregunta.

–Mi regalo de Navidad.

–¿Es un regalo bonito?

–Sí.

Se sienta a mi lado en la cama.

–Lo siento.

Me echo a llorar y mi madre se queda conmigo hasta que ya no me quedan más lágrimas.

Llega el día de Navidad. Me paso casi todo el tiempo junto al árbol intentando leer uno de mis regalos. Se trata de un libro acerca de un tigre devorador de hombres, pero no consigo sentir el entusiasmo habitual. Mis padres no me piden que ayude en la cocina, y Gen se encarga del trabajo extra. Hasta Hattie se ocupa en silencio de mi parte de los platos sucios.

Ahí es cuando me doy cuenta de lo mal que están las cosas.

Le echo un vistazo al móvil antes de acostarme y descubro que solo tengo dos llamadas perdidas. No hay mensajes. O bien está asimilándolo o está respetando mi agnosticismo navideño.

Hasta pensar en eso me duele.

–¿Puedo pasar? –Pero Gen ya ha entrado antes de que pueda contestar. Dejo caer el teléfono de nuevo entre los calcetines y cierro el cajón de golpe–. Yo usaba un cajón del escritorio –me dice–. Cuando mi novia rompió conmigo.

–¿Sarah rompió contigo? –Ahora también me siento como una mierda por eso.

–Pues sí. Justo después de Acción de Gracias, concretamente.

–¿Y después te llamaba mucho?

–No. –Gen me dedica una sonrisa triste–. Escondí el móvil por todo lo contrario.

–Dios. Lo siento.

Se encoge de hombros.

–No importa. En los dos casos es un asco, ¿verdad?

Me siento en la cama y ella se sienta a mi lado y apoya la cabeza en mi hombro. Somos de la misma altura. Los desconocidos a menudo nos toman por gemelas.

–¿Todavía la echas de menos? –le pregunto.

–Un poco. Aunque mejora un poquito cada día.

–¿Por qué rompisteis?

Gen suelta una especie de carcajada.

–Al parecer, soy dominante.

–Yo soy reemplazable.

Mi hermana levanta la cabeza, indignada.

–¿Te dijo eso?

–No, pero es verdad. Se enamoró de mí porque yo estaba allí. Pero podría haber sido cualquiera.

–No digas eso. ¿Por qué dices esas cosas?

–Porque eso es lo que pasó.

Me mira con incredulidad.

–Siempre has sido muy dura contigo misma.

Me miro las manos. Es verdad que soy dura conmigo misma. Pero ¿no es mejor ser sincera y reconocer estas cosas antes de que alguien pueda usarlas en tu contra? ¿Antes de que alguien pueda romperte el corazón? ¿No es mejor rompértelo tú misma? Tenía entendido que la sinceridad era lo que hacía fuerte a la gente.

–Oye. –Gen me da un codazo–. Enséñame qué hay en el tubo. –Levanto la cabeza de golpe y ella se encoge de hombros–. Lo vi ayer cuando lo traje.

No puedo contenerme.

–¿Cómo estaba?

–Como si le hubieras arrancado el corazón y lo hubieras pisoteado con tus tacones de aguja más altos.

Soy una mala persona. Le he hecho daño. Nunca quise hacerle daño y, de alguna forma, había acabado ocurriendo.

–¿De verdad crees que romper con él fue lo correcto? –me pregunta Gen.

–No lo sé. –Pero entonces niego con la cabeza–. Mentira. Fue lo correcto. Lo fue.

–Pero todavía lo quieres.

Trago saliva antes de responder.

–Sí.

–Mucho.

–Sí.

Se queda callada un momento.

–¿Te sentirías mejor o peor si me enseñaras lo que hay en el tubo?

–Madre mía. Mira que eres insistente.

–La palabra era «dominante». No te lías.

–Vale. Como quieras.

Gen abre mi cajón de los calcetines.

–Tenía al presentimiento de que te encontraría aquí –le dice al tubo. Saca la tapa, extrae el papel con cuidado y lo desenrolla–. Madre del amor hermoso.

Mierda. Me había olvidado de que nos había dibujado desnudos.

–Vaya, sí que ibais en serio.

–Por favor, Gen, no sigas.

–¿Eso es un árbol de Josué? ¿En una isla?

–Sí.

–Joder... Es un regalo muy romántico.

–Ya lo sé.

–Josh es muy bueno. Su trabajo –aclara–. A ver, ya era bueno cuando estaba en primero, pero esto no parece que lo haya dibujado alguien que todavía va al instituto. Por mucho talento que tenga. Esto es una obra de arte en toda regla.

–¿Puedes dejar de alabar a mi exnovio?

Exnovio. Esa palabra me deja un regusto amargo en la lengua. Hasta ahora, ni siquiera me había permitido pensarla. Quiero retirar esa palabra con todo mi ser.

–Solo digo que tiene talento.

–¿Por qué no me cuentas más cosas de Sarah?

Gen enrolla el dibujo y vuelve a guardarlo en el tubo.

–Tú ganas.

Pero se equivoca. Lo he perdido todo.

Pasa una semana deprimente sin más llamadas ni mensajes. Llega Nochevieja. Se oyen gritos, gente cantando y alboroto de borrachos abajo en la calle. Nuestros vecinos llevan tres horas poniendo música electrónica a todo volumen. Yo he estado viendo la televisión sola en mi cuarto, exactamente como Josh y yo dijimos en nuestra primera cita que solíamos hacer.

Faltan diez minutos para la medianoche.

Josh y yo habíamos planeado reunirnos en el Kismet. Íbamos a recibir el nuevo año con un beso. Nunca me han dado un beso de Año Nuevo.

Esta decisión no se ha vuelto más fácil con el tiempo. Aquella palabra horrible me atormenta: exnovio. No puedo aceptar que sea verdad. No me lo creo... No sé... Ya no sé por qué estoy haciendo esto. Me parece que aquella noche en el coche me agobié. Sé que me agobié. Y tengo el profundo y horrible presentimiento de que he cometido un error.

Josh me dijo que nunca sabré qué clase de persona soy si no me arriesgo. Disculparme sería un riesgo, postrarme a sus pies sería un riesgo, suplicarle de rodillas que me perdone sería un riesgo.

¿Qué he hecho? Lo amo.

Por supuesto que por Josh vale la pena arriesgarse.

Me saco el pijama a la carrera y me pongo un vestido, abrigo y botas. Paso como un bólido junto a mis padres, que están medio dormidos en la sala de estar, y les grito que vuelvo enseguida. Ignoro sus exclamaciones de preocupación. Bajo las escaleras corriendo, llego a la acera y cruzo la calle. El aire es gélido y cortante y sopla un fuerte viento.

«Josh, ya voy. Sé que estás ahí. Por favor, no te vayas.»

Doblo la esquina a toda velocidad, y ahí está. Mi faro de esperanza. Corro hacia la brillante ventana frontal, esquivando taxis y chocando por el camino con un tipo al que un amigo ayuda a llegar a casa. Oigo un grito de rabia, pero sigo corriendo hasta que cruzo como un vendaval la reluciente puerta de cristal del Kismet. La cafetería sigue abierta. Pero está vacía.

Hay dos empleados sentados a una mesa. Levantan la cabeza, sorprendidos, cuando entro.

–Perdón, ¿hay un chico aquí? –Estoy jadeando, pero tengo que levantar la voz para hacerme oír por encima de la música rock que retumba por los altavoces—. ¿Había un chico aquí? ¿Más o menos de mi edad?

Una mujer con el pecho cubierto de tatuajes de colores chillones niega con la cabeza.

–Lo siento, cariño. Esto lleva muerto casi dos horas.

A lo lejos, oigo un estallido de explosiones y vítores. Los coches tocan los cláxones y la gente grita desde las ventanas.

Es medianoche.

Vuelvo a salir y miro frenéticamente calle arriba y abajo, pero no veo a Josh por ninguna parte. Dos chicas de veintipocos pasan corriendo por delante de la cafetería gritando a pleno pulmón.

«No, va a venir. Sentirá que estoy aquí, como lo sintió la última vez.»

–¿Estás bien? No tienes buena pinta. –La mujer tatuada está a mi lado, con la frente arrugada en un gesto de preocupación.

–Mi novi... mi Josh. Josh. Va a venir. Llegará en cualquier momento.

El otro empleado, un tipo enjuto que ahora me doy cuenta de que es Abe Lincoln con *piercings*, asoma la cabeza por la puerta.

–Se te ha olvidado mi beso, Maggie.

–No se me ha olvidado nada –responde ella.

–Va a venir –repito.

Maggie me mira con desconfianza.

–¿Cuántos años tienes? ¿Tus padres saben que has salido?

La fulmino con la mirada.

–Soy bajita, no una niña.

La mujer se encoge de hombros.

–Vale. Pero, de todas formas, voy a esperar aquí contigo.

–No hace falta.

El frío viento aúlla arrastrando consigo ininterrumpidos sonidos de celebración. Me cierro el abrigo alrededor del cuerpo con más fuerza.

–Por el amor de Dios –exclama Abe temblando–. Esperad dentro, por lo menos.

Me convencen para que vuelva a entrar en la cafetería y me siento a la mesa junto a la ventana. La misma a la que me senté hace más de medio año. Suben la música aún más. Me duelen los oídos. Le echo un vistazo al móvil, observando pasar los minutos. Diez. Quince. Veinte. Josh no me ha llamado desde el día de Navidad. Antes de poder echarme atrás, marco el número de Brian. La llamada va directamente al buzón de voz de una aterradora agencia de servicios de protección. Sus jefes. Dejo un mensaje explicando dónde estoy, rogándole a Josh que se reúna conmigo, y luego corro de nuevo hasta la puerta como si con eso bastara para hacerlo aparecer.

No está allí.

Vuelvo a sentarme, espero hasta que transcurren dos minutos y luego salgo de nuevo. Repito este patrón durante una hora. Llamo de nuevo. Dejo otro mensaje. Miro fuera,

pero no ha cambiado nada. Josh no viene.

«No va a venir.»

Me desplomo en la puerta, vagamente consciente de que Maggie y Abe se acercan corriendo. Es el golpe mortal. Se acabó.

Capítulo veintiocho

Ha pasado un mes. Josh nunca me devolvió las llamadas. Esta enorme y sangrante herida abierta (una herida que yo misma me infligí) todavía está en carne viva. Tengo que seguir convenciéndome a mí misma de que hice lo correcto, de que romper con él fue lo correcto, porque es evidente que Josh por fin se ha dado cuenta de lo que yo siempre he temido. Que lo que sentía por mí no era amor, después de todo, sino conveniencia.

Está pasando página.

Ojalá yo pudiera hacer lo mismo, pero me aferro al pasado con cada fibra de mi ser.

Por la noche, permanezco despierta en la cama, fingiendo que su cuerpo se aprieta contra el mío. Cierro los ojos y me imagino el peso de sus brazos sobre los míos mientras me abraza con fuerza. En clase, fantaseo con colocar un candado del amor en el Pont de l'Archevêché, un puente que hay cerca de Notre-Dame. Las parejas escriben sus iniciales en los candados y los cuelgan en las rejas como declaración pública de su amor. Anhele este tipo de conexión permanente e irrompible.

Después de Año Nuevo, mi padre y yo fuimos en tren a Dartmouth. Yo no quería ir, porque ¿cómo podría decirles que sí aunque me acepten? Pero papá quería que viera la universidad en persona. Está emocionado porque haya solicitado plaza en un sitio inesperado.

Todo estaba cubierto por una gruesa capa de inmaculada nieve blanca. Papá me había programado una entrevista y la alentadora mujer sentada detrás del escritorio me mostró folletos del campus en primavera y otoño. Estaba aún más bonito. A la mujer le impresionó mi expediente académico y me aseguró que muchos alumnos no saben qué quieren estudiar cuando llegan. Salí de la entrevista sintiéndome esperanzada, optimista y viva.

Me sentí morir de nuevo en algún momento del viaje de regreso a casa en tren. Dartmouth es un futuro que podría haber tenido, pero lo perdí. Ya no me pertenece. Además, mi oscuro deseo secreto se ha cumplido: una universidad me rechazó y no tuve

que tomar yo la decisión. Me quedaré aquí en París e iré a La Sorbonne. Puede que un día conozca a alguien que me haga olvidarme de Josh. Puede que nos casemos. Puede que viva en Francia para siempre.

Pero algunas cosas sí han cambiado.

El comentario de Kurt sobre ser mi relleno se ha vuelto en mi contra. Me ha reemplazado. Mientras yo pasaba un mes castigada, él empezó a hacerse amigo de dos chicos de segundo: Nikhil Devi (no puedo escapar de esa familia) y el mejor amigo de Nikhil, Michael. Kurt los había oído hablar de los túneles y descubrió que también están obsesionados con el tema. Me había mencionado sus nombres un par de veces el semestre pasado, pero yo estaba tan absorta en mis propios problemas que no me di cuenta de que estaban quedando. Se mantuvieron en contacto durante las vacaciones de invierno y ahora su amistad ha llegado al siguiente nivel natural.

Nikhil y Michael se sientan con nosotros en la cafetería.

Así debe de ser como se sentía Kurt cuando Josh comía con nosotros. Y no es que Nikhil y Michael me ignoren (porque no es así, al igual que Josh nunca ignoró a Kurt), pero tampoco se sientan a nuestra mesa porque yo les guste. Bueno, vale, puede que sí le guste a Nikhil, pero eso solo hace que la situación sea más incómoda.

Resulta extraño saber que Nikhil ha pasado bastante tiempo con Josh, a través de Rashmi. Ojalá pudiera preguntarle por ellos. Cómo eran como pareja. Y cómo nos ve a Josh y a mí en comparación. Pero eso sería cruel.

Aunque yo ya no soy una buena persona.

No puedo evitar pensar que Kurt se está alejando de mí a propósito. Y no solo porque se ha cansado de que lo relegue a un segundo plano, sino también porque Josh hizo lo mismo cuando él estaba en tercero y a sus amigos les faltaba poco para graduarse. Se apartó de ellos. Kurt siempre será mi mejor amigo, claro que sí, pero las cosas han cambiado. Por primera vez, dejó de ser la persona más importante de mi vida. A mí misma me cuesta asimilarlo, así que también debe de haber sido difícil para él.

Y sin embargo... le va de maravilla. Lo que me ha dejado aún más claro que yo soy la razón por la que no hemos hecho más amigos. No Kurt. Yo era el lastre. Cuando desaparecí, Kurt encontró nuevas personas con las que quedar, pero yo no tengo a nadie más. ¿Cómo hace amigos la gente? ¿Cómo ocurre?

No puedo dejar de pensar en los riesgos. Me arriesgué al ir al Kismet y de nuevo al llamar al móvil de Brian. En ninguno de los dos casos funcionó. Necesito todo el mes de

enero para reunir el valor suficiente para intentarlo otra vez. Aunque Josh ya no sea una opción, aun así quiero abordar otros problemas: la falta de amigos y la falta de coraje en mi día a día.

Sucede una tarde en la cafetería. Se produce una pausa poco habitual en la conversación entre Kurt y sus amigos y me lanzo antes de acobardarme.

–Angoulême es este fin de semana. ¿Os apetece venir conmigo?

Angoulême es el nombre de una ciudad situada a unas tres horas en tren al suroeste de París, pero también es la forma abreviada de referirse al mayor festival de cómics de Europa. La mascota, un gato blanco y negro, aparece en todos los espacios publicitarios que no están ocupados por los Juegos Olímpicos. Es como un símbolo de todo lo que he perdido. Si Josh siguiera aquí (y si siguiéramos juntos) iríamos sin pensárnoslo dos veces. Necesito demostrarme a mí misma que puedo hacerlo sin él. Además, he visto a Nikhil y Michael leer cómics, así que la oferta debe de tener cierto atractivo, ¿no?

–Pensaba que pasabas de volver a salir de la ciudad sin permiso –comenta Kurt.

–Solo es una tarde –contesto–. No se enterarán.

Nikhil endereza la espalda, ilusionado. Es pequeño y nervioso, como una bolita de energía, y siempre parlotea con entusiasmo.

–Eso suena divertido. ¡Sí, chicos, vamos! ¡Tenemos que ir!

Michael le sonrío dejando al descubierto los aparatos correctores.

–Me pregunto por qué quieres ir.

–Porque quiere tirarse a Isla –dice Kurt.

–¡Kurt! –protesto, muerta de la vergüenza.

–Sí. –Michael pone los ojos en blanco–. Ya lo sé.

–Ah.

Kurt se hunde en el asiento. Puede que sean amigos, pero todavía no están en la misma onda. Y, entonces, vuelve a animarse de inmediato, porque cuenta con información privilegiada.

–No va a pasar. Sigue colada por Josh.

–Kurt, que estoy aquí sentada.

Intento hacerle un gesto de disculpa a Nikhil, pero este mira fijamente su bandeja de comida. Su piel morena ha adquirido un matiz rosáceo.

Los enamoramientos son una mierda. Me pregunto si lo pasará peor el enamorado o el objeto de ese amor. Considero mis tres años observando a Josh desde la distancia. Sí, el

enamorado, sin ninguna duda.

Pobre Nikhil.

Pobre de mí.

–De todas formas, da igual –dice Michael. Habla con una autoridad que choca con su pelo de punta y engominado–. El sábado es el único día que Arnaud puede llevarnos por los túneles.

–¿Quién es Arnaud? –pregunto.

Kurt clava su tenedor en una patata asada.

–Nuestro primer contacto. Lo encontró Michael. Trabaja en el museo del sistema de alcantarillado.

–¿Hay un museo del sistema de alcantarillado?

Mirándolo por el lado positivo, al menos eso significa que todavía me quedan cosas que aprender sobre París. Puesto que parece que voy a seguir por aquí un tiempo, si a Kurt siguen interesándole estas cosas, supongo que algún día también acabaré arrastrándome por los túneles. No suena tan mal. Estrecho y sucio, vale, pero sería una aventura. Digo yo.

–Sí, claro –responde Kurt. Como si todas las ciudades tuvieran museos del alcantarillado–. ¿Por qué no vienes con nosotros este fin de semana?

Me imagino las alcantarillas, el barro y la oscuridad. Y luego pienso en un tren, la campiña abierta y una tranquila ciudad llena de libros de cómics.

Bueno, ya haré amigos otro día.

Esa noche tengo una carta esperándome. Me quedo mirando el buzón, con miedo de tomarla. Quiero que sea de él. Quiero con todas mis fuerzas que sea de él.

Saco la carta con mano temblorosa.

No es de él.

La punzada que siento en el pecho no ha menguado lo más mínimo. Todavía no he avanzado nada en mi intento por superar lo de Josh. Ni un centímetro, ni un milímetro siquiera. La gente dice que lo único que cura el sufrimiento es el tiempo, pero ¿cuánto tiempo hace falta?

Me centro en el remitente y me llevo una segunda impresión. Rasgo el sobre, allí mismo en el pasillo, y saco la carta. La cabeza me da vueltas. Leo la primera frase de

nuevo, pero las palabras no han cambiado. Me invade un sufrimiento diferente. «En nombre del personal docente y administrativo, tengo el placer de comunicarle que ha sido admitida en la Universidad de Dartmouth.»

Las calles de Angoulême están abarrotadas de globos rojos y una multitud de lectores felices. Su emoción, sin embargo, no logra detener la lluvia. ¿Por qué llueve siempre que viajo? Esta vez, no espero para comprar un paraguas. No he vuelto a ver el otro desde Barcelona. Debe de tenerlo Josh. O tal vez lo dejamos en el parque. Los paraguas son tan pequeños y tristes y es tan fácil olvidarlos...

Deambulo por la ciudad, los recintos, el museo del cómic... Este tipo de festivales no son tan caóticos como sus homólogos estadounidenses, y hay muchas menos personas disfrazadas, pero aun así los asistentes europeos se muestran menos comedidos de lo habitual. Intento contagiarme de su entusiasmo, y de vez en cuando funciona. Como cuando descubro a una autora e ilustradora que no conocía que escribe sobre una vida dividida entre China y Estados Unidos. No obstante, después de comprar dos volúmenes, me doy cuenta de que a Josh también le encantaría su obra. Y el hecho de no poder compartirla con él hace que el corazón se me encoja de nuevo.

La cosa empeora cuando me encuentro frente a un enorme *stand* en el que solo hay títulos de Joann Sfar. Y se vuelve aún peor cuando veo a uno de los artistas favoritos de Josh en persona y tengo que convencerme para no pedirle que me firme un libro para él. Me siento egoísta, así que cambio de parecer y decido pedirle simplemente que me firme algo. Sin personalizar. Si vuelvo a ver a Josh, puedo dárselo. Sin embargo, en cuanto el dibujante me pregunta, suelto: «Para Josh, por favor». Y antes de poder corregir mi error, el nombre de mi exnovio (por lo menos ya puedo decir esa palabra) queda escrito en la portada al lado de una ilustración de una rosa.

Precisamente una rosa.

Todo el mundo está en mi contra.

De regreso en París, los carteles de los Juegos Olímpicos me hacen plantearme si debería comprar un billete para Chambéry el próximo mes. Pero la idea de otro tren abarrotado, otra ciudad abarrotada, todos esos hoteles abarrotados... Uf, no.

Eso es lo que pienso de todo estos días: uf, no.

Sigue haciendo mucho frío en la ciudad. Pocos días después de Angoulême, entro en uno de los muchos locales de comida oriental del Barrio Latino buscando calor en forma de *frites* calientes. O patatas fritas, que en realidad deberían llamarse papas fritas, ya que así las llaman en Latinoamérica, y las patatas son originarias de allí.

Madre mía. No me extraña que no tenga amigos.

El restaurante está vacío. Me siento al fondo con el segundo volumen de la autobiografía de la autora china-estadounidense. No he podido parar de leer. Me siento identificada con la mayor parte de una forma deprimente y satisfactoria.

La campanilla de la puerta tintinea y entra otro cliente.

Sanjita parece tan sorprendida de verme como yo a ella. Me saluda con la mano, insegura. Le devuelvo el gesto. También compra una bolsa de *frites* y me alegro de que tenga que ser ella la que tome la decisión: marcharse o sentarse conmigo. El restaurante es demasiado pequeño y hemos pasado por demasiadas cosas juntas para que se siente sola.

Duda. Temerosa. Al final, se sienta a mi mesa.

–Ahí fuera hace un frío que pela –dice.

Me sorprende cuánto agradezco su compañía.

–Y que lo digas. Ojalá se diera prisa y nevara de una vez.

–Sí, es como que no pega que haga tanto frío sin nieve.

Se produce una pausa incómoda. De esas que siguen a cualquier comentario general sobre el tiempo, de las que están llenas de todo lo que no se dice. Me esfuerzo por pensar en otro tema neutral cuando me pregunta:

–¿Cómo le va a Josh?

Me quedo lívida. Sanjita no se da cuenta y sigue comiendo patatas fritas.

–Me sentí fatal por vosotros cuando tuvo que irse.

Este inesperado momento de compasión me conmueve.

–No... no sé cómo le va. Supongo que está bien. Rompimos el mes pasado.

–¿En serio? –Levanta la cabeza, sorprendida–. Pero si erais perfectos el uno para el otro.

Me falta el aire.

–¿Tú crees?

–Claro que sí. Y llevabas una eternidad enamorada de él. Debiste de flipar cuando empezaste a salir con él.

El alivio que siento al encontrar a alguien que me entiende (que me entiende de verdad) es inmenso. El vacío que se ha apoderado de mi interior se transforma en una instantánea avalancha de emociones.

–Sí que flipé. Fue una pasada. Fue... lo mejor que me ha ocurrido en la vida.

Se inclina hacia delante y sus pendientes dorados se balancean.

–Entonces, ¿qué salió mal?

–Me gustaba mucho... estaba enamorada de él... pero no creo que él me quisiera de la misma forma.

Sanjita pone cara de pena.

–Y rompió contigo.

–No. Yo rompí con él.

Hace una mueca.

–Ah. Uf.

–Ya.

Su ceño se hace más profundo.

–No lo entiendo. No os separabais ni a tiros. Vi cómo te miraba. Nunca miró a Rashmi así.

Se me detiene el corazón. Nunca podría preguntárselo a Nikhil, pero a Sanjita...

–¿Cómo... cómo eran como pareja? Tu hermana y Josh, quiero decir.

Se encoge de hombros y sus largos pendientes se balancean de nuevo.

–No sé qué decirte. Se peleaban constantemente. Creo que eran más parecidos, más tercos y cabezotas, de lo que creían. Por eso pegaban, pero por eso no podía durar. No había equilibrio.

Entre Josh y yo había equilibrio, ¿verdad?

–Aunque no es que ella me contara nunca nada –añade Sanjita con cara de frustración–. Pero, desde fuera, daba la impresión de que a los dos les iría mejor con una pareja más suave. Como tú.

No estoy segura de que me guste esa palabra: «suave».

Sanjita ve mi expresión y niega con la cabeza.

–No suave en el sentido de débil. Me refiero a... alguien que les dé el espacio que necesitan para desarrollarse. Que no intente cambiarlos. Que los apoye, incluso cuando

se porten como unos imbéciles, pero que esté listo para llevarlos de nuevo por la senda correcta cuando lo necesiten.

–Y... ¿tú crees que yo soy esa persona?

–¿Estás de coña? Eres la persona más paciente e indulgente que conozco.

Algo extraño empieza a suceder. Algo muy dentro de mí reconoce que lo que dice es cierto. Soy paciente e indulgente.

Aunque no conmigo misma.

Sanjita aparta la vista de nuevo, ocultando el rostro, y sé que está pensando en Kurt. En cómo me puso a prueba durante meses. En que yo quería ser amiga de ambos, pero ella me obligó a escoger. Puedo ver la vergüenza que siente. Se aclara la garganta, regresando al presente.

–Bueno, ¿y por qué crees que Josh no te quería?

–Me sentía como si fuera... una agradable distracción. Él era muy infeliz aquí, ¿sabes?

–Los teléfonos son una distracción. Internet es una distracción. Pero, cuando él te miraba, no parecía distraído. Parecía obsesionado.

Tengo la impresión de que está siendo superamable conmigo para compensar el pasado sin tener que disculparse. Me parece una actitud cobarde, pero también me da la sensación de que se cree lo que está diciendo. Supone al mismo tiempo mi mayor miedo y mi mayor esperanza. ¿Es posible que, después de darle tantas vueltas, Josh sí me quisiera tanto como yo a él? ¿Es posible que viera algo en mí que yo no conseguía ver?

¿Es posible que merezca que me quiera alguien a quien quiero?

El corazón me palpita el doble de rápido de lo normal.

–Eso da igual –contesto. Sueno a la defensiva. Como si estuviera buscando una excusa, lo que supongo que es verdad–. Josh tiene que centrarse. La última vez que hablamos, todavía no había decidido qué iba a hacer con sus estudios. Le falta un semestre para graduarse, y está dándole largas. No puede ir a Nueva Inglaterra sin un título. Así que, básicamente, no va a ir a ningún sitio.

Sanjita parece confundida.

–¿Nueva Inglaterra?

Le hablo de la escuela a la que Josh quiere ir, y de todo lo demás.

–Creía que estaba acostumbrándome a la idea de La Sorbonne, pero ya no estoy tan segura. Cuando salíamos, sonaba emocionante eso de ir a un lugar nuevo. Estuve

investigando y Dartmouth parecía un sitio chulísimo, ¿sabes? Diferente. Y cuando fui allí hace unas semanas, era aún mejor de lo que me había imaginado. Pero, cuando rompimos, volvió a ser algo solo suyo...

—¿No habías dicho que él no iba a ir a ningún sitio?

—Bueno, no es seguro...

—¿A quién le importa? Vete a Dartmouth.

—Ya, pero ¿y si piensa que quiero mudarme allí por él?

—¿Es así?

—No, pero...

—Pues vete a Dartmouth.

Frunzo el ceño y Sanjita se queda mirándome como si fuera tonta.

—No sé dónde está el problema —insiste—. Te aceptaron en la universidad en la que querías entrar. Así que vete allí.

Madre mía. Tiene razón. ¿De verdad es así de simple?

Sanjita se cruza de brazos, con aire petulante. Sabe que ha ganado la discusión.

—Antes querías ser abogada —comento—. ¿Todavía es lo que quieres? Porque se te da bien convencer a la gente.

Sonríe de oreja a oreja.

—¿Qué más necesitas que arregle?

—Pues no sé. ¿A mi hermana? ¿Puedes arreglarla?

—Supongo que te refieres a Hattie, ¿no?

—Es imposible. —Aplasto una *frite* con la bolsa de papel—. El otro día se presentó en mi habitación (sin invitación, por supuesto) y se puso a revolver mis cosas. Le dije que lo dejara, pero solo conseguí que tirara una pila enorme de libros del escritorio.

—Puede que simplemente sienta curiosidad por ti. Puede que no lo hiciera con mala intención.

Niego con la cabeza.

—Hattie nunca hace nada sin un motivo. Lo hizo para sacarme de mis casillas, y lo consiguió. Como siempre.

Sanjita enarca una ceja.

—No sé yo. Parece como si la trataras como si fuera una niña, así que ella se comporta como tal.

No puedo contener la expresión de sorpresa. Y de indignación. Sanjita levanta las manos en un gesto defensivo.

–Yo tengo tres hermanas mayores. Pero es como si fueran tres madres. Así que, este año, he estado esforzándome por no comportarme igual con Nikhil.

Me agarro el collar con una mano.

–Y... ¿cómo?

–¿Alguna vez la has invitado a ir a tu cuarto? ¿O a cualquier sitio, ya que estamos?

Se produce un silencio largo y vacío. Sanjita lo interpreta correctamente.

–¿Y qué hay de Gen? ¿Quedáis alguna vez, solo vosotras dos?

–Gen vive en el otro lado del Atlántico –repongo con más brusquedad de la que pretendía.

–Pero quedáis, ¿no? En vacaciones, por ejemplo.

Pienso en Gen en mi cuarto en Acción de Gracias. Y luego de nuevo en Navidad. La verdad me aplasta como una avalancha. Es cierto. Hattie lleva años intentando decírmelo. Trato a Gen como a una amiga y a ella, como a una niña.

La trato como si fuera su madre.

Hace años que Hattie ya no es mi hermanita pequeña. He sido condescendiente y nunca la he visto ni la he tratado como a una igual. Necesita que sea su confidente. Su amiga. Y, entonces, por sorpresa, la otra cara de la moneda reluce en mi interior: yo lo necesito aún más.

–Deberías plantearte una doble licenciatura –le digo–. Derecho y Psicología.

Sanjita sonrío como si le hubiera alegrado el día. Yo me siento igual.

Capítulo veintinueve

Sanjita y yo seguimos hablando sobre la universidad y el futuro. Pero no hablamos de Kurt. Ni de Emily. Y, a medida que enero da paso a febrero, me doy cuenta de que probablemente nunca lo haremos. Nos hemos distanciado demasiado y las heridas del pasado son demasiado profundas. La auténtica amistad ya no es una opción. Pero no me siento triste por eso: me siento aliviada. Entre nosotras hay cierto respeto y buenos deseos. Y eso no es moco de pavo.

Nuestra conversación también me hizo darme cuenta de lo mucho que he echado de menos la amistad de una chica en mi vida. Puede que Sanjita y yo nunca volvamos a quedar, pero aquí hay otra persona a la que he estado ignorando demasiado tiempo: Hattie.

Ya es hora de dejar de lado este estúpido resentimiento. Sé que no pretendía meternos en problemas a Josh y a mí. No fue culpa suya. Ni fue culpa suya que expulsaran a Josh. Nos metimos en problemas nosotros solitos y Josh es el responsable de su propia expulsión.

El dolor de perderlo es tan visceral como siempre. La única forma de superarlo es asegurarme de que la pérdida no fue en vano. Que he aprendido algo. Como mínimo, tomar la iniciativa me hará sentir mejor que quedarme de brazos cruzados sintiendo lástima de mí misma. Tardo un poco en dar con la manera correcta de pedir perdón y realizar un gesto de amistad al mismo tiempo, pero tardo aún más en armarme de valor para hablar con ella.

Es mi hermana, pero es la mar de intimidante.

Encuentro el coraje un domingo por la tarde en el que no tengo nada que hacer mientras Kurt anda por ahí explorando los túneles con sus amigos. O tal vez no se trata tanto de que encontrara el coraje. Tal vez sea más bien que me veo obligada a hacerlo porque, cada vez que mi mundo se queda en calma, en lo único en lo que puedo pensar es en el agujero que tengo en el corazón y que solo puede llenar Josh. Estar sola me pone demasiado triste.

Hattie se muestra escéptica ante mi mensaje, pero acepta reunirse conmigo de más buena gana de lo que me habría imaginado. La espero fuera de su residencia.

–¿Por qué querías que me pusiera ropa de abrigo? –me pregunta–. ¿Vas a llevarme a una prisión de Siberia?

Sonrío y cruzo la calle sin esperarla.

–No.

Vacila antes de alcanzarme y ponerse a caminar a mi lado.

–¿A una estación de investigación abandonada en la Antártida?

–No.

–¿Vamos a entrenar para la carrera de *skeleton* biplaza en las Olimpiadas?

–Sí.

–¿Crees que va a nevar por fin?

La pregunta, que suena sincera, me desconcierta. Hattie está mirando al cielo.

–Lo dudo –contesto–. No hemos tenido suerte por el momento. ¿Por qué iban a cambiar las cosas ahora?

–Tú solías ser la hermana positiva –refunfuña Hattie. Caminamos juntas en silencio hasta la otra orilla del Sena y se muestra aún más exasperada cuando llegamos a nuestro destino–. La casa de *tante* Juliette. ¿Esto es una emboscada? ¿Te enteraste de lo de mi adicción al sexo? Y qué si me gustan los viejos con pañales de bebé. ¿Dónde está el problema?

–No te he traído a ver a *tante* Juliette.

–Ya he estado aquí un millón de veces, ¿recuerdas? –responde con un gruñido.

–Tú cierra el pico y sígueme.

Por alguna razón, me obedece y me sigue escaleras arriba. Cuando vamos por el tercer piso, miro hacia atrás por encima del hombro y comento:

–Así que pañales, ¿eh?

–Y esas cunas de tamaño adulto. Qué sexy.

Suelto una carcajada. Hattie esboza una levísima sonrisa antes de volver a poner cara de póquer.

–Y los cejijuntos. Me encantan los vejetes con una gigantesca y abundante ceja de lado a lado.

Vuelvo a reírme.

–Ay, por Dios, Hattie.

Pasamos junto a la puerta morada con el felpudo con estampado de leopardo.

–¿Lo ves? Esa es la puerta de *tante* Juliette –dice.

La guío hacia la mía.

–¿Y esto?

–La puñetera azotea. Una vez Gen tiró mi osito de peluche por el borde y lo atropelló una motocicleta. Manchitas nunca volvió a ser el mismo.

–¿De verdad hizo eso? –Estoy sorprendida. No lo recuerdo.

–Sí, de verdad.

Abro la puerta y subo por los desvencijados escalones.

–Bueno. Ahora Manchitas está a salvo. Te prometo que no te he traído aquí arriba para recrear un momento traumático de tu infancia.

–Ya sé que nunca harías algo así. –Lo dice en voz tan baja que casi no lo oigo.

Abro la trampilla y la luz del sol la obliga a entrecerrar los ojos. Le doy la mano y la ayudo a salir a la azotea. Se queda boquiabierta. Mi impasible y obstinada hermana parece sorprendida por lo que la rodea.

–¿Quién ha hecho esto? –me pregunta–. Es tuyo, ¿no? Te pega.

No estoy segura de si eso es bueno o malo.

–Es un préstamo. Llevo usándolo unos años.

Hattie da media vuelta y me mira con suspicacia.

–¿Así que Gen te lo dio? ¿Este sitio es vuestro? ¿De las dos?

–¿Gen? No, *tante* Juliette me lo dio cuando estaba en segundo. Era un lugar en el que Kurt y yo podíamos escapar de... todos los demás. Gen no sabe nada de esto.

–¿De verdad? –Percibo una desgarradora nota de esperanza en su voz. Y comprendo que todo lo que Sanjita me había dicho es verdad.

Le sonrío con dulzura.

–Sí. Es un secreto. Ella no lo sabe.

–Es bonito –dice Hattie al fin.

–Gracias. Me alegro de que te guste. Porque ahora es tuyo.

Por segunda vez en un solo minuto, Hattie parece sorprendida. Le entrego la llave y la toma despacio.

–¿No prefieres dárselo a Kurt? ¿No es suyo también?

–Kurt tiene nuevos lugares que explorar. Y... él no eres tú. Él no es mi hermana.

Casi parece conmovida. Casi.

–Además, no hace falta que conserves nada de esto. Solo son trastos que hemos ido coleccionando a lo largo de los años...

–¡No! No, me gustan. –Echa un vistazo alrededor y sus ojos se posan en el mural, que yo he estado intentando ignorar con todas mis fuerzas–. También trajiste a Josh.

Meto las manos en los bolsillos del abrigo.

–Sí.

–¿Esto era una especie de retorcido parque sexual? ¿Lo hicisteis encima de esta cabeza de caballo de tiovivo?

–¡Hattie!

Se ríe al ver que me pongo colorada y, después de un momento, yo tampoco puedo contener la risa.

–No –contesto–. Pero tal vez deberías lavar la manta que hay en ese baúl.

Mi hermana suelta un chillido de auténtico horror, que nos hace reír aún más fuerte. Cuando por fin nos calmamos, Hattie aparta de nuevo la mirada y se concentra en el río.

–Es un regalo muy chulo. Así que... gracias.

–Lo siento. –Respiro hondo–. Por haberme portado tan mal contigo este año. Y por culparte por algo que no fue culpa tuya.

Hattie asiente con la cabeza. No aparta la vista del Sena, pero sé que las cosas se han arreglado entre nosotras.

Respiro hondo de nuevo y... ahí está. Un olor nuevo y característico en el aire. Hattie vuelve la cabeza y me sonrío mientras los primeros copos de nieve del año caen sobre París. La ciudad está fría, silenciosa y hermosa.

–¿Vas a echar esto de menos el año que viene? –me pregunta, y, cuando la miro con sorpresa, añade–: *Maman* me dijo que habían enviado el primer cheque a Dartmouth.

Dudo y luego le digo la verdad.

–Voy a echar de menos París. Y voy a echar de menos Nueva York. Estoy emocionada y asustada, pero... creo que estoy más emocionada que asustada. Eso creo – repito.

–¿Eso crees?

–Eso creo. –Me deslizo por la pared hasta quedar sentada y ella se sienta a mi lado. Cruzamos los brazos, tiritando–. Cuando Josh y yo estábamos en España, fuimos a un parque. Era un parque precioso. Y empezó a rondarme por la cabeza la idea de que puede que yo no fuera la persona que creía que era. Que puede que no sea una chica de

ciudad. Que puede que simplemente estuviera debatiéndome entre París y Nueva York porque, de alguna forma, nada más parecía real. Como si los demás sitios solo fueran...

–Algo que hubieras leído en un libro.

–Exactamente. Pero cuando estaba en ese parque maravilloso con ese chico maravilloso hablando de ese futuro alternativo en el que yo era alguien que aprendía a acampar y escalar rocas y encender fuegos y dormir bajo las estrellas... En aquel momento, parecía posible.

–Y, entonces, ¿qué? ¿Vas a hacerte guardabosques?

Eso me hace reír.

–Solo quiero probar esas cosas. Parece divertido.

–¿Y qué pasa con Josh?

Mis ojos se posan en su mural. En la casa de piedra rojiza con jardineras con enredaderas y la bandera estadounidense.

–¿Qué pasa con él?

–¿Ya no forma parte de tus planes?

–Pues... no. Rompimos. Y no lo necesito para hacer esas cosas.

–Claro, idiota –dice Hattie–. Pero no me refería a eso. Lo que quería decir es si todavía quieres hacer esas cosas con él.

–Sí –susurro–. Todavía quiero hacerlo todo con él.

–Isla... ¿Por qué crees que Josh no te quería?

Bajo aún más la voz.

–Porque pensaba que nadie podía quererme.

–¿Y por qué pensabas eso?

–Porque creía que no merecía que me quisieran.

Hattie asimila mi respuesta. Y entonces me da un puñetazo en el estómago. Suelto un aullido de sorpresa, y me pega otra vez.

–No seas imbécil.

–¡Ay!

–Todo el mundo merece que lo quieran. Incluso una hermana boba como tú.

Suelto un resoplido.

–Vale, gracias. Ya lo he entendido. Ahora ya estoy bien.

–¿En serio? Porque no te comportas como una persona que está bien. Vas por el colegio como alma en pena, apenas sales de tu cuarto y siempre pareces triste.

–Dice la hermana con el ceño fruncido permanentemente.

–Tienes que hablar con él.

Suspiro y me miro el regazo.

–Lo sé.

–Entonces, ¿por qué no lo has hecho?

–Porque ahora sí creo que me quería. Y tengo miedo de que, después de todo este tiempo, después de todo por lo que lo he hecho pasar... haya dejado de quererme.

–Por el amor de Dios. Pues arriégate y averígualo. Cuanto antes se lo preguntes, antes podrás seguir con tu vida. En cualquiera de los dos sentidos –añade.

Gracias a Josh, he empezado a arriesgarme. He aprendido que si nunca me alejo de esas áreas de mi vida en las que me siento cómoda, nunca podré optar a una felicidad mayor. Aceptar ir a Dartmouth supuso un riesgo. Pedirle a mi hermana que quedara conmigo supuso un riesgo. Pero el mayor riesgo de todos sigue siendo el propio Josh. Todavía no dispongo del valor suficiente para darle ocasión de decir que no. Esta duda es insoportable, pero es mejor que recibir la respuesta equivocada.

Se oye un pitido ahogado procedente del bolsillo de mi abrigo. Saco el móvil para ponerlo en silencio, pero entonces se me escapa de las manos y rebota contra el hormigón.

Josh.

Es su nombre. No lo había visto reflejado en la pantalla de mi teléfono desde antes de Barcelona. Se me encoge el corazón.

–¿Es él? ¿Cómo puede ser él?

–Madre mía... Nos ha oído.

Recojo el móvil.

–¿Qué hago?

–Un timbre más antes de que salga el buzón de voz. –Hattie echa un vistazo por encima de mi hombro–. Tictac.

Me apresuro a responder.

–¿Di... diga?

Se produce un extraño instante de silencio. Entonces contesta y su voz (es él, es él, es él) rebosa de alivio.

–No sabía si responderías.

–Has recuperado el móvil.

–Sí. La semana pasada.

Siento una punzada de tristeza porque no me llamó inmediatamente. Y luego una segunda punzada, esta vez de culpabilidad. Yo rompí con él. ¿Por qué iba a llamarme?

–Es domingo por la noche –continúa–. Y no estás en Pizza Pellino.

–No, estoy en la Casa del Árbol con Hattie. –Y entonces siento tal mareo que se me nubla la vista–. ¿Cómo... cómo sabes que no estoy allí?

Pero ya sé qué va a responder.

–Porque yo estoy aquí.

Capítulo treinta

Estoy temblando. Hattie tiene la oreja pegada contra mi cabeza para poder escuchar. Los copos blancos y plateados se enredan en nuestra masa de pelo rojo.

–¿Isla? –dice Josh–. Isla, ¿sigues ahí?

–Sí.

–Tenía la esperanza de que estuvieras aquí. En Pellino. Mis amigos y yo vamos de camino a las Olimpiadas, pero hicimos una parada por los viejos tiempos. Y quería presentártelos. A ver, sé que ya los conoces, pero quería que los conocieras de verdad.

La cabeza me da vueltas.

–¿Quieres que conozca a tus amigos?

–¿Es demasiado raro?

–No lo sé.

–Me gustaría volver a verte. Y hablar –añade con vacilación.

Me ha pillado desprevenida. No estoy preparada para esto. Necesito prepararme para esto.

–¿Cuánto tiempo vais a quedaros en la ciudad?

–Solo esta noche. Tomamos el tren a Chambéry por la mañana.

Hattie está asintiendo con la cabeza como una loca.

–Eh... –digo–. Claro. Supongo que podría estar ahí en unos... ¿veinte minutos?

–¡Genial! –exclama Josh–. Bueno, adiós.

Me quedo mirando la pantalla del teléfono.

–Me ha colgado.

–Seguro que le ha dado miedo que te arrepintieras –opina Hattie.

Coloco la cabeza entre las piernas.

–Tengo ganas de vomitar.

–Eso ha sido muy oportuno. De lo más oportuno. Es como si fuera cosa del destino, si creyera en el destino. No lo sé. Puede que a partir de ahora crea en el destino.

El tono de su voz me hace levantar la cabeza. Me sonrío.

–Hattie. –Se me para el corazón–. ¿Qué has hecho?

–Por el amor de Dios, nada.

–¡Dime qué has hecho!

–Ay. –Se tapa los oídos para protegerse de mis gritos–. No sé. Puede que enviara tu dichoso libro al despacho de su padre en Washington.

Frunzo el ceño.

–¿Eh? ¿Qué libro?

–El que trajiste de Angoulême. Gracias por no invitarme, por cierto. Te lo robé del cuarto para leerlo y descubrí que habías hecho que le pusieran una dedicatoria. Me pareció tan triste y patético que se lo envié. Y puede que añadiera una nota diciendo que seguías completamente enamorada de él y que debería intentar volver a llamarte.

Eso es lo único que podría asombrarme más que la llamada de Josh: descubrir que tenía que agradecerse a Hattie. Estoy atónita.

–De nada –dice.

–Gracias. Creo. Ya te lo haré saber cuando esto termine.

–Más te vale.

Me obliga a ponerme en pie, atraviesa la trampilla y baja por la escalera delante de mí, cierra la puerta y se guarda la llave en el bolsillo.

La creciente presión que siento en el pecho amenaza con paralizarme.

–No estoy segura de esto.

–Calla. Te estás poniendo pesada otra vez.

Hattie me lleva a rastras hasta la estación de *métro* más cercana. Siento como si me moviera, a la vez, demasiado rápido y demasiado lento. Me hace pasar por el torniquete de un empujón.

–No seas gallina. Dile lo que sientes.

–¿Y si no me quiere?

–Sí te quiere.

–¿Y si no es así?

–Dios, entonces, ¿qué más da? No perderás nada que no hayas perdido ya. –Me quita un copo de nieve de la punta de la nariz–. Por una vez en tu vida, hazle caso a tu hermana pequeña. Es más alta y más sensata que tú.

Apenas se aprecian algunos copos, aquí y allá, mientras descienden flotando hasta el suelo. Le echo un vistazo al cielo de color blanco grisáceo. Ojalá llegara una ventisca y me enterrara viva. Eso sería preferible a lo que estoy a punto de hacer. La temperatura ha bajado de los cero grados, pero yo me siento sudorosa, febril y sin aliento. Mis pies tocan el umbral de Pizza Pellino, pero mi cuerpo se niega a seguir avanzando. Paso a paso. Coloco una mano en la puerta.

Abrirla se me hace imposible.

Unas campanillas de latón anuncian mi entrada. Al maître se le ilumina la cara al verme.

–*Où est Monsieur Bacon?*

–Kurt tiene otros planes esta noche –contesto en francés mientras recorro la sala con la mirada.

–Oh. ¿Y estamos tristes?

–No, no pasa nada. En realidad, voy a reunirme...

–¡Isla!

El saludo proviene de la mesa del rincón. St. Clair me hace señas para que me acerque mientras Josh se vuelve en la silla. Todo sucede a cámara lenta. El maître, el ruido de las conversaciones, el aroma de la pizza cocida en horno de leña... todo se desvanece mientras aguardo a que sus ojos se encuentren con los míos.

Nuestras miradas se funden.

En su expresión veo reflejadas las mismas emociones que abarrotan mi corazón: alegría, dolor, fuerza, asombro, tristeza, belleza, esperanza...

Él lo es todo.

–¡Ah! –exclama el maître–. Por supuesto.

Me guía hacia la mesa mientras el corazón me retumba en la garganta. La sala se encoge. Me duele el alma por la atracción. Hay cuatro sitios vacíos, pero el maître me ofrece la silla situada al lado de Josh. Tiemblo mientras coloco el abrigo en el respaldo. Tiemblo mientras me siento. Tiemblo mientras Josh le dirige al maître una mirada de inconfundible gratitud. ¿Esa mirada significa lo que yo quiero que signifique?

–¿Dónde está Kurt? –me pregunta Josh.

–Ha salido con unos amigos nuevos. A explorar túneles. Es una larga historia.

Josh levanta las cejas en un gesto de sorpresa mientras los demás ocupantes de la mesa me dedican amplias sonrisas: St. Clair, Anna y Meredith.

–Caramba –comento–. Toda la pandilla está aquí.

–Todo el mundo menos Rashmi –añade St. Clair.

Anna le da una rápida patada por debajo de la mesa, pero me doy cuenta.

–No pasa nada –le aseguro, incómoda. Por lo menos eso responde a una pregunta: saben lo mío con Josh. Miro las tres sillas vacías–. ¿Va a venir?

–Una era para Kurt –responde Josh, y me siento conmovida.

–Las otras son para los amigos que nos consiguieron las entradas para las Olimpiadas –interviene Anna–. Nos separamos hace un rato y todavía están haciendo turismo. Deberían llegar en cualquier momento.

–¿Unos amigos de California? –Aprovecho la oportunidad para demostrarles que no lo ignoro todo. Solo la mayor parte.

Anna asiente con la cabeza.

–Sí, Lola y Cricket. Étienne y yo...

–Étienne –repite Josh, y Meredith se parte de risa.

–Se burlan de mí porque soy la única persona que lo llama así –me explica Anna.

–Tú eres la única persona a la que le está permitido llamarlo así –repite Josh–. Tú y su madre.

St. Clair sonrío.

–Las dos únicas mujeres que necesito.

–Qué asco –protesta Meredith, pero sigue riéndose. Tiene una risa maravillosa y amistosa. Lleva un *piercing* diminuto en la nariz que emite un destello al reflejar la luz. Todo en ella es alegría.

Me resulta irreal estar aquí, en persona, rodeada por sus amigos. Por los rostros de sus dibujos.

Anna es una de esas chicas guapas por naturaleza que no tienen ni idea de lo guapas que son. Se viste con vaqueros y camisetas, tiene un hueco entre los dientes y lleva una mecha teñida en el largo pelo castaño. Se la ve cómoda consigo misma. Su novio también es guapísimo, pero es consciente de ello. No es que St. Clair se comporte como un cretino, simplemente desborda confianza en sí mismo. Es bajo, pero eso nunca le ha supuesto un inconveniente. Casi todas las chicas del colegio estaban enamoradas de él, por no hablar de la mayoría de los chicos y la mitad de los *professeurs*.

Pero yo nunca estuve enamorada de él. No estando Josh por allí.

Anna se aclara la garganta.

–Como iba diciendo, Étienne y yo...

Josh y Meredith sueltan una risita y Anna sonrío.

–... trabajamos con Lola en un cine. Cricket es su novio, y la hermana gemela de Cricket es Calliope Bell, la patinadora. ¿Sabes quién es?

Abro los ojos como platos.

–He visto su cara en un millón de anuncios.

–Esa misma. Va a por el oro.

–¿Y habéis venido todos a animarla?

Le echo un vistazo a Josh. Parece tranquilo, pero la calma es superficial. Una energía palpitante brota de él. La noto vibrar contra mí. Se me pone la carne de gallina y me froto los brazos, pero los otros no se dan cuenta.

–Más o menos. –St. Clair se encoge de hombros. Es un movimiento lento y con todo el cuerpo, muy francés. *Maman* también lo hace–. Se podría decir que lo usamos de excusa para venir de visita.

Me vuelvo hacia Meredith.

–¿Has venido desde Roma? Vas a la universidad allí, ¿no?

–Sí, así es. –Rodea a Josh con un brazo y apoya la rizada cabeza en su hombro, pero es evidente que son gestos de amistad–. Cuando me enteré de que iba a venir todo el mundo, no pude resistirme.

–¿Y tú? –No lo miro, pero Josh sabe que la pregunta va dirigida a él.

Él tampoco se atreve a mirarme a los ojos.

–Lo mismo, supongo. No pude resistirme.

St. Clair le hace un gesto a Josh con las cejas; sin embargo, en cuanto se da cuenta de que lo he pillado, su expresión se transforma en una sonrisa coqueta.

–Venga, tío –le dice a Josh–. Admítelo. A lo que no pudiste resistirte es a mí.

Josh se relaja y sonrío.

–Eres como un precioso bomboncito.

–Delicioso en todos los sentidos –contesta St. Clair.

Anna pone los ojos en blanco.

–Espera a probar el relleno cremoso.

St. Clair suelta una carcajada mientras Meredith se parte de risa. Hay tanta química entre los cuatro que parece como si no hubieran pasado ni un solo día separados. Siento

una opresión en el pecho, pero no de celos, sino de felicidad por Josh. Josh se inclina sobre la mesa para darle un empujón a St. Clair, pero choca con mi brazo en el proceso.

–Lo siento –se disculpa enseguida, con voz tensa.

Vuelve a sentarse, olvidando las ganas de bromear, pero su roce me provoca un estremecimiento por todo el cuerpo.

Anheló. Tan fuerte y potente como siempre.

Aparto la mirada, pues no quiero que note cuánto deseo que vuelva a tocarme. Y entonces descubro una extraña aparición al otro lado de la ventana del restaurante. Parpadeo. Sigue allí. En invierno, las calles de París son grises y los abrigos que las recorren, negros.

Así que esto... esto es como...

–El circo –dice Josh concluyendo mi pensamiento en voz alta–. Es como si el circo hubiera llegado a la ciudad.

–¡Genial! –exclama St. Clair–. Esos deben de ser Lola y Cricket.

Un chico y una chica entran en el restaurante. El chico es increíblemente alto y flaco (mucho más exagerado que Josh), algo que acentúa aún más los ajustados pantalones con raya diplomática. Es como si usara zancos. Lleva una chaqueta militar de color azul brillante y tiene las muñecas cubiertas de brazaletes y gomas elásticas multicolores. La chica viste una gigantesca falda abombada debajo de la que asoma un miriñaque rosado, amarillo y turquesa. También lleva puesta una chaqueta militar (de color verde oliva, como las que se usaban durante la guerra de Vietnam), pero la suya está decorada con purpurina rosada. El pelo lo tiene a juego: también es rosado.

–¡Hola! –Lola se deja caer a mi lado y la falda se le llena de aire y me cae sobre el regazo–. Uy. Lo siento.

Sonríe mientras la guarda debajo de la mesa.

–¿Cómo te las has arreglado para meter todo eso en una maleta? –pregunto, impresionada.

La sonrisa le llega de oreja a oreja.

–Soy una máquina haciendo maletas.

St. Clair suelta un resoplido.

–Y, además, traje el triple de equipaje que el resto de nosotros.

–Pero se le da muy bien hacer maletas –interviene Cricket–. Os asombraría ver todo lo que consiguió meter en las suyas.

Aparta la silla situada al lado de Lola y esta estira ambos brazos hacia él mientras se sienta. No porque él necesite ayuda para mantener el equilibrio, sino porque es evidente que están en las primeras fases de su amor. Simplemente necesita tocarlo. Se agarran ambas manos por debajo de la mesa. Siento una punzada al recordar cuando yo hacía lo mismo con Josh. Lola le da un beso a Cricket, justo en los labios, y él parece a punto de estallar de felicidad.

–Oye –comenta Lola, mirando a Josh–. Me parece que te vi por la tele hace unos meses.

–Puede ser –contesta él.

–Vosotros debéis de ser Isla y Josh –dice Cricket.

Casi lo corrijo («oh, no, no somos pareja»), cuando me doy cuenta de que quiere decir Isla y Josh. No, Isla-y-Josh. Le estrecho la mano que me tiende, llena de tristeza.

–Y Meredith –añade inclinándose sobre mí para estrecharle también la suya.

–Me gusta tu pelo –le dice ella.

–Gracias –responde Cricket. Lo lleva de punta, aumentando aún más su increíble estatura.

–Para que no tengáis que preguntarlo –dice Lola–: metro noventa y cinco. Sin el pelo.

–Étienne mide uno sesenta y cinco –contesta Anna–. Con los zapatos.

–Sin –protesta St. Clair. Pero su sonrisa lo desmiente.

–Eres más bajo de lo que creía –digo sin pensar–. Lo siento. –Hago una mueca–. Solo quería decir que no pareces tan bajito.

Hago otra mueca.

–Confianza, querida. –Se inclina sobre la mesa y me toca la mejilla con un dedo–. Podrías aprender de mí, ¿sabes?

Me pongo colorada. Pero me río, contenta de que me incluyan en sus bromas. Josh me mira, preocupado, y me vuelco en la silla para mirarlo de frente. Cuando sonrío, suspira aliviado. Me inclino hacia él.

–Todo va bien entre nosotros –susurro–. ¿Verdad?

–Es lo único que quiero –contesta.

Aparece nuestro camarero. Nos separamos de golpe y el corazón se me acelera. ¿Eso significa que quiere que volvamos a ser amigos? ¿O que yo soy lo que quiere? Con todas las connotaciones que conlleva «querer».

Pedimos un montón de pizzas. Normalmente, estaría encantada con la variedad, pero lo único que me apetece es volver a la conversación anterior. Sin embargo, nuestro instante de privacidad se ha desvanecido. La mesa nos arrastra a una conversación sobre las Olimpiadas. Al parecer, la hermana de Cricket sería la favorita para hacerse con la medalla de oro, pero está convencida de que sufre la maldición del segundo puesto. Todo el mundo le asegura que le irá bien, pero Cricket está raro y nervioso. Tengo la sensación de que él también cree en la maldición. La conversación pasa a las respectivas universidades. Espero a que Josh intervenga, pero no lo hace. Me pregunto si eso significa que todavía no se ha matriculado en ningún sitio. Aunque tal vez está esperando a que yo hable primero.

El silencio aumenta en nuestro rincón.

Llegan las pizzas. Con cada bocado, intento convencerme para preguntarle si va a terminar el instituto. Si todavía planea mudarse a Vermont. Pero la verdad es que tengo miedo de su respuesta. Han pasado menos de dos meses, y le rompí el corazón. ¿Cómo podría haber encontrado la energía para asistir (o prestarle interés) a un nuevo instituto?

Mi culpa y mi miedo nos separan aún más.

—¿Estás bien? —me pregunta Josh—. Apenas has comido.

Miro su plato.

—Igual que tú.

Abre la boca para responder, pero St. Clair se pone en pie.

—Nos vamos —anuncia. Se refiere a él y Anna, y nadie más. Ella parece tan sorprendida como el resto de nosotros.

—Ni siquiera hemos pedido el postre —protesta Meredith.

—Me llevo a mi chica a un lugar especial para el postre.

—¿Ah, sí? —dice Anna.

—Sí.

Anna no parece tener ningún inconveniente.

—Vale. —Recoge sus cosas y nos mira, desconcertada—. Supongo que ya nos veremos mañana. —Su mirada se posa sobre mí—. ¡Ay, no! Quería ponerme al día. Bueno, con suerte, volveremos a vernos. Pronto. Buena suerte.

Me abalanzo sobre sus palabras. «Pronto. Buena suerte.» Son comentarios generales, pero me parecen específicos. Me parecen prometedores. Anna y St. Clair se despiden de todos con un abrazo, incluida yo. El abrazo entre Josh y St. Clair es el que más dura. Es

un abrazo de verdad, no un patético abrazo de tíos. El corazón se me rompe un poco más. Anna y St. Clair se marchan del restaurante. Meredith, Lola y yo nos sentamos, pero Josh y Cricket intercambian una mirada de complicidad.

Josh le hace señas al camarero.

–*L'addition, s'il vous plaît.* –La cuenta, por favor.

–¿Nos vamos? –No puedo evitar que la decepción se refleje en mi voz. Una cena francesa propiamente dicha debería entretenernos aquí por lo menos una hora más.

Josh, que está sacando su cartera, hace una pausa. Me mira, inquisitivo, y descubro esperanza en sus ojos. Y eso me hace sentir esperanza a mí también. Me sonrío.

–Está a punto de ocurrir algo aún mejor.

–Venga, venga, venga. –Cricket da saltitos sobre las puntas de los pies.

–¿Tú sabes de qué va esto? –me pregunta Lola.

Niego con la cabeza mientras la mirada de Meredith pasa de Josh a Cricket.

–¿Vosotros no acababais de conoceros? –les pregunta–. ¿Cómo podéis tener secretos ya?

La sonrisa de Josh es tan amplia que se le forman los hoyuelos. El corazón me da un vuelco ante esa imagen que había echado tanto de menos. Cricket y él dejan unos euros sobre la mesa y luego Josh saca una abultada bandolera de detrás de la mesa.

–Vamos. –Todavía me está sonriendo mientras se pone el abrigo. Se trata de su «abrigo de cita», por supuesto.

Ese abrigo me gusta tanto que casi me duele.

Los cinco atravesamos corriendo las calles nevadas en dirección al río Sena. El sol se ha puesto y la mayor parte del Barrio Latino parece haber decidido quedarse en casa esta noche. Josh me mira los pies. Llevo botas de tacón, pero les sigo el ritmo. Enarca las cejas indicando que está impresionado mientras salimos como una exhalación del barrio, justo enfrente de Notre-Dame.

–¿Dónde? –le pregunta Cricket a Josh.

–En la plaza, cerca de la entrada principal. –Josh señala hacia el otro lado del puente, y lo cruzamos a la carrera.

–¡Oh! –exclama Meredith, que lo ha entendido–. ¿En serio?

Lola me mira y soltamos carcajadas de impotencia. Ninguna de las dos tiene la más mínima idea de lo que está pasando. Estamos jadeando, agotadas y sin aliento.

–¡Alto! –ordena Josh.

Nos detenemos bruscamente detrás de él. Nos encontramos al borde de la plaza, frente a la inmensa catedral.

–Supongo que no habremos venido corriendo hasta aquí para contemplar una estructura que no se ha movido de su sitio en cientos de años, ¿no? –Lola se reajusta el pelo rosado y me doy cuenta de que es una peluca–. ¿Qué estoy mirando?

Pero entonces los veo.

A varios metros de distancia, más cerca de las famosas puertas talladas de la catedral, Anna y St. Clair están de pie sobre el Point Zéro. Le han limpiado la capa de nieve con las manos. El Point Zéro es una placa de bronce, con forma de estrella, que señala el centro oficial de Francia. Hay, como mínimo, dos supersticiones relacionadas con él: una es que si alguien se sitúa sobre la estrella regresará a Francia y la otra es que puedes utilizarla para pedir un deseo.

–Esperad –dice Josh.

Lola endereza la espalda, emocionada.

–¡No puede ser!

–Sí –contesta Cricket.

Yo soy la última en enterarse, hasta que de pronto ocurre: St. Clair se saca algo del bolsillo y luego apoya una rodilla en el suelo.

Todo el cuerpo de Anna se ilumina de sorpresa, alegría y amor. Asiente enérgicamente con la cabeza. St. Clair le coloca el anillo en el dedo. Se pone en pie, ella le echa los brazos al cuello y se besan. Él la levanta y la hace girar en el aire. Se besan de nuevo. Es un beso profundo, ávido y muy largo. Y entonces St. Clair se vuelve hacia nosotros y nos saluda, con la sonrisa más amplia que he visto en mi vida. Es evidente que sabe perfectamente que hemos estado aquí todo el tiempo.

Capítulo treinta y uno

Nunca había presenciado un momento como ese. Ni siquiera sabía que fuera lo bastante mayor para un momento como ese. Mis amigos (¿Somos amigos? Me parece que debemos de serlo si me han incluido) se han comprometido. ¡A los diecinueve!

Anna nos enseña el anillo. Es pequeño, sencillo y precioso. Los ojos se le llenan de pronto de lágrimas y se da media vuelta hacia St. Clair.

–Por eso te buscaste un trabajo.

Él sonríe.

–No iba a comprarte un anillo con el dinero de mi padre.

Josh le da un abrazo de oso a St. Clair.

–Solo lamento que ya no estés disponible.

–No se lo digas a Anna, pero compré otro para ti –contesta St. Clair.

Lola rodea a Cricket con los brazos.

–No puedo creerme que no me contaras lo que iba a pasar –dice ella.

–Quería hacerlo –le asegura él–. Pero a veces piensas... en voz alta.

–¡No es verdad!

–Sí es verdad –responden Anna y St. Clair a la vez.

Lola rezonga, pero está sonriendo.

–Atención, atención –dice St. Clair–. Mi prometida y yo...

Todo el mundo se ríe de lo extraña y desconocida que suena esa palabra. Es como descubrir un nuevo idioma o formar parte de una nueva cultura. La cultura de los adultos. Todavía no sabemos muy bien cómo funciona, pero por el momento nos gusta.

St. Clair se aclara la garganta.

–Mi prometida y yo vamos a comernos un postre para celebrarlo. Os pediría que nos acompañarais, pero no os quiero por allí.

Nos reímos. Todo el mundo se despide con otro abrazo y, esta vez, el de Anna y Meredith es el más largo. Meredith le susurra algo y Anna parece conmovida. Vuelve a abrazar a Meredith. Y, entonces, Anna y St. Clair se alejan dando saltitos, abriendo una

senda por la nieve que se va acumulando. St. Clair tararea en voz alta una alegre melodía.

Lola mira la luna llena.

–¿Sabes qué? Tampoco es tan tarde.

Cricket extiende el brazo.

–¿Damos un paseo?

Lola enlaza su brazo con el de Cricket y se aprieta contra él.

–Todavía no me creo que estemos en París. Juntos.

–Ha sido un placer conocerte –me dice Cricket, y me entristece que todo el mundo se esté yendo–. ¿Nos vemos por la mañana? –le pregunta a Josh.

Josh asiente con la cabeza.

Lola y Cricket se marchan aportando un toque de color en medio de la noche blanca. Y ahora solo quedamos tres. La expresión de Josh se vuelve seria. Rodea a Meredith con un brazo y ese gesto me hace recordar que, hace tiempo, estaba enamorada de St. Clair.

–¿Estás bien, Mer? –le pregunta.

–Sí –contesta ella–. Pero gracias por preguntar.

Se dan otro abrazo. Un largo abrazo lleno de recuerdos. Ella se aparta primero.

–Lo siento –dice–. Vais a tener que perdonarme. Llevo levantada desde muy temprano, y estoy molida. Voy a volver al hostal.

Pero es evidente que no se trata de que esté molida. Se está quitando de en medio para que podamos hablar. Elige quedarse sola (en una noche que debe de ser agrídulce para ella) para darnos la oportunidad de... No estoy segura de qué.

–Me ha encantado volver a verte –me despido. Y lo digo en serio. Le agradezco este sacrificio.

–No te preocupes. Estoy segura de que volveremos a vernos algún día. –Y me guiña un ojo antes de irse–. Hasta mañana, Josh –grita.

Josh tiene las manos en los bolsillos y los hombros levantados hasta las orejas.

–No es la más sutil de mis amigas. Que ya es decir. Lo siento.

–No pasa nada. Es muy simpática.

–¿A que sí?

–Todos tus amigos son simpáticos.

Me mira.

–Me alegro de que pienses eso.

Nos quedamos callados. La nieve cae suavemente sobre su pelo oscuro.

–Bueno... –digo.

–Bueno... –Se mira los pies–. ¿Puedo acompañarte a la residencia?

Me estremezco.

–Sí, por favor. Gracias. –Aparto la mirada, avergonzada.

Sin necesidad de decirlo en voz alta, elegimos una ruta hacia la residencia en la que habrá menos gente. Caminamos en silencio. Los copos son cada vez más gruesos. La quietud debería proporcionarme paz, pero el nerviosismo no hace más que aumentar en mi interior.

Está tan guapo a la luz de las farolas... Creo que me equivoqué con él. Espero haberme equivocado con él. Sé que estaba equivocada conmigo misma. No pronunciamos ni una palabra hasta que llegamos a la residencia. La primera vez que vinimos dando un paseo juntos, era nuestra residencia. Ahora solo es la mía. Es muy valiente por volver aquí, y yo también puedo ser valiente.

–¿Quieres...? –empiezo.

Josh me observa. Aguarda a que termine de formular la pregunta. Quiere que lo diga.

–¿Te apetece entrar? –ofrezco–. ¿Para hablar?

Es como si lo que está a punto de decir fuera a acabar con él.

–Ojalá pudiera, pero no creo que sea bienvenido ahí dentro.

«Por favor, no me rechaces.»

–¿Desde cuándo te importan las normas?

–No quiero que te metas en un lío.

–Me da igual –repongo.

–A mí no.

El corazón se me contrae con más fuerza.

–¿Por lo menos podremos desayunar juntos? ¿Cuándo sale tu tren?

–No estoy seguro –contesta.

Cierro los ojos. ¿Cómo no iba a saber la respuesta a esa pregunta? ¿Qué clase de excusa es esa?

–Quiero que tengas esto –me dice.

Abro los ojos de nuevo. Forcejea para sacar un manuscrito de la bandolera, y ahora comprendo por qué estaba tan abultada. Los folios la llenan por completo.

Se me parte el corazón. Este es el motivo por el que quería verme esta noche.

Aun sabiendo que es un error, sostengo la parte inferior de la mochila para que pueda sacarlo. Se aprieta el manuscrito contra el pecho antes de ofrecérmelo con manos temblorosas. No estoy segura de si le tiemblan de nervios o de frío.

Lo cojo. Hay un nuevo título: *Espacios*.

–Tenías razón –me dice–. Sobre... un montón de cosas. He estado trabajando muy duro en ello y me encantaría que me dieras tu opinión. Sobre los cambios.

«Por favor, no me obligues a volver a leerlo.»

–Eh... Vale.

Se le ilumina la cara.

–¿En serio?

–Sí, claro. –Su manuscrito me pesa cada vez más en los brazos–. Y... ¿cuándo quieres que te lo devuelva?

–Oh, no. Es para ti. Para que te lo quedes.

Silencio.

–Vale –respondo por fin.

Mete las manos de nuevo en el abrigo.

–¿Me llamarás en cuanto hayas terminado?

No doy crédito.

–¿Quieres que lo lea ahora?

–Sí. Digo... no. No tienes por qué. Pero como me marcho mañana...

–No, está bien. Puedo leerlo ahora.

–¿En serio?

–En serio.

–Muy bien. Bueno... ya tienes mi número.

Esta se ha convertido oficialmente en la conversación más incómoda que hemos mantenido. Es mucho peor que cualquiera previa a que empezáramos a salir juntos.

Asiento con la cabeza.

–Vale.

Josh se inclina para abrazarme. Vacila justo mientras yo me inclino hacia él. Así que se inclina de nuevo. El manuscrito crea una barrera fría y pesada entre nuestros cuerpos. Y, mientras me da una palmadita con torpeza en la espalda, me doy cuenta de que esta es la última vez que nos tocaremos.

Capítulo treinta y dos

Dejo el manuscrito sobre la cama. Estoy agotada.

Me quito las botas mojadas, el abrigo y los leotardos.

Me lavo la cara.

Me cepillo los dientes.

Siento como si el manuscrito me clavara la mirada en la nuca. Lo miro a través del reflejo del espejo situado encima del lavamanos. Me parece, a la vez, trágicamente muerto y aterradoramente vivo. Y no me queda más remedio que meterme en la cama con él. Me peleo con un mechón de pelo rebelde. Me toqueteo los poros de la nariz. Me tomo un buen rato para encender la lámpara.

Me meto en la cama. Intento escuchar la nieve, que cae con más intensidad, pero no oigo nada. Solo puedo verla descender fuera a través de la luz de una farola.

Me coloco el manuscrito sobre el regazo y empiezo a leer.

Tiene un nuevo comienzo. Ya no empieza con su primer día como un impresionable alumno de primero. Empieza con un Josh más mayor, más sabio y más amargado. Es el verano antes de iniciar su último curso en el instituto. Está sentado solo, dibujando en una cafetería.

Y entonces... ahí estoy yo.

Aparezco como un sueño, y Josh se ve arrastrado a una noche surrealista y feliz que le hace olvidar sus problemas. Le hace sentir esperanza por primera vez en años. Ahí está la viñeta que ya había visto antes en la que vuelve a casa corriendo para dibujarme, pero luego hay una nueva ilustración mía a toda página con la rosa a modo de halo. Resplandezco sobre el papel como si fuera algo sagrado. Josh está de rodillas en la parte inferior de la ilustración, mirándome, llorando, con las manos entrelazadas. La palabra «Salvación» brota de sus labios.

Me tiemblan tanto las manos que casi no puedo pasar a la siguiente página.

Dice: PRIMERO. Y empieza la historia que ya conozco. La mayor parte de esta sección es igual. Es divertida, es triste, es dulce. Es inocente. Aunque hay algunas diferencias. Ha añadido pinceladas sutiles para llamar la atención hacia áreas de la historia que sé que tendrán mayor significado más adelante. Cosas que era imposible que supiera que serían tan importantes cuando las dibujó hace años.

Y ahí estoy yo. Otra vez. Ha añadido cronológicamente las viñetas de la primera vez que hablamos, cuando me vio leyendo el libro de Sfar en la cafetería. Incluso ha añadido un diminuto corazoncito encima de su cabeza mientras habla. Y luego uno roto cuando piensa que no me gusta.

Rozo el corazón roto con la punta del dedo.

La historia se vuelve conocida de nuevo, pero esta vez las viñetas con Rashmi son menos dolorosas. La tristeza que siento surge de recordar lo mucho que me dolieron la primera vez. Ha recortado sus escenas y las excesivas viñetas a toda página. Rashmi sigue teniendo un papel importante en la historia, como debe ser, pero la atención se centra de lleno en él. También como debe ser.

El verano pasado. El Kismet. Una viñeta de aviso señala un regreso al principio de la historia, y luego pasa al momento en el que me descubre con Kurt la noche siguiente.

Aparecen nuevas páginas. Josh con sus padres. Se van distanciando cada vez más (algo que él mismo provoca, por rencor), a la vez que anhela que estuvieran más unidos. Quiere que luchen por su atención. Regresa al instituto para cursar su último año. Cuando lo leí en noviembre, estas páginas eran simples bocetos. Ahora están cuidadosamente entintadas, lo que le proporciona a todo una nueva sensación de permanencia.

Y entonces leo sobre cómo empieza a interesarse por mí, sobre cómo me echa de menos en el Oktoberfest y sobre nuestra primera cita. Leo sobre cómo se enamora de mí. Leo sobre la Casa del Árbol, las solicitudes de plaza en la universidad y su cumpleaños. Y luego vamos a España y hacemos el amor. Nos dibuja de una manera preciosa. Las emociones que reflejan las páginas son mucho más intensas que nada que haya dibujado antes.

Y entonces hay una imagen a doble página: una única viñeta rasgándose por la mitad. Yo estoy en un lado y él, en el otro. Nuestras manos se estiran hacia el espacio entre ambos. Casi tocándose.

Tengo las mejillas húmedas. No estoy segura de cuánto tiempo llevo llorando.

Las páginas se vuelven furiosas y desenfrenadas, se arremolinan en torno a las elecciones y sus padres (que siempre están presentes y, sin embargo, siempre están ausentes). Sufre por nuestra pérdida. Se culpa a sí mismo. Está deprimido, y no sabe cómo decirme que no podremos vernos en Acción de Gracias. Quiero decirle al Josh de la página que todo se arreglará, pero no puedo. No se va a arreglar.

Se pelea con sus padres. Ellos quieren que termine secundaria en un instituto privado y él quiere presentarse al GED. No ocurre ninguna de las dos cosas. Se hunde aún más en su depresión, no quiere salir de su habitación, y me dibuja una y otra y otra vez. Y entonces dibuja mi regalo de Navidad. No sé si puedo soportar leer sobre lo que pasó en Nochebuena, pero llega de todos modos.

Provoco una discusión. Soy cruel. Lo aniquilo.

Él pensaba que estaríamos juntos para siempre. Imágenes de Nueva Inglaterra, una boda, niños, vejez... se hacen añicos al fondo de una viñeta oscura en la que aparece acurrucado en el suelo en posición fetal. Intenta llamarme. No contesto. Su desolación se convierte en rabia. Llega Fin de Año y está sentado solo en su cuarto viendo la tele. Piensa en nuestra primera cita, como yo. Brian llama a su casa poco después de medianoche con el mensaje urgente de que estoy esperándolo en el Kismet. Todavía puede llegar a tiempo.

Vuelvo la página, temiendo lo que voy a encontrarme.

Josh decide no ir. Quiere que sufra como yo lo he hecho sufrir a él. Me resulta horrible leerlo, pero es lo que me merecía. Sin embargo, con el transcurrir de los días, Josh se da cuenta de que ha cometido un error. Y, a medida que continúan pasando, cada vez se le hace más difícil llamarme. Tiene miedo de que ahora me haya dado por vencida con él definitivamente.

Y entonces... su cuerpo desnudo cae en el vacío.

Hay una viñeta a doble página completamente negra. En la página siguiente, no hay ninguna ilustración, solo mis propias palabras escritas con la preciosa letra de Josh: «ESPACIOS... PAUSAS... PARA CONTEMPLAR LAS COSAS... PARA AVERIGUAR QUÉ ES LO IMPORTANTE...».

Se suceden una serie de viñetas casi idénticas que muestran el insoportable transcurrir del tiempo. Una verdad empieza a abrirse paso. Que una de las cosas más hirientes que le dije (que había propiciado pasivamente su propia expulsión porque no se atrevía a admitir ante sus padres que había cometido un error al mudarse a Francia) solo le duele

tanto porque es cierto. La directora del instituto y su exnovia llevaban años diciéndole lo mismo, pero le dio igual hasta que escuchó esas palabras de boca de la persona que más le importaba. Yo.

Pero también sigue enfadado conmigo por invalidar sus sentimientos. Me quiere, y no se lo permito. Decide que tiene que demostrármelo. Les confiesa a sus padres que marcharse de casa para ir a París fue un error, pero que está listo para ir a Vermont. Esta vez no meterá la pata. Le dicen que les gustaría creerlo, pero que les preocupa su capacidad para terminar las cosas. Le hacen una propuesta. Lo enviarán a Vermont si puede concluir el proyecto que más le importa, el proyecto que también le servirá de presentación oficial para la solicitud de admisión: esta memoria gráfica.

Comprenden que ha estado escribiendo sobre su vida privada, y que eso los incluye a ellos en algunas partes. Y le ofrecen su apoyo de todas formas.

Sus padres se muestran comprensivos y solidarios con... un montón de cosas.

Ahora voy leyendo más rápido, volviendo las páginas cada vez más deprisa, mientras Josh se dedica de lleno a su trabajo. Se encierra en su habitación con el fin de reconectar con el mundo. Día y noche, hace cambios y sigue adelante. Sin vacilar. Soporta con una determinación admirable las largas y monótonas horas y las constantes punzadas de dolor en la mano derecha para plasmar su visión sobre el papel.

Se inscriba para hacer el GED y lo borda en un fin de semana. Habla con St. Clair, se entera de lo del anillo de compromiso y el viaje, y marca la fecha en el calendario. Pero la señala con la palabra «Isla». Su madre lo ve y asiente con la cabeza.

El corazón me late como loco. Las páginas ya no están entintadas, sino que son bocetos a lápiz.

Un mes de duro trabajo en enero da paso a dos semanas de desesperante trabajo en febrero. Las dudas vuelven a hacer acto de presencia. Se plantea cancelar el vuelo, pero entonces llega el paquete de Hattie. Se siente abrumado y exultante, y eso le da el valor suficiente para seguir adelante. Cruza el Atlántico. Se reúne con sus amigos y los lleva a cenar a Pizza Pellino, donde sabe que nos encontrará a Kurt y a mí. Porque es domingo.

Ahora he abandonado el pasado real de Josh y he entrado en lo que espera que sea su futuro.

Los bocetos se vuelven menos precisos. Kurt y yo estamos en el restaurante y Josh y sus amigos (St. Clair, Anna y Meredith) se sientan a cenar con nosotros. La conversación en la mesa es parecida a la de hoy, salvo que Josh habla más. Me dice que era importante

que conociera a sus amigos porque son las personas que ha elegido tener en su vida. A diferencia de la gente de la fiesta de Navidad, con la que trata por respeto a su familia. Quiere que me haga amiga de sus amigos.

Me pregunta por Dartmouth, y le comunico que me aceptaron.

–Sabía que lo conseguirías –me susurra.

Observamos la proposición de matrimonio, intercambiando miradas de esperanza y nerviosismo. Nos separamos de los demás, me acompaña a la residencia y me entrega una copia de este manuscrito. Me dice que lo llame por teléfono cuando haya terminado de leerlo.

Contengo el aliento. Casi no puedo volver la página...

Ahí estoy. Leyendo este libro a luz de la lámpara. Lo termino, lo llamo y me dice que está en la esquina, al otro lado de mi ventana. Tiene las manos metidas en los bolsillos y tiritita en medio de la gélida noche de febrero.

La Isla de la página sale corriendo. Josh la abraza.

–Te quiero –le dice–. Haré lo que sea para estar contigo.

–Te quiero –contesta la Isla de la página–. Te esperaré.

Le digo que esperaré a que termine su libro y consiga entrar en la universidad. Le digo que volveremos a encontrarnos en verano. Y, entonces, él me dice que nunca volveremos a separarnos.

Son más de las dos de la madrugada cuando termino de leer. El corazón me martillea con tanta fuerza que no puedo oír ni mis pensamientos y apenas logro ver a través de las lágrimas. Salgo de la cama, aparto la cortina y miro por la ventana.

Ahí está.

Dejo caer la cortina, que se balancea hasta volver a su sitio. La levanto y miro hacia fuera otra vez. Sigue ahí. Está en la esquina, protegiéndose la cabeza con el abrigo, tiritando. Está nevando a lo bestia y los copos lo cubren como si no fuera más que una boca de riego, una bicicleta o un árbol. No me ve. Me pongo las botas a toda prisa, cojo la llave de mi habitación, bajo corriendo por el pasillo y abro la puerta de golpe. Debe de haberme oído correr, porque dobla la esquina justo cuando yo llego allí.

–Te has olvidado de llamar –me dice.

Abro los brazos. Me aprieta contra él y nos besamos. Tiene los labios fríos, y me parece que está llorando. Yo, desde luego, estoy llorando. Me aparto para decirle:
–Te quiero con locura, Joshua Wasserstein. Por supuesto que te esperaré.

Capítulo treinta y tres

–No quiero meterte en un lío –me dice en un susurro.

Cierro la puerta sin hacer ni un ruido.

–A mí no me han dado un último aviso y a ti ya te han expulsado. ¿Qué es lo peor que podría pasar?

–No lo sé. –Josh está sinceramente preocupado–. Podría quedar reflejado en tu expediente e impedir que Dartmouth te acepte.

Sonrío.

–Mis padres ya les han enviado el primer cheque de la matrícula.

Se le doblan las rodillas. Y, a continuación, el resto del cuerpo también amenaza con desplomarse. Lo guío hasta el borde de la cama.

–¿Quieres decir que...? ¿Vas a...?

–Voy a ir a Dartmouth.

Josh se sostiene la cabeza con las manos. Le tiembla todo el cuerpo. Me siento a su lado y apoyo la cabeza en su hombro. Porque puedo hacerlo de nuevo. Levanta la cabeza y veo que tiene los ojos llenos de lágrimas.

–Lo siento. Es que estoy... completamente abrumado ahora mismo.

–Yo también.

–Te quiero. Siempre te he querido, Isla.

–Ya lo sé. –Cojo sus manos heladas y las froto entre las mías, intentando hacerlas entrar en calor–. Siento no haberte creído. Dudaba de mí misma, y eso me hizo dudar de ti. Pero tú no eras el problema. Tú nunca fuiste el problema. Debería haber confiado en ti, pero no lo hice, porque no podía confiar en mí misma.

–Pero ¿ahora ya confías en ti misma?

–Estoy... trabajando en ello. Estoy empezando a pensar que tal vez no está mal ser un lienzo en blanco. Que tal vez no está mal que mi futuro no esté claro. Y que tal vez –añado con otra sonrisa– no está mal buscar inspiración en la gente que sí tiene claro su futuro.

–Funciona en ambos sentidos, ¿sabes?

Enlazo sus gélidos dedos entre los míos.

–¿El qué?

–Los artistas buscan inspiración en los lienzos en blanco.

Mi sonrisa se ensancha.

–Un lienzo en blanco –continúa Josh– tiene posibilidades ilimitadas.

Cierro los ojos, me inclino hacia él y beso sus labios fríos.

–Gracias.

Empieza a tiritar con más fuerza. Me pongo en pie de un salto.

–*Oh, mon petit chou.* –Le quito el abrigo empapado por la nieve–. No puedo creerme que estuvieras esperando ahí fuera todo este rato.

Le castañetean los dientes cuando contesta:

–Habría... habría esperado toda la noche.

Cuelgo el abrigo dentro de la ducha y regreso a por su camiseta.

–Esto también. –Se la saco por la cabeza. Tiene la piel pálida, casi de color lavanda–. Y esto.

Le quito los zapatos y los calcetines, pero los pantalones resultan ser un reto. Prácticamente se le han congelado sobre las piernas. Cuando por fin se liberan, retrocedo tambaleándome. Josh me sonrío, aunque sigue tiritando.

–Así no es... como me imaginaba... desnudarme otra vez... contigo.

Cuelgo la camiseta y los pantalones al lado del abrigo para que se sequen. Los calcetines y los calzoncillos pasan volando por encima de mi cabeza y acaban en el suelo de la ducha. Me río. Se ha envuelto con mi colcha y solo le asoma la cara.

–Esto no significa que puedas aprovecharte de mí –me dice.

Me río de nuevo.

Josh pasa una mano por la superficie de la cama indicándome que me siente a su lado, pero la colcha se engancha con el manuscrito. El libro cae al suelo con un horrible e interminable estruendo. Nos quedamos paralizados por el miedo.

Estamos atentos por si Nate se acerca. Nada.

Sonreímos ante el milagro que se nos ha concedido.

Me siento a su lado y él se desliza hacia mí, pero echo la cabeza hacia atrás.

–¿No quieres saber primero qué me ha parecido tu libro? –le pregunto.

–No lo sé. –Se ríe con nerviosismo–. ¿Quiero?

–Ya sabes que es bueno. Sabes que es muy, muy bueno.

Su rostro desaparece cuando todo su cuerpo se hunde en la colcha.

–No te haces una idea de cuánto me alivia oírte decir eso.

–Siempre he sabido que eres brillante. Y acabas de demostrárselo al mundo.

Una mano asoma por debajo de la colcha. La aprieto.

–Por si te interesa –me dice–, serías una gran editora. Todo lo que me gritaste era cierto.

Aparto la mirada, avergonzada.

–Lo siento mucho.

–No tienes por qué.

–Claro que sí. Siento tantas cosas... Pero, sobre todo, siento haber usado a tu exnovia para avivar mis estúpidas inseguridades. Quiero que sepas que este libro –hago un gesto hacia su manuscrito, desperdigado por el suelo de parqué– no me encanta porque haya menos de ella en él. O más de mí. Quiero que sepas que me encanta porque tiene más de ti: las partes buenas y las partes feas. Te quiero. Te quiero tal como eres.

Me aprieta la mano con más fuerza.

–Gracias.

–Los halagos llegan con retraso. –Le froto el índice con el pulgar–. Y tengo muchos más.

–Mañana. Ahora mismo, solo te necesito a ti.

Pero me entristezco de nuevo.

–Querrás decir hoy. ¿Ya averiguaste cuándo sale tu tren?

–Isla. –Parece sorprendido. Como si ya debiera saber la respuesta–. Nunca compré el billete.

Me quedo sin aliento.

–¿Qué?

–No voy a ir a las Olimpiadas. Vine por ti.

–¿Eso... eso significa que vas a quedarte?

Se arrima un poco más.

–Dos semanas. Hasta que terminen los juegos, si tú quieres. Pero luego me toca quedarme en Washington hasta junio.

–Sí. ¡Sí que quiero!

Josh sonrío con picardía.

–¿En serio?

Le doy un empujón a través de las mantas. Cae sobre un costado, riéndose, y me arrastra con él. Me mira a los ojos y se le borra la sonrisa.

–Te he echado tanto de menos...

Me froto los brazos para aliviar el frío.

–Yo también te he echado de menos.

–Tienes frío. –Abre la colcha–. Ven aquí.

Me echo hacia delante, hacia las mantas, las sábanas y las almohadas. Hacia él. La colcha me cae sobre la espalda, envolviéndome contra su cuerpo. Aprieto la mejilla contra su pecho desnudo. Me abraza con más fuerza. Nos quedamos tumbados inmóviles. El mundo guarda silencio salvo por los latidos constantes de nuestros corazones.

Levanto la mirada hacia él.

Josh me mira y se le acelera el corazón.

Me deslizo hacia arriba hasta que nuestras narices quedan pegadas una contra otra. Le beso la comisura de la boca y noto que sonrío mientras besa la comisura de la mía. Sus dedos descienden por mi espalda mientras me desabrocha la cremallera del vestido. Me lo baja hasta los tobillos y lo deja caer al suelo. Me quita el sujetador y luego las bragas.

Lo último que me saca es el collar con la brújula.

Nuestros besos son suaves. Tentadores. Contenidos. Tenemos la piel fría, y luego tibia, y luego caliente. Nuestros besos se vuelven más largos. Nuestra respiración se vuelve más rápida. Busco un condón a tientas. Josh se aprieta contra mí, y me parece tan perfecto, tan intenso, que se me escapa un grito. Me mira a los ojos para asegurarse de que todo va bien, pero todo va mucho más que bien, y empujo las caderas contra él a modo de respuesta. Se le cierran los ojos en una expresión de éxtasis. Va guiando mi cuerpo con el suyo, vamos encontrando nuestro ritmo, y estamos juntos de nuevo, al fin.

No nos cansamos de repetir esas palabras.

«Te quiero.»

Son un canto que se repite a lo largo de la noche mientras nos movemos juntos despacio. Y luego rápido. Despacio. Luego rápido. No nos quedamos dormidos hasta el amanecer. Con el cuerpo de Josh acurrucado alrededor del mío y nuestras manos unidas

sobre mi corazón. Seguimos en esta posición cuando mi alarma nos despierta de golpe una hora después. Me doy la vuelta y la apago, con un gruñido de profundo disgusto, y luego me vuelvo de nuevo hacia él. Me acomodo otra vez contra su pecho y suspiro feliz.

Josh me aparta los brazos de su cuerpo.

–De eso nada –murmura.

Suelto un pequeño gemido.

–A clase –me dice.

–Pero tú estás aquí. No es justo.

No se puede contener y me abraza.

–Tengo que ir a buscar mi maleta. Todavía está en la habitación de Meredith en el hostel. Y quiero despedirme de todos antes de que se marchen.

–¿No puedo ir contigo?

Josh me acaricia la mejilla con la nariz.

–Ya estaré aquí cuando regreses.

–Arreglé la puerta. Vas a necesitar una llave.

–La cuidaré bien.

–¿Y si no te la doy?

–Pues volveré a romper la puerta.

–Esta residencia me hace sentir tan segura...

Sonríe y me empuja de la cama.

–Laaaaaaargo.

Lo obligo a prepararse conmigo. Ahora el edificio está lleno de ruido y ajetreo, así que no hace falta que vayamos de puntillas. Nos duchamos, nos lavamos los dientes y nos secamos el pelo, y todo parece el doble de milagroso que en Barcelona. Porque esta vez sabemos que no nos lo pueden arrebatarse. Este será nuestro futuro.

Su ropa sigue húmeda, así que le seco los pantalones con el secador de pelo y le paso la camiseta que me regaló en Acción de Gracias. La tengo guardada dentro de una de mis almohadas. Cuando la ve, parece triste y feliz y sorprendido a la vez.

–Pensaba que la habrías tirado a la basura. Yo sigo durmiendo con el fular que me regalaste.

–Solo es un préstamo, ¿está claro?

–¿El fular?

Sonrío.

–La camiseta.

Josh también sonrío mientras se pasa la camiseta por la cabeza.

–Te la devolveré oliendo aún más a mí.

Lo abrazo, hundiendo la cabeza contra su pecho.

–¿De verdad tengo que ir a clase hoy?

–No pienso meterte en problemas otra vez.

Le lanzo una mirada significativa a la puerta cerrada. Y luego a él.

–Vale –dice con una amplia sonrisa–. Puede que esté dispuesto a hacer una excepción por esta vez.

Cuando Kurt se entera de que Josh está en mi cuarto, insiste en regresar a hurtadillas a la residencia conmigo a la hora de comer. Me siento orgullosa de él por romper otra norma, pero me preocupa qué pasará. No hay ni la más mínima vacilación cuando se ven. Josh saluda a Kurt con el mismo abrazo sincero y entusiasta que le había dado a St. Clair.

–Espero que eso sean lágrimas de felicidad –comenta Kurt cuando me mira.

–Desde luego –contesto.

–Me alegro de que volváis a estar juntos –le dice Kurt a Josh–. Y me alegro de que estéis aquí.

–Yo también –responde Josh.

–Isla me cae mejor cuando estáis saliendo. No creía que fuera posible, pensaba que me gustaba más sin ti, pero no era así para nada.

Josh se ríe.

–Me alegro de oír eso.

–Ha estado insoportable –añade Kurt.

Josh se ríe con más ganas, encantado con la noticia, mientras le doy un puñetazo a Kurt en el brazo. Pero también estoy sonriendo.

–¿Vas a quedarte aquí? –le pregunta Kurt.

Tanto Josh como yo nos ponemos tensos de inmediato. Estoy segura de que estamos reviviendo el mismo recuerdo: Kurt, incapaz de mentir. Barcelona.

–Sí –admite–. No quiero meter a Isla en un lío, pero se me da bien no hacer ruido.

–No le diré nada a nadie –nos asegura Kurt enseguida–. Y, si Nate me acorrala, le diré que estás quedándote en un hostel. No aquí.

Me doy cuenta de que Josh está tan sorprendido como yo.

–Te lo agradezco –le dice–. Pero no permitiré que mientas por mí. Si nos pillan, afrontaremos las consecuencias nosotros mismos.

Kurt lo medita un momento.

–Has cambiado.

Josh sonríe.

–Y tú.

–¡Ah! –exclama Kurt–. Pero esta vez deberías contárselo a Hattie.

–Por supuesto –respondemos Josh y yo a la vez.

Convivimos felices y en silencio. Josh no me deja saltarme más almuerzos ni incumplir más normas. Salvo la mayor y más evidente de tener a un chico en mi habitación.

Es maravilloso compartir el lugar con él.

Mientras yo hago los deberes, él dibuja. Cada uno tiene su propio espacio dentro de este espacio compartido. Supongo que nuestro piso el próximo otoño será como esto. Esa idea me llena de una alegría indescriptible. Cojo prestado el televisor de Hattie y, a partir de la ceremonia de apertura en adelante, nunca apagamos la retransmisión de los juegos. La emoción de las pruebas, de estar en el país anfitrión, es contagiosa. Y, lo que es aún mejor, el sonido de la televisión viene de perlas para amortiguar ruidos comprometedores.

Como siempre, la prueba femenina de patinaje artístico no tiene lugar hasta el final de los juegos. El programa corto va primero, y nos entusiasmos cuando la hermana gemela de Cricket, Calliope, alcanza el primer puesto con una actuación llena de fuerza y habilidad acrobática. En las gradas, la cámara enfoca a Cricket y Lola levantándose de un salto de sus asientos por la alegría, aunque los comentaristas se centran en la maldición de Calliope. Empiezan a pronosticar que le entrará el miedo y no podrá completar el segundo programa.

–¿Por qué no pueden dejarla disfrutar de este momento? –me quejo.

–No te preocupes –me dice Josh–. Los gilipollas siempre acaban tragándose sus palabras.

Dos noches después, sucede. Es el programa libre. Calliope tiene un brillo de decisión en la mirada y lleva un sublime y resplandeciente traje negro. La música es de la película de 1968 *Romeo y Julieta*, y Calliope se convierte en Julieta (en el amor y en la muerte) ante el mundo entero. Gana la medalla de oro con una victoria aplastante. Cricket y Lola se abrazan y lloran. Incluso veo a Anna y St. Clair dando saltos detrás de ellos. Mientras, Calliope sonrío de manera triunfal.

–Ya te lo dije –se jacta Josh, como si pudiera predecir el futuro.

Pero a lo mejor sí puede. Siempre ha sabido qué quería, y está consiguiendo todo lo que deseaba. Yo no lo he sabido siempre, pero ahora también tengo lo que quiero. El resto, lo desconocido... ya llegará.

Y estoy deseándolo.

Termina la ceremonia de entrega de medallas, apagamos el televisor y (mientras nos acurrucamos juntos) debemos hacerle frente a la realidad de que nuestro tiempo juntos también está llegando a su fin. Josh me aprieta con más fuerza, pero no basta para detener el reloj. Al día siguiente, la llama olímpica se apaga. Los juegos han terminado. Y Josh ya no estará.

Capítulo treinta y cuatro

Es medianoche y hace un calor sofocante.

Estamos en pleno junio.

Cruzo Amsterdam Avenue bajo un cielo despejado. Estoy nerviosa, pero en el buen sentido. Son nervios de expectación. A lo largo de los últimos meses, todo vestigio de timidez y duda ha desaparecido de mi vida. He encontrado el Camino Correcto.

Y voy derecha hacia él.

La luz dorada del Kismet me llama. Ahí. En la ventana. Todo este momento es exactamente como me lo había imaginado. Tiene los hombros encorvados y la cabeza ladeada hacia la derecha. Casi toca el extremo de la pluma con la nariz. Llegó esta tarde en avión desde Washington.

Me detengo justo enfrente de la ventana. La luz cambia sobre la superficie del papel y levanta la mirada. Nos sonreímos con dulzura.

Apoyo una mano contra el cristal. «Hola», articulo para que pueda leerme los labios.

Josh toca el otro lado del cristal. «Hola.»

Me hace un gesto con la cabeza en dirección a la puerta indicándome que entre. La abro y me recibe un cálido aroma a café fuerte. Se pone de pie. Voy directa a sus brazos. Nos besamos y nos besamos y nos besamos. Sabe a Josh. Huele a Josh. Es Josh.

—Eres tan real —le digo.

Me acaricia la mejilla.

—Yo estaba pensando lo mismo. Me encanta la tú real. He echado de menos a la tú real.

Tiene el dedo manchado de tinta fresca y noto una gota minúscula contra la piel. Intenta limpiarla, pero lo detengo.

—No, por favor —le pido—. Déjala. Yo también he echado de menos al tú real.

Josh me aprieta ambas manos entre las suyas.

—¿En qué estás trabajando? —le pregunto.

—En la última página.

Señala hacia la mesa, donde un boceto a lápiz está transformándose en trazos entintados. Es un dibujo de nosotros dos, en esta cafetería, en este momento.

Levanto la mirada hacia él, sonriendo.

–Es precioso. Pero ¿qué va después?

–La mejor parte. –Vuelve a estrecharme entre sus brazos–. Vivieron felices por siempre jamás.

Agradecimientos

Este libro y yo misma fuimos rescatados del abismo en tres ocasiones distintas: 1) en noviembre de 2011 por Carolyn Mackler y Sara Zarr, 2) en julio de 2012 por Holly Black y 3) por las llamadas telefónicas diarias de Myra McEntire. Siempre les agradeceré su preocupación, afecto y consejo. Gracias, sois unas mujeres asombrosas.

Myra, tú te mereces tu propio párrafo. Por... TWYLA.

Muchas gracias a Kate Schafer Testerman por ser mi roca. Mi alegre y alentadora roca, dura como una gimnasta olímpica.

Gracias a Julie Strauss-Gabel por tu paciencia e intuición inigualables. Por considerar a mis tres chicas criaturas individuales y por ayudarme a crear sus mundos. Gracias también a todos en el Penguin Young Reader's Group por brindarme apoyo y entusiasmo a partes iguales. Gracias entre signos de exclamación para Lindsey Andrews, Lauren Donovan, Melissa Faulner, Anna Jarzab, Rosanne Lauer y Elyse Marshall.

Mi amor y mi gratitud van para mi familia: mamá, papá, Kara, Chris, Beckham, JD, Fay y Roger. Y también para ti, Sr. Tumnus.

Gracias, Kiersten White. Las palabras nunca parecen bastar para darte las gracias. Llevas muchísimo tiempo oyéndome hablar de esta novela. Pocas personas habrían sido capaces de hacerlo con tanta compasión y comprensión.

Gracias a mis amigos de Asheville: Alexandra Duncan, Alan Gratz, Beth Revis, Megan Shepherd y Meagan Spooner. A todo el mundo en Malaprop's Bookstore and Café.

Y, sobre todo, a Lauren Biehl por asegurarse en persona de que recobrarla la salud y la felicidad.

Mi más sincero agradecimiento a Gayle Forman y Daisy Whitney por sus impecables y sinceras opiniones. Gracias a Jim Di Bartolo por enseñarme tanto sobre cómics, a Manning Krull y Marjorie Mesnis por hacer que parezca que sé hablar francés, a Hope Larson y Delia Sherman por responder a mis complejas preguntas, a Brian Sulkis por ser una gran compañía y una fuente de inspiración y a Jon Skovron por guiarme por un tema

tremendamente intimidante.

Y gracias a ti, Natalie Whipple, por pasar tanto tiempo explicándome algo que ya no existe en esta novela. Eres una aliada fantástica.

Gracias a todos los amables lectores, autores, librereros, bibliotecarios, educadores y Nerdfighters que he conocido en mis viajes. Un abrazo enorme para Robin Benway, Amy Spalding, Margaret Stohl, Laini Taylor, Jade Timms y todo el mundo del retiro espiritual en San Miguel de Allende por escuchar y por reírse en los momentos correctos.

Y, por último, gracias a Jarrod Perkins. Estoy llorando ahora mismo solo por escribir tu nombre. Te quiero más que a nadie. Para siempre. Étienne, Cricket y Josh: todos eran tú, pero ninguno se te aproximaba siquiera. Eres mi mejor amigo. Eres mi verdadero amor. Tú eres mi «felices por siempre jamás».

Notas

1. Palabra procedente del turco que significa «destino». (*N. de la T.*)
2. Josué en inglés se traduce como Joshua. (*N. de la T.*)
3. En el sistema educativo norteamericano, el GED o General Educational Development Test (Examen de Desarrollo Educativo General) es una prueba para que aquellas personas que no hayan podido terminar sus estudios de secundaria y quieran acceder a la universidad puedan obtener un título equivalente al diploma de educación secundaria. (*N. de la T.*)

Tu opinión es importante.

Por favor, haznos llegar tus comentarios a través de nuestra web y nuestras redes sociales:

www.plataformaneo.com

www.facebook.com/plataformaneo

[@plataformaneo](https://www.instagram.com/plataformaneo)



Un beso en París

Perkins, Stephanie

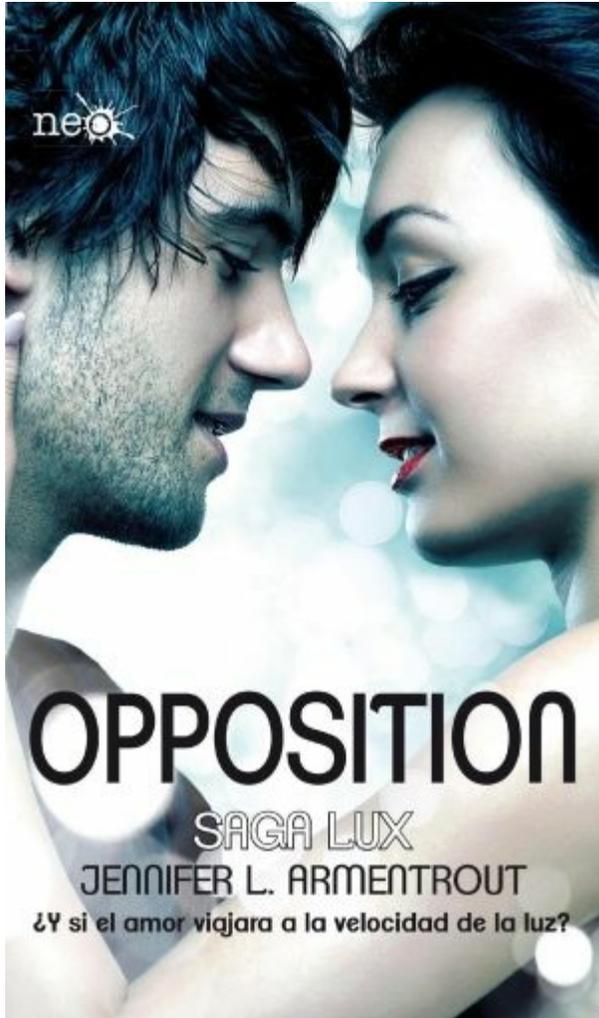
9788415750000

440 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La torre Eiffel, Amélie y un montón de reyes que se llaman Luis. Esto es todo lo que Anna conoce de Francia. Por eso, cuando sus padres le anuncian que pasará un año en un internado de París, la idea no acaba de convencerla. Pero, en la Ciudad del Amor, conoce al chico ideal: Étienne St. Clair. Es listo, encantador y muy guapo. El único problema es que también tiene novia. ¿Conseguirá Anna el ansiado beso de su príncipe azul? El humor y la tensión que se respiran página a página en el debut literario de Stephanie Perkins te atraparán y te llegarán al corazón.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Opposition

L. Armentrout, Jennifer

9788416256334

376 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El mundo ha cambiado desde la noche en que llegaron los Luxen. Katy no puede creer que Daemon haya dado la bienvenida a los de su raza, que amenazaban con destruir hasta al último humano e híbrido de la Tierra. Pero las líneas entre el bien y el mal han quedado borrosas, y el amor se ha convertido en una emoción que podría destruirla, que podría destruirlos a todos. Daemon hará lo que haga falta por salvar a aquellos que ama, aunque esto implique la traición. Para sobrevivir a la invasión deberán crear alianzas inesperadas, pero cuando se vuelva imposible distinguir entre amigos y enemigos, ambos podrían perderlo todo. La guerra ha llegado a la Tierra. Y, sea cual sea el resultado, el futuro jamás será el mismo para aquellos que sobrevivan. SAGA LUX #5

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Al final de la calle 118

Cortés, Clara

9788416429196

354 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Vivir al final de la calle 118 no es fácil.

La madre de Valeria y Raven las abandonó hace años sin dar explicaciones y ambas han tenido que aprender a ganarse la vida. Mientras Valeria tiene un insignificante trabajo como modelo, su hermana patea la ciudad en busca de hombres a los que seducir para pagar el alquiler a cambio de sus servicios. Valeria pensaba que todo seguiría así para siempre... hasta que escucha la música de aquel chico al final de la calle, junto a su casa, y sus miradas se cruzan.

Desde ese momento, una serie de curiosas coincidencias llevará a los personajes de esta novela a cambiar sus vidas como nunca se hubieran imaginado.

«La escritura de Clara Cortés posee la humanidad desbordante de Salinger.»

Luis Alberto de Cuenca

«Clara Cortés es una de las voces más potentes y evocadoras que he descubierto jamás en un escritor de su edad. Su primera novela me hace intuir en ella la fuerza de una nueva Joyce Carol Oates.»

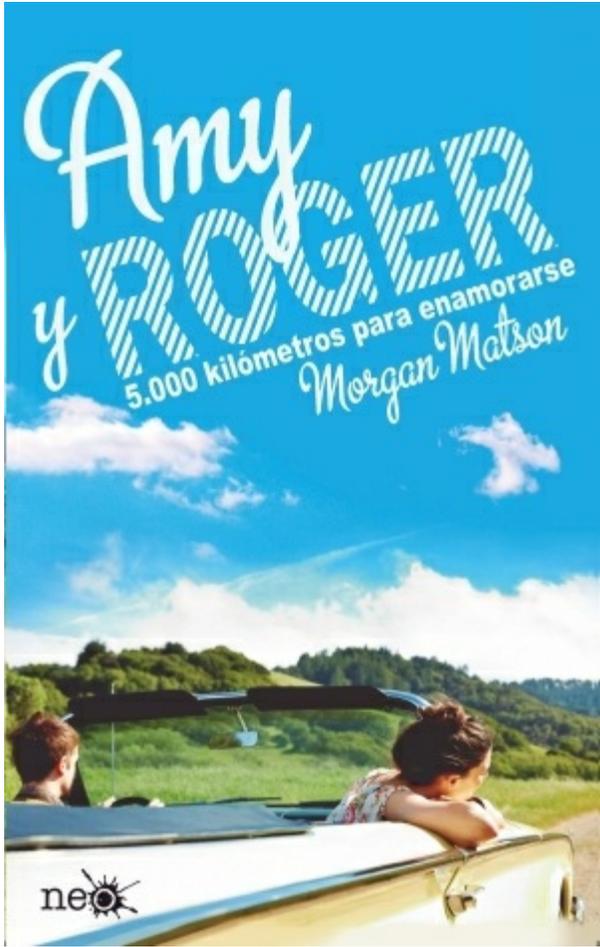
Francesc Miralles

«La autora no describe el mundo: lo crea con sus propias manos. Te arrastra sin remedio y cuando quieres darte cuenta no tienes escapatoria. Si esta es la voz de

una nueva generación, merece la pena absolutamente oírlos.»

Victoria Álvarez

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Amy y Roger

Matson, Morgan

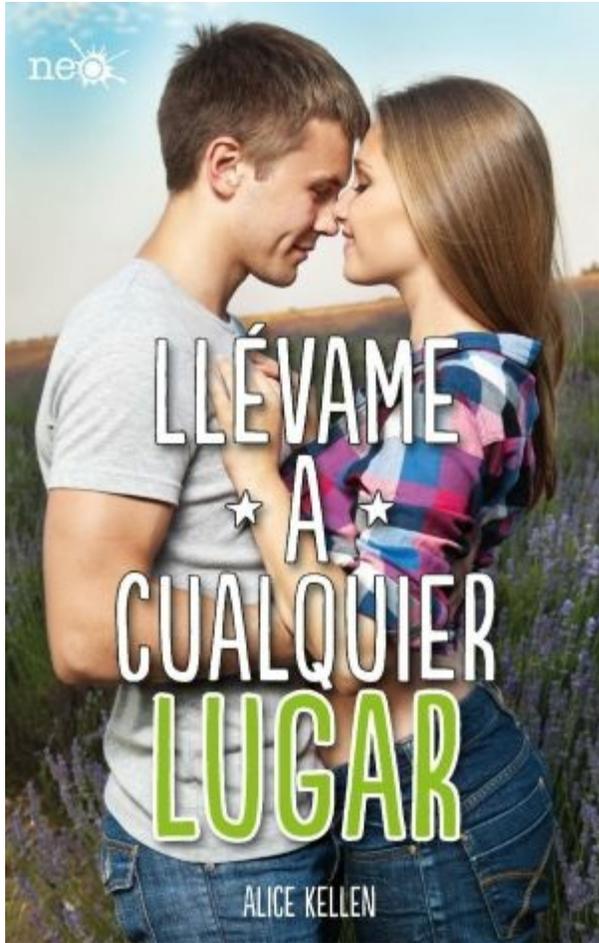
9788416096589

400 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Amy no quiere que llegue el verano. Su madre ha decidido mudarse al otro extremo de los Estados Unidos, y ahora Amy tiene que llevar el coche de California a Connecticut. El problema es que, desde la muerte de su padre en un accidente de tráfico, no se siente capaz de ponerse al volante. Y aquí entra Roger, un amigo de la infancia que también debe viajar al otro lado del país, y que carga con sus propios problemas. A medida que avanza, ambos descubrirán que las personas que menos esperas pueden convertirse en las más importantes y que a veces es necesario dar algunos rodeos para llegar a casa.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Llévame a cualquier lugar

Kellen, Alice

9788416096879

360 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Léane y Blake, ella francesa y él inglés, no son dos piezas de un puzle destinadas a encajar. En realidad, ni siquiera se soportan cuando el concurso de periodismo de la universidad los sitúa en el mismo punto de partida.

Él valora sus sueños por encima de todo y no dejará que nada se interponga en su recorrido hacia la meta, ni siquiera el seductor acento de Léane. Ella necesita el dinero del premio y utilizará todos sus encantos para convertirse en ganadora. Ambos están dispuestos a todo, incluso a ignorar el magnetismo que poco a poco irá surgiendo entre sus artimañas y discusiones.

Pero, cuando el calor de la atracción entre en su punto álgido, el frío de la realidad les demostrará que a veces los caminos más largos deben realizarse con alguien que te lleve de la mano

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Portada	2
Créditos	3
Índice	4
Dedicatoria	5
Capítulo uno	6
Capítulo dos	14
Capítulo tres	15
Capítulo cuatro	23
Capítulo cinco	35
Capítulo seis	41
Capítulo siete	52
Capítulo ocho	61
Capítulo nueve	66
Capítulo diez	74
Capítulo once	83
Capítulo doce	92
Capítulo trece	104
Capítulo catorce	115
Capítulo quince	122
Capítulo dieciséis	130
Capítulo diecisiete	138
Capítulo dieciocho	145
Capítulo diecinueve	151
Capítulo veinte	158
Capítulo veintiuno	166
Capítulo veintidós	174
Capítulo veintitrés	182
Capítulo veinticuatro	189
Capítulo veinticinco	193

Capítulo veintiséis	204
Capítulo veintisiete	215
Capítulo veintiocho	225
Capítulo veintinueve	235
Capítulo treinta	242
Capítulo treinta y uno	252
Capítulo treinta y dos	256
Capítulo treinta y tres	262
Capítulo treinta y cuatro	270
Agradecimientos	272
Notas	274
Colofón	275